AGATHA LUX



# Siempre fuiste tú

Serie: Los Hart

## Capítulo I

En la mansión de los Ashfield en la ciudad, la dueña de casa vestida elegantemente en tonos rosa viejo y colocándose sus guantes de cabritilla color púrpura advertía a su hermana pequeña, que ya había crecido bastante, que se comportara como una dama.

—Es lo que siempre hago, Em— reclamó la chica que vestía tan elegante como su hermana y se ajustaba la capa para protegerse del viento de la noche.
—Claro que no. Te has vuelto una chica muy exigente. Tienes que darle la oportunidad a esos muchachos que te cortejan. Espero que mañana tengamos a varios haciendo su visita a primera hora.
—No pretendo levantarme temprano— advirtió Abby riendo.
—Deja de insistir a tu hermana con eso— dijo Harlow que bajaba la escalera viéndose tan guapo como siempre y tan indiferente.
—¿Ves? mi cuñado si es sensato. No quieras enjaular a una avecilla feliz— rio la chica.
—Cariño, no sabes lo que es el mercado del matrimonio. Esta sería tu tercera temporada y no has elegido marido. Y digo elegido porque candidatos has tenido bastantes.
—No diría que el señor Meadows era un gran candidato. Ni ese chico hijo de Hammersley, tiene los ojos…
—¿Muy juntos o muy separados? – bromeó Ryan tan serio como si estuviera haciendo un discurso en el parlamento.
—Yo diría que los tenía en la justa medida— señaló Emily apurando a sus acompañantes.
—Muy juntos— susurró Abby al oído del joven, haciendo sonreír un poco a Ryan Harlow, Vizconde de Ashfield.
—Ustedes dos parecen muy cómplices— reclamó Emily fingiéndose enojada.
—Solamente comprendo que tu hermana no se entusiasme con ese entramado de códigos que tienen las madres casamenteras. Estas muy joven y la niña es una bebé todavía, como para que te estés convirtiendo en una de esas matronas. Espero que este bebé sea varón para que no deba sufrir todo eso— agregó mirando la incipiente barriga de su mujer.
—Será lo mismo, cuñado. Los hombres tienen que hacer mucho trabajo para convencer a algunas. Claro que hay chicas que están desesperadas y se lo hacen muy fácil.
—Veo que tú no lo estás…Gracias — señaló Emily recibiendo su capa de manos del señor Jones, el mayordomo— y ahora dejemos de hablar y vamos a divertirnos. La fiesta de beneficencia en Garfield Hall es la mejor de la temporada. Quizás venga el duque.
—Todos los años viene, no entiendo por qué tanta expectación.
—Porque este año vendrá acompañado de su hijo casadero— dijo Emily entusiasmada— y si no nos apuramos lo van a conocer todas antes que tú.
—Si valora lo bueno, quedará feliz de conocerme. Soy la mejor opción que tiene, el plato fuerte — rio.
—No si estás tan reacia— advirtió su hermana aceptando el brazo de su esposo para salir de la casa.

Abby se quedó un poco retrasada y le dio instrucciones al mayordomo.

—Si mañana aparece algún chico temprano con flores, no abra esa puerta— pidió fingiendo asco y haciendo reír al señor.

Al llegar el coche al lugar de la cita, cientos de personas se agolpaban para entrar a la mansión.

Garfield Hall era una casa majestuosa, al entrar en el edificio se encontraban en seguida con el escudo de armas de la familia propietaria y en la pared encontrada se ubicaba el monograma de los Garfield en letras doradas. Emily recordaba exactamente que fue en ese sitio que se provocó el acercamiento con Ryan y le provocaba lindos recuerdos. Siempre admiraba los cortinajes que la dueña de casa cambiaba cada año, en esta ocasión eran de terciopelo color azul claro con decorados en tonos negros, muy modernos y extravagantes. Los retratos de familia habían sido renovados, pues sus marcos dorados habían sido cambiados por portarretratos de maderas oscuras y los enormes jarrones que antes estaban cerca de la entrada principal se habían guardado en el interior. Ahora a cada lado de la puerta principal se encontraba la silueta de un león de mármol precioso.

—Esta mansión es tan bella— dijo Emily arreglando el pañuelo de su esposo, más para mostrarle a todas que era de ella que para mejorar su apariencia.
—Veo vestidos bastante aburridos. Parece que las mujeres de esta ciudad no tienen mucho gusto — dijo la más joven.
—No tan buen gusto como tú— reconoció Emily que adoraba las ideas que su hermana le daba para sus nuevos vestidos.

Esa noche, Emily llevaba un vestido de raso con muchas perlas en el corpiño y pequeñas cintas encarrujadas haciendo separaciones entre las filas de perlas que hacían un motivo muy original. Abby se había decidido por un traje de satín de color algo atrevido, pues el verde de tonalidad manzana no era el color de la temporada y el faldón estrecho hasta la mitad del muslo con un enorme vuelo que nacía desde allí era lo más raro que se había visto. El resto de las chicas lucían tonos celestes o rosas como siempre, el color recatado de las jóvenes, con muchos vuelos en mangas y muchas rosas aparatosas; las señoras mayores lucían trajes negros, morados o bronceados, muy típicos.

Abigail Hart, en los últimos meses, se había dedicado a diseñar algunos vestidos para sus parientas y trabajaba con una modista poco conocida de la ciudad que le permitía modificar sus diseños y acataba sus directrices. Abby era una chica con gustos modernos, había estado en Bedford luego del fin de la temporada anterior, pero luego se quedó varios meses en casa de Peyton que estuvo residiendo en Paris. Luego los De Brun regresaron al país y ella se estaba quedando esa temporada, la tercera de su vida como objeto de las atenciones de los chicos casaderos, en casa de su hermana mayor, pues alternando entre la casa y el hotel Harland se pasaba muy bien. Había tenido que aceptar que Emily la llevara a todas las fiestas de la ciudad, pero valía la pena. Esta recepción de beneficencia en Garfield Hall era una ocasión imperdible.

Mientras más mujeres veía, más ideas novedosas se le ocurrían para diseñar vestidos y en su cabeza ya estaba empezando a pensar en algunas cosas muy creativas. Su mente no paraba de crear y lo que para otras era aprender francés o tocar el piano, para ella era dibujar y dibujar diseños.

—Lady Harlow, qué placer verla— dijo la dueña de casa. La señora Garfield lucía un elegante traje negro y dorado, muy adecuado a su edad y con un diseño también muy adecuado a su ancha cintura.
—Lady Garfield, su casa se ve deslumbrante. No termino de admirarme de cada cosa que veo— dijo Emily que era muy lisonjera y se manejaba muy bien en los actos sociales— le presento a mi hermana pequeña, Abigail.

—Señorita Hart, ¡Qué belleza! – señaló la dama no muy contenta, pues la chica sería una ardua competencia para su hija casadera por la atención del hijo del duque.
—Gracias, mi lady. ¡Qué amable! — respondió la muchacha.
—¿El duque asistirá? — preguntó Emily interesada en el mejor partido de la temporada.
—Creo que viene llegando en este momento— declaró la señora sintiendo ruido a sus espaldas— efectivamente los duques están entrando. Debo ir a recibirlos.
—Por supuesto, no queremos estorbar— dijo Emily quedándose junto a la dama para ver al famoso galán tan apetecido.

El duque era un señor alto y robusto con el rostro sonrosado, algo excedido de peso. La duquesa era una mujer igual de robusta y sonrosada, pero de bonitas formas, muy rubia y de ojos enormes. Los acompañaban dos muchachos, el que parecía mayor era un joven rubio de ojos oscuros, con cierto atractivo físico, pero de gesto algo arrogante, el otro tenía el pelo más cobrizo, los ojos celestes y una sonrisa agradable; se notaba que tenía un carácter afable.

Cuando el mayor vio a la señorita Hart, pareció sentirse complacido con lo que veía y mientras saludaban a los Garfield que se deshacían en elogios, no le quitó la vista de encima. Emily se regocijaba de su suerte, finalmente llegaron a tiempo para quedar en el primer lugar de las presentaciones. Luego de ser presentadas a la importante familia y confirmar que el hijo del duque se demoraba mucho en saludar a Abby, se sintió tranquila y satisfecha, con la tarea cumplida.

—Cariño, deberías pasearte por el salón para que los jóvenes se anoten en tu carnet— propuso empujándola para que entrara al salón principal— Lord Brightman podría anotarse si estás atenta.
—Eso pensaba hacer— dijo la chica mirando alrededor para ver si encontraba a alguna amiga.

Sus amigas solteras se contaban con los dedos de una mano. Las sobrinas de De Brun estaban casadas; su amiga Scarlett, la cuñada de Aidan, se había casado unos meses atrás. Descubrió en un grupo cercano a dos conocidas que siempre frecuentaba en la ciudad y se dirigió a saludarlas.

—Abby, no sabíamos que estaba en la ciudad.
—Llegué hace un par de días. Emily no me dejado salir preparándonos para este magno evento — dijo con ironía.
—Es un evento tan importante— señaló Patricia Clay, una chica morena y delgada con gestos muy elegantes.
—¿Ya lo conoció? — preguntó la otra, que se llamaba Lena Goring y era rubia como Abby, pero con unos ojos azules muy pequeños y algo juntos.
—¿A quién?
—A Lord Brightman, el hijo del duque. Dicen que es muy guapo.
—Acabo de verlo en la puerta— declaró Abby pensando en el joven— es guapo de alguna manera, aunque tiene la frente muy amplia— agregó.
—Por lo menos tiene bien puesto los ojos— afirmó Paty que sabía que Abby era muy crítica en ese sentido.
—Diría que si— dijo Abby reconociendo que el hombre era bastante atractivo.
—Viene hacia acá— advirtió la morena tratando de disimular y haciendo que las otras guardaran silencio.

El joven se aproximó lentamente y su atención se dirigió en seguida a Abby que lo miraba atenta.

Sus amigas estaban expectantes.

—Señorita…
—Hart— le aclaró ella al ver que no la recordaba. Mala señal… o una táctica vieja— pensó después.
—Señorita Hart, me complacería mucho poder anotarme en su carnet de baile— añadió esperando que ella se lo permitiera.
—Por supuesto, mi lord— señaló extendiendo el carnet para que pudiera escribir sus señas.
—Espero que me conceda el primer baile.
—Por supuesto, mi lord. Estoy muy honrada— dijo la chica sonriendo con dulzura— permítame presentarle a las señoritas.
—Por supuesto, lamento mi grosería— dijo el hombre poniendo recién sus ojos en las otras chicas.
—Patricia Clay y Lena Goring— las presentó, esperando que él besara sus manos y las chicas se inclinaran en señal de respeto.
—La veo más tarde— dijo el hombre al retirarse.
—Muy guapo— dijo la rubia— creo que tiene interés en usted. No lo estropee— agregó mirando a la chica con enfado.
—¿Por qué lo dice?
—La temporada pasada hubo dos propuestas que rechazó— le aclaró Paty.
—No fueron propuestas realmente, no alcanzaron a concretarse.
—El señor Meadows era bastante interesante.
—Su madre dirigía su vida. No voy a meterme allí— sentenció Abby pidiendo a las chicas que fueran a buscar un ponche antes de que comenzara a tocar la orquesta.

Las chicas se fueron caminando hasta la mesa de los refrescos y Abby aprovechó de observar a la concurrencia. A lo lejos vio que lord Brightman la observaba también y pensó que podía ser divertido conocer más a un futuro duque. Más allá reconoció a los Humphries que conversaban en un grupo; Blake estaba con ellos. El chico era uno de sus mejores amigos y seguía soltero por lo que las madres lo acechaban como Emily a ella. Chapel estaba a punto de casarse también y llevaba del brazo a la señorita Callaghan y su madre que serían su futura familia. Los saludó con un movimiento gracioso de su mano, para seguir recorriendo el lugar y revisando a la concurrencia.
En medio de toda esa gente se sentía medio perdida. No se había casado porque no se había enamorado, lo que era su primera condición. A falta de eso las chicas se casaban para cumplir con la presión social, lo que a ella le importaba poco. Luego estaba el sentirse sola y necesitar compañía, pero eso no le pasaba. Siempre tenía algo qué hacer, algo que inventar, panoramas interesantes y todos sus hermanos vivían en distintos sitios, por lo que frecuentaba muchos lugares y a mucha gente divertida. Se entretenía mucho con la gente mayor. El suegro de Liam era un gran conversador. Incluso el barón Sutton se había hecho asiduo a la casa y se había revelado como un hombre aventurero en su juventud y contador de sabrosas historias, hasta pícaras. Su hermano Aidan y Melany aun residían en Surrey a la espera de que su casa de la ciudad estuviera acondicionada para mudarse y al término de la temporada esperaba poder visitarlos.

La fiesta se desarrolló con bastante ánimo, hubo mucho espacio para el baile, se sirvió comida deliciosa, demasiado ponche para muchas y más de alguno terminó borracho, la peor situación cuando se trataba de codearse con un duque, pero afortunadamente los borrachos brotaron luego

de que el señor se marchara y se le evitó el vergonzoso espectáculo. Cuando lord Brightman se retiraba se despidió de ella, le besó la mano y le dijo algunas frases que demostraban que lo había interesado.

—Espero volver a verla— dijo soltando sus dedos y mirándola con intensidad.
—Creo que así será. Si le gusta el teatro no veremos en alguna función o tal vez si visita el parque por las mañanas nos crucemos por ahí. En ocasiones me gusta cabalgar por el parque.
—Nos encontraremos seguramente— dijo él haciendo un elegante saludo de despedida y retirándose del lugar.

Emily se acercó en seguida para enterarse de lo que habían hablado. La muchacha la tuvo en ascuas por un momento.

—¿No me vas a contar?
—No hay nada que contar.
—Fuiste la primera que bailó con él y se despidió de ti especialmente. No lo hizo con todas las chicas.
—Porque yo soy fascinante y no se pudo resistir— bromeó la muchacha.
—Dime, ¿qué te dijo? ¿te visitará mañana?
—No dijo nada de eso— aclaró en seguida— solamente me aseguró que nos encontraríamos por ahí.
—Bastante poco formal— señaló Emily decepcionada— claro que el hijo de un duque se tiene que hacer de rogar un poco.
—Por supuesto, sino no tendría ningún valor— manifestó la chica siguiendo a su hermana que salía de la mansión del brazo de Ryan— te recomiendo que mañana te levantes temprano, un par de chicos mostró ganas de ir a perder el tiempo a tu casa.
—¿De veras? — se alegró Emily— a falta de un futuro duque podemos alentar a otros mientras tanto. ¿quién irá?
—Mason, Chamberlain… y Meadows…de nuevo.
—¡No!
—Si— dijo Abby con melancolía.

## Capítulo II

En la mansión de los Ashfield aquella tarde se habían reunido familiares y amigos para celebrar el cumpleaños de Abigail. Los Hamiton y los Humphries se reían de la ejecución que una amiga de la casa estaba haciendo de una tonada muy festiva. Emily estaba emocionada con tener a parte de la familia en su hogar. Se alegró bastante al ver llegar al conde que aparecía junto con su esposa y los bebés. Todo el mundo se quedaba en el Harland y ellos no eran la excepción.

—Qué bueno que llegaron— dijo Emily recibiendo a uno de los niños en sus brazos— Espero que la habitación que les designaron les haya gustado.
—Es perfecta, te agradezco que nos hayan recibido tan bien.
—Por supuesto que los recibirán bien, son invitados especiales. Tus niños están hermosos.
—Y muy activos — reclamó Rowena— que venía con la pequeña en sus brazos— pero Daisy se acaba de dormir— agregó pidiendo que bajarán un poco el volumen de las voces.
—Querida, lleve a los niños a la habitación que le tenemos preparada— dijo la dueña de casa hablando a la niñera— señora Hudson, llamó despacio, por favor instale a la señorita.
—Sígame, por aquí— dijo el ama de llaves que lucía muy elegante aquella noche.
—¿Cómo está la cumpleañera? — preguntó la pelirroja corriendo a abrazar a la más pequeña de las Hart adultas.
—Divirtiéndome con todos estos granujas— dijo mostrando a Robinson, que bailaba al compás del piano que la señorita Goring ejecutaba tan vivazmente.
—Te ves hermosa— dijo adulándola— ese vestido parece hecho para una princesa.
—No he perdido la esperanza de serlo, querida— dijo la chica mirando a su hermano mayor que en ese momento se separaba de Hamilton con el que siempre tenía temas que tratar.
—¡Estás tan grande! — dijo Liam abrazándola fuertemente sin dejarla respirar.
—Cariño, la vas a ahogar— señaló Rowena riendo.
—Me vas a estropear el peinado que es peor— bromeó Abby sonriendo y abrazando a su hermano también.
—Señorita Hart, luce primorosa— dijo el padre de la condesa que llegaba acompañando a la pareja.
—Señor Duncan, usted es muy adulador— dijo la chica riendo de las expresiones antiguas del hombre.
—Lo que usted se merece, nada más.
—Creo que es hora de pasar al comedor— ordenó Emily que tenía todo perfectamente cronometrado para esa noche.
—Espero que tengas pescado frito— dijo Robinson— es mi preferido.
—Lamentablemente no es tu cumpleaños, chico— dijo Abby golpeándolo en el hombro— se ha preparado el pavo relleno favorito de la agasajada, que sería yo.
—Me encanta el pavo que hace la señora James. La cobertura de almendras que le coloca y esa salsa suave y melosa— declaró Christine con pasión haciendo que todos la miraran asustados.
—¡No estarás en cinta otra vez…! — se atrevió a decir Abby.
—No— dijo ella tajante mirando a su esposo— por lo menos no lo creo— agregó haciendo que el hombre comenzara a preocuparse.

En el comedor, el grupo se dedicó a compartir y a seguir relatando anécdotas de sus últimos viajes, historias de familia y los futuros planes que tenían para la temporada. Abigail disfrutaba comiendo el postre de fresas que había pedido especialmente y se reía con sus amistades. Lena y Patricia, sus compañeras habituales en la ciudad reían también de las ridiculeces que hacían los

jóvenes en las fiestas.

—Me dijo que si lo rechazaba se iba a lanzar del puente— bromeó la chica Goring.
—¿Lo aceptó? — preguntó Paty interesada.
—¡No! — exclamó Lena horrorizada— le dije que me avisara cuando se lanzaría para no estar allí— rio después — ¿fui muy cruel?
—Claro que no. No lo decía en serio, espero— aclaró Abby— sino sería un pelmazo.
—Creo que lo es— reflexionó la chica pensando en el pobre señor Almay.
—Ayer en la fiesta de los Campbell me encontré al señor Brightman— confesó Abby interesando a la otra chica — me pidió un baile y luego me ofreció un ponche que el mismo fue a buscar con sus lindas manitas— declaró orgullosa— ¿qué cree?
—Es hijo de un duque, no es un mal partido— dijo Lena impresionada.
—No. No lo es.
—¿No le gusta? — preguntó interesada.
—Es un hombre interesante, pero es algo arrogante.
—Tiene que serlo, es hijo del duque.
—No le veo mérito a eso— dijo Abby siendo exigente— es un título que ostenta desde la cuna.
—Es un hombre serio, no se ha sabido de escándalos. Otros hijos de nobles tan prominentes no pueden decir lo mismo.
—Es cierto, mantiene una buena reputación— dijo Abby asintiendo— o mantiene ocultas sus aventuras.
—Como todos los hombres— señaló Paty con cinismo.
—No todos. Pero le cedo que son bastantes— dijo Abby saboreando la cuchara que ya no tenía nada de dulce en ella.
—¿Qué más le dijo?
—Decirme, no me dijo nada— reconoció Abby— obviamente alabó mis facciones, mi vestido y mi talento para el baile.
—Es suficiente— dijo Lena sonriendo— yo que usted empiezo a preparar el ajuar— agrego haciendo reír a sus acompañantes.

Cuando ya se terminaba la noche, los invitados conversaban animadamente en pequeños grupos. Las damas se regocijaban de contar anécdotas de sus pequeños, que entre todas hacían un batallón, las chicas se secreteaban en uno de los divanes hablando de chicos, los jóvenes fumaban en el salón contiguo y los padres de familia, junto con el conde y Hamilton hablaban de negocios, un tema recurrente en sus reuniones.

—Hay muchos inversionistas buscando nuevos negocios— dijo el barón— me enteré de que llegarán algunos americanos.
—Cada cierto tiempo los tenemos por acá.
—Podría ser interesante si quisieran buscar innovación— dijo Liam— Aidan y sus socios tienen muchos planes, están diseñando una maquina impresionante. Freeman llegará en estos días, no sé si mi hermano vendrá con él. Siempre buscan inversionistas.
—Sería bueno que llegaran con dinero fresco para potenciar la economía— dijo otro.
—El marqués no quiere saber nada de nuevos negocios— declaró Robinson— mi padre es un hombre muy tradicional. No quiere nada más que caballos e inquilinos— rio.
—Tu padre siempre ha sido un hombre muy conservador— declaró Liam que conocía al señor desde siempre— no le vas a convencer jamás de que te patrocine tus ideas.
—Así parece.

—El Harland está a más no poder— dijo Harlow pensativo— debe ser por eso. Han confirmado bastantes reservas para la próxima semana.
—Debe ser por la feria que van a realizar.
—No tenía idea que ya empezaba la feria— dijo el señor Duncan que siempre estaba pendiente de nuevos negocios— deberé preocuparme de eso. Estoy tratando de encontrar buenas materias primas.
—Parece que la próxima semana la ciudad se llenará de gente— dijo Humphries queriendo escapar al campo.

Abby escuchaba a los hombres, interesada en lo que hablaban. Siempre había tenido en su mente la idea de hacer algo con su creatividad, pero salvo algunos momentos en los que se divertía realizando diseños de vestidos que les regalaba a sus amigas, el resto de su vida era pura monotonía. A veces se lamentaba de ser mujer en esa sociedad que las relegaba tanto. En otros lugares del mundo las mujeres tenían mayor participación en la vida de la comunidad, lo había leído en algunos mamotretos que había en casa.

—¿Qué tienes? — preguntó una de las chicas que había invitado que se disponía a retirarse a su casa.
—Nada, algunas ideas que tengo en mente.
—Tiene que pensar en el hijo del duque y en que se interese por usted. Es la chica que tiene más posibilidades esta temporada.
—No lo creo, ya soy una veterana para todo el ganado que hay disponible.
—¡Cómo dice eso! — se enfadó la otra— no somos ganado.
—Claro que lo somos. Parecemos novillos en exposición, para que nuestros nuevos dueños nos elijan— señaló dejando a la chica asombrada.
—Tenemos que ir a esa feria de la que hablaban entonces— bromeó Lena— a lo mejor el hijo del duque busca un novillo— agregó riendo y haciendo reír a Abby también.

Unos días después, Abigail Hart y algunas amistades recorrían el parque central luciendo sus mejores galas. Efectivamente, había muchos turistas en la ciudad a propósito de aquella dichosa feria que se había instalado. Muchos hombres adinerados y damas de alta alcurnia recorrían el parque al igual que ellas. Las amigas de Abby se separaron un momento y al dejarla sola se encontró de pronto en medio de un grupo de mujeres que hablaban acerca de trapos.

—Ya estoy cansada de esta ropa, tengo muchas ganas de viajar a Paris, traeré nuevos modelos que espero lucir en las fiestas de fin de año.
—Aquí no se confecciona nada como lo que pude ver en Italia. Sería maravilloso tener tanta calidad como la que hay en aquel sitio. Lamento no poder viajar hasta el año próximo, mi hija tendrá el bebé a fines de enero.
—Mi hija estuvo en la India hace unos meses, dijo que las telas y los atuendos que usan aquellas mujeres eran envidiables.

Todas las damas alababan la confección de otras tierras, Abigail las escuchaba y pensaba que ella podría demostrarles lo novedosa que podría ser la moda en la ciudad si las mujeres se atrevieran a experimentar un poco más. Cada vez que ella aparecía con algún vestido original sus amigas se horrorizaban. Esa tarde llevaba un tradicional traje de tarde adecuado para salir a pasear al parque, sus amigas se veían igual de aburridas.

Afortunadamente, la ciudad era un lugar diverso y su familia tenía muchas conexiones. El

Harland estaba organizando un baile de máscaras para celebrar su aniversario y ella esperaba dar que hablar con el atuendo espectacular que tenía en mente. Se reía al pensar cómo se lo tomaría Emily cuando viera sus intenciones pues, aunque el traje no sería nada escandaloso, sí que resultaría novedoso y muy original. Se sentó a esperar que sus amigas volvieran y de pronto vio a dos chicas que se detuvieron a sus espaldas entretenidas en mirar el escaparate de la tienda de la madame Leroy, un atelier francés que de francés tenía bien poco porque la señora era de Liverpool y engañaba a todo el mundo. Las muchachas se lamentaban de su suerte.

—Jamás podría lucir algo así— decía una de las chicas— esos vestidos son inalcanzables para chicas como nosotras.
—Por supuesto. No tenemos tampoco dónde lucirlos— dijo la otra que observaba los detalles de la falda— mira esa tela, parece un capullo— agregaba suspirando.
—Claro que podríamos lucirlos en alguna ocasión importante. Mi amiga Brenda se va a comprometer en unos meses y sería espectacular poder tener algo así para lucir.
—No sueñes, amiga. Las chicas como nosotras tenemos que vestirnos con telas baratas y diseños regulares.
—Sería muy lindo ese vestido con el escote más redondo. Puedo decirle a mamá que lo copie— dijo la muchacha que tenía una madre talentosa.
—No abuses— pedía la otra— tu madre estaría un año replicando algo como eso— señaló golpeando a su amiga en la barriga— mejor modifica alguno de tus vestidos antiguos. Le dejas la base y le haces algo bonito para cubrir el corpiño.
—Es una buena idea— respondió su amiga— lamentablemente las telas que venden en esta ciudad y que puedo comprar son bastantes horribles.
—Si quieres podemos revisar mi buhardilla. Mamá guarda vestidos de su abuela y podrías hallar algo que te sirva. Están algo apolillados nada más.
—Gracias, amiga. Me encanta la idea. Por último, puedo recuperar algún encaje. Antes las damas lucían ropajes carísimos.

Abigail vio cómo se retiraban del lugar caminando del brazo y soñando con sus nuevos atuendos y sus poco probables posibilidades de tenerlos. Se sintió incómoda al ver a esas chicas que no tenían oportunidades y que eran tan bonitas y tal vez más educadas que algunas de sus amistades con dinero, que no valoraban el tener recursos y que elegían ropa con pésimo gusto o a veces al gusto de sus madres, que era mucho peor.

Se levantó de su sitio y se olvidó de sus amigas. Decidió regresar a casa para revisar algunas ideas que había estado desarrollando. Suspiró profundo y sonrió para sí misma. Su cabeza estaba empezando a fraguar algunas ideas y necesitaba un oído que la escuchara. Ya sabía dónde acudir.

## Capítulo III

Abby siempre se sentía a gusto en casa de los Hamilton. Harper estaba sentada en el suelo jugando con el pequeño James Ethan, que estaba embadurnado de caramelo y la tenía a ella igual de empalagosa que sus manos.

—¿Qué te trae por acá? — preguntó su prima quitándole el caramelo al niño y dejándolo sobre una tarjeta.
—Vine a hacerte una visita de cortesía— dijo la chica rubia que vestía de un oscuro azul y llevaba unos guantes grises muy a la moda.
—Tú no haces visitas de cortesía. Tú abusas de mi confianza. Algo quieres— dijo Harper sonriendo y entregando el niño a la chica que lo cuidaba— voy en seguida, Rita. Prepare al niño para bañarlo sino su padre dará el grito en el cielo cuando llegue y vea cómo se ha puesto.
—¿Tu esposo no está?
—No regresa todavía, pero debe estar por aparecer. Se reunió con Harlow y Liam en el Harland.
—¿Lo necesitas?
—Quería pedirle una opinión— dijo Abby sentándose junto a su prima que se levantaba del suelo y se lanzaba sobre el sillón.
—Me contaron que te han visto muy cercana con el hijo del duque.
—No diría que cercana. Hemos tenido algunos encuentros dancísticos.
—¿Algo que contarme?
—Nada en realidad— dijo Abby decepcionada— parecía un hombre interesante, pero la verdad es que es un poco vanidoso, algo narciso con tendencia a preocuparse de él y sólo de él.
—Veo que ya no te fijas solo en los ojos— rio Harper— estás haciendo un estudio de su personalidad.
—Es muy obvio.
—Dicen que es muy guapo— señaló Harper tratando de sondear a su prima— ¿o hay otro más guapo rondando?
—No me importa si el hombre es guapo, espero que sea más bien interesante, aunque no tiene por qué ser feo tampoco— aclaró Abby— aunque tampoco estoy desesperada buscando.
—Claro que no. Las Hart jamás hemos estado desesperadas— dijo bromeando— ni siquiera Emily que languidecía por el hombre de hielo, ni yo que lloraba por los rincones por Conrad.
—¿Ves? no me llama la atención enamorarme si voy a andar como tonta por ahí— declaró la chica con indiferencia.
—¡Atrevida! — dijo Harper lanzándole un cojín por la cabeza.
—Prefiero ser como Rowena, se apropió de Liam tratándolo a las patadas.
—La condesa es admirable— rio Harper— bueno, ¿Qué te traes con mi marido?
—Quiero que hablemos de negocios— dijo la chica haciendo que su prima se sorprendiera.
—¡No querrás que haga un arreglo matrimonial! — exclamó asustada.
—Claro que no, ni en sueños— alcanzó a decir cuando el señor Hamilton aparecía en medio del salón.
—Buenas tardes, hermosas damas— dijo acariciando a su esposa en la mejilla y saludando a Abby con una inclinación de cabeza— ¿me esperaban para tomar el té?
—Nunca tomas el té, querido— aclaró su esposa.
—Las dejo entonces, para que sigan arreglando el mundo.
—Claro que no, te quedas. Abby quiere hablarte— ordenó la chica— yo voy a ver al niño que debe tener a la pobre Rita sumergida en la bañera.

Harper desapareció por las escaleras y el dueño de casa llamó a uno de los mozos para que le trajera un trago.

—Te ofrecería algo de beber, pero creo que no tenemos nada adecuado para una dama— dijo invitándola a entrar en el despacho que estaba a un costado del salón.
—Un brandy estaría bien— dijo ella para molestarlo.
—¿De veras?
—No, estoy bromeando. No acostumbro a beber tragos, me pongo un poco mareada nada más probarlos y luego empiezo a hablar sandeces.
—Debes cuidarte de ellos entonces— dijo el moreno recibiendo un vaso desde la bandeja del mozo— ¿para qué soy bueno?
—Para escuchar algunas tonterías que se me ocurrieron.
—No creo que a ti se te ocurran tonterías. Eres bastante lista.
—Creo que me habría ido mejor que a Aidan si se me permitiera haber estudiado, pero en fin, esos privilegios no son para nosotras las dulces chicas.
—No sabía de tus resentimientos.
—Los tengo, pero no los divulgo— dijo ella— da lo mismo, quiero contarte algo que se me ocurrió, pero espero que no te burles.
—No me burlaría de ti— dijo muy serio— a menos que sea una tontería demasiado grande.
—¿Ves? no crees en mi ingenio.
—Estoy bromeando, prima— dijo burlándose— te escucho.

Abby se acomodó en el sofá y comenzó a describir algunas ideas que tenía en mente, Conrad la escuchaba atento.

—Escuché a estas chicas hablando y se me ocurrió que no tiene por qué ser así.
—¿A qué te refieres?
—He pensado que la ropa no debería ser tan cara. Esa señora Leroy ni siquiera es francesa y seguramente compra las telas en la ciudad.
—Puede ser.
—Debe hacerse rica cobrando los precios que cobra por algo de trabajo que no tiene nada de original, porque ocupa patrones antiguos y ni siquiera hay variedad. Los vestidos son todos más de lo mismo.
—Ya— dijo Conrad esperando comprender— ¿y tu idea es…
—Tú sabrás que siempre he sido inquieta y que muchos de los vestidos de mis amigas, incluso los de tu esposa son diseños míos.
—Algo he oído, te alaban bastante el gusto.
—Claro, tengo excelente gusto. Soy hija de lady Agnes Hart y mi abuela Olivia era una referente de la moda en sus tiempos y lo fue hasta sus últimos días— declaró la chica orgullosa— Emily es la elegancia personificada y hasta Peyton tiene un gusto bastante decente— rio.
—¿Qué pretendes?
—Si se calcula el precio de la tela necesaria, los insumos, el diseño original y otras cosas a considerar y se suman ¿sería el costo de un vestido?
—Claro.

Abby tomó su bolso y sacó desde el interior una libreta pequeña, tomó el lápiz que llevaba dentro y anotó algunas cosas en una de las hojas, luego se lo entregó a Hamilton que lo leyó interesado.

—¿Qué crees? — dijo ella.
—Me parece un cálculo correcto— dijo él mirando el papel con atención— la suma de todo esto es baja.
—Ese sería el costo de un vestido como el que llevo puesto— dijo ella segura— libras más, libras menos.
—Si, ese podría ser el costo.
—La modista lo vendería en mucho más, quizás cuadruplique ese valor. ¿No te parece impagable para una chica de escasos recursos? A ese precio no podría comprarse un vestido al año.
—Es probable que así sea. Por eso se dejan vestir por sus madres que les confeccionan ropa sencilla.
—Y bastante fea, debo decir— señaló ella molesta— de precaria confección y escaso gusto.
—La señora esa realmente se está haciendo rica con esos precios— dijo Hamilton silbando.
—Y tampoco son la gran cosa. Son replicas unos de otros de distinto color, nada original.
—¿Cuál es tu idea?
—Si se vendieran sólo en el doble de su precio podrían comprarlos más chicas.
—Si, se obtendría menos dinero con cada uno, pero tendría más vestidos vendidos.
—Exacto. Quiero hacerlo.
—¿Qué cosa?
—Colocar un negocio de venta de vestidos para chicas con menos dinero. La señora Leroy dejará de embaucarlas.
—No puedes hacer eso— advirtió Hamilton asombrado de la idea. Era una gran idea, pero no aplicable en el caso— eres una dama de alta sociedad, no puedes ser una comerciante.
—Claro que puede— señaló Harper que estaba parada en la puerta, donde ellos no la habían notado al estar enfrascados en su conversación.
—No es el momento de aplaudir la rebeldía, cariño. Liam jamás lo permitiría.
—Por eso no se lo comenté a él.
—No tiene por qué saberlo— declaró la señora Hamilton.
—No podemos engañarlo— manifestó Hamilton preocupado.
—¿No crees que sería un negocio interesante? — preguntó su esposa buscando convencerlo.
—Es arriesgado. Podría no resultar— dijo dudoso— necesitarías un inversionista, que no puedo ser yo, porque la fortuna del marqués está limitada a los negocios en los que puedo invertir y en ningún caso sería en ropa de dama.
—Podrías buscar alguno. Anda tanto americano esta semana en la ciudad— propuso su esposa.
—Si, podrías averiguar si hay algún americano que tenga ideas innovadoras en su cabeza— propuso Abby— Las mujeres gastan mucho en su apariencia
—Pregúntale al señor Duncan— advirtió Harper— se ha hecho una fortuna con los jabones y los potingues que vende.
—Habría que hacer un plan de negocio— dijo Hamilton pensando en voz alta.
—Creo que incluso podrían ser más baratos, si se hicieran muchos vestidos iguales y sólo se ajustaran al cuerpo de la mujer y se le agregarán algunos adornos que los hicieran diferentes.
—Se podría usar mejor la tela cortando varios vestidos desde la misma pieza— reflexionó Conrad empezando a entusiasmarse con la idea.
—Si ves el vestido que lleva Harper es igual a otro que le diseñe a Emily, pero este tiene el adorno en la manga que es distinto y el otro tiene unas rosas de tela en el escote.
—Pensé que mi vestido era un diseño original— reclamó Harper.
—De alguna forma lo es. Ni tú notaste que era la misma base— declaró Abby orgullosa.

Un momento después, la chiquilla se retiró de casa de los Hamilton cuando el coche la vino a buscar. Conrad pensaba en lo que la chica había ideado y le pareció una idea interesante.

—¿Qué crees? — preguntó Harper recibiendo una copa con un líquido amarillento que él le entregaba— ¿muy descabellado?
—Original, diría yo.
—Me parece una buena idea, Abby no necesita ganar dinero y su creatividad se está rebasando, le hace falta enfocarse en algo que le interese de verdad.
—Estaba pensando dónde encontrar el dinero— señaló Hamilton pensativo— creo que tengo una idea— añadió asintiendo.

## Capítulo IV

Dos semanas más tarde, en casa de los Harlow se preparaban nuevamente para salir a una fiesta. Emily que estaba recién embarazada no quería perderse toda la actividad de la ciudad, que en plena temporada era bastante divertida para quienes no tenían que buscar un esposo. Abigail no estaba tan complacida, se aburría enormemente en medio de toda esa gente que no tenía nunca temas de conversación.

—Lena está muy entusiasmada con un americano que está de visita— dijo colocándose sus guantes.
—Y tú ¿te entusiasma Brightman tal vez?
—No está mal, pero creo que se ha ido a Escocia por unas semanas.
—Bueno, mientras regresa podemos mantenernos atentas a nuevas opciones— dijo Emiliy sonriendo a su hermana pequeña.
—Querida, hablas como si estuvieras comprando sombreros— intervino Ryan que bajaba las escaleras para dirigirse a su despacho.
—Los sombreros son más divertidos— dijo Abby colocándose su capa y arreglando su escote.
—Has crecido bastante— dijo su hermana tratando de tocar sus pechos.
—¡Deja eso! — protestó la chica— gracias a Dios me desarrollé finalmente.
—Y bastante— dijo su hermana recibiendo su capa ahora de manos de Jones y caminando hacia la puerta.
—¿Tu esposo se queda?
—No logré convencerlo. Dos eventos en el mes es más de lo que me concede.
—Es sabio. Además, puede hacerlo— reclamó Abby— los hombres no tienen que estar cumpliendo tantos ritos— agregó enfadada.
—Nosotras debemos cumplirlos. Es la tercera fiesta de la temporada, muchas chicas aparecerán con malas intenciones. Se van a disputar la atención de los chicos de manera agresiva.
—Todos están pendientes de Gricel Purefoy, es la más adinerada y bella de las debutantes.
—La fiesta de los Monaghan es una gran ocasión para conocer esposo. Tú no eres la debutante estrella de la temporada, pero eres la más bella de la ciudad, así que pon de tu parte y conoce chicos, por favor.
—Creo que ya los conozco a todos— señaló sacando cuentas— hemos tenidos tres visitantes esta semana…no cuento a Medows.
—Si es astuto ya habrá comprendido que no estás interesada. Podrías presentárselo a alguna de tus amigas.
—Puede ser, Patricia no está reticente a tener una suegra dominante— dijo riendo— aunque Felicity Lewis está desesperada, ya es su cuarta temporada y no es una niña.
—Tampoco te dediques a buscarle esposo a otras. Preocúpate de tu lista.
—¿Cómo sabes que tengo una lista?
—No sé si la tienes, pero deberías tenerla. Para concentrarnos— pidió sonriendo y tomando la mano de la chica y apretándosela.
—Pobre Gracie, cuando esté en edad de atraer pretendientes te vas a convertir en una mujer tan temible como la madre de Meadows.
—¡Peor! — afirmó Emily riendo.

Al llegar a la fiesta se encontraron con algunos conocidos. La baronesa de Humphries fue la primera en acercarse para comentar los pelambres de la ciudad. Era la tercera fiesta de la

temporada, faltaba mucho para el fin de esa época y no había muchos escándalos que comentar.

—Nada importante, la señorita Higgins tuvo un percance con su vestido hace un momento, creo que se le ha roto.
—Que lamentable— dijo Abby mirando alrededor para ver si había alguien interesante.
—Y ayer en la velada de los Morley, el señor Jefferson se emborrachó y termino tendido en uno de los cuartos…tendido en el suelo— reía Christine.
—Nada nuevo— dijo Emily recordando que todas las temporadas tenían borrachos.
—Oh— dijo Christine llamando la atención de sus amigas— tengo algo nuevo. Han llegado unas amistades de Austin, algunas señoras que visitan la ciudad para preparar el ajuar de una de sus parientes.
—Gente nueva, por fin.
—Si, no las convencí de venir, pero mañana las invité a almorzar al Harland. Podrías venir para que las conozcas.
—Me encantaría, Ryan podría traernos temprano a la ciudad— propuso mirando a Abby que asintió con indiferencia.
—El hijo del duque no está— declaró Christine decepcionada— pero hay varios chicos guapos entre la concurrencia— agregó señalando con el abanico cerrado hacia el salón— mira ese moreno que conversa con Austin, creo que es americano. Se ve bastante bien— agregó— y ese otro— añadió mostrando a un pelirrojo algo mayor— un hombre maduro podría ser interesante también.
—Eso sí que no. No voy a casarme con un veterano al que tenga que cuidar sus achaques de viejo— dijo Abby enfadada con su amiga— si hay que sufrir este suplicio que sea con alguien que me dé una buena vida.
—El príncipe sigue disponible— dijo Emily, pues Abby siempre bromeaba con eso.
—Creo que se está haciendo algo mayor— señaló Abby mostrando poco interés por su majestad.

Las amigas continuaron conversando en medio del salón. Luego la fiesta se comenzó a animar, las parejas repletaron el salón de baile y Abby se reunió con sus amigas y otros chicos. Las mayores aprovecharon de conversar de las últimas novedades de la ciudad.

—Creo que regresaremos al campo. La temporada no tiene nada de interesante.
—Obvio, te gustan los escándalos y en este pueblo hace tiempo que no tenemos alguno— declaró Emily.
—Desde el escándalo de la señorita Sutton nada ha logrado cautivar mi interés.
—Y finalmente terminó siendo otro escándalo — dijo Emily recordando todo lo sucedido con su hermano y su cuñada meses atrás.
—¿Cómo te has sentido?
—Bastante bien— dijo Emily mirando de reojo su barriga que no denotaba todavía el embarazo de manera notoria.
—Los primeros meses de Timmy fueron para mí bastante buenos, quizás será varoncito.
—Creo que Ryan así lo espera.
—Por la descendencia, seguramente— dijo Christine con desprecio.
—No, porque no desea tener más niñas que tener que cuidar de las aves de rapíña que buscan herederas. Será muy celoso con sus hijas.
—Como lo es contigo— dijo la baronesa de Humphries.
—No es celoso conmigo— aclaró Emily— solamente preocupado— agregó riendo satisfecha.

Abigail se divirtió bastante esa noche, pero su mente estaba sumergida en sus ideas. Pasó revista a todas las chicas que bailaban en el salón y confirmó que los vestidos de aquella temporada no tenían nada de originales. Las muchachas aparecían uniformadas, con colores tenues, muchos vuelos angelicales y enormes faldones que eran aparatosos y molestos. Tenía en su cabeza bastantes ideas, pero Hamilton aun no conseguía lo que esperaba.

Al día siguiente por la mañana, las amigas se reunían nuevamente para almorzar. Christine las esperaba en una mesa muy bien atendida, en la que la acompañaban tres damas que se notaba eran de alta cuna. Abby quedó sorprendida del estilo y la elegancia de las visitantes, se notaba que venían de familias prominentes.

—Emily querida, te presento a lady Redmayne, su suegra lady Miranda y su cuñada la señorita Claire— dijo señalando a cada una— señoras, les presentó a lady Ashfield— agregó ofreciendo un asiento a su amiga.
—Encantada— dijo Emily introduciendo a su hermana en la conversación— Abigail es mi hermana menor— señaló indicando a la chica que se sentaba junto a ellas.
—Además, lady Ashfield es la dueña de todo esto— recalcó Christine orgullosa.
—Mi lady, un honor conocerla. Lady Humphries nos habló mucho de este lugar. Dicen que la comida es excelente.
—Tratamos de que sea acogedor— dijo Emily observando el comedor del Harland repleto de gente— ¿Están hospedadas aquí?
—No, nos quedamos en casa de mi hermana— dijo la señora mayor que lucía demasiado perfecta enfundada en un traje de corte muy serio.
—Lady Miranda es hermana de la señora Newmark.
—Por supuesto, la conozco— dijo Emily impresionada— qué pequeño es el mundo.
—Si, realmente lo es— declaró lady Redmayne que era una muchacha trigueña de ojos oscuros y bastante guapa. Mientras lo decía miraba a Abby que estaba en silencio.
—Les decía a las señoras que esta noche habrá una gala de teatro que no se pueden perder.
—Por supuesto, hay un recital de la señora McLaren. Es fabulosa.
—He oído de ella— dijo lady Redmayne— ¿Qué le parece si asistimos? — preguntó entusiasmando a su suegra.
—No creo que quede espacio si es tan fabulosa, Louise— dijo la señora.
—Tienen que venir a nuestro palco— ofreció Christine— tenemos un sitio bastante bien ubicado.
—Es demasiado amable, baronesa— declaró la dama— acepto encantada.
—¿Qué las trajo por la ciudad? — preguntó Emily llamando a uno de los mozos que corrió presuroso— ¿un aperitivo? Mientras esperamos que el maître se acerque— ofreció golpeando a Abby con la pierna para que dejara de estar jugando con unas migajas que había sobre la mesa.
—¡Oh! — dijo lady Miranda asombrada de la calidad de la atención— la decoración es muy elegante.
—Y la comida le va a encantar. Tenemos un chef nacional y otro francés— declaró Emily saludando al señor encargado de dirigir el servicio del restaurante del Harland— Monsieur Prat, las damas quisieran comer lo más delicioso de la carta— pidió sonriendo al señor.
—Encantadoras damas, podemos ofrecerles salmón Wellington, roast beef con salsa de arándanos y grosellas, o un abadejo al cilantro con costra de papas, de postre un pudding.
—Es mucha tentación— dijo la dama saboreándose.
—O tal vez prefiera algo más sofisticado. Quiche de alcachofas, unas crepes rellenas de verduras

salteadas, alguna ensalada, de postre unos eclairs magníficos— terminó el señor arreglándose el bigote que le sobraba a ambos lados de la boca.
—No sabría qué elegir— señaló la señora sorprendida de la atención.
—Creo que yo comeré los crepes— dijo lady Redmayne.
—Yo deseo el roast beef— exclamó Christine entusiasmada— pero que lo acompañen con esa salsa de setas y queso que parece deshacerse en la boca.
—Excelente elección— señaló el señor Prat.
—Para mí el abadejo, pero sin la costra de papas, por favor— pidió Emily— y una ensalada de col y zanahoria.
—Yo espero que nos recomiende el señor— dijo lady Miranda hablando a su hija.
—A la señora le recomiendo el quiche de alcachofas, es un plato premiado— declaró el señor orgulloso— a la señorita tal vez le guste una ensalada o una ternera cordon blue.
—La ternera, por favor— dijo la chica y la madre aceptó el quiche que el señor ofrecía.
—Yo quiero pescado con papas fritas, Monsieur Prat— pidió Abby dejando a todas consternadas.
—En seguida, señorita. Siempre tenemos su plato preferido— dijo el maître suspirando horrorizado como en cada ocasión en que la chica pedía ese plato.

Las damas siguieron conversando mientras los mozos servían la mesa. Las Redmayne estaban impresionadas del servicio del hotel y de la agradable compañía de las Hart y de la baronesa. Cuando el almuerzo acabó ya eran grandes amigas, descubrieron conocidos en común y hasta se habían organizado para volver en unos meses cuando el ajuar de la señorita Redmayne estuviera listo; se casaba en octubre con lord Westbrook.

—Espero que regresemos a mediados del otoño, la modista nos prometió que estaría todo listo en esas fechas.
—Estamos en plena temporada, cuando las modistas tienen más trabajo— declaró Christine.
—Los preparativos están bastante avanzados, solamente nos faltan las últimas pruebas que haremos pasado mañana y regresamos a Cambridge.
—Cuando regresen tienen que visitarnos— ofreció Emily que se había sentido muy agradada con la compañía de las damas— vivimos cerca de aquí, pero algo retirado del bullicio.

Las señoras aceptaron la invitación y se comenzaron a preparar para retirarse. Abigail estaba enfrascada en sus pensamientos. No había seguido mucho la conversación de las damas y éstas tampoco estaban tan pendientes de ella, así que aprovechó de elucubrar ideas en su mente. Cuando las señoras se levantaron de la mesa, notó que lady Redmayne dirigía la vista hacia la escalera que quedaba a las espaldas de Abby y sonreía emocionada.

—Pensé que no te alcanzaría a ver— dijo hablando con alguien que se acercaba a la mesa.

Abby se volteó y se encontró de frente con el señor Freeman, el socio de Aidan. Emily al verlo se sorprendió gratamente y lo saludó con cortesía.

—¿Se conocen? — preguntó Freeman al ver a las damas que compartían la mesa con sus conocidas.
—Acabamos de conocer a lady Ashfield y su hermana— dijo Louise abrazando al joven.
—Señora Harlow, que gusto verla.
—No sabía que estaba en el Harland, señor Freeman— dijo Emily golpeando a Abby para que lo saludara con cortesía.

—Llegué anoche— dijo saludando a lady Miranda y su hija— Señorita Hart— agregó mirando por fin a la muchacha que esperaba algún gesto de amabilidad de su parte.
—Señor Freeman— respondió acompañando el saludo con un gesto de su cabeza.
—No sabía que conocían a mi hermano— dijo orgullosa— Matthew jamás nos dijo que conocía a la dueña del Harland— le reclamó golpeándolo suavemente en el brazo.
—Conozco a mucha gente— rio él mirando a Abby que lo observaba atentamente— lady Ashfield es la hermana de Aidan Hart— declaró haciendo que la chica pensara— lo conoces— afirmó después.
—El señor Hart, por supuesto— dijo sonriendo— ya decíamos que el mundo es pequeño.
—Bastante pequeño— dijo Abby.
—¿Ya vas a anunciar tu compromiso? — preguntó su hermana, como si estuviera bromeando, interesando a todas las presentes.
—No lo creo— fue lo único que respondió el joven sonriendo a la chica y demostrando que bromeaba con ella también.

Abigail y el señor Freeman habían tenido una historia de relacionamiento difícil, al inicio no congeniaron demasiado y después tampoco. El socio de su hermano era un hombre bastante irritante a veces, pero en algún momento habían llevado la relación en paz, incluso lo había estado curando y cuidando cuando hubo ese accidente en el pasado, haciendo que ella pensara que el joven era bastante agradable, pero después se rebeló como un hombre exasperante que le llevaba la contra en todo. La última vez que lo había visto fue en el matrimonio de Aidan, muchos meses atrás, donde el muchacho estuvo coqueteando con unas chicas parientes de Melany, su nueva cuñada y no le prestó atención en toda la fiesta. A ella no le había importado, pero reconocía que había sido muy grosero.

El señor Freeman se despidió de las Hart para acompañar a su hermana y sus parientes fuera del hotel. Emily se quedó mirando a Abby que parecía descolocada.

—¿Qué pasó?
—¿Por qué lo dices? — preguntó la rubia sentándose de nuevo a la mesa y llamando a uno de los mozos.
—Porque pensé que nos íbamos— dijo Emily volviendo a sentarse.
—No me he comido mi segundo postre— reclamó la muchacha hablando al joven que se acercó — helado de fresas con mucha crema y algunos arándanos muy ácidos— dijo haciendo que Emily arrugara el ceño— podrían ponerle un poco de caramelo también— agregó gritando cuando el chico ya se alejaba.
—No grites aquí— la reconvino su hermana.
—Lo siento, es que el chico se iba— se disculpó.
—¿Qué te parece?
—¿Qué cosa?
— Por lo que dijo lady Redmayne, el señor Freeman se va a comprometer.
—Que bien, sería bueno que sepa lo que es tener que soportar el yugo del matrimonio.
—¿Estás bien?
—Claro que estoy bien— dijo Abby recibiendo una copa con todo lo que pidió y más. Puso cara de no sentirse capaz.
—Pensé que te gustaba— afirmó Emily mirándola con detención.
—El helado me gusta mucho.
—Me refiero a Freeman— declaró lady Ashfield haciendo que la chica se horrorizara.

—¡Estás bromeando! es el tipo más desagradable que he conocido, ni en sus mejores días me ha parecido simpático. Es un pedante, sobrado de sí mismo y que jamás ha estado de acuerdo conmigo en nada.
—Te gusta— dijo Emily riendo y sacando con el dedo un arándano que notó que estaba bastante ácido.

## Capítulo V

Dos semanas más tarde, ya la temporada estaba en pleno apogeo, tanto que hasta Emily estaba agotada con tantas actividades.

—Esta noche quiero quedarme en casa— dijo quitándose los zapatos apenas se sentó en el sillón, luego de llegar de la calle.
—Estoy completamente de acuerdo contigo— señaló Abby tendiéndose a lo largo del sillón dejando sus pies colgando a un costado.
—Eso no es decoroso.
—Para nada lo es, pero estamos en confianza, hermana— dijo la chica sin moverse.
—Si deseas tenderte ve a tu cuarto. Será mejor que nos acostemos temprano hoy.
—¿La baronesa de Ashfield no desea ir a una velada en donde puede haber muchos chicos interesados en su hermanita la solterona? ¡Qué raro!
—Claro que no, solamente que no todas las fiestas son de provecho. Además, esta noche está muy frío el tiempo.

Las hermanas descansaban en el sillón, decidiendo lo que cenarían, ya que la cocinera no tenía nada preparado. Cuando discutían para escoger entre el pescado o las aves de caza, Harlow entró en el cuarto.

—Cariño, ¿qué prefieres? carpa con salsa de cerveza y puerros o faisán a las finas hierbas.
—Pensé que irías a la velada de los McGregor— dijo él revisando unos sobres que el mozo le trajo en una bandeja.
—Hemos decidido quedarnos en casa— respondió su esposa mirando a Abby que la observaba con mirada burlona.
—Excelente, entonces prefiero cenar pescado y luego nos acostamos temprano— dijo mirándola con sus ojos azules directo a los suyos y logrando, aun después de años casados, ponerla nerviosa.

Ryan siguió su camino y las muchachas se quedaron solas en el salón. Abby no dijo palabra, pero su hermana se delató colocando más excusas.

—¿Qué pasa?
—Nada, es solo que la señora McGregor parece seguir siendo un problema para ti.
—Para nada. Mauren McGregor me parece una mujer simpática, pero no somos amigas.
—No podrías serlo, estuvo a punto de comerse ese plato que te gusta tanto— dijo la chica haciendo horrorizar a su hermana.
—Abigail Hart, ¡que vulgaridades dices!
—Verdades— afirmó la chica riendo— pero da lo mismo, no me cae bien tampoco— señaló sin dejar que su hermana refutara sus dichos— estuve pensando en el futuro, Em.
—Me parece excelente. ¿Qué has decidido, por fin?
—Esta temporada ya languideció. El compromiso de la señorita Purefoy con el conde ese con el bigote gracioso ha puesto fin a la diversión.
—Quedan algunas semanas todavía, el baile de los Carroll siempre deja mucho cotilleo, cada año tenemos un escándalo.
—Puedo quedarme a ese baile entonces, pero luego regresaré a Bedford. Tengo ganas de dedicarme a pintar.
—¿Tú vas a pintar?

—Dibujar, pintar, cualquier cosa es más entretenida que andarnos paseando al frío.
—Mejor di que echas de menos a tus sobrinos.
—También, pero me encanta estar con Gracie.
—Pensé que te quedarías hasta que naciera el bebé— dijo haciendo un mohín con la cara.
—Puedo regresar en unos meses antes de que nazca, no pretendo perderme ese acontecimiento.
—Tampoco el baile de máscaras que organizan en el Harland— afirmó Emily.
—¡Tampoco! — rio Abby que estaba muy entusiasmada con ese evento— tengo muchas ideas para el atuendo que usaré, pero prefiero que la señora West no sea quien lo confeccione, aunque se ajusta perfecto a mis medidas no comprende mi estilo.
—Abby, por favor, no queremos escándalos esa noche.
—No habrá escándalo, por lo menos no lo daré yo. Pretendo dar que hablar, pero por la originalidad de mi vestido, no por falta de pudor.
—¡Excelente! Confiaré en eso— dijo Emily cambiando el gesto— yo estaré aún como una bola.
—El bebé tendrá un par de meses, ya habrás bajado de peso.
—En ambos casos me perderé la fiesta, el niño estará pequeño y yo no cabré en ningún vestido— dijo Emily decepcionada.
—Pero tu marido puede hacerte otra fiesta cuando puedas disfrutarlo— rio Abby volviendo a hacer que su hermana se horrorizara.
—Abigail, te has vuelto una chica vulgar.
—Tú eres la que tiene pensamientos vulgares, yo me refiero a que el Harland podrá hacer otra fiesta de máscaras después— rio la chica haciendo que su hermana se pusiera roja como la grana.
—Volviendo al tema del futuro. El viernes vamos a la fiesta de los Carroll, Ryan aceptó acompañarnos.
—Excelente, espero que haya comida.
—No entiendo cómo te mantienes con ese cuerpo, comes como si te contrataran para eso.
—Estoy en desarrollo, hermanita. Necesito consumir muchos nutrientes.
—Has cabalgado bastante esta temporada, es cierto. Necesitas alimentarte bien.
—Aunque la que hace ejercicio es Venus— señaló la muchacha bostezando— me voy a ir a cambiar para que cenemos y luego me lanzaré en brazos de Morfeo.
—Deberías lanzarte en brazos del hijo del duque.
—No sé si me recibiría en ellos— declaró Abby que no tenía gran conexión con el hombre— es capaz de dejarme caer— dijo riendo y corriendo escaleras arriba para dejar a su hermana sola en el salón.

El día viernes llegó y las hermanas entraban en el salón de la señora Carroll, que cada año reunía a lo más granado de la sociedad de la ciudad. La dama era una de las referentes de la moda y Abby estaba muy interesada en ver cómo se vestiría esa noche. Las Hart ingresaban al salón haciendo que todas se voltearan a verlas. Harlow saludó al dueño de casa que apareció en la entrada para recibirlos y se fue con él, dejando a las damas en medio de un grupo en el que algunas conocidas las interrogaban acerca de sus atuendos.

—Emily, se ve espléndida, ese color le ilumina el rostro— dijo la señora Peters, una acaudalada y anciana dama que siempre estaba atenta a los chismes.
—Muchas gracias, me encanta el color violeta, es tan sentador.
—Lo he visto bastante esta temporada.
—Seguramente la señora Leroy compró la tela por kilos— susurró Abby al oído de su hermana haciéndola sonreír.

—Este vestido era de mi abuela, lo he modernizado un poco— dijo alabando sin decirlo a su hermana que le había cambiado completamente el corpiño, inventado unos decorados de cintas que se veían muy novedosos.
—Le quedó perfecto— dijo la señora mirando con su catalejo que siempre llevaba para ver quién más andaba por ahí— ¡hay gente muy descarada! — dijo la dama haciendo que las chicas se asombraran— lo siento, es que hay chicas que se ponen unos escotes demasiado escandalosos— agregó la señora recibiendo una copa desde la bandeja de un mozo.
Emily y su hermana se separaron de la dama y continuaron su camino.

—Te digo que hacer un escándalo es lo más fácil del mundo— dijo Emily contrariada— un escote muy bajo, una mirada inocente o un baile poco apropiado y cualquiera está en boca de todos— señaló asombrada.
—Por eso tenemos que ser virtuosas— dijo Abby con ironía poniendo cara angelical.
—Me asustas, muchacha. Nunca sé si hablas en serio.
—Siempre hablo en serio, Em. Me sorprende que lo dudes— dijo la chica quedando con la vista fija en alguien que entraba al salón.
—Qué pequeño es el mundo— dijo Emily que veía venir a Ryan acompañado del socio de su hermano.
—Señora Harlow, que placer volver a verla— dijo Freeman sonriendo a la dama— señorita Hart, buenas noches— agregó para guardar las formas.
—Buenas noches, señor Freeman— dijo ella dejándolos solos para reunirse con una de sus amigas que aparecía entre la gente.
—Lo lamento, señor Freeman, mi hermana a veces se comporta como una chiquilla malcriada— la excusó Emily.
—¿A veces? — preguntó Freeman sin ahondar en eso.
—Iré por un trago, ¿deseas un refresco? — preguntó Ryan preocupado por su mujer.
—Si, cariño. Hace calor, me gustaría algo de ponche suave.
—Su hermano estará en Bedford en unos meses— dijo Freeman cuando quedaron solos, para alentar la conversación.
—Algo así escuché. Parece que los Sutton tienen alguna festividad y se allegaran por ahí por esa causa.
—Me enteré de que De Brun y su hermana llegan a la ciudad en estos días.
—Creo que llegaran el mes que viene. Abby regresa al campo y Peyton se quedará una temporada con los niños en la ciudad, mientras mi cuñado visita algunos inquilinos más al sur. ¿Usted se quedará aquí algún tiempo?
—Sólo estoy de paso, tengo que resolver algunos asuntos familiares.
—Su hermana es una mujer muy distinguida, tuve la suerte de conocerla cuando nos encontramos hace unos días.
—Louise es muy sociable, siempre la encuentro en los lugares más increíbles.
—Se refirió a su compromiso— preguntó Emily con indiferencia, pero con velado interés.
—Mi hermana siempre desea apresurar las cosas. No hay nada de eso aún.

Emily quedó inquieta por las palabras del joven. No sólo ella, sino que varias de las mujeres de la familia pensaban que Abby y Freeman sentían algún tipo de atracción, pero ambos se trataban a las patadas y en esas condiciones cualquier intención no podría fructificar. Saber que el chico estaba a punto de comprometerse la decepcionaba. No se atrevió a volver sobre el tema y siguió conversando sobre materias triviales. Más tarde, notó que Freeman bailaba con una chica morena

que era amiga de Abby y parecía que congeniaban muy bien.

—¿Parece que la señorita Clay está coqueteando con Freeman? — dijo para sacar alguna expresión de su hermana.
—Siempre ha tenido mal gusto.
—Eso parece despecho— afirmó Emily sonriendo a su hermana que se fingió enfadada.
—Ja. No entiendo por qué te afanas siempre en ponerme a ese tipo por los ojos.
—Digamos que mi sexto sentido, ese que no me falla, me dice que ese hombre no te es indiferente.
—Me es completamente indiferente— dijo ella guardando silencio después.
—Si te gusta deberías comportarte con algo más de amabilidad.
—No voy a… —alcanzó a decir cuando vio que Freeman estaba junto a ellas.
—Señorita Hart— dijo mirándola detenidamente— ¿me concedería esta pieza? — preguntó extendiendo su mano para que ella la aceptara.
—Señor Freeman, no…
—Por supuesto, Abby me decía recién de las ganas que tenía de bailar esta noche— declaró Emily pisándola fuerte para que la chica se comportara.
—Excelente, le concederé sus deseos— dijo él bromeando para molestarla
—No tiene que esforzarse por ser galante, señor Freeman— dijo ella hablando entre dientes.
—No me esfuerzo— señaló él tirando suavemente de su brazo para que lo acompañara.
—Espero que no me pise— manifestó Abby dejándose llevar.
—Haré mi mejor intento— declaró él divertido y mirando a Emily que le sonreía con complicidad.

Al parecer, el señor Freeman si notaba la atracción mutua, que aparecía muy a lo lejos cuando dejaban de hostigarse con groserías el uno al otro. Matthew Freeman era un joven atractivo, adinerado, elegante, con clase, con un carácter tolerante y al parecer con una familia bien conectada. Era el hombre ideal para su hermana, estaba decidida a conseguir que pudieran entenderse.

—No lo hagas— dijo Harlow que llegaba a su lado.
—¿De qué hablas?
—No te entrometas— pidió ofreciéndole su brazo para que caminaran por el salón.
—No te entiendo.
—Veo tus intenciones. Te has vuelto una matrona obsesionada con casar a Abigail con algún buen partido.
—No estoy obsesionada— dijo ella molesta.
—Eres mandona, controladora y te quieres salir con la tuya.
—No es verdad— dijo abriendo unos enormes ojos— tú no notas la atracción que hay entre ellos.
—Si la noto.
—¿Entonces me das la razón?
—Si eso significa que serás mía esta noche, estaré de acuerdo en cualquier cosa que digas— señaló mirándola muy serio.
—No tienes remedio— dijo ella sin poder dejar de sonreír.

La pareja llegaba al salón de baile. Abigail se dejaba llevar por el señor Freeman sin emitir palabra, con la intención de no ser grosera como decía su hermana, pues ese tipo siempre la

sacaba de quicio. Los primeros giros los desarrollaron sin problemas; Abby reconocía que el hombre bailaba bastante bien.

—Notará que no he pisado sus bellos pies, señorita Hart— dijo Matthew Freeman con una sonrisa en los labios.
—Afortunadamente— dijo ella.
—¿Para usted o para mí?
—Para mí, valoro bastante mis pies— señaló ella contando los pasos para no equivocarse.
—Tiene unos pies muy ágiles, señorita— dijo Freeman molestándola.
—No sólo tengo pies agiles, también mi cabeza es ágil por si no lo ha notado.
—No podría no notar que tiene una bella cabeza sobre el cuello— agregó él con osadía.
—Es más que bella— replicó la chica.
—Es hermosa— dijo él haciendo que ella se ruborizara.
—No me refiero a eso— declaró fingiendo enojo— digo que también pienso, señor Freeman.
—Nunca lo hubiera dudado— aclaró él haciéndola girar nuevamente al compás de la música.
—Está muy amable esta noche— se asombró ella— no parece el Freeman de siempre.
—Usted está fascinante. Ese vestido la hace parecer un ángel— dijo tratando de complacerla.
—¿Me está coqueteando acaso? — preguntó ella sorprendida de tanta lisonja.
—No me atrevería— dijo él— temo por mi vida— agregó haciéndola sonreír por primera vez.
—Parece que ha bebido en demasía, señor— declaró ella comenzando a divertirse con la charla.
—Es lo más seguro. Mañana no recordaré nada de lo que he dicho— manifestó haciendo que ella se ofendiera y dejara de sonreír— o tal vez sí. ¿usted lo recordará?
—Baila muy bien, puede ser que recuerde esta pieza dentro de otras.
—Hago otras cosas muy bien también— dijo el joven haciéndola reír.
—Creo que está coqueteando, señor Freeman. Definitivamente está borracho— rio ella girando nuevamente en sus brazos.
—Pienso que tiene razón, mi cabeza da vueltas en este momento.
—Porque estamos girando— rio ella otra vez, se estaba divirtiendo con el joven.
—Me deja tranquilo, pensé que me caería a sus pies— declaró sonriendo y haciendo que ella no pudiera mantener la vista en sus ojos— ¿le gustaría verme rendido a sus pies?

Abigail se quedó muda. El señor Freeman de siempre era bastante fastidioso y le gustaba molestarla, esa noche se estaba comportando de otra forma y a ella le estaba pareciendo bastante interesante. Se armó de valor y lo miró a los ojos de manera desafiante, pero no encontró las palabras para responder de forma adecuada. Afortunadamente la orquesta dejó de tocar y las parejas tuvieron que separarse. El trigueño la saludó con cortesía y se retiró para perderse entre la gente.

—Parece que te estabas divirtiendo— afirmó Emily cuando llegó a su lado.
—Me gusta mucho esa pieza— dijo recogiendo una copa de una bandeja.
—Hacen bonita pareja— dijo Emily— de baile quiero decir— aclaró al ver que Abby la miraba con censura.
—Baila bien, siempre lo he dicho— señaló la rubia buscándolo con la mirada, pero Freeman ya no estaba por ahí.
—Es una lástima que se vaya a comprometer— señaló Emily con pesar.
—¿Se va a comprometer? — preguntó Abby aturdida.
—Eso dijo su hermana.
—Ah, pensé que…

—¿Qué le iba a preguntar? — dijo Emily fingiendo indiferencia— Le pregunté— agregó esperando a ver la reacción de Abby que se quedó en silencio— ¿quieres saberlo?
—No es de mi incumbencia— dijo la muchacha— y tampoco debería ser de la tuya. No seas entrometida, Em.
—Eso dice Ryan— señaló dejando a la chica con la duda sobre el futuro de Freeman.

## Capítulo VI

Cuando recibió la carta de Hamilton el corazón le dio un brinco. Al parecer tenía noticias, no sabía si buenas o malas, pero se enteraría muy pronto, pues ya iba en camino a casa de su prima en donde Conrad la citó. Eran las cinco, en cuanto el coche se detuvo se lanzó a correr hacia la casa, el mayordomo quedó despeinado cuando pasó por su lado.

—Señorita Abigail, la señora Hamilton está con el niño— alcanzó a decir el señor.
—El señor Hamilton me espera— declaró ella ansiosa.
—El señor no está en casa— manifestó el hombre esperando que la chica se quedara quieta.
—Pero…
—Es aún temprano, señorita, pero debe estar por llegar— aclaró el hombre esperando de la chica le dejara sus guantes y el sombrero— si es tan amable…
—Claro, señor Ryley.
—Si desea puedo pedir que avisen a la señora.
—Gracias, la espero en el salón— dijo la chica decepcionada.

El mayordomo la dejó sola en la sala y se llevó su capa y sus accesorios. Una doncella apareció en seguida para ofrecerle un té.

—Me encantaría un té— le dijo a la chica— con esos bollitos de avena que hace la señora Perkins sería genial.
—Voy a ver si quedan, señorita— dijo la muchacha corriendo hacia la cocina.

Abigail se quedó en medio del salón, sola, tamborileando con sus dedos en el brazo del sillón. Su prima la encontró pensativa.

—Viniste temprano.
—Hamilton me dijo que tenía noticias— aclaró ella recibiendo la bandeja y los bollitos.
—Conrad está en el club, pero debe estar por llegar.
—Eso dijo el señor Ryley.
—El señor Ryley sabe más de Conrad que yo— dijo Harper sentándose a su lado.
—Lo dudo.
—Bueno, sabe tanto como yo— aclaró mascando un bollito.
—¿Y qué sabes de las noticias que me tiene?
—Poco. Ha estado muy misterioso.
—¿Eso será bueno? — preguntó Abby arreglando un adorno sobre la mesilla que tenía en frente.
—No seas ansiosa. Tal vez está ahora con tu nuevo socio.
—¿Crees que haya conseguido el dinero?
—Confío en que lo ha intentado.

Las chicas debieron esperar bastante para salir de dudas. Una hora después, Hamilton aparecía dejando su sombrero y su capa en manos de Ryley.

—Viniste temprano.
—Todos me lo han dicho— declaró haciendo un mohín.
—Estas ansiosa al parecer— señaló Hamilton saludando a su mujer con un beso en la mejilla— ¿El niño duerme?
—Estaba despierto cuando baje hace un momento.
—Lo iré a ver en seguida— dijo viendo como Abby se ponía tensa— estoy bromeando. Vamos

al despacho, tengo noticias que darte.

La chica lo siguió expectante. Ambos entraron en la habitación en donde Conrad acostumbraba a pasar las tardes. Mantenía un desorden que él veía como ordenado e invitándola a sentarse se instaló en su cómodo sillón mientras rebuscaba entre sus papeles.

—Revisé los números que hicimos hace unas semanas. Me parecían razonables, pero no sé nada de trapos, así que los analice con mi tenedor de libros. El señor Young me hizo algunos aportes, muy razonables. Hay bastantes gastos que considerar, que no tuvimos en cuenta.
—¿Eso es malo?
—Para nada. Es necesario tener todos los datos ajustados, para calcular el monto de la inversión.
—¿Es mucho dinero?
—Depende de la escala— dijo haciendo que ella lo mirara confundida.
—Quiero decir que depende de la cantidad de movimiento que podamos generar. Si serán solo unos pocos vestidos tal vez ni siquiera necesites un inversionista.
—Pretendo que no sean pocos.
—Ahí está la escala. Será algo más importante, entonces tenía que tener los números para algo más grande. Los conseguí, armé un plan y conversé con algunas personas.
—¿Cómo te fue?
—Tengo un interesado.
—¿De veras?
—Pero necesitamos convencerlo— dijo mirando como la chica se complicaba— no me refiero a que tengas que verlo tú. Quiero decir que necesitamos tener una idea clara del negocio.
—¿Cómo se hace eso?
—¿Te quedas en la ciudad?
—¿Quieres que me quede? Pensaba volver a Bedford.
—Excelente— dijo Conrad encontrando por fin el papel que buscaba— te voy a entregar unas notas para que las trabajes— agregó extendiendo el papel frente a ella— ¿cómo están tus matemáticas?
—La señorita Stamp siempre dijo que era una alumna aventajada.
—Te tenía miedo— rio él.
—Pero reconocía mi talento— declaró ella ofendida— tengo que practicar mis matemáticas…
—Si. Tienes que detallar los costos de cada vestido que se vendería, separando los materiales y conseguir eficiencia— dijo haciendo que la muchacha dudara.
—No sé hacer eso.
—Claro que sí. Tienes que encontrar la forma de que por cada vestido se gane el doble y siga siendo barato para las chicas que los quieran comprar.
—Voy a necesitar el precio de las telas y conseguir una modista que cobre barata.
—Entendiste perfecto, Abby. Eres una empresaria en ciernes— dijo él sirviéndose un trago— te conseguí los precios de las telas, algunas nacionales y otras que puedo traer en los barcos de papá. La modista tienes que conseguirla tú.
—Yo me encargo— dijo Abby pensando en alguien que tenía en mente.

Aquella misma tarde le confirmo a Emily que volvía a casa del conde en Bedford. Empezaron en seguida los preparativos, Abby tenía su cabeza repleta de ideas y comenzó a buscar entre sus cosas algunos apuntes que había hecho. Estaba ansiosa por comenzar a hacer cálculos y a ordenar en su mente todo lo que tenía que llevar al papel.

Tenía todo listo a la mañana siguiente. Emily se mostró decepcionada por no haber logrado encontrar algún prospecto adecuado para su hermanita pequeña, que siendo tan hermosa no había tenido ni la mitad de suerte que otras de las chicas menos agraciadas de la ciudad.

—No te preocupes, Em. El año siguiente me tendrás aquí si quieres. Es seguro que habrá otra temporada— dijo riendo— a menos que algún galán vaya por mí a Bedford.
—Todo puede ser. El hijo del duque se veía interesado.
—No diría que tanto— declaró la chica revisando unos papeles que tenía en un sobre encima de la cama.
—Tal vez no le mostraste interés.
—Creo que mostré el interés adecuado para una señorita hermana de un conde— rio otra vez— si viene a preguntar por mí le das la dirección de Liam— agregó lanzando una carcajada.
—Payasa— dijo Emily saliendo del cuarto al sentir que Gracie lloraba a los lejos.

## Capítulo VII

En Bedford los Hart estaban recluidos debido al mal tiempo. Esperaban visitas esa semana, pero todavía no habían hecho su aparición. Rowena había invitado a su padre y a algunas amistades, debido a que Aidan y Melany los visitarían en esas fechas. La idea era hacer de eso un asunto familiar. Además, los pequeños cumplieron un año y había que celebrarlo en grande.

—Me encanta tu previsión, cariño.
—¿A qué te refieres?
—A que has convertido muchas celebraciones en un solo evento, vamos a ahorrar mucho dinero — dijo Liam tratando de ordenar algunos papeles que no lograba meter dentro de un sobre.
—Nunca he sido una mujer derrochadora. Ya ves que mi padre pudo acumular una enorme fortuna gracias a eso.
—Los niños cumplieron año hace dos meses— dijo Abby que leía sentada en un sillón junto al escritorio de su hermano.
—Un mes más o menos es lo mismo— dijo Rowena sonriendo y haciendo un gesto pícaro— además, papá y Alice llegan del continente la próxima semana.
—Ojalá que la señora Ross nos prepare alguna de sus delicias.
—La señora no viene a cocinar, Abby— dijo el conde molesto.
—No, por supuesto que no vendrá a cocinar— dijo Rowena haciendo un guiño cómplice a la chica— no nos hará ese licor que le gusta tanto al conde ni ese pescado frito tan delicioso— agregó mirando a Liam que se saboreaba en silencio.
—¿Quién más vendrá?
—Así como está el tiempo con suerte vendrá el carnicero. Si llega el pescadero seré feliz— dijo Rowena saliendo del cuarto.
—Te sacaste el premio mayor con tu esposa— dijo Abby mirando la lluvia que golpeaba el vidrio y dejaba gotas empapándolo todo.
—Nunca terminaré de agradecer a Christine su buen tino.
—Eres feliz— afirmó Abby pensando en voz alta.
—Completamente— dijo él dejando el sobre dentro de un cajón— deberías casarte Abby.
—No conozco a nadie que pudiera ser tan perfecto para mí como Rowena lo es para ti.
—Yo nunca pensé que fuera perfecta. El matrimonio tiene una cuota de suerte.
—No me atrevo a correr riesgos, Liam— dijo ella siendo sincera— me gustaría casarme algún día, pero no hay prisa ¿o sí?
—No diría que hay prisa, eres joven.
—Soy una solterona, lo sé— dijo ella riendo.
—La hermana de un conde elige estar soltera hasta que llega su príncipe.
—El príncipe ya se comprometió, creo que tendré que disminuir mis aspiraciones— rio la chica.

Abigail dejó a su hermano encerrado en el despacho ordenando otros papeles y se fue a la cocina a buscar algo de comer. En casa de los Hart no se hacían distinciones con la servidumbre, sobre todo luego de que el señor Duncan se casó con la cocinera. La señora Ross terminó siendo una dama bastante distinguida, a veces las circunstancias hacen que las chicas inteligentes, talentosas y valiosas terminen de sirvienta. Abby siempre reflexionaba sobre la falta de oportunidades que otras tenían y agradecía la que ella había podido aprovechar. Ya llevaba casi un mes en casa y tenía muy avanzado lo que Conrad le había pedido. Solamente le faltaba encontrar a la persona adecuada que pudiera confeccionar ropa a precios módicos. Había conocido a una mujer que tenía mucho talento varios años atrás, claro que la mujer cuidaba a su madre, por lo que no podía

desarrollarlos adecuadamente. Si la señorita Thomas aceptara su propuesta podrían ganar ambas. Tenía muchas ganas de ir a visitarla, pero el tiempo no acompañaba sus planes y estaba empezando a perder la paciencia. En cuanto entró en la cocina el aroma del caldo de pollo inundó su nariz.

—Señora Graves, el olor de su comida me llamó.
—Señorita, ¿qué hace aquí?
—El día está horrible, necesito algo caliente.
—La cena está casi lista— dijo la señora llamando a una de las muchachas para que terminará de preparar la mesa.
—Podría probar el caldo— dijo Abby levantando unos manteles que cubrían el pan recién sacado del horno.
—Señorita, a su excelencia no le gusta que venga a la cocina.
—Mi hermano sabe que no le obedecemos— rio ella abrazando a la mujer que era robusta y a la que le asomaban algunos mechones rubios debajo de su gorro.
—Tome ese pocillo, le voy a dar un poco de caldo, pero…
—¿Qué haces aquí? — preguntó Liam parado en la puerta de la cocina.
—Parece que lo mismo que tú— señaló ella recibiendo el pocillo de manos de la señora que miraba a Liam con respeto.
—¡Me atrapaste! — dijo haciendo que la cocinera volviera a respirar— ¿habrá otro para mí?
—Su excelencia— señaló la mujer— le pediré a una de las muchachas que le lleve un caldo si desea.
—Para qué, si ya estoy aquí— agregó esperando que la señora le sirviera otro tazón a Abby que le había entregado el suyo a él.

Los hermanos se llevaron sus tazones, mientras la señora Richie aparecía en la cocina para organizar a la servidumbre para la cena.

—Señora Richie, si desea pueden servir ya— dijo Liam llevándose a su hermana con él.
—En seguida, mi lord— dijo la dama tomando una bandeja para colocar la sopera y llamando a uno de los mozos para que comenzaran a prepararse.
—Si te vas a casar con un futuro duque tienes que mantener las formas— dijo el conde advirtiendo a su hermana.
—Eso será cuando me case con algún noble de rancio abolengo, hermanito. Ahora estoy en mi hogar y aquí nunca me he privado de disfrutar de la compañía de todo el mundo.
—Y me alegro de que sea así, pero no todo el mundo lo entiende.
—Mi futuro esposo tendrá que hacerlo— advirtió ella dejando a su hermano bebiendo el tazón de caldo mientras ingresaba al comedor.

En el comedor sólo se habló de la festividad que se avecinaba. Rowena tenía preparado un fin de semana lleno de actividades.

—Voy a hacer una merienda en el invernadero. No te imaginas lo que son esas orquídeas que me regaló Melany.
—Menos mal que han sobrevivido.
—Y se han multiplicado, querida. Estas manitos son prodigiosas— dijo ella mirando a su esposo que la reconvino con la mirada.
—¿Vas a hacer un baile?

—No sé si llamarle baile, pero vendrán los chicos que tocaron en el cumpleaños de Hamilton.
—Me encantaron— dijo Abby pensando en lo que se iban a divertir— Espero que no me harás tocar el piano entonces.
—Para nada— dijo Rowena sonriendo— Me había olvidado de que hay que terminar de preparar las habitaciones— añadió haciendo un gesto al ama de llaves— señora Richie, olvidé que hay que preparar también las habitaciones del ala norte.
—Cómo no, mi lady— dijo la señora— mañana temprano vamos a ventilarlas y a limpiarlas muy bien.
—¿Vendrá mucha gente?
—Invité a todo mundo, pero con este tiempo el correo no ha llegado puntualmente, no sé si Emily habrá respondido, Aidan es bastante seguro que venga, papá me confirmó, el resto nos sorprenderá.
—Peyton llegaba a la ciudad hace unos días con los niños— aportó Abby que recordaba que Emily lo decía en su última carta.
—Entonces podría ser que haya una reunión Hart en pleno— rio Rowena terminando su postre.
—Sería ideal poder cabalgar algún día— soñó Abby mirando como el agua seguía humedeciendo los cristales de las ventanas.
—Espero que tu padre tenga ganas de pescar, hay bastantes carpas— declaró el conde bebiendo otra copa de vino.
—La vez pasada parecían sardinas— manifestó Rowena sonriendo.
—Pero pescamos bastantes— agregó él orgulloso.

La semana siguiente, el tiempo había mejorado bastante, aunque a ratos había un sol radiante y luego caían unos chapuzones muy traicioneros, Abby pudo salir a cabalgar algunas mañanas. En las tardes tenían que encerrarse en casa, porque el tiempo estaba frío. Se hallaban en el salón de Rowena, conversando de las actividades del fin de semana. Finalmente, Emily no vendría, porque Ryan tenía muchos asuntos que atender y viajar sola embarazada y con una niña pequeña sería una gran complicación. Peyton esperaba llegar el sábado, pues tenía compromisos con unas amistades. Aidan llegaría al día siguiente que era jueves. Los Humphries esperaban llegar, Robinson era seguro asistente, Chapel jamás se perdía fiesta en casa de los Hart. Otros invitados confirmaron llegada para el viernes; la casa estaría repleta de gente.

—Abby, necesito que me ayudes a escoger qué ponerme. No quiero deslucir, ya sabes que Christine nos apabulla a todas.
—Tu color es el verde o el morado, querida.
—No sé cómo sabes siempre lo que combina mejor.
—He estado estudiando— dijo Abby haciendo que su cuñada se riera— hablo en serio, encontré un libro en la tienda del señor Reed que enseña muchas cosas sobre los colores y cómo combinarlos.
—Me tienes asombrada, te has vuelto una erudita— declaró Rowena hablando en serio.
—Me estoy cultivando, querida.
—Ya no lucirás en los salones del palacio, pero podrías lucir en el castillo de algún duque.
—Tú aún mantienes la ilusión— declaró haciendo un gesto de molestia.
—Emily me escribió cuando estabas en su casa y ella pensaba que el tipo ese se declaraba de un momento a otro. ¿era guapo?
—No estaba mal, tenía elegancia, unos ojos lindos, pero la frente demasiado amplia. Te aseguro que ese cabello durara poco en esa cabeza— dijo Abby muy en serio.

—No has encontrado al hombre perfecto— señaló Rowena— puede ser que el hombre de tu vida sea imperfecto— agregó subiendo las escaleras delante de Abby que la seguía— en mi cuarto de vestir tengo algunos vestidos que Lily escogió.
—Lily tiene buen gusto— afirmó Abby— veamos si te quedan.
—¿Estoy muy gorda? — preguntó la pelirroja sorprendida; siempre se cuidaba para mantener el peso.
—Estoy bromeando— rio Abby— me encanta este— dijo al entrar al cuarto y encontrar sobre la cama un vestido de color violeta oscuro.
—Es uno de los primeros que escogió Emily cuando me casé con Liam y dejé de usar esos sacos que elegía tía Ada.
—Si te queda luego del embarazo entonces te mantienes bien, querida.
—Modestamente— señaló riendo— ¿qué te parece este? — preguntó cogiendo un vestido de terciopelo azul.
—Es divino. No te los has puesto antes, lo recordaría.
—Me lo envió la señora West la semana pasada, es el que me diseñaste con la espalda con cordones.
—No lo reconocí. Esta señora jamás respeta lo que le envío.
—Ya sabes, ella impone su opinión. Es la modista, ¡quién sabe más que ella!
—Te aseguro que no ha leído nada sobre la combinación de colores ni sabe nada de las nuevas tendencias. Me escribió Scarlett la semana pasada, está en Paris y me comentó de las nuevas mangas que se usan. Yo ya había pensado en algo transparente, pero sabes cómo son las veteranas de este pueblo. Si muestro piel me condenarán.
—Tienes que ser recatada. Cualquier motivo de pelambre y tu reputación se irá al piso.
—Ya lo sé. Seré recatada— dijo tomando otro vestido y levantándolo para mirarlo a la luz— este color no te favorece— afirmó colocándolo delante de la pelirroja— te vez muy pálida.
—Pero el amarillo es lindo.
—No para ti— sentenció dejándolo sobre la cama— este rojo podría ser, pero el diseño es muy serio, te agrega años.
—Es cierto— dijo tomando el vestido y entregándolo a Lily que las miraba desde hacía rato— sácalo de aquí, me trae malos recuerdos.
—De cuando tu tía que colocaba esos trapos…
—¡Horribles! — gritó— pero lo hacía con buena intención— agregó siendo condescendiente.
—Tienes que usar éste para la merienda— declaró separando un vestido azul claro— este verde para la cena del viernes y el violeta para la fiesta.
—Tienes razón. Me encanta que me des tu opinión— dijo Rowena entregando a Lily los vestidos para que los plancharan bien— el de terciopelo que lo traten con cuidado, por favor.
—Por supuesto, señora. Lo haré yo misma.
—Eres la mejor, Lily— dijo la condesa lanzándole un beso.
—Lo sé— dijo la señora saliendo del cuarto con todo ese montón de telas a cuestas.

## Capítulo VIII

Aquella tarde, las señoras se deleitaban en el invernadero admirando las orquídeas que Rowena se esmeraba demasiado en mantener vivas. Cuando Melany vio lo hermosa que estaba la colección de flores quedó sorprendida.

—Estas orquídeas están preciosas.
—Mi buen trabajo me ha costado.
—No sabía que eras tan diestra con el jardín— dijo Christine Boyle acariciando un pétalo de una flor de color púrpura y amarillo.
—Siempre me ha interesado el tema de las flores. Las esencias que papá usaba al inicio en los jabones las preparaba yo en casa. Tomaba lavanda, magnolia o azahares y las machacaba, luego las dejaba macerando unos días, los mezclaba con aceites y luego los volvía a tratar…
—Eres una hierbatera realmente.
—Si. Podríamos decirlo así.
—Pero cultivar orquídeas necesita otros dones, parece que los tiene— dijo Melany observando una flor de color blanco con ribetes azulados— no recuerdo haberle regalado una de este color.
—Hice unos experimentos, les agregué algunas cositas a la tierra y han variado algunas tonalidades.
—Dicen que las orquídeas son como las rosas. Tienen un idioma.
—Es cierto— reafirmó Melany— mamá siempre me decía que las rojas son pasión y las amarillas amistad.
—Me gustan las azules— dijo Abby admirando una de ellas de color celeste claro.
—El azul quiere decir que es única— dijo Melany sonriendo— ¿le han regalado tal vez alguna?
—No me han regalado flores jamás— dijo Abby apesadumbrada.
—No es verdad— dijo Rowena— me contó Emily que en la ciudad recibiste bastantes pretendientes esta temporada y que te llevaban muchas flores.
—Pero esos ramos que llevan los venden en el parque a una bagatela. Me refiero a flores hermosas como éstas.
—Ya verás que algún galán aparecerá un día con un ramo enorme de rosas rojas y apasionadas.
—Me conformo con una orquídea azul— dijo ella riendo.
—No te conformas con poco, querida— dijo Christine— son las más difíciles de hallar.

Siguieron conversando un buen rato. La señora Richie les envió algunas pastas y un rico té, junto con refrescos y luego llegaron los buñuelos que la señora Ross les había preparado, junto con ella que se les unía en ese momento.

—Alice, ¡No debió meterse a la cocina! — señaló Rowena observando la cesta llena de dulces que brillaban por la miel que los cubría.
—Pero fue una buena idea— dijo Abby atrapando el buñuelo más grande de la cesta.
—Me encanta preparar dulces, estos buñuelos son mis preferidos— dijo la señora Ross sentándose entre ellas.
—Creo que esta noche no vamos a cenar— dijo Rowena sirviéndose uno de los dulces con avidez.
—Yo no podría— dijo Christine riendo.
—Yo tampoco lo haré— dijo Abby— creo que me voy a ir a mi cuarto.
—Ve, muchacha. Descansa. Mañana llegará Peyton y algunos otros invitados— señaló Rowena — me tendrás que ayudar a entretenerlos.

—Puedo llevarlos a recorrer el campo— dijo la chica entusiasmada— a menos que los hombres prefieran ilusionarse con que van a atrapar un gran pez.
—Austin trajo su caña de pescar nueva— dijo Christine— cree que esta vez va a conseguir una carpa, por fin.
—No las sardinas de la vez pasada— rio Melany, que todavía no conocía una carpa que Aidan pescara— sería bueno que pidiera algún pescado para que no se queden con las ganas de probarlo.
—El pescadero dejó salmón y abadejo esta mañana.
—Piensas en todo— afirmó Christine

Abby se retiró del grupo. El resto de las mujeres estaban muy entusiasmadas con la velada del día siguiente. Rowena tenía preparada una cena muy especial y tal vez hubiera baile si se animaban, sino el cuarteto los entretendría con buena música. La chica llegó a los pies de la escalera y estuvo a punto de subir por ellas, pero de pronto una idea se metió en su cabeza. Miró el reloj de la sala que marcaba las seis de la tarde. Era temprano aún y salvo algunos goterones que cayeron por la mañana el día había estado muy soleado, aún se veían algunos rayos entre las copas de los árboles. Se decidió entonces a salir a dar una vuelta. Si lograba orientarse podría llegar a la casa de la señorita Thomas y hablar con ella, pues la carta que le había enviado dos días atrás aun no era respondida; quizás ni siquiera le había llegado con lo difícil que estaban los caminos.

La señorita era hija de unos inquilinos del conde, la conoció unos años atrás cuando a última hora necesitó arreglar un vestido y la señora West no podía hacerlo. Una de las criadas le dijo que había alguien que podía coser la bastilla descosida y llamaron a la mujer. Debía de tener cerca de treinta años y se dedicaba a cuidar a su madre. Su padre apenas vivía del campo y ella tenía que ayudar en casa, pues la señora Thomas no podía hacerlo. La mujer dejó el vestido como nuevo y ella se lo agradeció regalándole unos guantes; la mujer no quiso aceptarlos.

Desde entonces, algunas veces la había visto en el pueblo acompañando a su madre, cuando ella iba a buscar alguna tela o cintas para decorar sus sombreros. Había hablado con ella un par de veces y la encontraba una mujer educada y muy agradable de tratar. Ahora estaba decidida a convencerla de trabajar con ella. Podía ser un negocio redondo, la mujer tenía buen gusto, se vestía sobriamente, con telas baratas, pero se notaba que los trajes que llevaba eran de su confección.

Se fue a su cuarto para cambiarse de vestido. Escogió un traje de montar de color marrón bastante sobrio, luego llamó al mayordomo y le pidió que trajeran su capa y su sombrero. El señor acudió prestamente y en pocos minutos una de las chicas llegó con lo solicitado.

—Señorita, ya es un poco tarde. No debería salir a estas horas.
—Es temprano, Sewell. Solamente daré un paseo, quiero tomar aire. Regresaré en un rato. No vamos a cenar, creo que Rowena y las señoras ya han comido demasiado.
—Excelente, señorita. Le diré a la señora Richie que nos de instrucciones.
—¿Ya llegó todo el mundo?
—Creo que unas señoras del pueblo vendrán mañana temprano y algún otro cercano llegará por la tarde. La señora Peyton anunció su llegada al mediodía.
—Perfecto, mañana será un día atareado. Buenas tardes, Sewell.
—Buenas tardes, señorita— Dijo el hombre internándose en la casa, camino de la cocina.

Abigail se arregló bien el faldón y se plantó el sombrero sobre la cabeza, le quedó muy ajustado con su moño y decidió desarmarlo para que le quedara mejor. Observó que el atardecer amenazaba con caer de pronto y prefirió salir en su caballo para disfrutar de esa bella tarde; no hacía frío. Se dirigió a las caballerizas en busca de Johnny, el muchacho que cuidaba de Venus, pero no lo encontró por allí; sólo estaba Hardy, el señor que limpiaba las pesebreras.

—Señorita, ¿necesita algo? — preguntó quitándose el sombrero.
—Pensé que Johnny estaba por aquí.
—Se fue hace un momento, estaba un poco agripado, pero yo puedo ayudarle.
—¿De veras? — dijo ella sonriendo— quisiera sacar a Venus.
—¿A esta hora?
—Señor Hardy, son las seis de la tarde nada más. Me dieron ganas de sacarle trote a esta chica.
—Le hace falta, señorita. Con estos días tan lluviosos no ha podido hacer ejercicio.
—¡Lo ve! Voy a hacerla correr un rato— dijo mirando el atardecer que estaba precioso.
—Se la ensillo en un santiamén— dijo el caballero rechoncho corriendo hacia dentro de las caballerizas. Regresó en seguida con la yegua alazana ensillada y lista para montarla—Tenga cuidado— dijo el hombre— no la vaya a pillar un aguacero.
—Para nada, el cielo está limpio.
—Yo lo veo algo rosado y siento una leve brisa, puede caer agua— señaló el señor que estaba con dolor de callos y esa era señal de lluvia— Cuando vuelva se la entrega a Robin que llegará a reemplazarme.
—Gracias, señor Hardy. Vaya a abrigarse— dijo la chica montando a la yegua con la ayuda del señor y saliendo al trote hacia el campo.

El hombre se quedó viendo como la muchacha y su montura desaparecían hacia el lado del río, cuando la perdió de vista totalmente volvió a tomar la horquilla para sacudir la paja y arreglar las pesebreras.

Abigail buscó el sendero que llevaba hasta las casas de los inquilinos, recordaba que era hacia el norte, un poco más allá de un montículo que se levantaba detrás del bosque de espinos. Recorrió por varios minutos el campo, pero no llegaba al sitio que ella esperaba. Al parecer se había confundido de dirección, pues ya llevaba varios kilómetros recorridos y solo encontraba árboles y más árboles. Se preocupó un poco al notar que empezaba a caer la noche y que efectivamente el cielo estaba tomando un tono rojizo y el viento que le llegaba a la cara se sentía tibio.

Decidió regresar a la casa, ya que sus planes serían infructuosos. Al día siguiente preguntaría bien a la muchacha que la llevó con la señorita antes y confirmando bien sus señas se embarcaría en un nuevo viaje hacia su casa. Le ordenó a Venus que volteara para regresar, pero la yegua se puso testaruda.

—Cariño, no te pongas caprichosa ahora. Estamos prácticamente perdidas— dijo pensando en voz alta— afortunadamente en las tierras de mi hermano, lo que lo hace bastante positivo, pero como Hardy tenía razón y al parecer se va a largar a llover, deberías hacerme caso— agregó tratando de convencer al animal.

La yegua volteó finalmente y comenzó a correr al trote por entre las matas, llevándola por fin hacia el sendero. Abby sentía que algunas gotas que parecían rocío le humedecían la cara y respiró contenta; le encantaba estar en medio de la naturaleza; aunque hacía algo de frío esa tarde.

—Venus, te estás portando como una chica caprichosa realmente. Debemos apurarnos, de lo contrario terminaremos empapadas— dijo insistiendo en apurar a la yegua que estaba algo porfiada esa tarde.

Abigail trató de azuzarla, pero no tuvo suerte y de pronto cuando menos lo esperaba algo asustó a la yegua y comenzó a correr por entre los árboles. Abigail era buena amazona y reía al ver que su compañera por fin le hacía caso, pero la alegría le duró hasta que su caballo se detuvo bruscamente al enfrentarse a un seto y la lanzó al suelo, quedando sentada sobre unas matas que amortiguaron su golpe, sin embargo, el grito que dio por la impresión y el susto de la caída pudo sentirse en kilómetros.

—Venus, cuando lleguemos a la casa, vamos a conversar— dijo advirtiendo a la bestia que se había quedado detenida unos metros más adelante, pendiente de su ama— creo que tu ración de zanahorias me la comeré yo.

La yegua hizo un sonido de reclamo haciéndola reír. Trató de ponerse de pie, pero el suelo estaba resbaloso y terminó nuevamente en medio de las matas; la falda estaba húmeda también y no la ayudaba a maniobrar.

Cuando hizo un nuevo intento, de pronto un ruido que percibió cerca la puso alerta. Se escuchaban pasos por entre la maleza seca; alguien se acercaba. Su primera reacción fue de susto, pero luego recordó que estaba en las tierras de los Hart y que todo el mundo la conocía. Nunca hubo forajidos en los dominios del conde. Claro que nadie sabía si alguien pudiera estar merodeando con malas intenciones. Se quedó en silencio y escuchó nuevamente, pero los pasos se habían detenido. Pensó que lo había imaginado. Consiguió ponerse de pie y estaba limpiando sus ropas quitando la maleza que se había adherido a ella cuando una voz la hizo gritar nuevamente.
—Lo siento, no quise asustarla. ¿Se encuentra bien?
—¿Qué hace usted aquí?

## Capítulo IX

El joven la miraba mientras ella seguía limpiando sus ropas de los restos de hojas y de la tierra que se había adherido a ella al caer sobre la maleza. Cuando terminó de limpiarse volvió a preguntar.

—Señor Freeman, ¿Qué hace por aquí?
—Vengo a casa de su hermano, Aidan llegaba en estos días y quedamos…
—Lo entiendo, pero ¿por qué camina por estos derroteros?
—¡Ah! — dijo advirtiendo que la chica tenía curiosidad por su presencia en ese sitio en particular.
—Venía en un coche que ha quedado descompuesto. Tuvo una avería a orillas del camino y pensé que no estando lejos, caminar no sería una mala opción.
—Estamos bastante lejos— dijo la chica caminando hacia su yegua y tomando las riendas del animal que la observaba interesada.
—Es temprano, me gusta caminar— dijo recogiendo su bolso que había quedado tirado en el suelo unos metros más allá, pues creyó que ella necesitaba ayuda y se acercó con esa intención— entonces ¿se encuentra bien? sentí un grito…
—Fue la impresión de volar por el aire— dijo regalándole una sonrisa encantadora— Venus se ha portado como una mala chica— agregó tratando de caminar y sintiendo que una de sus rodillas estaba algo lastimada.
—No podrá montar— dijo él viendo que la muchacha cojeaba un poco.

Mientras hablaban, la tarde comenzó a nublarse y muchos nubarrones oscuros aparecieron tapando el poco sol que aún permanecía sobre sus cabezas. La temperatura había empezado a disminuir un momento antes y la tarde que parecía algo primaveral se tornó decididamente invernal con atisbos de estar acercándose una tormenta.

—Parece que el tiempo es bastante caprichoso en este sitio— dijo Freeman tratando de cubrirse, poniéndose debajo de un frondoso roble al percibir que caían algunas gotas.
—Es habitual que sea así. Puede ser que caigan algunas gotitas, pero en seguida se detendrán.
—La acompaño a casa.
—Tendrá que ayudarme a montar. No podría caminar— dijo ella esperando que él fuera atento al respecto.
—Podría llevarla cargando para que no esfuerce su pie— dijo él haciendo que ella dudara de la seriedad de su oferta— o podría irse en su caballo y dejarme aquí a merced de la lluvia— agregó al ver que los goterones que caían no eran unas gotitas como ella decía.
—No sería muy educado ni atento de mi parte— señaló ella volviendo a intentar pisar y sintiendo molestias en su rodilla.
—Debemos hacer algo, de lo contrario la lluvia nos dejará empapados— dijo él— ¿qué decisión tomará?
—Creo que por ahora la mejor decisión es que nos protejamos de la lluvia— dijo ella caminando con dificultad.
—¿De verdad está bien? — preguntó Freeman visiblemente preocupado.
—Si, es sólo una molestia. Creo que se me hará un moretón horrible, nada más.

La lluvia comenzaba a convertirse en un chaparrón monumental. Ambos se guarecieron debajo del roble y Abby tiró de su yegua para que la bestia también se protegiera del agua.

—Que hermosa está— dijo él mirándola fijamente a los ojos.
—¿Usted cree? — preguntó Abby sonrojada.
—Me refiero a la yegua— agregó Freeman haciendo que ella se pusiera furibunda.
—¡Es un grosero! — exclamó ella tratando de apartarse de él, pero el agua caía con mucha fuerza y el suelo se estaba inundando a su alrededor.
—Fue una broma— rio él encantado por haberla hecho enfurecer— usted también está hermosa.
—No siga estropeándolo más— dijo Abby resoplando— creo que regresaré caminando.
—Usted no hará eso— ordenó él tomándola del brazo para que no saliera fuera de la copa del árbol que los refugiaba.
—No me va a dar órdenes— replicó la chica volviendo a su sitio al ver que se empapaba— creo que me quedaré debajo del árbol, es lo mejor.
—Entonces estamos de acuerdo— declaró él acariciando las crines de Venus que se dejaba acariciar.

Ambos se quedaron mirando en silencio. Al parecer, si hablaban terminarían volviendo a discutir y lo mejor era encontrar alguna solución adecuada.

—¿Estas gotitas tienden a durar mucho tiempo? — preguntó él tratando de insistir con el punto de conflicto.
—Depende— dijo ella muy seria— a veces unos minutos. Otras veces días enteros.
—Esperemos que ahora duren minutos.
—Lo dudo— dijo ella que estaba acostumbrada a vivirlas— el cielo está oscurísimo. Pronostico un temporal de largo alcance.
—¿Qué hacemos? — preguntó él mirándola a la espera de alguna idea, pero ella no reaccionaba — me imagino que no vamos a quedarnos debajo de este árbol toda la noche.
—Podemos esperar un rato— dijo ella pensativa— tal vez alguien venga por mí.
—Es lo más seguro. Si saben que salió a estas horas…—dijo él poniendo énfasis en el tono— algo imprudente me parece.
—No comience con sus críticas, Freeman— advirtió ella enfadándose otra vez.
—Esperemos que vengan a buscarla y se apiaden de mí y me lleven con ustedes— declaró poniendo cara de lástima.
—Usted es insufrible— rio ella, pero luego cambió el gesto— pensándolo bien no sé si alguien sabe que salí.
—Me lo imaginaba. El conde no habría permitido que saliera a estas horas a cabalgar por el campo y sola.
—Es probable que no, por eso…
—No le dijo a nadie— reclamó él— ¡Excelente! Estamos a la deriva.
—Yo no lo obligué a caminar por el bosque a media tarde en un día que era a todas luces preludio de un temporal— señaló ella haciendo un mohín— seguramente alguien lo extrañará y saldrá en su busca.
—Debía llegar mañana, pero me desocupé antes y preferí venir hoy— explicó él.
—Mala idea— ironizó Abby.
—Pero su hermano notará su ausencia, me imagino.
—Lo dudo, hay mucha gente en casa, hemos comido dulces toda la tarde y las damas no van a cenar. Los caballeros deben estar jugando algún pasatiempo o fumando, su mayor actividad— ironizó.
—Tenemos que salir de aquí y buscar refugio— dijo Freeman mirando al cielo sin esperanzas—

¿que aconseja?
—¿Yo?
—Usted vive aquí, yo soy un forastero— reclamó él esperando que ella diera alguna solución.
—Tal vez haya algún sitio dónde guarecerse— manifestó pensativa— la verdad es que a este sitio no vengo mucho.
—¿Qué hacía aquí ahora?
—No es de su incumbencia— le aclaró en seguida— puedo recorrer las tierras de mi hermano tanto como me plazca.
—Detrás de esa loma divisé una casucha— recordó él sin prestar atención a su altanería y mirándola con detención— nos vamos a mojar, pero puede ser que alguien viva allí y nos dé albergue.
—¿Está seguro?
—Puede ser que sea algún guardabosques.
—No creo que tengamos guardabosques, señor Freeman.
—Pues hay una construcción de piedras un poco más atrás.
—Debe estar confundido— declaró ella.
—No estoy borracho si es lo que insinúa— dijo él riendo.
—Señor Freeman, deje eso. No se toma nada en serio. No me agrada la idea de terminar empapada.
—Diría que ya lo está— dijo él mirándola a ella y a su traje de montar de color marrón claro que se amoldaba a su figura— ¿le parece si deja de discutir y buscamos refugio?
—No creo que haya…
—Señorita Hart, deje de ser tan odiosa y por favor haga caso de lo que digo— dijo levantando la voz con tono impositivo— Sé que hay un refugio cerca de aquí y si no tiene una mejor idea, espero que sea tan amable de dejar de reclamar…

Abigail Hart, la chiquilla indomable y rebelde se quedó petrificada frente al reto. Freeman se había transformado en un hombre imponente y dominante. Iba a abrir la boca, pero comprendiendo el tamaño del problema prefirió evitar agrandarlo aún más.

—Lo sigo— dijo tomando las riendas de Venus y caminando con dificultad.
—Puedo cargarla…
—No hará eso. Estoy bien— señaló cojeando levemente, con menos molestias que un rato antes.

Ambos caminaron bajo la lluvia, hasta llegar a un leve montículo y comprobar que el joven tenía razón. Cuando pudieron ver que bastantes metros alejados de allí, entre medio de los árboles, se levantaba una casucha de piedras, Freeman hizo un gesto que denotaba demostrar que había tenido razón y la invitó a seguir caminando hasta llegar a la edificación.

Cuando estuvieron resguardados debajo de una techumbre compuesta de madera que hacía un espacio cubierto que los protegía de la lluvia, ella se quedó junto al animal y esperó atenta a que él golpeara la puerta para anunciarse y esperar que quien viviera en ese sitio los recibiera con hospitalidad. Freeman golpeó en dos ocasiones, pero nadie acudió al llamado. Le pidió que ella se quedara en ese lugar y se fue corriendo para rodear la casa que era sólida y de regular tamaño pareciendo una casucha de guardia, demoró algunos minutos en regresar sin buenas noticias.

—Parece que está abandonada.
—De todas formas, nos servirá para guarecernos— declaró Abby comenzando a castañear con

sus dientes.
—¿Espera que abra la puerta como un ladrón?
—Espero que sea caballero y haga los esfuerzos necesarios para proteger a una dama— dijo ella rogando que el joven fuera caballero.
—Por supuesto que lo haré— dijo acercándose a la puerta y tratando de abrirla.

La puerta parecía estar cerrada, pero luego de varios intentos notó que solamente estaba trabada. Luego de un par de fuertes empujones la madera cedió y la puerta rechinó dejando un espacio para poder ingresar. Abigail sonrió entusiasmada, pero no entró a la casa a la espera de que Freeman se asegurara de que se podía ingresar.

—¿Se va a quedar parada allí?
—No voy a entrar sin que usted se asegure de que no hay alguien que pueda atacarnos.
—Está bien— dijo él— me portaré como un héroe y protegeré a la doncella— añadió empujando la puerta con su pie.

Demoró solo unos segundos en registrar el pequeño lugar y muy pronto pudo dar seguridad a la chica de que podía entrar.

—¿Qué pasa ahora?
—No voy a dejar a Venus mojándose aquí.
—¿Quiere entrar a la yegua a la casa?
—Por supuesto— señaló casi gritando.
—Está bien— volvió a aceptar el hombre que ya estaba cansado de ceder a todos los caprichos de la chica— entre rápido, yo me encargo de su caballo.
—Es una yegua, sea delicado— agregó entrando a la casucha y observando alrededor— no está tan mal— declaró quitándose el gorro que ya era un desastre.
—Por lo menos no nos vamos a mojar— dijo el muchacho buscando algún lugar para dejar el caballo.

Revisó la construcción y vio que consistía en una habitación en donde seguramente alguien dormía y usaba como comedor también, pero en ese momento no había muebles, salvo una mesa desvencijada y algunas sillas muy sucias. En el suelo había algunas mantas en buen estado. Abigail se sentó en una de las sillas, pero estaba empapada. Dejó que Freeman recorriera el resto de la morada, viendo cómo se internaba en otros dos cuartos que había al costado de un pasillo.

—Hay un cuarto vació aquí— dijo hablándole desde la puerta— la yegua puede quedarse en él.
—Tengo frío— dijo Abby tratando de darse calor con sus brazos.
—Y yo— declaró Freeman mirando como seguía lloviendo fuera.

El joven empezó a buscar algo que pudiera abrigarlos y encontró algunas mantas en el otro cuarto interior. Parecía que hubiera habido una mujer en esa casa, porque en un mueble habían dejado algunas frazadas tejidas con lana muy gruesa de colores chillones y que no estaban sucias realmente, a pesar de que parecía que hacía mucho tiempo que nadie vivía allí.

—Tenga, puede cubrirse con ellas— dijo dejándolas sobre la mesa.
—Pero…
—Quítese ese traje mojado— señaló Freeman mientras seguía recorriendo el cuarto y de repente lanzó un grito que la asustó —Hay una chimenea— exclamó alegrándose y quitando unos cacharros que bloqueaban el agujero.

—Pero necesitaremos leña— señaló ella pensando en quitarse el vestido, pero no podía decidirse.
—No voy a mirar, si desea puede ir al otro cuarto y se encierra allí. Yo trataré de encender un fuego— señaló haciendo que ella lo mirara incrédula— ¿Qué pasa? ¿No cree que sea capaz de encender un fuego acaso?
—No lo sé.
—Yo sí lo sé. Necesito leña seca— dijo abriendo la puerta para salir al campo— vengo en seguida.
—Está muy mojado— dijo la chica— ¡Venga aquí! ¡No me deje sola! — exclamó entre enojada y asustada.

Tuvo que esperar varios minutos hasta verlo regresar y entrar nuevamente por esa puerta. Freeman ingresó al cuarto dejando en el suelo algunos leños secos y quitándose la chaqueta se quedó solo con la camisa que por efecto de un poco de humedad se adhería a los músculos de su espalda.

Abby no pudo dejar de notarlo, el señor Freeman era bastante atractivo y si no fuera por ese afán de contrariarla en cualquier ocasión que podía, lo habría considerado un hombre interesante. Dejó de mirarlo para concentrarse en su situación. No estaba empapada, pero los botines estaban bastante embarrados, sería mejor quitárselos y colocarlos al amparo del fuego, si es que Freeman lograba encenderlo; lo dudaba. El vestido no estaba completamente mojado, pero el ruedo de la falda estaba empapado; tendría que quitárselo. Miró las mantas y pensó que no lograrían cubrirla por completo, así que dejando una de lado y llevando la otra en sus manos se internó en los otros cuartos para ver si había algo más que pudiera ayudar.

Entró en la habitación en donde la yegua se resguardaba de la lluvia y se acercó para acariciarla y hablarle al oído.

—Estamos seguras, cariño— dijo observando de reojo que Freeman intentaba encender los leños — tengamos esperanzas— agregó riendo.

Rodeó a la yegua y encontró un par de mesones en donde había unos delantales y varias cacerolas; debió ser la cocina de la casa. Dejó sola a Venus y se internó en el otro cuarto, que debió ser el dormitorio de una pareja, pues había un camastro con una escuálida frazada y junto a él un par de sillas. Frente de esos muebles se encontraba una cómoda bastante precaria. Abrió uno de los cajones y se asombró y alegró al mismo tiempo, al ver algunas prendas de ropa. Tomó un montón de tela floreada que al levantarlo descubrió que era un vestido.

Parecía estar limpio, aunque tenía algo de olor azumagado, pero no era momento de ponerse escrupulosa. Se quitó entonces el traje de montar y se puso la prenda; le quedaba bien de largo, algo ancho, pero no había problema. Luego se envolvió en la frazada que traía y cogió la chaqueta con mangas aglobadas y la falda amplia para colocarlas al calor del supuesto fuego que Freeman lograría encender; lo dudaba.

Antes de volver a la otra habitación miró dentro del cajón y encontró un pantalón de gruesa lana, que podía quedarle al joven y lo llevó con ella. Buscó por alguna parte si hubiera alguna otra prenda, pero no encontró nada más.

Al regresar al cuarto, Freeman sonreía observando las llamas del hogar. Seguía vistiendo la camisa húmeda y su pantalón parecía estar mojado desde la rodilla hasta el suelo.

—Tenga, póngase esto para no resfriarse.
—Le queda muy bien esa ropa, parece una aldeana— dijo mirándola de arriba abajo.
—Vístase de aldeano también— propuso ella sonriendo— parece que el hombre que vivía en esta casa era bajito, eso sí— agregó levantando el pantalón que era algo corto para el joven.
—Todo sirve. Muchas gracias— dijo comenzando a desabrochar sus pantalones para hacer la sustitución.
—¿Qué hace? —exclamó ella.
—Lo siento— señaló haciendo un gesto de excusa— iré al otro cuarto.
—Obviamente— exclamó ella fingiéndose molesta, pero estaba bastante divertida con la situación. No podía esperar a verlo con aquellos pantalones.

No era una situación normal que una mujer estuviera sola en un cuarto con un hombre que no era de su familia, pero ella no sentía molestia por eso. Extrañamente, Freeman no le provocaba desconfianza, era un hombre correcto. Jamás se había intentado propasar con ella, claro que se llevaban como perro y gato; era poco probable que lo intentara alguna vez, pensó. Además, nadie sabía que estaban allí, a menos que llegara el dueño de esa casa y los lanzara al campo nuevamente, pero siendo la hermana del conde no veía que eso fuera posible, así que dejó de pensar en tonterías y se sentó en un banquillo de madera bruta junto al pequeño fuego que el muchacho había encendido. Extendió los pies y sabiéndose sola se levantó la falda para ver cómo estaba la rodilla lastimada; se sorprendió al ver la hinchazón y el leve color morado que lucía. Se lamentó del desastre en que se habían convertido sus medias, que ahora mostraban un enorme agujero.

Se volteó al sentir el ruido que Freeman hizo al toser. Se bajó en seguida la falda para cubrir sus piernas.

—¿Qué miraba?
—Nada en especial. ¿Quería que mirara algo? – preguntó él con gesto de burla.
—Usted es bastante impertinente— declaró envolviéndose nuevamente en la manta.
—No lo creo— dijo sentándose a su lado en la banca, envuelto en la otra frazada de colorida lana y luciendo sus pies desnudos. El pantalón le llegaba a mitad de la pantorrilla.

Abby notó que el chico tenía bastante vello en las piernas y dejó de mirarlo cuando él la puso incómoda.
—¿Qué mira?
—Usted es realmente molesto— dijo ella riendo.

Abby llevaba el cabello suelto y éste le caía sobre el hombro; todavía estaba algo húmedo en las puntas. Freeman se cubría con la manta, pero se notaba que no llevaba nada debajo, pues no encontraron camisa para él. La ropa húmeda que llevaban y las prendas que el joven traía en su bolso estaba colgada sobre la chimenea y por los costados. El propio bolso estaba cerca del fuego para que se secara también. Frente al hogar había un tapete grueso, algo gastado, pero parecía que en su origen fue de buena calidad; eso les permitía no tocar el frío suelo con los pies.

—¿Cree que deje de llover? — preguntó él mirando las brasas.
—Mañana amanecerá el día con un enorme sol, se lo aseguro— dijo Abby — era un bolso muy elegante, creo que se estropeó— agregó ella con pesar.
—Me lo había regalado mi madre— dijo mirándola a los ojos. Ella le hurtó la mirada.

—¿Su familia vive en Birmingham? Creo que se lo escuché a Aidan.
—Cerca de allí. Mi madre acostumbra a residir allí en el verano, en invierno se va a Londres. Papá gusta del campo, nadie lo saca de allí.
—¿Y a usted qué le gusta más?
—Me gusta bastante el campo, evito la ciudad si puedo. No me gusta todo ese barullo.
—Pero le gustan esas máquinas que venden. ¿o no?
—Es cierto, pero solo voy a la ciudad para verlas funcionar y comprarlas, luego me dedicó a recorrer el campo y he podido conocer muchos lugares.
—¿Tiene hermanos?
—¿Es un interrogatorio? — dijo él sonriendo.
—Si no quiere responder…
—Tengo tres hermanas. Usted conoce a Louise, está casada con un vizconde. Mis otras hermanas son menores, Naomi y Eleanor, se llevan cinco años.
—¿Usted es el mayor?
—Si, soy el…mayor— señaló haciendo una pausa que ella encontró extraña— ¿y usted? Debió ser siempre consentida siendo la más pequeña.
—Nos crio mi abuela y lady Olivia era muy estricta, no diría que fui muy consentida, no me permitió ser caprichosa tampoco.
—Usted no es caprichosa— afirmó él.
—¿Lo dice en serio o se está burlando? — preguntó ella ciñendo la frente.
—En serio— dijo Freeman moviendo las brasas con una ramita de madera— puede ser muchas cosas, pero no diría que es caprichosa— agregó sentándose en el suelo y apoyándose en el banquillo.
—¿Qué cosas?
—Creo que es rebelde, curiosa.
—¿Qué más?
—Inteligente…
—¿Cree que soy inteligente? — preguntó ella satisfecha.
—No debería preguntarlo, ha demostrado ser bastante sensata— declaró mirándola e invitándola a sentarse junto a él en el suelo.

Freeman buscó entre las cosas que traía en el bolso y que había dejado sobre otro banquillo que encontró y revisó su reloj. Cerró luego la tapa y lo dejó en el mismo sitio.

—Son más de las diez— dijo arrebujándose en la frazada— intente dormir.
—No tengo sueño— dijo Abby.
—¿No tiene hambre?
—Estuve comiendo buñuelos de la señora Duncan hasta hartarme. Por eso nadie va a cenar en casa del conde— dijo recordando aquellos dulces maravillosos que se deshacían en la boca.

Cerró los ojos y se saboreó lamiendo sus labios y emitiendo un gemido. Cuando se dio cuenta de que no estaba sola se ruborizó por la vergüenza.

—En serio, duerma— dijo Freeman sonriendo y disfrutando su bochorno.
—Si usted quiere puede dormir— señaló siendo benevolente— debe venir cansado de su viaje— agregó suspirando.
—Además de sensata es considerada y se preocupa de mi— dijo él bromeando.
—Me preocupo de todo el mundo— aclaró ella fingiéndose enfadada. Le gustaba conversar con

él cuando no se ponía cargante.

Unos minutos después, Freeman cabeceaba frente al fuego; Abby dormía con su cabeza en el hombro del chico. Cuando llegó el amanecer, ella despertó primero y al abrir los ojos se encontró con el cuello adolorido por estar apoyada en…¡el hombro de Freeman! De pronto recordó todo y puso su atención fuera. Escuchó el trino de algunos pajarillos y nada de tormenta. Se incorporó tratando de no despertarlo. El fuego estaba casi apagándose.

Caminó hacia la ventana para cerciorarse de que sus oídos no la engañaban y efectivamente afuera se veía que el sol estaba apareciendo entre las montañas. Se acercó a la chimenea y cogió sus ropas que estaban bastantes menos húmedas. Los zapatos se habían resecado, seguramente tendría que botarlos, pero podía usarlos mientras volvía a casa.

Se internó en la casa y fue a cambiarse. Dejó el vestido que llevaba en el mismo cajón en que lo encontró y cuando ya estaba vestida de amazona nuevamente fue a ver a Venus que dormía de pie en el cuarto con piso de piedra. Se tomó el cabello y enroscándolo en su coronilla lo acomodó con un nudo para que se mantuviera en su sitio y lo afirmó con la única horquilla que había recuperado la noche anterior luego del chaparrón.

Cuando regresó al cuarto Freeman al notarse solo en la habitación se vestía con sus ropas ya secas. Llevaba el pantalón y se calzaba las botas. Estaba sin camisa, pues había preferido vestirse primero por la parte inferior para no escandalizar a la dama. Cuando se comenzaba a colocar la manga derecha de su camisa notó que ella lo miraba.

—Lo siento, pensé que estaría en el otro cuarto. No quise incomodarla.
—No se preocupe, siempre veo a mis hermanos sin camisa cuando vienen del río intentando pescar— respondió ella quitando la vista de su pecho musculoso.
—Pero yo no soy su hermano— dijo él mirándola de hito en hito y haciendo que ella se estremeciera.
—Ya dejó de llover— exclamó ella cambiando bruscamente el tema— ¿qué hora será?
—Son diez para las siete. Apúrese, tenemos que irnos— advirtió Freeman colocándose su chaqueta.
—Voy por Venus— señaló entrando al otro cuarto por la yegua.
—¿Cómo está su rodilla?
—Mejor, se curará en unos días.
—Además, es valiente. Otra mujer estaría chillando y haciéndose la pobrecita.
—Mis hermanos me hicieron así. Jamás perdí alguna disputa con ellos, siempre competimos de igual a igual.
—Seguramente la dejaban ganar— dijo él riendo y haciéndola poner muy seria— Estoy bromeando.
—Se ha revelado como un gran bromista, señor Freeman.
—Me llamo Matthew. Luego de dormir juntos puede llamarme por mi nombre— agregó haciendo que ella se sonrojara— lo siento, fue una mala broma.
—Muy mala— afirmó ella sin poder recuperar los colores.

Freeman la invitó a abandonar la casa y salieron al campo seguidos de la yegua. La chica se montó en la bestia con ayuda de él que la empujó sobre el lomo del animal.

—¡No se va a ir caminando! — exclamó ella al ver que tomaba su bolso y caminaba a su lado.

—¿Desea que monte con usted? — preguntó indeciso.
—Si, no tiene nada de malo. Nadie nos verá. La casa está lejos.

Freeman dudó un momento y luego le pasó el bolso para montar detrás de ella sobre Venus. Cuando ya lo tuvo a lomos del animal Abby notó que había sido una mala idea. Tenía al chico a sus espaldas, sentía el calor de su cuerpo y sus brazos rodeándola al tomar las riendas.

—Prefiero conducirla yo, Venus es algo caprichosa— advirtió Abby cogiendo las riendas.
—Como desee— dijo él.

A pesar de todo, Abby sentía las piernas de Freeman rozando las suyas y su aliento acariciando su cuello. Cerró los ojos y respiró profundo tratando de tomar el control de la situación.

—Afírmese bien, el camino se ve escarpado.
—Tengo fuerza en las piernas, no voy a caer— respondió él colocando el bolso entre ambos, lo que Abby agradeció sin decirlo.

Cuando quince minutos más tarde, llegaban caminando sobre el lomo de Venus a una bifurcación, Abby reconoció el camino y lo instó a bajarse para que llegaran separadamente a la casa.

—Aquí puede bajar. Si sigue por ese camino— dijo señalando hacia la derecha, en unos cinco minutos estará en casa— No se vaya por el centro, es preferible que circule por la orilla porque a veces puede venir algún carro.
—Si, su alteza— dijo él haciendo notar que le estaba ordenando qué hacer.
—Sólo es una sugerencia. Si desea irse por otro sendero es problema suyo— declaró enojada— Nadie debe saber lo que sucedió anoche— agregó ella dándole ordenes otra vez.
—¿Qué cosa? ¿Que dormimos juntos o que durmió con su cabeza en mi hombro? — señaló él con inocencia.
—¡Usted es insufrible! — dijo ella haciendo partir a Venus y alejándose por el campo por el mismo camino que le sugirió seguir a él.

## Capítulo X

Abby llegó a la mansión unos minutos después y en seguida se bajó de su montura. Llevó a Venus hasta las caballerizas sin encontrarse con ninguno de los chicos por ahí. A lo lejos se escuchaba que alguien cantaba alguna tonada mientras le limpiaba los cascos a una de las bestias de la casa. Avanzó con la yegua y le dejó en su pesebrera, le hizo una caricia y luego se dirigió furtivamente hasta un costado de la casa en donde una vieja haya se asomaba en un rincón junto a una ventana. La chica trepó por el árbol con agilidad levantando sus faldas y en un dos por tres estaba junto a la ventana del segundo piso y desapareció por ella.

Freeman caminaba en dirección a la puerta principal, encontrándose con uno de los mozos que al reconocerlo le cogió el bolso y lo llevó dentro de la casa. Caminó detrás del chico y de reojo notó que la rubia se encaramaba en el árbol. No pudo evitar sonreír, Abigail Hart era una chica muy interesante. Si no fuera hermana de su mejor amigo habría pensado en cortejarla, pero el riesgo era muy grande y mantenerse alejado era una buena idea.

La casa dormía aún, solamente se percibían ruidos a lo lejos, por causa de los criados que comenzaban a organizar el día. Se preparaba el desayuno de quienes se levantaban temprano, que en realidad solamente se trataba de la condesa. El resto de la gente dormiría aún unas horas más. Cuando el mozo lo guiaba escaleras arriba para instalarlo en la habitación que la señora Richie había escogido para el visitante, se encontró con la pelirroja dueña de casa que bajaba con una energía extraña para tan temprana hora.

—Mi lady, que placer verla nuevamente.
—Señor Freeman, que bien que haya llegado— dijo mirándolo con detención— parece que ha tenido algún accidente con su ropa— agregó con asombro.
—Si, excelencia. El coche que me traía se averió y debí caminar por el sendero, que estaba bastante fangoso.
—Parece que hubiera estado bajo la lluvia, sus ropas se ven bastante mal— dijo Rowena que era bastante sincera.
—Realmente me siento como si me hubiera agarrado un aguacero y hubiera dormido sentado— dijo riendo— el viaje desde Gales fue largo— explicó después.
—Me imagino. Vaya a descansar. Le pediré a algún mozo que más tarde le lleve desayuno a su cuarto.
—Claro que no, mi lady. Me refrescaré un poco, me cambio y en seguida bajaré a desayunar.
—Que animoso, señor Freeman. No es lo que se acostumbra por aquí— dijo mirando la hora en el reloj de la sala— ya van a serlas ocho y no hay un alma en este comedor.
—Tengo hambre.
—¿No desayunó en la posada? — preguntó ella que era muy suspicaz, pues notaba que algo raro sucedía con el joven; llevaba una barba incipiente.
—Algo comí, pero nada se iguala a la cocina de esta casa. Podría comerme muchos buñuelos.
—Es cierto— dijo ella mirándolo con desconfianza— si tiene suerte todavía quedarán algunos que ayer hizo mi madrastra.
—Con mayor razón me apresuraré en bajar— dijo él despidiéndose con una inclinación de cabeza y siguiendo al mozo que lo esperaba en el rellano.

Freeman se internó en uno de los cuartos que la casa disponía para visitantes y se apresuró en lavarse con la jofaina y la jarra con agua que le habían dejado. Se quitó la camisa y fue por otra a

su bolso, pero no estaba en mucho mejor estado. Tendría que esperar que llegara el baúl que traía y que le enviarían desde la posada seguramente en la tarde. Por lo pronto se acomodó un pañuelo menos arrugado en el cuello y se afeitó para quedar presentable y acudir a desayunar. Estaba muerto de hambre, no había comido nada desde el almuerzo del día anterior en la posada del camino y la sopa de pavo, el guiso de verduras y el trozo de carne que le habían servido no habían estado muy apetecibles.

Cuando estuvo más o menos presentable a su parecer, se aplicó su loción para el pelo y se puso la misma chaqueta que traía y que estaba muy arrugada. Bajó entonces corriendo las escaleras para apresurarse a llegar al comedor en donde la condesa estaría desayunando. Efectivamente al llegar al comedor de diario encontró a la muchacha conversando con el ama de llaves; estaban organizando las actividades del día.

—Señor Freeman, venga a sentarse conmigo.
—Encantado, mi lady.
—Señora Richie, por favor, que le envíen algo contundente al señor. No está guardando la línea como yo.
—En seguida, señora.
—Y traiga los buñuelos que quedan, el señor está antojado— dijo mirándolo con una enorme sonrisa.
—Mi lady, sólo bromeaba, es una suerte que tenga de aquellos. La vez pasada los probé— mintió para encubrir su desliz.
—Claro— dijo ella por respuesta— le gustaron, por supuesto. Así como a mí me gustan los chocolates de Cadbury.
—En mi próxima visita le traeré algunos.
—Los esperare ansiosa— rio ella.
—¿Aidan está en casa?
—Él y Melany llegaron hace poco. Anoche la casa tuvo actividad hasta muy tarde, estuvimos charlando en el salón, alguien se puso a tocar el piano y las damas se retiraron a descansar, pues se les cansó la lengua— rio— pero los caballeros fumaron hasta el amanecer— dijo poniendo mala cara— no quiero ir al salón de fumar hasta que los chicos hayan ventilado eso un buen rato.
—¿Sus niños?
—Mis bebés están hermosos. Ahora duermen, pero en un momento iré a vestirlos para sacarlos al jardín. Los Hamilton llegarán de un momento a otro y seguramente traerán a James con ellos.
—Le gusta tener gente en casa— afirmó él.
—La verdad que al principio me agobiaba, pero ahora la señora Richie se ocupa de todo y yo hago mi vida normal. La adoro.
—El tiempo ha estado terrible, los caminos estaban llenos de barro.
—Anoche llovió mucho. Esperamos que hoy nos acompañe el sol, los caballeros sueñan con ir a pescar.
—¿Otra vez?
—Ya notó que es una obsesión del conde. Cree que esta vez sí atrapara un gran pez— rio ella.

Estaban tan entretenidos conversando que se distrajeron y no notaron que alguien llegaba al comedor. Cuando escucharon la voz de Abby recién se dieron cuenta de su presencia.

—¿Interrumpo?
—Para nada, cariño, te levantaste temprano.

—Si, no pude dormir mucho. Tengo ganas de salir al campo.
—Hay demasiada humedad, no te lo aconsejo— advirtió la pelirroja comiendo sus fresas.
—Buenos días, señor Freeman— saludó la chica.
—Buenos días, señorita Hart— respondió él sin prestarle mayor atención.

Ella se sentó junto a su cuñada y aceptó un poco de agua caliente que una doncella le trajo. Escarbó en una panera y escogió un pan de centeno que parecía estar recién hecho. Cuando otra de las chicas dejó sobre la mesa una canastilla con buñuelos de manzana su rostro se iluminó.

—Pensé que los habían devorado todos.
—Ya ves, algunos se salvaron— dijo ofreciendo a Freeman la cesta para que se sirviera— al señor Freeman le encantan.
—Ah ¿sí?
—En cuanto llegó los pidió— dijo Rowena sonriendo divertida— tienen los mismos gustos, parece— agregó para molestar a la chica.

Freeman le dedicó una sonrisa y seleccionó uno de los dulces de la cesta al mismo tiempo que ella y sus dedos se tocaron, provocando que la chica se sobresaltara.

—Sáquelo usted— ofreció.
—Claro que no, por favor, escoja el que desee— dijo él siendo caballeroso.

Abby tomó uno de los esponjosos dulces y lo dejó en su plato. Freeman escogió otro y le dio una mordida, luego expresó su placer cerrando los ojos y lanzando un gemido, mientras saboreaba sus labios.

—¡Deliciosos! — dijo sin mirar a la chica que se había ruborizado al recordar sus expresiones de la noche anterior.
—Creo que voy a ir a ver a mis pequeños, queda en su casa señor Freeman— dijo Rowena dejando la servilleta sobre la silla— Abby, querida pórtate como una buena anfitriona.

Rowena se alejó del comedor y los dejó solos, a la vista de la señora Richie que rondaba por ahí.

—¿Siempre es tan desagradable o es sólo conmigo?
—Es solo con usted— reconoció el disfrutando de un trago del exquisito café que el mozo le había servido.

Abigail iba a responder a lo que tomó como una afrenta, pero algunos ruidos en el recibidor la distrajeron. Rowena no se había ido hasta el cuarto de los niños finalmente, puesto que regresaba con un bebé en sus brazos.

—Pequeño James, saluda a tu prima Abby— dijo levantando el brazo del niño de cabello oscuro y ojos pardos.
—Pero ¿quién es esta preciosura! — exclamó la niña rubia levantándose de su sitio para hacer arrumacos al bebé.
—Buenos días— saludó Harper que llegaba acompañada de una doncella— señor Freeman, que placer verlo— agregó viendo al joven que se puso de pie para saludarla.
—Señora Hamilton, el placer es mío— dijo dejando la servilleta sobre la mesa para acercarse al niño y cogerlo en sus brazos— este chico es bastante fuerte— señaló dejando que el bebé le apretara un dedo.

Las tres mujeres quedaron impresionadas de la calidez del joven que no se notaba incómodo con el niño en sus brazos.

—Será un gran padre, señor Freeman— dijo Rowena acariciando la cabeza del niño.
—Algún día tal vez— respondió él devolviendo al pequeño a su madre.

Abigail se quedó observando al muchacho que regresaba a su sitio en la mesa y volvía a coger un trozo de pan y lo untaba con mermelada, concentrándose en su tarea sin prestar atención a nada más. Cuando notó que las otras la miraban reaccionó y recordó algo importante.

—¿Conrad vino contigo?
—Si, se quedó hablando con Liam que estaba organizando la jornada de pesca.
—¿Es verdad que hay jornada de pesca? — preguntó Freeman interesado.
—Los hombres están ilusionados con atrapar alguna presa.
—Señor Freeman si desea puede incorporarse al grupo, no creo que vayan a salir todavía.
—¿Qué le pasó a sus ropas? — preguntó Harper cuando el joven se puso de pie para salir del comedor.
—Tuve un inconveniente por causa del mal tiempo— explicó— pero más tarde llegará un baúl que dejé en la posada.
—Mi hermano puede prestarle algo de ropa, ¿no crees Rowena? — dijo Abby siendo amable.
—Tal vez Aidan, es más su talla— propuso la pelirroja acompañándolo fuera de la habitación y dejando solas a las chicas.
—Es agradable este chico— afirmó Harper con el niño en sus brazos y tratando de quitarle un mechón de su pelo que el pequeño tironeaba con fuerzas.
—Contigo— señaló Abby tratando de llamar la atención del niño— ¿Sabes si Hamilton tiene novedades para mí? — preguntó expectante.
—Mmmm— dijo su prima— creo que sí.
—¿Buenas o malas?
—Creo que buenas— declaró haciendo que la muchacha se impacientara y saliera del cuarto en búsqueda del esposo de su prima —¡No le digas que te dije! — gritó Harper regañando al niño con un gesto y dándole un beso en la mejilla después.
—¡Pierde cuidado! — gritó Abby desde el recibidor.
—¡No grites! — exclamó Rowena que regresaba junto a la madre y el niño.
—Siempre que le dices que no grite lo haces gritando— señaló Harper riendo.
—Lo sé— rio Rowena también— vamos al cuarto de los niños y aprovechan de cambiar a James, creo que lo necesita.
—Definitivamente— dijo Harper siguiendo a su prima.

Abby fue a su cuarto a revisar unas cuentas que quería aclarar con Conrad y luego bajó las escaleras corriendo, salió a la puerta y le preguntó al señor Sewell por los hombres. El mayordomo la llevó por la orilla de la casa en donde un grupo de ellos conversaba a la espera del resto que ni siquiera asomaba la nariz.

—Hamilton, ¿qué tal? — preguntó saludando al moreno que acompañaba a su hermano.
—Aquí estamos, ansiosos por atrapar al gran pez.
—Vengo en seguida— dijo Liam viendo que unos mozos traían unas cañas de pescar, pero no veía la suya.
—¿Hay alguna novedad para mí? — preguntó haciéndose la inocente.

—Obvio que sabes que sí. Harper ya te debió contar— dijo Conrad que conocía la discreción de su esposa.
—Pero no le digas que te dije— pidió ella haciendo un gesto gracioso— ¿tienes algo para mí?
—No es el lugar para hablarlo— dijo él que veía que Liam regresaba— luego del almuerzo podemos reunirnos.
—Tengo unas preguntas que hacerte. Reunirnos más tarde será excelente— dijo la chica ocultando su ansiedad.
—¿Qué es excelente? — preguntó el conde llamando a otro de los mozos— coloquen esa también— pidió señalando una caña de pescar.
—Que vamos a almorzar lo que ustedes atrapen— ironizó la chica— le diré a la señora Graves que almorzaremos sardinas.
—Te vas a tragar tus palabras— dijo Aidan que llegaba junto a su amigo con un par de cañas de pescar y unos bolsos a cuestas.
—Que tengan suerte con esos pececillos, la van a necesitar— dijo la chica volviendo a la casa y dejando a los hombres organizando sus aventuras.

## Capítulo XI

Luego del almuerzo, cuando todos se retiraron a sus cuartos a descansar y dormir una reparadora siesta, Abby se quedó en el despacho de Liam en donde Hamilton la había citado. Para no generar chismes, pues varias mujeres rondaban por ahí, Harper se acomodó junto a ellos, luego de dejar al niño con la doncella.

—Podríamos beber algún bajativo, el pavo que la señora Graves tuvo la precaución de preparar estaba bastante contundente.
—No te burles, cariño. Estuve a punto de atrapar un enorme salmón.
—En esta época no hay salmones en el río— señaló Abby.
—Bueno, no era un salmón, pero lo parecía; era enorme.
—Y lo dejaste ir— señaló su esposa.
—Aidan se metió en medio y finalmente el pez escapó.
—La misma historia de siempre— dijo Abby— creo que vamos a tener que organizar nosotras una jornada de pesca; conseguiríamos mejores resultados.
—Jamás lo lograrían— dijo él sirviendo una copita de licor a su mujer. Abby declinó beber, estaba nerviosa— Debes tener calma muchacha, se nota que estás impaciente.
—Porque lo estoy.
—Tengo buenas noticias— señaló Conrad— no creas que fue fácil, fue una dura faena, pero gracias a mis capacidades creo que tengo lo que necesitas.

Las chicas se quedaron en silencio, a la espera de que les contara lo que deseaban saber; iban a dejarlo que se regocijara de sus capacidades.

—Pero antes, dime si tienes a la persona que te pedí.
—No he podido visitarla, pues el tiempo ha estado horrible, pero hoy recibí respuesta a una carta que le envié. Se muestra dispuesta a trabajar conmigo, solo falta que pueda hablar con ella en persona y ajustar los términos, pero no quise apresurarme, sin tener quién financiara esto.
—Pues ya tienes a tu socio— dijo Hamilton orgulloso.
—¿Hablas en serio?
—Bueno, prácticamente lo tienes. Mi abogado está redactando un contrato para que lo firmemos, yo seré tu representante y el inversionista se muestra dispuesto a poner un monto inicial que deberá ser devuelto dentro de un plazo razonable y luego se dividirán las ganancias en partes iguales.
—¿En partes iguales? ¡Qué generoso! — dijo la chica que no esperaba generar ingresos realmente.
—Si me preguntas, creo que este hombre ve un buen negocio en tu idea— dijo bebiendo un trago de su vaso— tenemos que hacer bien las cuentas.
—Creo que las tengo bien hechas, aunque sería bueno que las revisara alguien más preparado.
—Dame lo que tengas y con eso puedo trabajarlo.
—Gracias, Conrad. Esto es muy importante para mí— dijo Abby ilusionada.
—Espero que no se te ocurra casarte con algún ridículo lord y me dejes con todo a medias.
—Por supuesto que no. No voy a hacer esa tontería— dijo la chica sonriendo.
—Excelente— exclamó Hamilton— somos socios, yo me encargo de todo.
—Mañana, si el tiempo mejora iré a ver a la señorita Thomas— dijo Abby sonriendo a su prima que la miraba orgullosa— tengo muchos bocetos que he dibujado y para cada uno he hecho un cálculo de materiales. ¿está bien?

—Muy bien.
—¿Se quedan a cenar?
—Claro— dijo Harper— no me perdería ese salmón delicioso.
—¡Muy graciosa! — dijo el moreno molesto.
—Entonces más tarde te entrego un libro de cuentas que hice— señaló Abby dejándolos solos en el cuarto.

Esa misma noche, los Hamilton salían de la casa del conde con su bebé envuelto en mantas, la niñera llevando los bártulos del niño y Conrad con un enorme libro de cuentas que se fue leyendo en el coche, mientras su esposa mecía al niño y cabeceaba al mismo tiempo que el nene. De vez en cuando, Hamilton daba unas cabezadas asintiendo y haciendo un gesto de satisfactoria impresión.

Al día siguiente, Abby por fin pudo dedicarse a lo que la tenía ansiosa por realizar. Llegó a lomo de Venus hasta la casa de la señorita Thomas que apareció nada más rodear una empinada loma detrás de un bosque de abetos. Valery, una de las criadas de la casa conocía a la madre de la señorita y ella le dio las señas de la casa. Era una construcción de piedra de dos pisos con un bello techo de color terracota y rodeada de muchas flores que tapizaban los muros. Tenía una cerca de madera de troncos pintados de blanco y para llegar a ella se debía caminar por un sendero repleto de plantitas con flores de color amarillo anaranjado y lila. A Abby le pareció una casa encantadora en donde seguramente se veía la mano de la señorita Thompson en cada una de las cosas que veía.

Desmontó la yegua y la cogió de la rienda para encaminarse por aquel sendero de tierra para llegar hasta la puerta de la casa. La señorita Thompson le había pedido que fuera a verla cuando tuviera la ocasión por lo que no se asombraría de su visita. Abby se había vestido con un traje de montar de color beige claro y llevaba en su cabeza un gorrito de color marrón muy coqueto que la hacía ver como una chica muy correcta; no quería horrorizar a la familia de la muchacha. No sabía qué edad tenía la mujer, pero por lo que recordaba debía ser cinco o seis años mayor que ella.

No alcanzó a llegar a la entrada cuando notó que alguien se asomó por la ventana y en seguida se abrió la puerta principal de la casa. Quien miraba tras la cortina era una mujer mayor que llevaba un gorrito blanco en la cabeza; asomando detrás de la puerta aparecía una muchachita rubia y de grandes ojos oscuros.

—Hola, ¿cómo estás?
—¿Quién es usted?
—Soy la señorita Hart, ¿la señorita Thompson estará en casa?
—Mi hermana está ocupada— dijo la niña mirando hacia el interior para poner atención a alguien que le hablaba.
—Susy, ve adentro— ordenó una voz muy suave— yo atenderé a la señorita— dijo abriendo la puerta e invitando a Abby a entrar.
—Dejaré a la yegua atada a este árbol— dijo Abby apartándose unos metros y haciendo una caricia al animal.

Abby aceptó la invitación y se internó en la casa. Lo primero que vio fue una sala en donde varios sillones tapizados en telas floreadas invitaban a sentarse, en un costado se abría una especie de arcada interior que daba lugar a otro salón más pequeño en donde la señora que

asomó su cabeza tras la cortina estaba sentada en un sillón pequeño haciendo labor.

—Es mi madre— explicó la mujer— madre, voy a estar en el saloncito de lectura con la señorita — advirtió para que la mujer vigilara a la muchachita que jugaba con un gatito sentada en el suelo.

Ambas salieron del cuarto. Abby estaba nerviosa, pues no sabía si la señorita Thompson estaría receptiva a su propuesta, así que sus manos sudaban y el corazón le saltaba fuerte en el pecho.

—¿Desea tomar algo? Tengo una tizana de hierbas o tal vez un té.
—No, gracias. No se moleste. Le voy a quitar poco tiempo— dijo Abby aceptando el asiento que la chica le ofrecía.
—No pensé que viniera realmente— dijo la señorita Thompson— es un honor recibirla en casa.
—En su carta decía que podía venir.
—Claro, claro. Es que pensé que tal vez no fuera nada serio.
—Es muy serio— señaló Abby con énfasis.
—La escucho— declaró la mujer poniendo atención a la rubia.
—Le decía en mi carta que busco a alguien que pueda apoyarme en la confección de ropa— manifestó buscando las palabras adecuadas.
—Me imagino que la señora West y sus ayudantes pueden hacer ropa para usted.
—Claro que si— afirmó Abby— pero es que no será ropa para mí.
—No entiendo— dijo la señorita Thompson— ¿Para quién será?

Abby respiró profundo para darse ánimos. Ahora que estaba frente a la chica le parecía que su idea era una estupidez. Estuvo a punto de levantarse y salir de allí, pero su espíritu luchador la hizo quedarse.

—Tengo una idea. Sé que parece una locura, pero ya tengo un inversionista que va a aportar capital y necesito a alguien que me colabore. Tengo muchos planes y creo que usted puede ser esa persona.
—Cuénteme su idea, por favor— pidió la otra expectante.

Abby comenzó a relatar todo lo que sucedió desde que escuchó a esas chicas lamentarse en la vitrina de la tienda de la modista e incluso dese mucho antes, cuando sus amigas le pedían que les diera ideas novedosas para sus atuendos. Emily había sido su mayor aliciente, pues le encantaba la moda y siempre quería lucir mejor que las demás; ahora que era vizcondesa tenía por obligación que lucir a la altura del título de Ashfield y siempre había sido alabada por su estilo; Abby tenía mucho que ver con eso.

—¿Y usted cree que las chicas se van a entusiasmar con los vestidos que hagamos?
—¿Es una estupidez, cierto? — dijo Abby, pero luego reaccionó— dijo ¿hagamos?
—Si, lo dije. Creo que es una idea maravillosa. Hay muchas muchachas que podrían lucir tan bellas si pudieran vestir como se merecen, pero no tienen dinero.
—Eso pienso. Las modistas que conozco cobran una barbaridad, porque hay muchas dispuestas a botar ese dineral, pero yo tengo calculado lo que se necesita para hacer un vestido como los que yo uso y le aseguro que no valen ni la mitad del precio de los que confecciona la señora West o la Leroy esa que ni siquiera es francesa.
—Hacer esos vestidos demora mucho tiempo, tal vez el trabajo que representa vale ese dinero.
—Puede ser— reconoció Abby— pero yo tengo otras ideas también— agregó— Si hacemos

muchos vestidos básicos que pueden ser cosidos por chicas sin mucha expertiz y sobre esos colocamos los diseños de corpiño, mangas o faldas que yo haga, con su buena confección y usando telas baratas, pero de buena calidad, los costos son muchos menores. Le aseguro que podemos confeccionar un vestido de calidad similar a los que hacen esas modistas por la tercera parte.
—Incluso a ese precio, algunas no podrán pagarlo— señaló la señorita Thompson— no me malentienda. Creo que su idea es magnífica, pero hay que ver los problemas que pueda tener.
—He pensado en todo eso— declaró Abby con seguridad— no tienen que pagarlo de una vez. Podemos darles facilidades para que paguen, así como hace el tendero— agregó sonriendo.
—Es una buena idea— declaró pensativa— ¿Dónde obtendrá telas baratas?
—Tengo muchas amistades— dijo Abby— los amigos del conde son muy cercanos a la familia y yo los conozco desde pequeña. Uno de ellos tiene barcos que traen mercancías de oriente y hay unas sedas hermosas que puede conseguir a precios baratísimos, incluso hay unas telas bordadas o teñidas con productos naturales que nadie ha visto siquiera en este pueblo.
—Me entusiasma mucho la idea, pero tengo que lavar ropa de las vecinas y hacer ropa de trabajo para los granjeros para sostenernos. Mi madre no puede trabajar y tengo dos hermanos, Susy se puede cuidar sola, pero Brad es pequeño. Papá está todo el día en el campo.
—No creo que con esos quehaceres gane lo suficiente para vivir— afirmó Abby.
—Nos arreglamos, además a veces cuido niños en casa y sus padres me pagan algo.
—Puedo asegurarle que va a ganar lo suficiente, pero tendrá que dedicar su tiempo completo a estas labores— dijo Abby.

Viendo que encima de una mesa había un lápiz y una libreta, la cogió y abriéndola anotó algo en una de las hojas y se la pasó a la chica. La muchacha leyó la cifra y quedó sin palabras.

—Esto no lo gano ni en tres meses.
—Será lo que ganará el primer mes. Si nos va bien, eso puede aumentar.
—Señorita Hart, no sé…madre no puede quedarse sola, los niños…
—Puedo conseguir una chica que los cuide mientras usted sale. No será todo el día, por lo menos al comienzo.
—¿De veras lo haría?
—Mi cuñada es muy generosa y hay muchachas que a veces nos ayudan en casa. Estarían felices que tener algo extra de vez en cuando.

La señorita Thompson se quedó sin palabras. La actitud decidida de la señorita Hart la tenía agobiada. No veía cómo podría negarse a tamaña oportunidad.

—Déjeme pensarlo bien. Le aseguro que me encanta la idea, pero no sé si…
—Si desea puedo regresar mañana y le traeré los bocetos que tengo pensados, le mostraré las ideas que se me han ocurrido y los cálculos de los costos, luego de eso me contesta.
—¿Qué tendría que hacer yo?
—Yo no puedo mostrar mi cara, el conde no lo va a permitir. Estaré en las sombras. Usted será quien regente el negocio, tomará los pedidos y además se preocupará de la confección de los trajes, que serán exclusivos.
—No tengo ropa para presentarme como una modista que atraiga clientela— se lamentó la muchacha.
—Tengo algunos vestidos que puedo darle. Tenemos cuerpos parecidos— dijo Abby pensando en algunos trajes que Emily le había dado hacía unos años cuando aún no levantaban cabeza y

que dejó de usar— están en el desván, voy a pedir que los busquen. Eran de mi hermana.
—Su hermana es…
—La vizcondesa, dueña del Harland. Emily siempre ha tenido un gusto exquisito.
—Es demasiado amable.
—Usted es demasiado amable. Le agradezco su tiempo, señorita Thompson.
—Llámeme Florence.
—Bien Florence. Dígame, Abby— pidió la rubia levantándose del asiento— volveré mañana.
—La estaré esperando— dijo la chica sonriendo animada— gracias por pensar en mí para esto.
—Gracias por no pensar que estoy loca— dijo Abby riendo y salió del cuarto delante de su anfitriona llegando a la puerta y cerrándola al salir.

La señorita Thompson vio como la muchacha elegante y desenvuelta subía a lomos de su yegua y azuzando al caballo salía al trote por el sendero y tomaba el camino principal para desaparecer a los lejos.

## Capítulo XII

Dos semanas después, Abby y Florence organizaban sus actividades para la semana siguiente. Conrad había conseguido un lugar en el que podían trabajar, guardar los materiales y recibir gente. Era un sitio pequeño, que estaba desolado y apenas tenía un par de muebles, pero con eso bastaba para el espíritu de las chicas.

—Ayer llegó el barco que le dije. Las telas las enviarán esta tarde.
—Estoy ansiosa por verlas.
—Espero que sean las que pedí, porque los hombres no entienden nada.
—Si son de buena calidad y de colores llamativos servirán.
—Eso espero.
—Tengo listos los moldes de los tamaños que dijimos.
—Yo estoy terminando de armar los bocetos para que las clientas escojan lo que les guste.
—¿Cómo vamos a conseguir clientas, Abby?
—Lo he pensado. Al inicio será difícil, no espero que esto se llene al primer día, pero tengo algunas ideas.
—La escucho.
—Pensé en hacer una velada para chicas, ofreceremos algunos bocadillos y refrescos. Las madres vendrán con ellas y podemos regalarles algo para que vean la calidad de lo que haremos.
—¿Regalarles?
—¿Qué le parece unos bolsos de terciopelo?
—Unos ridículos.
—Claro, hacemos varios bolsos de terciopelo de distintos colores y se los regalamos.
—Además podría hacer algunos volantes para que pidan una cita sin compromiso y puedan ver los diseños.
—Vamos a necesitar algunos vestidos de muestra— dijo Abby recordando algo— Florence, en ese arcón en donde está sentada dejé los vestidos de Emily que le dije.

La chica se levantó y abrió en seguida el baúl encontrando en su interior un montón de telas de diferentes colores. Cogió el primero que era un vestido de color suave ribeteado de morado con un escote redondo decorado con cintas de raso en el tono.

—Esto es una belleza— dijo Florence abriendo la boca.

—Está usado, pero solo me lo puse un par de veces, creo que Emily lo llevó una vez en la fiesta de unos tíos— agregó anotando unos números en un papel— ese verde de muselina es el más hermoso de todos— añadió señalando la tela que se veía asomando en el arcón.
—Esta muselina es realmente preciosa.
—Emily lo escogió porque es del color de sus ojos. Es una vanidosa— rio Abby.
—Su hermana es una mujer muy elegante y distinguida.
—Es cierto. No me parezco a ella. Yo soy más bien del tipo práctico que distinguido.
—Pero su ropa es muy elegante y me encanta como combina los tonos.
—El vestido rosa fue una idea mía. Yo era una adolescente y le sugerí a Emily que le pusiera cordones en el frente y quedó bastante original.
—Es originalísimo.
—Creo que jugar con cordones, botones, cintas o flores de tela es una gran idea. Pequeños agregados hacen ver cambios notables en los diseños.
—Es cierto.
—Emily y Harper, mi prima, tienen un vestido que tiene la misma base, pero el de Emily lleva botones y perlas y el de Harper lleva un velo de gasa que hace manga y se ven como dos diseños completamente distintos.
—Usted es muy inteligente
—Eso dice Freeman.
—¿Quién es Freeman? ¿Su prometido?
—Claro que no. Dios me libre— dijo riendo— es un tipo que me aborrece, pero que reconoce mi ingenio y sensatez— dijo poniéndose seria— Este vestido celeste con encajes es más de casa, pero el amarillo que está al fondo luce muy bien para una reunión de tarde, porque los bordados son muy trabajados y de noche no se notan tanto.
—Me los probaré en casa, si no me quedan puedo ajustarlos.
—Creo que pueden quedarle o tal vez le sobre algo de tela, usted puede ajustarlos a su medida. Es muy talentosa con la aguja.

Dos semanas después, las chicas ya habían comenzado a trabajar. La señorita Thompson se había quedado trabajando hasta tarde en su casa la noche anterior para terminar de cortar los moldes y ahora se encontraba ajustando las telas en el muñeco con forma de torso femenino que se usaba para aquello. Abigail no podía desaparecer de casa por mucho tiempo, así que esa mañana solamente tenía tiempo de pasar rápidamente; salió de la casa con la excusa de ir a ver unos sombreros.

—Ya le avisé a mis amigas que habrá una merienda el viernes. Ellas se van a encargar de avisarle a otras chicas.
—Espero que vengan bastantes muchachas— señaló Abby.
—Les comenté que una conocida se iba a instalar con una tienda de ropa. Al principio no les llamó la atención, porque el concepto es inalcanzable para ellas. Los únicos vestidos que tiene los hacen sus madres y muchas de ellas no cosen tan bien.
—¿Les dijo que será a precios módicos?
—No las convencí tanto, pero les gustó la idea de hacerse de un bolsito de terciopelo sin pagar.
—Fue una buena idea entonces— dijo mirando en el interior de un mueble— ¿estos son?
—Si, tengo hilvanados algunos, creo que son diez. Claro que falta coserlos, pero esta noche lo haré. Mi hermana Susy me ayuda cuando se me acumula trabajo.
—Mi prima tiene una niñera y su hermana es institutriz. Ella vendrá con una amiga también.

—¿veinte bolsos será muy poco?
—Por ahora está bien— dijo Abby mirando dos maniquíes que lucían sendos trajes de muselina y seda— esta manga podría abullonarse más— dijo cogiendo la tela que salía del hombro y levantándola un poco.
—¿Le parece si colocamos de muestra el diseño que terminé ayer?
—¿El azul?
—Si, creo que se enamorarán de él. Querrán tener uno igual— dijo Florence colocando alfileres en el escote del vestido que moldeaba.
—Le quedó divino. ¡Usted es tan talentosa! — dijo Abby alabando a la chica.
—Y usted es tan creativa…
—Somos una buena dupla.
—¿No cree que las modistas de este pueblo se indignen con nuestra idea?
—Por ahora no lo creo. No les vamos a quitar a sus clientas. Vamos a interesar a quienes jamás habrían pensado acudir a ellas.
—Es verdad.
—Y ahora la dejo. En casa están sospechando que tengo un amor furtivo, con tanta escapada al pueblo— rio despidiéndose de la chica y dejándola sola en medio de las telas, los moldes y las cintas, flores y cordones que Florence colocaba afanosamente en cada modelo.

Cuando llegó a casa del conde, casi tropezó con Rowena que bajaba las escaleras. La pelirroja comenzó a interrogarla.

—¿Dónde andabas?
—Fui al pueblo, buscaba un sombrero para el traje verde, pero no encontré nada que sirviera.
—Eres muy exigente con la ropa también.
—También ¿Por qué?
—Porque eres exigente con los hombres…y con los sombreros.
—No soy exigente— declaró ella.
—Claro que no. Solamente quieres al hombre perfecto, con los ojos en su lugar y la frente adecuada.
—Es lo mínimo creo yo —rio la chica— ¿Qué traes allí?
—Es una carta de Emily.
—¿Pasó algo?
—No, es solo que te espera porque le dijiste que estarías allí para el nacimiento del bebé.
—¿Ya va a nacer?
—No, pero cree que será en noviembre.

Ya empezaba octubre, los preparativos para comenzar con su negocio estaban a punto de llegar a término y en la velada con las chicas se iba a ver si lograban captar interesadas. No quería salir de Bedford, pero Emily la quería con ella y su hermana siempre contaba con su presencia. Abby era buena compañía y la pobre de Emily debía estar muy aburrida sola en la ciudad. Decidió que regresaría a Londres por el tiempo que Emily la necesitara, pero antes tenía que dejar todo arreglado para que la señorita Thompson no sufriera zozobras. Decidió que hablaría con Conrad.

Al mediodía siguiente, lucía sentada en el salón de los Hamilton bebiendo un té con su prima que bostezaba profusamente.

—James se durmió muy tarde. La niñera me llamó cerca de las once porque el niño no dejaba de

llorar.
—¿Está enfermo?
—No, gracias a Dios. Solamente son sus encías, las tiene enrojecidas.
—¿Ya le salieron los dientes?
—Hace tiempo, querida, pero aun algunos siguen molestando.
—Pensé que era tu esposo el que no te dejaba dormir.
—Eres una chica maliciosa— bromeó Harper— ¿no has pensado en casarte?
—¿Con quién? El príncipe ya se comprometió.
—¿Y el hijo del duque? Emily daba por hecho que pediría tu mano.
—Emily es una optimista. El señor Brightman apenas me sacó a bailar en alguna fiesta.
—No es lo que oí.
—¿De qué hablas?
—Bueno, tengo amistades en la ciudad y a veces me escriben— dijo buscando una carta en una cajita de porcelana que tenía sobre la mesa— déjame leerle esto:

*"…dicen que el hijo del duque ha estado bailando en todas las veladas con algunas pocas señoritas. En la ciudad se habla de su próximo compromiso. Al parecer la chica que ha ganado su corazón viajó fuera de la ciudad, pero en cuanto regrese se espera que suenen campanas de boda"*

—No me habías dicho nada— la regañó Harper.
—¿Quién te escribió eso?
—Emma, ¿la recuerdas? Su tía es la chismosa más chismosa de la ciudad. La señora Waterhouse no se equivoca. Escucha esto:

*"Al parecer el duque está ansioso de que su hijo se comprometa, dicen que lo hará antes de fin de año. Todos saben quién le robó el corazón a Brightman"*

—¿Lo ves? Eres tú.
—Cuando se me declare serás la primera en saberlo— dijo Abby bromeando de vuelta— vine a ver a Hamilton— añadió cambiando de tema.
—Debe estar por llegar, no se pierde el guiso de cordero con patatas que la cocinera le prepara especialmente.
—¡Qué bueno!, necesito pedirle algo.
—¿Cómo va todo? — dijo Harper sin querer referirse al tema, las paredes tienen oídos.
—Bastante bien, pero aún no hacemos el lanzamiento.
—¿Cuándo será?
—Creo que pronto. Debo irme a Londres en unas semanas.
—¿Por el compromiso?
—Ridícula. Emily me quiere allá y le prometí que estaría con ella cuando llegue el niño.
—O niña.
—O niños— rio Abby. La familia Hart era prolífica, había bastantes gemelos en ella.

Abigail se reunió más tarde con Hamilton para comentarle de su intempestivo viaje y para pedirle que apoyara a la señorita Thompson cuando ella no estuviera.

## Capítulo XIII

Aquella tarde, Abigail había acompañado a la señorita Thompson a buscar los bocadillos a la tienda del señor Barnes, que preparaba unos pastelitos dulces y salados que todas las señoras de

sociedad servían en sus fiestas. Luego fueron a decorar el taller junto con un par de chicos que Hamilton les envió, pues eran criados de su casa.

—El señor Hamilton ha sido muy amable— dijo Florence pidiendo a los chicos que movieran unos mesones para hacer espacio para las mesitas en donde servirían los bocadillos.
—Conrad es como un hermano para nosotras. Conoce a Liam desde que eran pequeños.
—Y su prima es tan elegante.
—Harper realmente tiene un gusto exquisito, pero debería conocer a la baronesa de Humphries. Christine marca tendencias en la moda de este pueblo e incluso en la ciudad.
—La he visto en el pueblo. Es atrevida con los colores y los estilos.
—Gasta una barbaridad en ropa— dijo Abby pensativa— sería una excelente cliente para nosotros. Ese tipo de damas nos daría notoriedad y además un buen resguardo de dinero.
—Esperemos que poco a poco se conozca su talento.
—Nuestro talento, Florence. Mis diseños no lucirían con mala confección y usted tiene unas manos prodigiosas. Me encanta cómo borda.
—A mí me encanta bordar.

Se dedicaron a ordenar todo y cuando ya daban las seis, el lugar estaba decorado con flores y los bocadillos puestos bajo paños húmedos para que no se secaran. Habría refrigerios para las chicas y habían preparado algunos muestrarios de telas y bocetos de vestidos para que las señoras y sus hijas se entusiasmaran.

—Esperemos que vengan suficientes damas.
—Las mujeres somos curiosas— dijo la señorita Thompson— le aseguro que vendrán bastantes. Además, nadie rechaza una buena velada con bocadillos gratis.
—Espero que tenga razón— declaró Abby nerviosa.
—¿No tiene que irse ya? En su casa la estarán esperando…
—Le dije a Rowena que me quedaría a acompañar a Harper para ver a James, su hijo pequeño. No me espera esta tarde.
—Excelente, se irá a casa de su prima entonces.
—No. Voy a mezclarme con las damas, ninguna de ellas me conoce— dijo Abby regocijada de su idea.
—Pero usted tiene una clase distinguida y su ropa es demasiado elegante.
—Por eso me voy a colocar el vestido azul que terminó esta tarde.
—Deberá sacarse las joyas y los adornos de su cabello— dijo Florence que observaba que Abby había comenzado a hacerlo— ¿Está segura de que nadie va a conocerla? Los Hart son reconocidos en este pueblo, usted y sus hermanas se lucen en los salones.
—Pero con esta peluca— dijo sacando un montón de cabello color caoba desde un bolso— nadie me reconocerá.
—¿Qué hace? — rio Florence asombrada.
—Voy a disfrazarme de la tía Ada.
—¿Quién es la tía Ada?
—Es un personaje que las mujeres Hart usamos para ocultarnos— rio – hasta ahora ha dado buenos resultados.
—Esperemos que así sea— dijo Florence agradeciendo a los mozos que ya se iban, luego de dejar todo en su sitio.

A las siete en punto llegó la primera de las asistentes. Era una señorita alta, vestida de manera

muy rigurosa, en tonos grises y marrones. Se notaba que necesitaba algún color en su vida. Florence la invitó a pasar a la otra habitación, en donde se había preparado todo para recibir a las chicas. Más tarde, llegó una mujer con sus dos sobrinas, se notaba que las chicas la habían convencido de ir, pero la mujer estaba reacia a todo eso.

—¿De dónde es usted? — preguntó hablando a la señorita Thompson— me parece haberla visto en el pueblo.
—Nací aquí, siempre visito el pueblo. Mi madre es la señora Thompson.
—La conozco. ¿usted es la chica que hace costuras?
—Exactamente— respondió ella.
—¿Cómo se hizo de todo esto? ¿esto debe ser caro?
—Esto no es mío, señora March— le aclaró en seguida— la dueña de esto es una dama que se instalará pronto en el pueblo, pero aún no ha llegado.
—Ah. ¿Y ese vestido lo hizo usted? — preguntó la mujer admirando un muñeco que estaba vestido con un traje amarillo con muchos vuelos.
—Es un diseño de la dama que le digo. Yo lo he cosido solamente.
—Es hermoso— dijo una de las chicas— ¿es verdad que hará vestidos baratos? — preguntó dudosa.
—La señora comprende la necesidad de las chicas del pueblo que no tienen recursos suficientes — señaló Florence.
—Dicen que ella era una chica pobre que se casó con un señor adinerado y ahora quiere ayudar a otras a surgir— dijo Abby en el papel de la tía Ada.
—¡Que noble! — exclamó la que parecía institutriz, mientras se escuchaba que alguien más llamaba.

Llegaron luego tres muchachas más, que entraron con curiosidad y algo de arrepentimiento, pero al notar que el lugar estaba elegantemente decorado y que en los mesones se lucían bastantes aperitivos que jamás habían tenido la oportunidad de probar y ver algunos jarrones repletos de lirios su actitud cambió, para luego volver a sentir arrepentimiento, pues todo aquello tan elegante y de alta factura no podría ser pagado por ellas.

Cuando ya habían llegado algunas muchachas más con sus madres, la señorita Thompson les dio la bienvenida y luego procedió a explicarles de qué se trataba aquello. Les mostró algunas muestras de tela y les enseñó los bocetos que Abby había realizado a través de los años, junto con algunos que había hecho esa misma semana y luego descubrió cada uno de los maniquíes en los que se lucían algunos de los vestidos que ella había cosido con mucha ilusión. Las asistentes quedaron con la boca abierta.

—¡Qué hermosos! — dijo una de las chicas.
—Parecen un sueño— dijo otra.
—Esto solo lo puede usar una chica adinerada— declaró una de las madres enfadada— mejor nos vamos, hemos venido a perder el tiempo nada más.
—¡Madre! — decía una de las chicas acongojada.
—Claro que no, señora— dijo Abby— estos vestidos pueden ser usados por cualquier chica que tenga deseos de hacerlo— no debe pensar que hay cosas permitidas para algunas y prohibidas para otras.
—Pero esta tela es preciosa.
—Es una tela con apariencia de seda.

—¿No es seda? — dijo una asombrada— pareciera serlo.
—Son telas traídas de oriente y que se han conseguido a un bajo costo— respondió la señorita Hart tratando de convencer a las mujeres.
—¿Y usted quién es? — preguntó una de las madres a Abby que parecía tener respuesta para todo.
—Soy la asistente de la señora. Ella desea que ustedes— dijo mirando a las chicas— y también ustedes— agregó mirando a un par de madres que parecían desilusionadas— tengan la opción de lucir esos vestidos.
—Esto debe ser muy caro— dijo una de las madres tocando un faldón de muselina de color verde claro.
—Para nada. Verá que cada uno de estos vestidos tiene precios muy accesibles— dijo entusiasmando a las muchachas— además, puede pagarlo de a poco.
—¡Madre! — exclamó una muchacha pelirroja tocando el corpiño de un traje anaranjado que llevaba algunas flores de muselina en el escote.
—Podría ser una estafadora que se quedara con nuestro dinero.
—Le aseguro que no será así— declaró la señorita Thompson mostrándose ofendida.
—Si alguna de ustedes está interesada, puede venir cuando desee y conversar con la señorita Thompson que es la encargada.
—¿Alguna de las señoritas quisiera probarse alguno de estos modelos? — preguntó Abby haciendo que las chicas se ilusionaran con aquello.

Las madres no estaban convencidas, aunque las muchachas estaban ansiosas por probarse alguno. Abby no sabía cómo convencerlas, hasta que la señorita Clark, la institutriz que vestía de gris se atrevió a intentarlo.

—Me gustaría probarme ese— dijo señalando el tercer vestido de muestra, un traje azul confeccionado en tela bordada con capullos que llevaba una elegante manga ancha.
—Venga por aquí— pidió Florence llevando a la chica con ella detrás de un biombo y dejándola allí junto con el vestido.
—¿Cuánto cuesta el vestido verde? — preguntó una señora mayor que había ido sola a curiosear.

Abby le dio el precio del vestido y las señoras quedaron sorprendidas.

—Esa será la primera cuota— dijo una señora que seguía reacia— ¿y el resto cuánto es?
—Ese es el precio de ese vestido— señaló Abby orgullosa— claro que si desea algún adorno adicional podría agregarse algo más.
—¿Eso vale el vestido? — preguntó una chica que era hija de una condesa venida a menos— compré algunos vestidos a madame Leroy hace unos años y valía más de cinco veces eso— agregó asombrada.
—Le aseguro que no hay ninguna razón para que valgan tanto.
—Me gustaría probarme el anaranjado— dijo una muchacha bajita— pero no me quedara.
—Se puede ajustar— ofreció Abby— pero puede probarse el verde que es más corto, solo para que vea el calce del vestido y como se ve con él.
—¿Puedo?
—Claro, esperemos a que la señorita termine de probarse y podrá hacerlo.

La señorita Clark apareció desde detrás del biombo enfundada en el traje azulino que la hacía destacar su tez clara. Las demás la vieron y se asombraron del cambio experimentado.

—Con ese vestido podría lucirse en cualquier lugar.
—No me atrevería a usar algo así en público— dijo la mujer turbada— pero tal vez podría necesitar algo parecido. Voy a viajar en unas semanas— agregó— Voy a Paris con mis pupilas.
—Tiene que venir entonces. La señorita Thompson puede asesorarla— dijo Abby— y no se preocupe por el dinero, podemos ser flexibles con eso.
—Vendré entonces— dijo la institutriz levantando los brazos para ver como caía la manga.
—Mientras la señorita se prueba el vestido verde, pueden ir a ese mueble y escoger un bolso— dijo asombrando más a las chicas— el que deseen.
—¿Cuánto valen? — preguntó la misma madre que no quería soltar un centavo.
—Es un regalo— alcanzó a decir Abby antes que las muchachas se abalanzaran a escoger.

Media hora más tarde las cerca de veinte chicas se iban con su nuevo bolso de terciopelo, algunos retazos de tela de muestra y las señas de la señorita Thompson para que la ubicaran en su casa si no se encontraba allí; un par de madres se llevaba algunos bocadillos de regalo. Abby se sentó en una de las sillas para descansar los pies y se quitó la peluca que la hacía transpirar.

—No estuvo tan mal.
—Creo que nada de mal— declaró la señorita Thompson que escogió algunos bocadillos para probarlos— recién puedo comer uno. Están deliciosos.
—Claro que lo están— dijo Abby comiendo otro y bebiendo un poco de refresco— ¿cree que alguna de ellas realmente venga nuevamente?
—Esperemos a ver qué pasa. La señorita Clark parecía interesada. Entre nos— dijo con tono cómplice— le hace falta una buena asesoría, con algo de color se lucirían mejor sus rasgos
—No es nada fea y siendo institutriz tiene alguna posibilidad de un matrimonio ventajoso. Siempre hay algún segundón con algo de dinero o algún profesor que busque esposa.
—Las hijas de la señora Evans son muy bonitas. La mayor se enamoró de ese vestido celeste— dijo señalando el modelo— esperemos que pueda convencer a su madre.
—Parece que se va a comprometer pronto con el joven escocés que llegó a instalarse.
—Se verá hermosa. Podríamos hacerle el traje de novia— aventuró Florence.
—Se me ocurre algo romántico, con muchos vuelos y un amplio faldón…
—Esperemos que el joven se declare primero— rio la señorita Thompson comiendo otro bocadillo.

Capítulo XIV

Dos semanas después, Abby y Florence sacaban cuentas alegres. Habían recibido algunos pedidos, nada importante, pero ya tenían algunas interesadas. Las telas habían sido muy bien recibidas por las chicas. Hamilton tuvo excelente ojo al escogerlas.

—La verdad es que la tela de seda color cobre fue un éxito. Nunca lo pensé.
—Parece que es el color de la temporada. Ayer estuve en una velada benéfica y varias señoras lo llevaban— dijo Abby que seguía frecuentando a la alta sociedad.
—Tuvimos suerte de haberlo traído— dijo Florence enhebrando una aguja para terminar de coser un volado— este vestido lo compró la señorita Cooper, tiene un viaje a casa de unas parientes adinerada y no quiere parecer la prima pobre.
—Es la prima pobre— rio Abby recordando a la muchacha algo arrogante que había conocido unos días atrás— Pero no lucirá como tal.
—Con sus diseños y mi confección lucirá dos trajes que parecen traídos de Paris.
—Es cierto, la mayor de las Evans tiene unos ojos claros muy lindos, el terciopelo celeste le quedará bien— dijo Abby pensando en voz alta— claro que tiene poco pecho, el escote deberíamos abultarlo con algunas rosas de tela. Pregúntele si quiere que modifiquemos el diseño.
—Creo que lo va a querer. Ayer se lo probó y se sentía incómoda con sus pechos.
—El otro vestido que vendimos es de la señorita Clark, la institutriz. Tiene que acompañar a sus pupilas a Paris, escogió un vestido azul muy elegante, pues las tiene que llevar a la ópera.
—Se verá espectacular, es tan alta— dijo Abby pensando en la mujer que era pelirroja y llevaba unas gafas poco favorecedoras.

Mientras hablaban sintieron que alguien llamaba. Abby corrió a abrir la puerta para saber quién era. Se encontró con un mensajero que le dejó una caja. Ella la recibió y le dio una moneda al chico, luego cerró la puerta y caminó hacia el interior llevando la caja y la colocó sobre el mesón en el que Florence trabajaba.

—¿Qué es eso?
—Son los volantes que vamos a repartir. Los envía Hamilton con esta nota.
—Quiero verlos, en seguida— dijo la señorita Thompson dejando la labor de lado y cortando la cinta que cerraba la caja con su tijerita— ¿qué dice la nota?
—Es una broma— dijo la chica riendo y leyendo en voz alta la carta.

*“Te envío los volantes, Harper me ayudó a diseñarlos, espero que te gusten. Teníamos que ponerle algún nombre a tu negocio. Espero que hayamos acertado, su majestad”*

—Los volantes dicen:” Casa de Modas de Lady Prince”, es un buen nombre. ¿por qué dice que es una broma?
—Siempre les digo que me voy a casar con el príncipe, tonterías de Harper seguramente— dijo Abby leyendo el resto del texto— Tiene una post data: “El señor Young irá esta tarde”
—¿Quién es el señor Young?
—Es el hombre que le dije. Yo viajo mañana a la ciudad a quedarme unas semanas con mi hermana, el señor Young va a estar a su disposición si necesita algo.
—¿Cómo qué? — preguntó Florence intrigada.
—Dinero, algún material, cualquier cosa. Él puede ayudarle, es contable y sabe mucho de números.
—Que bien, tengo algunas dudas con unos cálculos de tela que hice. No quiero cortarla antes de

estar segura.
—El señor Young será perfecto— dijo Abby recogiendo su sombrero— le escribiré en cuanto llegue, cualquier novedad me la hace saber— dijo dejando a la chica sola con sus hilvanes y agujas.

Abby se fue a casa y se encerró en su habitación para sacar cuentas. Por un lado, sentía que el negocio podría funcionar y si seguían teniendo algunos pedidos como los que la señorita Thompson le comentó, en el primer año habría números a favor. Por otro lado, tenía que rendir cuentas a su socio, con el que Hamilton tenía otros intereses y el señor podía ser muy exigente y quizás los resultados que ella encontraba adecuados para el hombre no lo fueran.

A veces se sentía preocupada y ansiosa. Aquella tarde de la velada para chicas en las que les mostraron los atuendos que estaban diseñando vio muchas muchachas entusiasmadas, pero quizás no tuvieran dinero para adquirir lo que ella pensaba era barato. Jamás tuvo que preocuparse del dinero, ya que cuando lady Olivia vivía, ella no tuvo sobresaltos, luego cuando se reveló la situación económica de la familia que era deprimente, prontamente Liam logró casarse con Rowena y nunca llegaron a estar en bancarrota realmente. Su hermano, el conde, se había vuelto un hombre juicioso y teniendo cuñados y amigos como Harlow, De Brun y Hamilton se había rodeado de buenas relaciones. Hasta Aidan y su socio parecían tener una situación holgada y ella jamás vivió zozobras realmente ni las tuvo cerca.
Ahora, recién comenzaba a notar que había chicas que no contaban con ningún recurso y que jamás harían un matrimonio que les diera facilidades. Si ella pudiera ayudar a alguna de esas chicas a entrar en un círculo un poco más favorable, pudiendo asistir a fiestas, veladas y encuentros en donde algún hombre las notara, se sentiría orgullosa y pagada de todos los esfuerzos que significaban el dedicarse a una labor comercial.

Si su familia se enteraba de que ella estaba detrás de esa nueva modista que llegó al pueblo y que los diseños que siempre fueron regalos para sus cercanas ahora se vendían como un negocio se avergonzarían de ella. Era preciso que jamás nadie supiera que ella estaba detrás de aquella lady Prince, que era como Conrad la había bautizado.

## Capítulo XV

A inicios de noviembre, la ciudad estaba bullante de actividad. Emily estaba a punto de dar a luz, pero no dejaba de estar al pendiente de su hermanita pequeña. Esa noche, la chica saldría con unas amigas para asistir a la fiesta de los Barrymore, las acompañaría la tía de una de las chicas como carabina. Ryan no quería dejar sola a Emily por lo que no hubo manera de convencerlo de ir con ellas.

—No quiero quedarme sola. Ya sabes que Ryan es muy cariñoso y entretiene a Gracie.
—Es increíblemente cariñoso— dijo Abby con ironía, pues de Harlow no podría decirse que fuera un hombre dulce.
—En la intimidad lo es— aclaró su hermana mayor.
—No quiero conocer tus intimidades, querida— rio la rubia que se arreglaba en el espejo del cuarto de su hermana.
—¡Ridícula! Ven aquí que quiero verte— pidió para que se acercara al sillón en donde descansaba sin zapatos.
—¿Paso la prueba?
—Me encanta este vestido. Jamás hubiera combinado esas telas, pero se ven increíbles y ese tono de azul queda hermoso con tus ojos. Si Brightman no se declara esta noche dejo de insistir con el matrimonio.
—¿De verdad? — preguntó Abby entusiasmada— ¿dejarás de emparejarme con cada tipo que me presentan?
—Por esta temporada— aclaró la vizcondesa riendo.
—¡Tramposa! — dijo Abby levantándose del sillón— creo que estoy lista, el coche pasará por mí en unos minutos— agregó mirando por la ventana al sentir un ruido en la calle— ya llegó, nos vemos mañana. No me esperes despierta.
—Me despiertas si hay novedades— rogó Emily.
—Eres persistente— respondió la chica despidiéndose de su hermana con un gesto de su mano y tomando a la carrera su abanico y sus guantes.

En el coche las muchachas conversaban de las expectativas de la noche. Cada una tenía sus preferidos, incluso una de ellas ya estaba comprometida y vería a su prometido en la fiesta.

—Ellen, ¿el señor Bellamy es romántico? — preguntó una chica alta y morena que soñaba con casarse.
—No diría que es romántico, pero es un hombre muy divertido y baila muy bien. Además, es muy educado— respondió la otra chica, que era trigueña de ojos verdes.
—Y cuenta con cinco mil libras al año— agregó otra de las chicas que vestía de rosa, molestando a su amiga.
—Es cierto, pero si fueran cuatro mil me gustaría igual— respondió Ellen suspirando— Tiene unas manos muy lindas.
—Parece que estás feliz— afirmó Abby pensando que el hijo del duque no tenía nada especial para ella.
—Tú estarás igual de feliz cuando te comprometas— dijo la chica morena que se llama Celia Church.
—Si, Brightman tiene más de cinco mil libras al año— bromeó otra vez la muchacha del vestido rosa.

Todas sus amigas y sus parientes daban por hecho que Brightman se declararía muy pronto. En esas dos semanas que llevaba en la ciudad, lo había visto un par de veces en el teatro y habían bailado en dos fiestas en las que coincidieron. La noche anterior conversaron un momento en la velada de los Lawson y el joven fue muy cortés.

—Anoche te vimos muy entretenida con él. ¿De qué hablaban? — preguntó Ellen interesada.
—Me contaba de sus propiedades en Swansea.
—El aire de la costa estropea tanto el cutis y el cabello— dijo la chica de rosa que era bastante molesta.
—Es lo de menos si eres duquesa— dijo la morena ilusionada por su amiga.
—Dejen eso. El señor Brightman es solo amable.
—Dicen en la ciudad que el duque está ansioso por ver a su hijo sentando cabeza.

Abby se sentía algo agobiada con la presión constante a su alrededor. Tenía ganas de desaparecer de la ciudad y olvidarse del señor Brightman. Estaba segura de que no tenía ninguna intención de casarse con él, así que pasar por una declaración sería algo agobiante. Esperaba que esa noche no la sacara a bailar y ya tenía pensado lo que le diría cuando se declarara. Emily la iba a odiar por desperdiciar esa oportunidad, pero no quería casarse; no con el señor Brightman por lo menos.

Cuando llegaron a la mansión de los Barrymore y descendieron del coche se encontraron con mucha gente que entraba. Varios carros se detenían frente a la puerta, había algo de brisa y la señora Hooper que las acompañaba las apresuró para que ingresaran y no se entumieran de frío esperando allí.

En el interior, la casa estaba decorada con muchas velas y muchas flores. El tragaluz que daba luminosidad a la entrada era precioso, con vitrales de colores amarillos y celestes que formaban unas azucenas preciosas. La señora Barrymore y su hija estaban recibiendo a los invitados.

—¿Cómo esta lady Ashfield? ¿aún sin novedades?
—Mi lady, mi hermana lamentó no poder venir. Creemos que ya será la próxima semana.
—Ojalá sea un niño— dijo otra dama que acompañaba a las dueñas de casa— el esperado heredero.
—Claro— respondió Abby separándose del grupo y caminando al interior de la casa para coger una copa de ponche que un mozo llevaba en una bandeja.

Lo que más le importaba y por lo que estaba allí era porque en esa fiesta se reunían las mujeres más elegantes de la ciudad y quería ver tendencias de moda. La señorita Thompson le había escrito dos días antes para informarle cómo iban las cosas. Tenían algunas solicitudes, se había corrido la voz entre las chicas de familias menos acomodadas de que había una modista que confeccionaba vestidos lindos a precios menos elevados y se sorprendían cuando veían el tipo de trajes que podían conseguir allí. Una mujer que tenía cuatro hijas les había encargado un vestido para cada una de las muchachas, pues tenían amigas de familias importantes y habían desperdiciado muchas ocasiones de visitarlas por no tener ropa adecuada para presentarse en esas casas.

Se había corrido tanto la voz que incluso una señora de altos ingresos había ido a averiguar qué era lo que hacían y se había encargado un traje para ella y otro para su hija. No podía creer que costarán ambos menos de la mitad de lo que cobraba madame Leroy por un vestido.

Luego de quince minutos en medio de toda la concurrencia, ya había visto todo lo que necesitaba

ver. Las mujeres llevaron sus mejores galas, los hombres vestían tan aburridos como siempre salvo algunas excepciones que se mostraban extravagantes sin ser del gusto de los más tradicionales. Abby pensó que diseñar ropa para hombres no sería mala idea, pero dejó ir esa idea por el momento, puesto que tenía que concentrarse en lo que la señorita Thompson le había comunicado; ya tenían bastante quehacer e iban a necesitar más ayuda.

La habitación en la que se encontraba estaba bastante caldeada, había ido muchísima gente a esa fiesta y los ventanales estaban cerrados, puesto que en el exterior había una suave brisa. Decidió ir a buscar algún refresco y con esa intención giró sobre sus talones para dirigirse al otro salón en donde había visto una mesa con ponche; se encontró de frente con un conocido que la miraba sorprendido.

—Señor Freeman, no sabía…
—¿Que estaba en la ciudad? — dijo él sonriendo amablemente— mi padre necesita que de vez en cuando le ayude con algunas gestiones y debo obedecer.
—Parece que su padre se impone bastante— dijo ella que había escuchado varias veces al joven sobre esas imposiciones.
—Lo hago con gusto— dijo él sin moverse de su sitio— ¿está sola?
—Con unas amigas. Emily no puede salir de casa, ya está a punto de explotar y Harlow se escapa de estos eventos.
—¿Se divierte?
—La verdad no mucho— dijo ella observando alrededor; había poca gente conocida.
—La dejo— dijo el joven observando un grupo a lo lejos— debo regresar con unos amigos— agregó separándose de ella— dele mis saludos a lady Ashfield, dígale que le deseo un buen alumbramiento.
—Se lo diré— respondió ella quedándose sola en medio del salón.

Esperaba que Freeman al menos fuera galante y le ofreciera ir por un refresco, pero el hombre era insufrible y la dejó parada en medio del salón sola, seguramente a propósito. Ni siquiera le pidió un baile; lo odiaba. Respiró profundamente y se dispuso a ir por ese refresco. No pudo evitar mirar por sobre su hombro para ver con quién estaba Freeman. Bastó un segundo para notar que en el grupo al que se unió había dos señoritas jóvenes. Una de ella le hablaba animadamente e incluso puso su mano sobre el brazo de Freeman como si tuvieran mucha confianza, luego cogió una flor que tenía en el tocado y la puso en el bolsillo del hombre. Cuando notó que él volteaba y pudo haberla visto, caminó rápidamente por ese trago y desapareció de allí. Pensó que no le importaba lo que hiciera ese tipo.

Se reunió con sus amigas un instante después llevando su segundo ponche en la mano; éstas solo hablaban de muchachos. Ellen les contaba a las chicas de los preparativos que estaban haciendo junto con su madre y su hermana mayor, casada con un barón. La fiesta sería en la Iglesia de San Bartolomé, sus padres se habían casado allí y querían verla repetir la experiencia.

—Mi madre escogió una tela maravillosa para mi vestido. Creo que está bordada a mano, es un primor— dijo la chica orgullosa.
—Espero que nos invites, querida.
—Por supuesto, las invitaciones las enviaremos el próximo mes. El vestido es lo primero que nos ocupó el tiempo, ya sabes, hay pocas modistas buenas en la ciudad y la señora Durban siempre está con mucho trabajo.

—Es cierto. Cuando me case espero que mi vestido también lo haga ella— dijo Celia.
—¿Acaso ya tienes novio? — preguntó otra de las chicas con malicia— no nos habías contado nada.
—Claro que no, pero siempre tengo la esperanza de encontrarlo— dijo la morena con pesar.
Mientras conversaban, algo distrajo a las chicas. De pronto todos los rostros se volvieron hacia la puerta, las muchachas siguieron el ejemplo y notaron que alguien llegaba; debía de ser alguien importante si hasta la orquesta dejó de tocar.

—¿Qué pasa? — preguntó Abby.
—No lo sé— respondió Celia que era más alta y tenía mejor visión— creo que llegó el duque.
—¿El duque? — dijo otra de las chicas mirando a Abby de reojo— ¡Qué raro! No acostumbra a pasearse por estas fiestas.
—Debe ser amigo de los Barrymore.
—Seguramente— dijo otra.
—Abby, el señor Brightman viene con él— declaró Elle que estaba junto a la puerta que separaba esa habitación de la contigua en donde estaban recibiendo a los invitados— viene una chica con ellos— agregó mirando a Abby fijamente.
—¿Qué pasa?
—El señor Brightman viene entrando con Chelsea Monaghan del brazo.
—¿Chelsea? — exclamó la morena.
—¿Quién es? — preguntó Abby intrigada, pues las chicas se mostraban muy alborotadas.
—La hija del marqués de Wingarde.

Las chicas se quedaron en silencio y de repente alguien cambió de tema. Abby no comprendía lo que pasaba. Unos minutos después entendió todo ese alboroto y toda la incomodidad de las muchachas. El señor Brightman llegaba junto a ellas, traía a una chica pelirroja de ojos verdes y amplio busto del brazo; la muchacha se deshacía en sonrisas.

—Señor Brightman, que gusto verlo— dijo Elle siendo amable.
—El placer es mío, señoritas— dijo el hombre posando su mirada en cada una de ellas— permítanme presentarles a mi prometida, la señorita Monaghan.
—¿Su prometida? — preguntó Celia sin poder evitar su asombro.
—Si, nos comprometimos esta tarde— dijo Chelsea enseñando el enorme anillo de diamantes que llevaba en su dedo.

Las chicas observaban atentamente a Abby que de pronto palideció. El señor Brightman, luego de sorprenderlas con la noticia siguió su camino para reunirse con su padre que se había instalado en un lugar de privilegio, siendo atendido por los Barrymore como si fuera el príncipe.

—¿Estás bien? — preguntó Elle dirigiéndose a Abby; parecía ser una chica bastante agradable y preocupada.
—Por supuesto— dijo Abby sintiendo ganas de que la tragara la tierra.
—Nunca lo hubiera pensado— dijo Celia sin convencerse aun de lo que había oído— Chelsea es una simplona, si no fuera porque su padre es marqués nadie la miraría dos veces.
—Es bonita de alguna manera— dijo otra de las chicas para llenar el silencio incómodo que se había apoderado del grupo.
—¡No puedo creerlo! — repitió Celia bebiendo su ponche de un trago— voy por otro trago.
—Voy contigo— dijo la otra chica que las acompañaba.

—No entiendo— dijo Elle cuando se quedó a solas con Abby— parecía que le interesabas.
—No puedes fiarte de los hombres, chica— señaló Abby viendo que muchos ojos la observaban con morbo.
—¿De veras estás bien? ¿deseas que te traiga algo de beber?
—No te preocupes— respondió Abby que quería estar sola— ve con las chicas, luego nos vemos — agregó con ganas de explotar de rabia.

Ese tipo la había usado para no develar sus planes, seguramente el marqués no estaría contento con ese enlace y así él se cubrió de que se enterara. Ella fue su fachada. De repente se sintió agobiado, había mucha gente en ese sitio y gran parte de aquella la miraba con compasión; tenía que salir de allí. Se volteó para ver dónde estaban sus amigas, pero se habían agregado a otros grupos o incluso se habían ido a bailar. Al parecer a nadie le importaba su vergüenza. Si, porque era vergüenza la que debería darle de suponer que tenía amigas. Enfurecida como estaba lo único que pensó fue en irse de allí, pero había venido con las chicas y no tenía como irse. Decidió que se volvería invisible por un rato y salió por uno de los ventanales para dirigirse al jardín de invierno.

A medio camino se encontró con un mozo que llevaba unas bandejas con copas de champaña, las estaba llenando y luego dejó la botella sobre un mueble para regresar por ella después. Abby se apropió del botellón ese que estaba casi lleno y se fue caminando por el pasillo interior que terminaba en un salón repleto de cristales que a aquella hora estaba vacío y que apenas lo alumbraba la luz de las antorchas que habían instalado en el patio.

—Ya quisiera ver la cara de Emily cuando se entere— rio complacida— siempre pensé que Brightman ocultaba algo.

Se percató de que no había llevado una copa para beber la champaña, pero como no había nadie más no se complicó tomando desde la botella. El líquido espumante tenía buen sabor y aunque en general no gustaba de beber, en aquella ocasión pensó que ahogar su vergüenza en alcohol no sería mala idea. Bebió otro sorbo y saboreó el trago suspirando para tomar aire.

Se ubicó en un asiento circular que se encontraba al centro de aquel sitio, una armazón de metal muy elaborada cubierta de varios cojines de brocado color amarillo bordado con enredaderas de flores de color rosa y muchas hojas con destellos de hilo dorado. El mueble era bastante cómodo y se quedó allí quieta mirando por el ventanal a través del cual se veía la noche estrellada. Bebió otro sorbo de su trago y de pronto sintió un ruido que la alertó. Al parecer alguna pareja se escapaba para tener alguna cita furtiva en ese lugar.

Se levantó para salir de allí apresuradamente, pero lo que vio no fue una pareja, sino un joven alto, trigueño de ojos oscuros que la miraba interesado.

—¿Se escapó de la fiesta?
—No me escapé— dijo ella volviendo a sentarse— quería estar sola.
—¿Puedo acompañarla? — preguntó el muchacho esperando que ella respondiera.
—Si quiere…

## Capítulo XVI

El joven caminó unos pasos y se sentó a su lado en el sillón circular, vio de pronto que ella tenía entre sus manos la botella de champaña a medio llenar.

—¿De dónde sacó eso? — preguntó Freeman muy serio.
—De por ahí— dijo con indiferencia— ¿usted también va a mirarme con compasión? — preguntó enfadada.
—Claro que no. ¿o quiere que lo haga?
—Por supuesto que no quiero su compasión— dijo Abby con la lengua algo traposa mientras bebía otro sorbo de champaña de la botella.
—No pensé que la noticia le afectara tanto.
—¿De qué habla?
—Escuché que el señor Brightman se comprometió con una chica con la que llegó a la fiesta. Siempre pensé que usted y él…
—Él y yo nada— dijo ella enfadada.
—Comprendo su desazón, al parecer todos daban por hecho el enlace.
—¿Usted también lo oyó? — preguntó ella bebiendo otro sorbo de la botella.
—Su hermana lo pensaba.
—No sólo mi hermana, todas las chicas con las que hablo estaban haciendo planes para mi futuro.
—Lo lamento, ¿está decepcionada? Ha roto sus ilusiones…
—¿Quién? ¿ese imbécil de Brightman?
—Pensé que…
—Estoy indignada, odio a ese tipo. Se ha aprovechado de mi buena voluntad, se ha paseado por los salones haciendo creer a todos que yo le interesaba, bailó muchas veces más de lo debido conmigo y ahora aparece con esa chica…
—¿No está dolida?
—¡Estoy muy enfadada! Dijo dejando la botella en el suelo.
—No comprendo.
—Odio ese juego de la conquista, no tengo ninguna intención de casarme con él, tenía preparado mi rechazo con gentileza para no dañar su corazón— dijo con ironía— y el imbécil me ha dejado en ridículo.
—Pensé que deseaba ser duquesa algún día— afirmó Freeman molestándola.
—¡Claro que no! — exclamó airada.
—¿Y marquesa?
—No deseo ser duquesa, ni marquesa, ni princesa siquiera.
—¿No desea casarse?
—Puede ser que lo haga, pero sería con un hombre que valore mi inteligencia, mi belleza interior y mi humor especial, no tiene que tener un título ni nada— agregó pensativa— aunque no soy fea tampoco— dijo con la voz más traposa— ¿usted cree que soy fea?
—No, por supuesto que no lo creo— dijo Freeman mirándola a los ojos— creo que es muy atractiva.
—¿Me encuentra atractiva? — dijo Abby acercándose a su cara— nunca me ha dicho nada al respecto.
—No sería correcto— respondió él preocupado.
—¿Por qué? ¿porque soy una niña? Ya no soy una niña, Freeman— dijo afirmándose de la

manga de su chaqueta para no caerse.
—No, no lo es— dijo él viendo que la chica acercaba su rostro al de él— debería irse a casa, si desea puedo buscar…
Abigail cerró los ojos y acercó su boca a la del muchacho que se quedó como petrificado al sentir el roce de sus labios. Durante unos segundos fue solo un roce, pero luego se convirtió en un beso bastante dulce, para dar paso a algo bastante intenso. Cuando concluyó el beso, Freeman acarició con el dorso de su mano la mejilla de ella. Abby abrió los ojos y se quedó mirando al joven con asombro.

—Creo que estoy muy borracha— dijo ella colocando su cabeza en el pecho de él— me siento mareada.
—Lo siento, no debí…
—No estuvo mal— dijo ella acercando su nariz a la barbilla de él que la tenía abrazada a su pecho. En su bolsillo llevaba una rosa blanca— huele muy bien— dijo suspirando y aferrándose a su chaleco.

Abby se quedó mirándolo fijamente con sus ojos azules prendados de él y con sus labios entreabiertos. Cuando ella se humedeció los labios, Freeman se acercó a ellos y puso otro beso en la boca de la rubia que dejó que la besara aferrándose a su cuello con firmeza. Estuvieron besándose por unos segundos, hasta que el muchacho se alejó de sus labios para recorrer con su boca el cuello de ella y hacerla gemir suavemente. De pronto Abby se separó de su cuerpo y abriendo mucho los ojos reaccionó a lo que estaba pasando.

—Señorita Hart, le pido mil disculpas, no me pude controlar— dijo el joven avergonzado de su proceder.
—Ni yo— reconoció ella acariciándose los labios encarnados e hinchados por los besos.

Se quedaron mirando fijamente, como si hubieran hecho un enorme descubrimiento. Freeman por fin reaccionó y se ofreció a llevarla a casa.

—No deberíamos estar aquí. Puede venir alguien— dijo poniéndose de pie y respirando profundamente para recuperar la cordura.
—Tengo el estómago algo revuelto— añadió ella aferrándose ahora a su asiento— y la cabeza.
—Será mejor que salgamos de aquí. La llevaré a su casa— agregó levantándose del asiento y ayudándola a ella a hacerlo también.

La cogió de la mano y se asomó hacia el corredor para asegurarse de que nadie la viera. Cuando estuvo seguro la dejó apoyada en la pared del pasillo y le pidió que lo esperara.
Pasaron varios minutos hasta que regresó envuelto en su capa y con la de ella en su mano.

—¿Dónde estaba? Pensé que me había dejado…
—Fui a hablar con una de las chicas que vi con usted hace un rato— dijo ayudándola a vestir su capa— le dije que la llevaría a su casa, que usted se sentía algo mal.
—¿Con quién habló? — preguntó Abby asustada.
—Con la chica de ojos verdes, ¿Ellen?
—Si, puede ser— dijo bastante mareada— ahora todos se van a enterar de que estoy despechada y me fui con otro— rio a carcajadas.
—No lo creo. Me pidió que tuviera cuidado de que nadie la viera y me trajo su capa.
—Fue muy linda— dijo apoyándose en él para no caer— todo da vueltas aquí— dijo riendo otra

vez.
—Afírmese de mí, vamos a salir por el jardín. La llevaré a su casa— declaró mientras tiraba de ella para salir por el corredor y llegar a una puerta pequeña que salía al parque— no deberíamos estar a solas, pero es una emergencia.
—Si ya dormimos juntos, ¡Qué importa! — dijo ella bromeando.
—No querrá que alguien oiga eso— advirtió él asombrado, sonriendo por el buen humor de la chica— por esta noche usted es mi hermana— ordenó enfáticamente haciendo que ella lo repitiera.

Salieron por un costado del parque, pero a Abby le costaba tenerse en pie. Freeman decidió cogerla en brazos para acelerar su escape y llegó con ella a la entrada de la residencia de los Barrymore encontrando en seguida un coche de alquiler. El conductor se asustó al ver al hombre con la muchacha en sus brazos.

—Lléveme a Ashfield House— dijo Freeman ordenando al cochero que se apurara.
—¿Qué le pasa a la muchacha? — preguntó preocupado por ella.
—Se ha indispuesto. La llevo a su casa.
—No debería…
—Señor, por favor. ¿Qué se figura? es mi hermana— mintió Freeman para que el hombre cooperara.
—No se parece a usted— señaló el mocetón, que era un hombre mayor, con canas en sus sienes.
—Deje de perder el tiempo. Mi hermana necesita su medicina— dijo haciendo que la chica reaccionara— Abby, por favor, dile al señor quién soy.
—Es mi hermano— dijo, haciendo que el hombre por fin accediera a transportarlos.

Subieron al coche y el conductor los llevó por las calles que estaban solitarias a esa hora de la noche. Dentro del coche, Abby en medio de su borrachera había dejado de lado las inhibiciones.

—Somos unos mentirosos— dijo abrazando al chico que la llevaba sujeta de la cintura— no es mi hermano— agregó hablando en su oído— el beso que me dio no fue de hermano.
—Señorita Hart…
—Dígame Abby, me gusta cuando lo dice— dijo ella cerrando los ojos y quedándose dormida en su hombro— Matthew — alcanzó a decir antes de dormirse profundamente en sus brazos.

Cuando el coche llegó a la dirección que le dio Freeman se detuvo frente a la casa de los Harlow.

—Llegamos— dijo el hombre abriendo la puerta del coche.
—Espéreme aquí, voy a dejar a la señorita en casa de mi hermana y luego me llevará a mi casa— dijo sintiéndose culpable, ante la mirada escrutadora del hombre.
—Lo espero— dijo el otro sentándose en el pescante.

Freeman cogió a Abby en sus brazos y caminó con ella hasta la entrada de la casa de lord Ashfield. Llamó a la puerta y aunque era bastante tarde el mayordomo salió a abrir casi en seguida.

—Jones, buenas noches— dijo Freeman que había visitado antes la casa.
—Señor Freeman— dijo al reconocerlo— ¿qué le pasa a la señorita?
—¿Qué sucede, Jones? — preguntó Harlow que aun trabajaba en su despacho y que se alertó al oír la puerta.
—La señorita Abigail, la traen— dijo hablando a su señor.

Freeman entró con la chica en sus brazos, dejándola sobre el sillón. Harlow lo miró asombrado y preocupado al mismo tiempo.

—Está borracha— aclaró Freeman para que el vizconde comprendiera.
—¿Borracha?
—No estoy borracha— dijo Abby que había puesto su cabeza sobre un cojín y los pies sobre el sillón.
—¿Qué sucede? — preguntó Emily que bajaba la escalera envuelta en un grueso mantón— ¡Abby! ¿Qué tiene?
—Está borracha— dijeron ambos hombres al unísono. Jones se había retirado comprendiendo la situación.
—¿Qué sucedió? — preguntó sentándose junto a su hermana.
—Brightman se ha comprometido— explicó Freeman.
—¡Abby se ha comprometido! — exclamó Emily con júbilo— ¿por qué está borracha?
—Brightman se ha comprometido con la señorita Monaghan.
—¿Qué? — exclamó Emily casi gritando.
—No pensé que Abby estuviera realmente interesada en ese tipo— dijo Harlow con su habitual parsimonia— me sorprende su reacción.
—No está dolida, si es lo que piensa, mi lord— aclaró Freeman— está realmente indignada, quiere destrozar a ese tipo con sus propias manos. La ha puesto en ridículo, hizo que toda la ciudad los viera juntos y ahora se compromete con otra.
—¿Por qué él haría algo así? — preguntó Emily que creía aun que había algún malentendido.
—Porque Brightman es un libertino y ocultó sus intenciones a lord Monaghan hasta que ya fue tarde. Comprometió a la chica anoche en la fiesta de los Osbourne.
—¡No lo creo!
—Debo irme— señaló Freeman despidiéndose y mirando a Abby con detención.
—Gracias, señor Freeman— dijo Emily, pero el chico no la escuchaba— Señor Freeman…
—Mi lady, lo siento— se excusó dejando de mirar a la chica tendida en el sofá— espero que la señorita amanezca mejor.
—Tendrá una resaca horrible, nunca bebe— señaló lady Ashfield.
—Ha sido muy amable. Gracias por traerla— dijo Harlow escoltándolo hasta la puerta.
—No podía dejarla allí— dijo el joven por respuesta— nadie la vio en ese estado.
—Mañana tenemos una reunión con algunos amigos, por favor acompáñenos. Seguramente Abby querrá agradecerle.
—Lo dudo— rio él— pero trataré de venir, le agradezco su invitación.
—Gracias nuevamente— dijo Ryan mirando a uno y a otra — puedo pedir que lo lleven a su casa.
—No se preocupe, tengo un coche esperándome— buenas noches, mi lord— dijo saliendo de la casa y subiendo al coche que lo esperaba en la calle.

## Capítulo XVII

Abby despertó en su cama al día siguiente, bastante tarde. La doncella la había dejado dormir a solicitud de la vizcondesa que estaba preocupada por su hermana menor. La señora Hudson había pedido que prepararan alguna pócima para la señorita que se hallaba indispuesta. Eran las once y quince de la mañana cuando Emily apareció en el cuarto de la chica vestida con un traje de color rosa oscuro que la hacía ver bastante voluptuosa.

—Si no te sientes bien, no te levantes.
—Me siento horrible— reconoció Abby tapándose la cara con la sábana.
—Me imagino cómo te sientes.
—No tienes ni idea— dijo Abby debajo de la sábana— no creo que te hayas tomados tres ponches, un licor de frutos rojos y luego una botella de champaña en una sola noche.
—La verdad es que no.
—No lo hagas jamás— advirtió Abby.
—Espero que nadie te haya visto— dijo Emily sentada junto a su hermana en la cama.
—Lo siento, Em. Me comporté como una imbécil.
—No lo creo. Conozco tu genio, creo que fuiste prudente. Si hubieras hecho lo que tenías ganas de hacer creo que estaríamos hoy en boca de todo el mundo y en la portada de la revista de chismes.
—Ese imbécil me usó como tapadera para sus fechorías. Todas esperaban que se me declarara.
—¿Y tú?
—Yo también pensé que lo haría— reconoció Abby— y me sentía pésimo. Dediqué bastante tiempo para encontrar palabras de rechazo que no lo lastimaran. ¡Si seré imbécil!
—No creo que lo seas— dijo Emily— debemos alegrarnos de que no hayas caído en las garras de ese hombre.
—No creas que no va a caer él en mis garras. Ya tendré mi revancha— amenazó sentándose en la cama y haciendo notar que su cabeza giraba aún— ¿Quién me trajo?
—¿No lo recuerdas?
—Recuerdo que Ellen y las chicas trataron de consolarme, luego me robe esa botella de champaña y…
—Fue Freeman— declaró Emily.
—¿Freeman? — exclamó asombrada— no recuerdo…
—Tuviste suerte de que ese chico estuviera en la fiesta. Fue bastante galante por traerte…en el estado que venías.
—¿En qué estado?
—Estabas completamente borracha— dijo Emily riendo— pero te veías feliz— agregó.
—No tengo roto el corazón, si es lo que esperan todos— dijo pensando en que tenía vagos recuerdos de la noche anterior, pero no de Freeman.
—¿Qué vas a hacer?
—Me voy al campo. No quiero verle la cara a nadie más que me mire con compasión.
—Freeman no te miraba con compasión— afirmó Emily.
—¿De qué hablas?
—Es un chico guapo, galante. Se ha comportado siempre de manera muy correcta.
—No entiendo de qué hablas.
—¿No te gusta un poco?
—Emily, es hombre goza con verme enfadada, debió estar regocijado de verme avergonzada

delante de todo el mundo.
—No lo parecía anoche— dijo Emily con malicia.
—¿Cómo me miraba?
Emily no alcanzó a responder, porque la señora Hudson entraba con un brebaje de color amarillento en un vaso y el olor de la mezcla le provocó nauseas.

—Creo que te dejaré con tu remedio— declaró tapándose la nariz.
—No voy a beber eso— declaró Abby con énfasis.
—Señorita, es el mejor remedio para estos casos. Intente beberlo y se sentirá mejor en un santiamén.

Emily abandonó el cuarto dejando a su hermana con el ama de llaves que parecía tener alguna experiencia mejorando jovencitas embriagadas. Se fue pensando que ella había sido una buena chica y que jamás había dado espectáculos de ese tipo. Abby era una chica juiciosa, probablemente estaba demasiado estresada con su persecución para hacerla que se comprometiera. Decidió que iba a dejarla en paz, claro que antes iba a hacer el último intento.

—Señora Hudson, ese brebaje es realmente sorprendente. Asqueroso, pero sorprendente— dijo la chica rubia dejando el vaso sobre la mesilla de noche.
—¿Lo ve?
—Deberíamos embotellarlo y venderlo, sería todo un éxito.
—Es una receta de familia, no puedo aprovecharme de eso— rio la dama.
—Parece que los miembros de su familia se emborrachan mucho— bromeó la chica.
—Algunos de ellos— respondió la señora riendo también— debe levantarse, la señora la espera para almorzar.
—¿Qué hora es?
—Van a ser las doce y media, está a tiempo de bajar para el almuerzo.
—Me levantaré en seguida, aunque no tengo hambre realmente. Ese menjunje me quitó la pesadez de la cabeza, pero mi estómago está débil aún.
—La señora Pearson le preparó un caldo de pollo con verduras que la repondrá en seguida.
—Señora Hudson, ustedes son unas joyas. Cualquier muchacha borracha las necesitaría en su vida— dijo levantándose de la cama y abrazando a la señora.

En el comedor, Emily y su esposo disfrutaban de un almuerzo bastante liviano. Ella estaba a punto de dar a luz y Harlow había decidido quedarse en casa el máximo tiempo posible.

—Me imagino que luego de este caldo habrá algo contundente— dijo él viendo demasiada ensalada en la mesa.
—Eres una fiera— dijo ella bromeando— carnívoro— agregó acariciando su mano— por supuesto que prepararon un filete con mucha grasa para ti.
—Tú debes alimentarte bien.
—Lo estoy haciendo. Claro que en cuanto deje de dar leche voy a comenzar a comer liviano y a hacer ejercicio— dijo guiñándole un ojo— ¿me vas a ayudar con eso?
—Te acompañaré a caminar por el parque.
—No me refería a eso— dijo ella haciendo un mohín.
—Cuando puedas hacer ejercicio, me encargaré de que hagamos mucho ejercicio— dijo él apretando su rodilla por debajo de la mesa y recorriendo con los dedos su muslo.
—No hagas eso— rio ella.

La conversación debió dejarse porque sintieron que alguien llegaba al comedor. Abigail vestía un traje de mañana de color melocotón que la hacía ver muy pálida. Su rostro aún demostraba las consecuencias de su mala noche.

—¿Cómo amaneciste? — preguntó Harlow aceptando una fuente con carne que el mozo traía a la mesa.
—Estupendamente— dijo quitando la vista de la fuente de carne.
—¿Me acompañas? — ofreció él para molestarla al ver que la muchacha ponía cara de asco.
—Voy a pasar por hoy. Mi estómago necesita algo liviano.
—Anoche parecías un despojo— agregó Harlow que parecía estar muy gracioso, aunque su rostro no lo demostraba.
—Así me sentía y ahora no me siento mucho mejor. Gracias cuñado por tu delicadeza— dijo fingiendo enojo.
—De nada.
—Cariño, la señora Pearson te preparó un caldo de pollo que te va a reponer. Si deseas puedes comer algo de budín de verduras o las manzanas asadas que hay de postre.
—Son manzanas con vino— advirtió Harlow.
—No deseo beber más, Emily.
—El vino se va con la cocción, Abby— dijo Emily golpeando el brazo de Ryan para que dejara de molestar a la chica— hay unos melocotones también.
—Eso si— dijo mirando a la doncella que esperaba su respuesta— gracias, Dotty.

Luego del almuerzo, Abby se fue a su cuarto y se tendió un rato. Trataba de recordar lo que había sucedido la noche anterior, pero su mente no tenía aún claridad para aquello. Durmió una siesta reponedora y a las cinco de la tarde bajó a beber el té en el saloncito de su hermana. Las doncellas estaban ordenando los cojines y ventilando el salón de fumar. Alguien estaba afinando el piano de la sala de música. Entró en la salita y se encontró con la señora Hudson que llevaba un jarrón con flores para decorar el salón.

—Señora, prefiere estas o las amarillas en la mesa de centro.
—Deje esas en la mesa de centro— escogió Emily— las amarillas las dejaría en la chimenea.
—Como desee— dijo la dama pasando por el lado de Abby con el jarrón e inundando su nariz con el aroma de las rosas.

Abigail Hart se detuvo en la puerta, ante la vista de su hermana que la esperaba para servir el té. La chica respiró profundo y a su mente llegó un leve recuerdo de un chaleco de color azul claro y una rosa que con su aroma le inundaba la nariz. Cerró los ojos por un segundo y pudo sentir el mentón de Freeman en su frente y la flor de su solapa junto a ella.

—¿Qué pasa, cariño? ¿estás bien?
—Si, Emily. Solamente que mi cabeza está media embotada.
—Ven a acompañarme. Bebe algo de té, te hará bien.
—Creo que necesito un trago— dijo la chica pensando en la visión de ella en los brazos de Freeman que la había asaltado.
—No bromees— dijo la vizcondesa— espero que no vuelvas a caer en esos excesos.
—Ni lo deseo— señaló Abby arrepentida de su actuar— creo que fui muy imprudente.
—Osada, diría yo e imprudente— manifestó Emily— fue una suerte que Freeman estuviera ahí. Te ve como una hermana.

—¿Eso dijo? — preguntó Abby confundida.
—No lo dijo, pero me imagino que siendo la hermana pequeña de su mejor amigo despertaste su instinto fraternal— agregó.
—Debió ser eso— señaló Abby decepcionada sin saber por qué— le voy a escribir para agradecerle.
—No es necesario, puedes agradecerle esta noche— dijo Emily mirando a la chica que se mostró turbada— aunque tal vez no venga. Ryan lo invitó, pero puede ser que tenga otros compromisos.
—¿Te lo dijo? — preguntó recordando a la chica de la fiesta que le colocaba la flor en la solapa.
—La verdad apenas dijo nada. Te trajo en sus brazos y te dejó en el sillón de la sala, se fue en seguida.
—¿Me trajo en sus brazos? — preguntó tratando de recordarlo.
—Cariño, no te tenías en pie. No había otra forma de moverte— dijo Emily escogiendo una galleta del plato— el señor Jones te llevó a tu cuarto y hoy está bastante maltrecho.
—No te burles. No estoy gorda, Em.
—No, pero una mujer borracha pesa mucho más que una sobria— declaró haciéndola reír.

Abby dejó a su hermana luego de beber el té y se fue a su cuarto para cambiarse para la velada de esa noche. Pensó primero en no asistir, pero habría sido una grosería si es que Freeman aceptaba la invitación y comparecía en Ashfield.

## Capítulo XVIII

La doncella le trajo el vestido lila que habían planchado esa tarde, pero ella prefirió escoger uno de color rosa oscuro con un escote amplio de tipo romántico, pero bastante atrevido que lucía mejor sus pechos, así que la chica salió presta para plancharlo con urgencia. Le pidió a la doncella que le hiciera un peinado sencillo, dejando un bucle en su hombro descubierto y se puso una peineta adornada con pequeños rubies que combinaban con el vestido. No se puso más joyas que unos pequeños arete a juego, pero se colocó algo de carmín en los labios para darles color; aún estaba pálida por la resaca de la noche anterior y a media tarde necesito otra ración del brebaje de la señora Hudson para levantar cabeza, pero ya se sentía más fuerte.

Durante el día, su mente empezó a recuperar recuerdos. El más significativo era el aroma de Freeman que le inundaba los sentidos, no sólo la flor de su solapa sino el olor a tabaco, su loción, el aroma de su cabello. De pronto veía sus ojos que eran marrones a simple vista, pero de cerca tenían un tono color avellana y recordaba su sonrisa, sus dientes perfectos y el aroma de su aliento. ¿por qué recordaba el aroma de su aliento?

El reloj del salón dio las ocho y se aprestó a bajar. Se colocó unas gotitas de esencia que Rowena siempre le preparaba; una mezcla de magnolia, jazmín y otras plantas orientales que su cuñada había descubierto y que Hamilton traía en los barcos de su padre. Era su aroma único y siempre resultaba ser admirado por otros cuando lo percibían. Afortunadamente la reunión de esa noche solamente reuniría amistades cercanas; no tenía cara para enfrentar a la sociedad completa luego del bochorno que Brightman le había endosado gratuitamente.

En otro frasco tenía una esencia de rosas que le había regalado Emily para su cumpleaños y destapando el bello frasco adornado con una cinta rosa de raso se acercó el tapón a la nariz y sintió el aroma inconfundible de los rosales de la casa Ashfield desde donde obtenían la fragancia. Tardó solo unos segundos en aparecer en su mente una imagen de unos ojos color avellana y la sensación de unos labios suaves posándose en los de ella.

El corazón se le aceleró y la respiración se le agitó. Repentinamente llegó a su memoria la imagen de un beso y una sensación de placer extremo. Tomó el tapón y alejándolo de su nariz lo dejó en su sitio abriendo la boca de par en par. Así la encontró la señora Hudson cuando fue a avisarle que su hermana la llamaba.
Cinco minutos más tarde, bajaba las escaleras sintiéndose despampanante. Lo primero que vio fue a su prima Harper que sin ningún pudor la enfrentó con su realidad.

—¡Así que el farsante ese mostró su verdadera cara!
—Me da gusto verte también, primita— dijo ella besando a la chica en la mejilla.
—Lo siento— dijo la señora Hamilton observándola de hito en hito— me encanta este vestido, voltéate— ordenó admirando la espalda— este escote con ese adorno me deja insana.
—Tú eres insana— recalcó la chica rubia riendo.
—Lo sé— aceptó— ¿qué vas a hacer?
—Creo que irme a Bedford unos meses hasta que haya otro escándalo y regresaré para la fiesta del Harland.

Caminaron por el salón saludando a un par de amigas de Emily que frecuentaban la casa, el resto eran sus tíos Root y un socio de Ryan con su esposa que llegaban recién a la ciudad. Una de las amigas de la vizcondesa tocaba el piano y las primas se sentaron en uno de los sillones cerca de

la chimenea que estaba apagada, pues con tanta gente en la habitación el aire se habría caldeado demasiado.

—¿Cómo estás?
—Bien. No me han roto el corazón, si es lo que piensas.
—Nunca te vi inclinada a adorar a ese tipo, a pesar de que Emily tenía muchas esperanzas en ese enlace.
—¿Por qué era hijo de un duque?
—Para nada. Ese duque tiene sólo el título, se comprende que Brightman buscara una rica heredera.
—¡Qué dices!
—Abby, querida. La señorita Monaghan es hija de un marqués, tú solo eres la hermana de un conde.
—Ahora me estas despreciando— rio la chica.
—Solo te digo que ese tipo buscaba una heredera que cayera en sus redes y esa tal Chelsea está desesperada, ya tiene veintidós.
—Oh, es una veterana— bromeó Abby— yo tengo casi veinte primaveras, ¿debería estar desesperada?
—Tú eres hermosa, cariño. La señorita Monaghan no puede decir lo mismo.
—Tiene unos pechos turgentes— señaló Abby mirando los suyos.
—Los tuyos no están mal— declaró su prima riendo y jugando a cubrir sus hombros con el encaje del vestido, pues mostraba demasiada piel — entonces te vas a Bedford— afirmó probando una masita que un mozo le ofreció— ¿cómo va eso?
—Bastante bien. La señorita Thompson está trabajando con otra chica que encontramos, se llama Sally. Han tenido algunas interesadas y han quedado bastante conformes con la ropa.
—Me dijo Conrad que han llegado incluso algunas señoras adineradas.
—Las más tacañas— señaló Abby— una de ellas compró varios vestidos para sus hijas y te aseguro que gastó lo mismo que si hubiera comprado solo un vestido en la tienda de madame Leroy.
—Esa señora francesa debe ser rica.
—No es francesa ni es rica— manifestó Abby segura— cobra muy caro, pero solo puede hacer tres o cuatro por mes— señaló la rubia entusiasmada— en cambio, si logramos encontrar más clientas y contratamos a otras ayudantes, podríamos hacer muchos más. Mi método es muy rápido, además ya hicimos gastos que no se deben replicar, así que en tiempo y dinero es más conveniente…
—Me parece estar oyendo a Conrad cuando habla con sus socios— dijo Harper sacudiendo la cabeza.
—Soy una empresaria ahora, primita— dijo inflando el pecho.
—¿Qué piensa Emily?
—No se lo he dicho— señaló llamándola a callar— y tú tampoco, espero— ordenó con una mirada de advertencia.
—Claro que no— respondió asustada— pero se va a enterar en algún momento. No pretenderás que sea un secreto para siempre.
—No lo sé. Ya veremos.

Abby siguió hablando, pero su prima no le estaba poniendo atención, porque llegaban más visitantes. Emily llegaba en ese momento con una bandeja de pasteles de crema que parecían un

sueño.

—No quiero azúcar, querida— pidió Harper tomando uno de los dulces.
—Ya es tarde, porque lo tienes en tu mano y no vas a poder soltarlo.
—Es lo que me pasa siempre cuando lo tengo en la mano— dijo la chica con malicia mirando a su prima que la censuraba con la mirada— es una broma— agregó.
—No entendí— dijo Abby que era inocente aún.
—Tonterías de tu prima, cariño— dijo dejando la bandeja sobre la mesilla al alcance de las tres — llegó tu salvador— agregó haciendo que Abby se tensara.
—Me siento incómoda.
—¿De qué hablan?
—No te enteraste de todo— afirmó Emily sentándose con dificultad junto a las chicas.
—Creo que no.
—No le cuentes— pidió Abby acongojada— no es mi mejor historia.
—Te voy a contar— dijo Emily sin escucharla.
—Mejor las dejo— señaló Abby yendo a buscar un poco de ponche.

Se quedó entonces cerca de la chimenea mirando a todo el mundo alrededor. No notó cuando Freeman estaba a su lado y la saludaba con cortesía.

—¿Cómo se siente? — preguntó mostrando preocupación por su estado.
—Bien, gracias por preguntar— dijo ella mirando sus labios que mostraban una sonrisa de dientes perfectos.
—¿De verdad se siente bien? — volvió a preguntar el joven recibiendo una copa desde la bandeja de un mozo.
—Si, es que hace calor aquí— dijo abanicándose con su mano y llevando la atención hacia el osado escote del vestido.
—Diría que está más bien fresco— señaló él para molestarla, mientras bebía un sorbo de su trago, sin poder dejar de mirar sus pechos.
—Señor Freeman…— dijo quedando en silencio luego sin encontrar las palabras adecuadas para lo que deseaba decirle.
—¿Sí?
—Le agradezco lo de anoche— dijo sintiéndose muy boba al pensar en el beso que recordó en su cuarto.
—¿Lo recuerda? — preguntó el muchacho.
—Recuerdo bastantes cosas, aunque algunas las tengo borradas. Fui muy imprudente y me comporté muy mal— agregó turbada.
—A mí no me pareció nada de mal— dijo haciendo que ella comprendiera que estaba hablando de lo que había sucedido entre ellos— creo que a usted tampoco, por lo que recuerdo— añadió sonriendo.
—Señor Freeman…
—Olvídelo, no fue nada importante— dijo él haciendo que ella se turbara aún más— no debería beber tanto. Es mi consejo.
—Le agradezco su consejo, señor Freeman— respondió ella enfadada viendo que Emily se les unía.
—Señor Freeman, mi hermana vuelve a Bedford en estos días si necesita enviar algún recado a Aidan puede aprovechar de hacerlo.
—Que buena idea— respondió él.

—Espero que mi hermana le haya mostrado su agradecimiento— agregó lady Ashfield.
—Así es, mi lady, pero le decía que no fue nada importante.
—Se portó como un verdadero caballero— señaló la vizcondesa animando la conversación.
—Creo que no tanto— dijo él mirando a la rubia que permanecía en silencio esquivando su mirada— la verdad lo lamento.
—No debe lamentarlo— dijo Emily.
—Es mejor olvidar todo lo que pasó anoche— dijo Abby irritada.
—Por supuesto que no— dijo Emily censurando a su hermana con la mirada— le estaré siempre agradecida por sus atenciones de anoche.
—Lo hice con mucho gusto. Me dio bastante placer— dijo mirando a Abby que se ruborizaba un poco frente a la mirada de él.
—Es usted un verdadero caballero, señor Freeman— declaró Emily dejándolos solos para volver con sus invitados.
—Señorita Hart, se ve muy hermosa esta noche— dijo Freeman dejándola sola también y con el corazón alborotado.

Todo el resto de la noche se miraron desde lejos sin volver a hablar, pero cada vez que lo buscaba con la mirada Matthew Freeman la observaba sin despegar la vista de ella. Al principio se sintió incómoda, pero con el correr de la noche comenzó a sentirse interesada en aquellos ojos color avellana que desde lejos no parecían tan intensos como al tenerlos a pocos centímetros. Se ruborizó cuando miró sus labios carnosos y le pareció sentir su suavidad y sabor.

El vestido que había escogido era uno de sus preferidos, su escote quedaba realzado por el corset que llevaba y el collar de perlas con un zafiro con forma de óvalo circundado de brillantes que colgaba de su cuello caía entre sus pechos llamando la atención hacia ese sitio de su anatomía. Había decidido ponerse ese vestido y esa joya para que él la encontrara atractiva como recordaba vagamente que lo había dicho la noche anterior, pero el muchacho jamás le decía cumplidos y esa noche no fue la excepción. Se sintió tonta por esos pensamientos ridículos y fue a unirse a las damas que conversaban de frivolidades.

Cerca de la medianoche, Abby salió al balcón de la terraza a tomar aire. La noche estaba hermosa y ella se quedó un buen rato observando las estrellas. No notó cuando alguien llegaba a su lado y le hablaba.

—Disculpe por bromear con lo que sucedió anoche— dijo Freeman.
—No se preocupe— respondió— no tuvo importancia.
—Si para usted fue así…
—¿Para usted no? Acaba de decir…

Freeman se apoyó en la balaustrada del balcón quedando a poca distancia de ella. Abby podía sentir el olor de su loción y el jabón de su cabello y le pareció que la embriagaban. Se quedó quieta, sin hablar. Ambos se miraron por un momento y Freeman decidió disculparse nuevamente.

—Creo que no recuerda lo que pasó anoche, pero yo sí y debo disculparme. Me tomé licencias que no debía— dijo hablando con sinceridad.
—Yo no lo evité— dijo ella.
—Yo debí evitarlo. Usted estaba borracha— señaló mirando sus pechos.
—Pero ahora no lo estoy— dijo la rubia acercando sus labios y posándolos en la boca de él.

El beso fue suave al principio pasando a ser más intenso unos segundos después. Abby se dejó llevar por sus deseos, pues desde que recordó el beso de la noche anterior quiso repetirlo. Él abrió sus labios para tocar la punta de su lengua con la de ella y en ese momento sintió que comenzaba a excitarse, por lo que se separó bruscamente de sus labios, haciendo que ella lo mirara sorprendida y agitada.

—Señorita Hart— señaló, viendo como ella se adentraba en la casa rápidamente— no fue mi intención— alcanzó a decir, pero la chica desapareció dentro del salón.

Trató de seguirla, pero notando que los demás podían darse cuenta de que habían estado solos en el balcón prefirió rodear la casa y entrar por otro de los ventanales; cuando llegó al interior de la casa, la rubia no estaba por ahí.

Abby entró al salón tratando de pasar inadvertida y que nadie notara sus ojos llorosos. Subió las escaleras y se encerró en su cuarto, sentándose en su cama y comenzando a llorar de vergüenza y humillación.

Freeman se arrepintió de su reacción. Había sido un acto reflejo, no quería faltarle al respeto nuevamente. Su intención fue caballerosa, pero al parecer ella lo había entendido mal; el joven se sintió terrible el resto de la noche. Esperó que ella volviera a la fiesta, pero eso no sucedió y cuando todo el mundo se retiraba de la velada, se despidió de la vizcondesa dejándole un mensaje a la muchacha.
—Por favor, dígale a la señorita Hart que me voy a Birmingham, no creo que vaya a Bedford muy pronto, pero entréguele esta nota, tiene unas instrucciones, pídale que las lea. Se lo agradezco mucho.
—Se lo diré— respondió Emily pensando que aquel papel sería algún mensaje para Aidan y llamando a la señora Hudson para que le trajera un sobre lo guardó en su bolsillo.

## Capítulo XIX

Muy temprano en casa de los Harlow, la señora de la casa descansaba los pies sobre unos cojines y se sobaba la panza que parecía contener por lo menos tres muchachos. La señora Hudson ordenaba los muebles y cambiaba las flores de los jarrones.

—Señora, el salón de fumar está imposible. Las cortinas están hediondas.
—Deberíamos cambiar esos cortinajes y enviar aquellos a limpiar también— dijo señalando las cortinas de color verde claro que colgaban de las ventanas de su salón.
—Podríamos poner las anaranjadas y cambiar los cojines— propuso la señora.
—Me gusta la idea, se ve más alegre todo esto.

De pronto fueron interrumpidas por los pasos de alguien que se acercaba a tranco firme. Abigail llegaba enfundada en un traje de montar de color ciruela que le daba un tono sonrosado a su tez.

—Cariño, saliste muy temprano a cabalgar hoy.
—No dormí muy bien.
—Anoche te desapareciste de pronto, Harper me preguntó por ti para despedirse.
—Me dolía la cabeza, me acosté temprano.
—¿Desayunaste?
—No, aun no como nada— dijo sentándose frente a ella en otro sillón— en cuanto tengas al bebé regreso a Bedford.
—Eso será pronto creo, anoche tuve algunas contracciones— dijo alarmando a ambas mujeres que la acompañaban en el cuarto— nada importante, solo unas leves molestias.
—Señora, debería quedarse en reposo— sugirió la señora Hudson.
—Me aburro sola en la alcoba, prefiero descansar aquí y ver la actividad de la casa— señaló suspirando— Abby, el señor Freeman te dejó una nota.
—¿A mí? — preguntó asombrada.
—Debe ser algún recado para Aidan seguramente. Lo tengo en mi cuarto, recuérdame dártelo cuando suba.

Esa misma tarde, Emily comenzó el trabajo de parto y a medianoche llegó al mundo el heredero de Ashfield, Simon Benjamin Harlow. Abby se quedó con su hermana hasta tarde acompañándola mientras dormitaba y vigilando el sueño del recién nacido. Nunca antes había sentido deseos de ser madre, pero durante todo ese día había estado sensible y al mirar ahora a su nuevo sobrino se imaginó cómo sería tener un hijo y le pareció que era algo que deseaba experimentar. Sonrió al ver que el niño arrugaba el ceño y apretaba sus deditos, bostezando con mucho ímpetu.

A la mañana siguiente, Ryan la encontró desayunando y leyendo un libro de poemas que Emily debió dejar por allí. Le hizo un gesto de saludo a su cuñado sin hablar y siguió comiendo unos huevos que se veían apetitosos.

—¿Descansaste algo?
—El niño lloró un poco, pero la criada se lo llevó a Emily ahora.
—El bebé es igual a mi hermana.
—No creo que se pueda saber todavía a quién se parece— dijo Ryan escogiendo algo de comer desde el mesón de los panes.
—Gracie es igual a ti.

—¿Cierto? — dijo el padre orgulloso.
—Te lo dije en cuanto nació. Créeme, tengo buen ojo para ver los rasgos de la gente.
—Espero que mi hijo no tenga los ojos muy juntos.
—O muy separados— rio ella.
—Emily quiere verte, me pidió que te pida que subas más tarde.
—Voy a ir en seguida, quiero cambiarme para ir a cabalgar un rato— dijo levantándose de la mesa— ¿No te molesta?
—No te preocupes, debo irme en seguida. Hace varios días que no voy al hotel, tengo muchos pendientes.

Abby dejó a su cuñado entregado a los placeres de la comida y subió al cuarto de Emily que descansaba con el niño a su lado en la cunita.

—¿Cómo te sientes?
—Estoy cansada, pero estoy muy feliz. El bebé es hermoso.
—Se parece a ti— insistió Abby.
—Lo sé, tiene mi nariz, tendrá la apariencia de un Hart— bromeó.
—¿Me necesitabas? dijo Ryan…
—¿Te necesitaba? — se preguntó dudando— por supuesto, te dije de la nota que dejó Freeman.
—Creo que a fines de esta semana viajaré, le escribí ayer a Rowena para avisarle.
—Busca la nota en ese cajón— dijo señalando un mueble que había hacia los pies de su cama.
Abby se acercó al mueble y abrió un par de cajones hasta encontrar un sobre algo arrugado. Lo levantó enseñándoselo a su hermana y está asintió confirmando que lo había encontrado.

—Parece que te sentaste encima de él.
—Se me quedó en el bolsillo del vestido— rio suavemente para no despertar al bebé que dormía — Le pedí a Dotty que lo buscara y lo encontró un poco ajado, pero no se ha roto, cariño.
—Está bien. Se lo entregaré a Aidan cuando llegue a Bedford.
—No es para Aidan, es para ti— dijo Emily asintiendo al ver que la chica la miraba confundida — seguramente quiere que le des algún recado sin importancia a Aidan, no daría para una carta.
—Lo leeré más tarde— dijo guardándolo ahora en su bolsillo— ¿necesitas algo?
—Creo que vamos a dormir un rato. Dile a la señora Hudson que pida a la señora Scott que después me mande una leche.
—Se lo diré en seguida, descansa— dijo Abby acercándose a la cama para darle un beso en la cabeza a su hermana y hacer una caricia al niño.

Abigail se quitó el vestido que llevaba para cambiárselo por el traje de montar de color ciruela que le encantaba, pues era muy cómodo y abrigado para mañanas como esa, buscó su sombrerito a juego y la fusta. Al salir de la habitación recordó la nota de Freeman y la sacó del bolsillo para dejarla en un cajón de su mesa de noche. Luego se dirigió a las caballerizas para pedir que le ensillaran a Coral, una yegua muy dócil y que le gustaba correr, para salir hacia el campo a respirar el aire puro de media mañana. Recorrió bastantes millas y regresó a la casa para el almuerzo.

La señora Pearson había preparado una entrada consistente en sopa de arvejas con tiras de tocino tostadas y de principal unos bastones de pescado frito con papas salteadas que Abby adoraba. Disfruto bastante el almuerzo, pero debió comer sola, porque la nueva madre se mantenía en cama y Ryan almorzaría en el hotel. La casa se sentía desierta, pues además los criados trataban

de no hacer ruido para no molestar a la madre y al niño.

Luego del almuerzo fue a tenderse a su habitación y prefirió dedicarse a pensar en lo que se encontraría al regresar a casa. La última carta de la señorita Thompson casi la urgía a regresar. De pronto recordó que Emily le había dado esa nota de Freeman, debía ser alguna tontería sobre sus negocios, pero ella era curiosa y se quiso enterar. Se incorporó en la cama y abrió el cajoncito de su mesa de noche en donde encontró la nota. Abrió el sobre y acomodándose en la cama pudo leer las pocas líneas que componían el mensaje.

*"Señorita Hart, lamento mi comportamiento. Es usted hermosa y no puedo negar que su presencia me perturba. Siendo el mejor amigo de su hermano, debo mantenerme en mi sitio, solo puedo admirarla desde lejos. Le pido mil disculpas si fui muy atrevido.*
*Suyo, Matthew Freeman."*

Abby quedó pasmada. Aquella era una declaración bastante importante. El señor Freeman la había hecho sentir humillada la noche anterior, pero con estas palabras parecía ser que no la había despreciado, sino que su intención fue evitar que la situación pasara a mayores. Abigail sintió que el corazón le saltaba en el pecho, completamente alborotado. De repente se sintió mareada y trató de respirar profundamente para recuperar la calma. Cuando ya se sintió mejor, se levantó del lecho y se dirigió a la alcoba de su hermana para hablar con ella.

—Pasa— dijo Emily que tenía un libro pequeño entre manos.
—¿Dormías?
—No, ya he dormido demasiado. No aguanto estar en esta cama.
—El doctor pidió que hicieras reposo unos días— declaró Abby— no desobedezcas sus instrucciones.
—No lo haré, pero me aburro enormemente.
—Porque no puedes andar dando órdenes a los criados, ni organizándole la vida a los demás— afirmó haciendo que su hermana sonriera.
—Algo así— dijo mirando la cunita al sentir un leve movimiento del bebé— ¿Qué pasa? —preguntó al ver que Abby parecía querer decirle algo.
—¿Qué más te dijo Freeman cuando te entregó la nota?
—Nada, ¿por qué lo preguntas? ¿sucede algo?
—No, solamente quería saber si te dijo algo más…
—Me la entregó cuando ya todos se iban, la guardé en mi bolsillo y él se fue. No recuerdo…— agregó dudosa.
—¿Sí?
—Claro, dijo que viajaba a Birmingham.
—Ah.
—Y que no iría a Bedford pronto. Debe ser para que se lo digas a Aidan.
—¿No irá a Bedford?
—No lo sé, tal vez me confundí, pero Aidan debe saber todo sobre sus pasos, es su mejor amigo.
—Si, es su mejor amigo— repitió Abby desconsolada.

## Capítulo XX

Una semana más tarde, Abby se acercaba al pueblo para reunirse con la señorita Thompson que estaba bastante agobiada con todo lo que significaba administrar la tienda de modas. Los pedidos se habían convertido en un torrente desde que la señora Fleetwood, que le debía bastantes

vestidos a madame Leroy, se había convertido en su mejor clienta, propagando entre sus amistades adineradas los beneficios de esta nueva modista que fabricaba vestidos de calidad y a precios realmente ridículos.

—¡Qué bueno que llega, Abby! Ya no doy más con todo esto.
—¿Qué sucede? — preguntó la rubia viendo que la otra chica lucía despeinada y algo alterada.
—Por un lado, tenemos todos estos pedidos— dijo tomando varias hojas que tenía prendidas con un sujetador.
—Eso es muy bueno— dijo Abby cogiendo aquellos papeles y revisándolos uno por uno.
—Son demasiados— dijo Florence suspirando— no vamos a poder— agregó dejándose caer en una silla.
—Calma, Florence. Veamos lo que hay.
—Dos vestidos para la señora Fleetwood, uno para la chica Evans, la menor. La hija de la condesa necesita que le entreguemos con urgencia el modelo de mangas abullonadas y una amiga de la señorita Clark encargó un vestido de fiesta de corte sencillo— dijo volviendo a respirar profundo— todo para esta semana.
—¿Esta semana? — exclamó Abby— ¿no cree que pueda?
—Con la ayuda de Susy podría tener listo el de la señorita Fowler, la amiga de la institutriz. El de mangas abullonadas está casi listo, porque es urgente, pero eso me retrasó con lo demás. No sé si…
—Tenga calma, voy a solucionarlo— dijo Abby tomando su bolso para salir.
—Eso no es todo— agregó la señorita Thompson.
—¿Hay más pedidos?
—No, no es eso— señaló Florence arreglándose el pelo— Madame Leroy vino a verme.
—¿Madame Leroy?
—Si, vino a reclamar porque le estamos quitando su clientela. Muchas de sus clientas se han ido de su tienda para venir con nosotras.
—¿Qué quiere?
—Me trató de lo peor— dijo Florence agobiada— dijo que iba a desenmascarar esta estafa, que es imposible vender a estos precios.
—¡Qué se cree! Voy a ir a ponerla en su lugar— señaló Abby molesta.
—No puede hacer eso.
—Es verdad— declaró decepcionada— pero no tenemos que sentirnos amedrentadas, ella no es nadie para venir a decirnos qué hacer.
—Lo mismo le dije— declaró Florence orgullosa.
—¡Muy bien! — exclamó Abby orgullosa de su nueva amiga.
—El señor Young estaba conmigo y le dijo algunas cosas de la competencia y de los derechos de los comerciantes y otras cosas que no entendí, pero él estuvo soberbio— dijo la chica ruborizándose un poco.
—Muy bien— dijo Abby viendo que la muchacha se había puesto muy roja. Cambio entonces el tema— voy a ir a ver a Hamilton, veré si puede darnos otro adelanto para contratar a un par de chicas.
—Sería maravilloso— respondió Florence aliviada— conozco a dos hermanas que me han hecho unas costuras antes.
—Excelente. Si no puedo regresar más tarde, le enviaré un recadero con noticias.
—Espero que sean buenas noticias.
—Obvio que lo serán— dijo Abby colocándose su sombrero y saliendo del lugar.

Llegó a casa de los Hamilton media hora después y se encontró con la mala noticia de que la familia aún estaba en la ciudad, por lo que su única esperanza de solución se le iba de las manos. Decidió entonces que buscaría otra opción. Tal vez Liam podría ayudarla o Rowena, pero tendría que darles alguna explicación y no quería involucrar a más gente en su aventura. Regresó a casa decepcionada y le envió un mensaje a la señorita Thompson con un recadero para que no se impacientara más de lo que ya estaba.

Al entrar en la casa, encontró a la pelirroja dando órdenes al personal de la casa. La señora Richie anotaba muchas cosas en una libreta.

—¿Qué pasa aquí?
—Mañana voy a organizar mi primera velada musical. Estoy muy entusiasmada— dijo Rowena sonriendo.
—¡No te creo!
—Obvio que no estoy entusiasmada— dijo con gesto amargo— odio las veladas musicales. La única vez que fui a una me quedé dormida— agregó riendo— claro que aquella fue la primera vez que dormí junto a tu hermano.
—¡Rowena! — exclamó Abby horrorizada de que ella dijera esas cosas delante del ama de llaves.
—Cariño, ¿qué te imaginas? Era una velada tan aburrida que dormité buena parte de la noche y tu hermano me despertó. Además, ya estábamos casados— agregó colocando dignidad a su relato.
—¿Y por qué estás organizando algo que odias?
—Porque tu hermano se empeñó en hacerlo, para agasajar a unas personas que vendrán de visita. Creo que son unos amigos de Aidan.
—¿Los conocemos? — preguntó para asegurarse de que Freeman vendría.
—No lo creo. Es un vizconde, su esposa y otra pareja.
—¡Oh!
—Pero Liam les ofreció escuchar a la señorita McLaren.
—¿Quién es?
—No lo sé, pero Aidan dice que es la mejor cantante del mundo.
—¿Te ayudo en algo?
—No te preocupes, la señora Richie tiene todo controlado— dijo sonriendo a la señora— tendremos un cuarteto que nos recomendó Christine, colocaremos rosas del jardín, han florecido muchísimo y serviremos mucho alcohol para que los invitados se duerman temprano— rio después.
—¿Vendrá alguien más? — insistió Abby queriendo saber quién estaría en casa.
—Invité a las Donovan, ya sabes, tienen que asistir a cualquier velada que se precie de elegante — rio otra vez— vendrán los Chapel, Robinson y uno que otro elegante del pueblo.
—¡Ah!
—Si deseas puedes invitar a alguna amiga.
—No lo creo— dijo dejando sus guantes por fin en manos del mayordomo— me iré a mi cuarto, tengo los pies como patas de elefante.

Se retiró a su habitación, cerrando la puerta tras de sí al tenderse sobre la cama. Su situación era complicada, necesitaba dinero y Hamilton que era su fuente de recursos, pues su socio negociaba con él, no estaba en Bedford; escribirle demoraría todo. Se quedó mirando al techo de su alcoba en donde lucían muchas avecillas pintadas en medio de guirnaldas de flores, al centro de la

pintura un petirrojo llevaba un collar de perlas en el pico.
Eso le dio una idea. Recordó aquellos tiempos en que los Hart estaban al borde del abismo y el señor Barton, el abogado de su abuela Olivia, les sugirió una solución momentánea, mientras conseguían recuperar su nivel de fortuna. “Pueden empeñar algunas joyas…las menos queridas”, había dicho el señor. Esa era una solución. Se levantó de la cama de un salto, hurgó en su joyero y separó un par de alhajas que lamentablemente eran queridas, pero eran las más valiosas.

El collar de perlas con el zafiro ovalado debía valer una fortuna. Si no lograba empeñar esa joya podría hacerlo con el anillo de esmeraldas que era de su abuela, pero esa joya era demasiado querida; prefirió el zafiro. Decidió que al día siguiente muy temprano iría a ver a Barton para que la ayudara con eso, solamente sería por el tiempo necesario para que Conrad regresara de la ciudad y entonces todo tomaría su curso perfecto.

Al mediodía siguiente, Abigail y Florence ordenaban las actividades de ese día y los siguientes.

—Me alegro de que haya conseguido el dinero. Las hermanas Lamb me respondieron en seguida, son mayores y muy responsables. Mañana estarán aquí para recoger la labor. Creo que tendremos a tiempo los pedidos de esta semana.
—¿Qué hay luego?
—Se avecina la fiesta de San Osmundo, ya sabe que el reverendo Peters se esmera por hacer que sea un evento regional importante. Las chicas pobres conocen hombres en fiestas de ese tipo.
—Y querrán verse impresionantes— afirmó Abby.
—Nos encargaremos de eso.
—Podríamos ofrecer precio especial para hermanas, ¿no cree?
—Les encantará la idea— dijo Florence— el señor Young me enseñó a controlar las cuotas que las chicas deben y él se encargara de cobrarles.
—Algunas chicas encuentran novio no sólo en las fiestas religiosas parece.
—¿De qué habla? — preguntó Florence— Señorita Hart no es lo que cree. El señor Young…
—Es un buen hombre y es soltero. Tiene situación suficiente para casarse y es atractivo.
—No se fijaría en mí— dijo la señorita Thompson con pesar.
—En la fiesta de San Osmundo usted será la más elegante y distinguida.
—No podría pagar un vestido de estos, Abby.
—Usará aquel— dijo mostrando un muñeco a medio vestir con un traje de muselina color celeste con mangas ajustadas que terminaban en un ancho puño y con un faldón de tres pisos con encaje blanco en cada separación— será la mejor propaganda de nuestra tienda.
—Es demasiado— dijo la chica embelesada con ese vestido.
—Si deja de subestimarse y se coloca ese vestido, será la señora Young muy pronto— dijo Abby dando un apretón en el brazo de Florence que sonreía nerviosa.

## Capítulo XXI

Al día siguiente, cuando el reloj daba las seis, algunas personas ya llegaban a la velada de los Hart. La condesa lucía radiante con un vestido color azul de amplio escote y mangas de muselina celeste que tapaba toda su piel. Era una creación de la señora West con diseño de Abby, pero la modista nunca respetaba sus ideas; originalmente no tenía mangas y dejaba la espalda completamente desnuda, pero la señora no lo quiso hacer o Liam se había opuesto; las dos cosas la irritaban.

—El escote quedó muy bajo de todas formas— dijo el conde que esperaba a sus invitados junto a la puerta.
—Claro que no— susurró ella— el diseño era más bajo. La señora West lo dejó bastante recatado.
—¡Recatado! Casi veo tus pezones asomando— la regañó él.
—No sería nada nuevo, los ves muy seguido.
—No tanto como quisiera— respondió él excitado al ver el escote generoso de su mujer.
—Si dejas de portarte como un troglodita podrás verlos esta noche.
—¡Abusas de mí! — exclamó fingiendo sufrimiento.

Mientras conversaban, sus invitados aparecieron en la puerta, al tiempo que Abby bajaba las escaleras, vestida de terciopelo color verde pálido. Cuando llegó junto a la pareja reconoció a una de las mujeres que entraban y ella la reconoció también.

—Creo que nos hemos visto antes— dijo la muchacha trigueña de ojos oscuros.
—Si, en el Harland— respondió Abby pensando en aquella mañana en la que Christine le presentó a sus amistades.
—Lady Redmayne, que placer recibirlos en nuestro hogar— la saludó Liam al tiempo que le daba la mano a su esposo, el vizconde.
—Su residencia es preciosa. Me encantaron los jardines— dijo la chica educadamente.
—Matthew nos contó de este lugar. A él le parece fascinante, sobre todo cuando de pescar se trata— dijo el hombre que la acompañaba.
—Si se queda algunos días puedo acompañarlo a recorrer nuestra laguna y el rio que está cerca.

Rowena hizo un gesto de locura al pensar en que nuevamente Liam quería incursionar en la pesca, que a todas luces no se le daba.

—Después organizan sus jornadas de pesca, por favor, acompáñeme por aquí, tengo preparada la mejor ubicación. Luego de la velada musical vamos a cenar— dijo Rowena dejando a la mujer en un asiento de la primera fila en donde habían dispuesto a los invitados.

Liam se llevó a lord Redmayne con él y se acercaron a un grupo para presentarle a algunos amigos. El barón de Humphries ya estaba junto a Robinson, su cuñado, bebiendo un trago de brandy y se unieron a ellos.

—¿Quién es Matthew? — preguntó Rowena a Abby, notando que conocía a la pareja— ¿los conoces?
—A ella solamente, es lady Louise Redmayne.
—Eso lo sé.
—Es la hermana de Matthew Freeman.
—Le encontraba un parecido a alguien— dijo Rowena observando a la chica desde lejos— tiene

una sonrisa hermosa, se parece mucho a su hermano. ¿no crees que tiene una sonrisa hermosa? — agregó Rowena.
—Llegó otro invitado, deberías ir a recibirlo, querida— señaló Abby dejando a su cuñada sola en medio del salón sonriendo.

Unos minutos después, cuando todos los asistentes estaban ubicados en sus sitios y la cantante había hecho su ingreso triunfal, el cuarteto comenzó a tocar un aria de opera para que la dama los deleitara con su hermosa voz. Todos quedaron fascinados con la experiencia, al finalizar ingresaron al comedor para disfrutar de una cena suculenta consistente en sopa de setas con queso, pescado con salsa de langostinos, filete envuelto en masa con verduras salteadas y de postre un pudding pegajoso y unas manzanas borrachas en vino tinto.

—Esta cena será inolvidable— dijo una de las invitadas, que era una mujer mayor, rolliza y sonrosada que parecía estar disfrutando demasiado toda la comida.
—Está delicioso, lady Rowena— dijo Louise Redmayne saboreando una cucharada de pudding.
—Mis preferidos son los buñuelos de manzana, pero esta noche preferimos algo más liviano— dijo sonriendo, pues aquellos postres no tenían nada de liviano— si prefiere puedo pedir un sorbete de limón.
—No es necesario— dijo la dama rolliza— el pudding está maravilloso.

Los hombres se retiraron al salón de fumar y las damas se quedaron en el salón de música en donde Abby comenzó a jugar con las teclas del piano. Rowena se dedicó a entretener a las damas, luego de dejarlas un momento a solas para ir a ver a sus niños que dormían.

—Me enteré de que el señor Freeman es su hermano— afirmó Rowena interesada— nos visita regularmente, se ha hecho muy amigo de mi cuñado.
—Si, Matthew siempre habla de ustedes, le encanta visitar esta casa— dijo mirando a Abby que seguía jugando con las teclas.
—Es encantador— dijo la condesa ofreciendo a las damas un trago de licor de melaza que la señora Ross le había enviado— es raro que no se haya casado— agregó la pelirroja bebiendo un sorbo de su trago.
—Creo que pronto lo hará— dijo Louise Redmayne sintiendo que el piano sonaba de forma estridente.

Todas miraron a la chica que jugueteaba con las teclas y esta les devolvió una sonrisa forzada. Rowena se quedó mirando fijo a la rubia que se dedicaba entonces a ordenar las partituras que habían caído al piso.

—¿Está comprometido, acaso? — preguntó Rowena interesada.
—No aun, pero espero que pronto nos sorprenda con la noticia. Madre está ansiosa por tener nietos.
—Las madres siempre desean ver crecer la familia— dijo la dama rolliza que ahora acompañaba su licor con una galleta de jengibre que la señora Scott les había enviado para picotear.
—¿Usted tiene hijos?
—Aun no, nos casamos hace muy poco. Nigel desea que compremos una propiedad, no hemos decidido todavía donde vivir. Los niños llegan cuando uno no se lo espera de todos modos — explicó ella— usted tiene gemelos— añadió después.
—Si, niño y niña. Ya tienen dientes y quieren comenzar a caminar. Son agotadores.
—Pero maravillosos— dijo otra dama delgada que se abanicaba profusamente— yo tengo siete

hijos— agregó haciendo que todas la compadecieran.

Freeman se iba a comprometer pronto. Abby recibió la noticia como una bofetada. Se quedó sentada al piano, pero ya no siguió manoseando las teclas porque se sentía temblorosa. No sabía que le estaba pasando, ese hombre había estado en su vida durante los últimos dos años prácticamente y se habían llevado como perro y gato, pero últimamente se había revelado como un muchacho bastante agradable cuando ponía de su parte y en el último tiempo le parecía que sus ojos color avellana eran muy lindos y su sonrisa de dientes perfectos, su aliento muy cálido y estar en sus brazos había sido muy agradable en las ocasiones en que estuvo entre ellos. Siguió divagando mientras las damas hablaban y hablaban y de pronto el piano volvió a sonar de forma estridente cuando ella se sintió abatida y pasó a llevar las teclas con su mano.

Estaba enamorada de Freeman. La revelación llegó de forma intempestiva y violenta. Y él se iba a comprometer con otra. Tenía que hacer algo para recomponer todo el desastre en que se había convertido todo. Ella tuvo la culpa al lanzarse sobre él esa noche en la fiesta de Emily. Seguía pensando en todo aquello cuando notó que las señoras estaban calladas y al mirarlas se dio cuenta de que la observaban preocupadas.

—¿Pasa algo, cariño? ¿estás bien? — preguntó Rowena aturdida.
—Si, perfectamente. Creo que el señor Howard debe venir a afinar este piano.
—Me preocuparé de eso mañana— declaró la condesa volviendo a retomar la conversación, mientras miraba a la chica de reojo con curiosidad.

Luego la conversación comenzó a extenderse hacia las travesuras de los niños y hacia las próximas actividades que habría en el pueblo. Se esperaba una fiesta religiosa importante y todo el mundo gustaba de participar. La señorita Donovan recordaba a la condesa que el párroco estaba esperando su colaboración.

—Por supuesto, mañana mismo le llevaran algunas patatas que cosecharon y le enviaremos bastante ropa.
—Excelente, usted es una gran benefactora, lady Hart.
—Hacemos lo que se puede, nunca es suficiente— dijo la pelirroja apretando el brazo de la señora que se sintió regocijada de tanta confianza.

Al terminar la noche, los invitados ya se retiraban de la casa. Abby alcanzó a oír cuando los Redmayne se despedían.

—Matthew y Caroline son amigos de juegos, desde pequeños. El padre de ella era el mejor amigo de papá— dijo lady Redmayne recibiendo su capa— Espero que después de la boda venga a visitarlos, por ahora está bastante atareado.
—Lo estaremos esperando. Es un chico muy agradable— dijo Rowena despidiendo a la dama— me prometió que en su próxima visita me traería unos chocolates exquisitos.
—Se a cuáles se refiere— rio la muchacha— yo los devoro.
—Que tengan un buen viaje de regreso.
—Muchas gracias, fue una noche formidable. Una velada musical extraordinaria.
—Me alegro de que nos hayan visitado— dijo Rowena— dele mis saludos al señor Freeman— y dígale que no olvide los chocolates.
—Se lo diré— dijo Louise tomando a su esposo del brazo y saliendo de la casa.

Rowena se quedó viendo como la pareja salía caminando hacia su coche, junto con otros

invitados que se despedían del conde. De pronto, notó que Abby estaba a su lado y se sobresaltó.

—¡Me asustaste!
—Algo sucio tienes en tu conciencia— bromeó Abby sin cambiar el gesto serio.
—¿Qué tienes?
—Estoy cansada, iré a dormir— dijo bostezando exageradamente— ¿tú no duermes todavía?
—Creo que me quedaré un momento disfrutando de mi éxito. La velada musical fue formidable — señaló sonriendo— lo dijo lady Redmayne— agregó para reafirmarlo.
—¿De qué hablaban cuando se iba?
—De los chocolates que el señor Freeman me traerá cuando nos visite— dijo dejando a su hermana sola en el recibidor y con curiosidad acerca de esa tal Caroline.

## Capítulo XXII

Un mes después, todos se preparaban en la casa para asistir a la fiesta de San Osmundo. Las chicas habían tenido bastante trabajo, ya que era la reunión más importante para las muchachas casaderas que no tenían posibilidades de asistir a grandes bailes. Allí podían conversar de manera menos formal y relacionarse de forma más cercana con los hombres casaderos de la región. El párroco Lester fomentaba la unión de las parejas jóvenes y cada año luego de la fiesta del santo se realizaban muchos compromisos y luego al finalizar el invierno muchas bodas.

Florence y Abby trabajaban afanosamente junto con las hermanas Lamb y Susy Thompson que colaboraba animosamente con su hermana, a cambio de algunas moneditas que no le venían mal para sus caprichos de precoz adolescente.

—Estos son los últimos— dijo la señorita Thompson contenta— creo que lo logramos.
—Falta terminar todo este dobladillo— reclamó Susy— este faldón es enorme. Señorita Hart ha exagerado— agregó con el ceño fruncido.
—Te aseguro hermanita, que con este vestido la señorita Evans hará caer rendido a sus pies a ese pelmazo de Robert Mackenzie.
—Además, ella pidió que le agregáramos esa cola— dijo Abby tratando de enhebrar una aguja— quedó increíble.
—Deje eso— pidió Florence— vaya pronto que es tarde y su familia se va a preocupar.
—Liam regresa mañana de Londres y Rowena está atareada ayudando a reunir más ropa para la parroquia, nadie notará mi ausencia.
—Madre está muy entusiasmada con la fiesta— dijo Susy— ¿me dejaran ir?
—Creo que puedes ir si eres juiciosa— dijo Florence.
—¿De veras? — exclamó la niña emocionada, pero luego se desanimó— no tengo nada que ponerme.
—Eso no es cierto— dijo Florence muy seria— puedes usar mi vestido verde, ese te queda casi bien— agregó mirándola con interés.
—¡Qué! Voy a parecer un esperpento— dijo enfadada— creo que me quedaré en casa— sentenció molesta.
—O puedes usar este vestido que hice para ti— declaró Florence tomando un montón de tela de color rosa pálido que había junto al mesón— claro que si no…
—¿Ese vestido es para mí? — preguntó la niña asombrada mientras su hermana le entregaba el montón de suave tela que resultó ser un vestido muy elegante para una chica que ya casi cumplía los catorce años— ¡Es hermoso! es una broma, ¿cierto?
—No cariño— aclaró Abby— ese vestido es el primero de la colección para señoritas que vamos a lanzar luego de las fiestas.

La niña se quedó sin palabras, mientras cogía el vestido y lo observaba con detención. Era un faldón ancho de suave caída que salía desde un canesú bordado de rosas de cinta y que tenía unas mangas aglobadas que llegaban hasta el codo. Se acercó al espejo y se puso frente a él con el vestido delante y de pronto se largó a llorar.

—¿Qué pasa? — preguntó Abby acercándose a la niña que se lanzó sobre ella y la abrazó por la cintura.
—Nunca tuve un vestido así— sollozaba la chica.
—Bueno, ahora lo tienes— dijo su hermana— y no lo vayas a manchar con tus mocos— agregó

bromeando.
—¿Puedo probármelo?
—Ahora no. En casa lo vamos a ajustar si es necesario, pero ahora tenemos que terminar ese dobladillo. No quiero holgazanas aquí— dijo Florence haciendo que la niña se pusiera obediente y corriera a tomar la aguja nuevamente ante la risa de las hermanas Lamb que se secaban las lágrimas de emoción que habían largado.
—Bueno, entonces todas las chicas contarán con sus atuendos para la fiesta— dijo Abby buscando su bolso para partir— el vestido celeste de muselina es suyo— agregó Abby hablando al oído de la señorita Thompson— no pierda esta oportunidad— sentenció para salir de la habitación dejando a las señoras trabajando afanosamente.

Dos semanas después, en casa de los Hart se desayunaba en silencio, todavía estaban todos cansados por las actividades del día anterior en donde gran parte de la casa estuvo en la parroquia para ayudar a organizar la fiesta. A excepción del conde, todos trabajaron por la comunidad y el salón parroquial lucía como un palacio, repleto de cintas y flores. Rowena estaba cada vez más complacida de haberse convertido en una de las damas más consideradas de ese pueblo.

—¿Te imaginabas que ser condesa iba a ser tan gratificante? — preguntaba Abby comiendo un trozo de pan con dulce.
—Jamás imaginé ser nada más que la cerdita que gateaba en la cocina de la señora Ross.
—No seas así. Nunca fuiste una cerdita.
—Tu hermano no pensaba lo mismo— dijo bromeando.
—Creo que no lo piensa ahora.
—Más le vale— dijo riendo— ¿me vas a acompañar esta noche a la fiesta?
—¿Vas a ir? la señora del conde no es esperada en estos eventos.
—A mí me gustan. Me encanta ver cómo la gente se divierte. El año pasado los bebés estaban recién nacidos, la señora Richie me contó que las chicas se divirtieron bastante, parece que es el mayor evento de la sociedad rural.
—Creo que podría acompañarte— dijo Abby fingiendo indiferencia, pues deseaba ver todas sus creaciones en los cuerpos de las chicas del pueblo.
—Excelente, entonces me vas a ayudar con mi vestuario. No quiero parecer muy fuera de lugar, pero tampoco puedo deslucir el título de tu hermano.
—Puedes ponerte uno de los vestidos que te compraba tu tía Ada— bromeó Abby haciendo que su cuñada se horrorizara.
—Si esa es tu mejor idea, prefiero que no me ayudes— respondió.
—Creo que se exactamente lo que debes usar— dijo pensativa— el vestido rojo oscuro que llevabas la otra tarde, cuando salimos a pasear con los niños al jardín.
—Es muy sencillo.
—Pero elegante— señaló Abby— además ninguna de las damas de la sociedad que se las da de alto nivel asiste a esa fiesta.
—Tienes razón, seremos dos chicas aldeanas más dentro de todo el evento.

Abby recordó aquella noche en que por causa del temporal tuvo que pernoctar en la casa del guarda y vestirse con las ropas de la señora de esa casa. Freeman la calificó como una aldeana cuando la vio con aquel vestido sencillo.

—¿Qué dices?

—¿De qué?
—Abby, estás en la luna. Te digo que tú también tienes que escoger un atuendo adecuado.
—Tengo un par de vestidos de tarde que son sencillos y cómodos. Dicen que en estas fiestas se baila bastante.
—¿Nunca has ido?
—Cuando era pequeña la abuela me llevó alguna vez, pero Emily y Peyton no acostumbraban a ir a estas fiestas. Ya sabes, las más elegantes del pueblo…— ironizó.
—Será una nueva experiencia.
—¿De qué hablan? — preguntó el conde que entraba en el cuarto.
—De la fiesta de la iglesia. Estamos organizando nuestras mejores galas.
—Cuidado con andar coqueteando con los granjeros, lady Hart.
—Cariño, sabes que no soy coqueta— dijo Rowena guiñando un ojo a su cuñada pequeña.
—Y nada de escotes escandalosos— agregó subiendo las escaleras.
—Aguafiestas— dijo ella entre dientes.
—Te oí— gritó él mientras llegaba al rellano.

Las chicas siguieron conversando de los preparativos para la tarde, cuando Sewell llegó con la correspondencia. La condesa comenzó a revisarla y separó las cuentas que eran tema de Liam para dejarlas en la bandeja y pedirle al mayordomo que las llevara al despacho del señor, el resto que era correspondencia personal comenzó a abrirla con cuidado, mientras seguía organizando las actividades del día.

—¿Qué es eso? — preguntó Abby al ver que la muchacha sonreía.
—Es de papá, dice que vendrá el próximo mes, que debe esperar que Alice termine de decorar los cuartos, porque las telas de las cortinas se han demorado.
—Qué bien le hizo el matrimonio al señor Duncan.
—A todos nos ha hecho bien el matrimonio, cariño. Eres la única que se resiste a comprobarlo.
—No hay ningún prospecto adecuado a la vista— dijo mirando el resto de los sobres y leyendo los remitentes— y no confiaré nuevamente en Emily, luego del chasco de Brightman.
—Emily ha fallado por una vez— dijo Rowena abriendo otro sobre— este es de Peyton— agregó rompiéndolo por el costado— veamos que dice.

Rowena comenzó a leerlo en silencio y luego abrió unos ojos enormes. Abby se asustó de su reacción.

—¿Qué sucede?
—Vamos a ser tías— exclamó la pelirroja.
—Ya somos…— alcanzó a decir Abby hasta caer en cuenta de lo que la otra decía— ¿Peyton va a tener un bebé?
—Eso dice— señaló Rowena emocionada— gracias a Dios— agregó casi llorando.
—¿Qué te pasa?
—Peyton anhelaba tener un bebé, pero no lograba embarazarse. Ha sido duro para ella, pero por fin logró su sueño.
—No tenía idea.
—No quería comentarlo, pero estaba muy desanimada. De Brun tiene hijos y no comprendía su anhelo, pero ahora será madre de verdad.
—Siempre ha sido madre de esos niños— aclaró Abby.
—Es cierto, tendrá un bebé propio, pero ya tiene hijos— afirmó Rowena emocionada aún.

—Ahora me dirás que tengo que tener hijos— dijo Abby.
—No te diré nada, pero…
—Alegrémonos por Pey. Ojalá que tenga un buen embarazo.
—Ya tiene tres meses— dijo releyendo el sobre— esto lo envió hace diez días. El correo está fatal.
—Viene de Paris, querida.
—Es cierto.

La tercera carta era de Melany. Rowena la abrió y la leyó en voz alta, terminando de tomar su té.

*"Aquí el tiempo ha estado terrible, estoy ansiosa por volver a Bedford pronto. Creo que iremos en unas semanas, cuando Freeman regrese de su viaje. Tuvo que resolver algunos asuntos personales y Aidan aprovechó de tomarse unos días libres. Ya era ahora. Vamos a visitar Southend on Sea y luego nos vamos a Bedford. Freeman se nos unirá allá, luego ellos tomaran rumbo a Gales y yo me quedaré con ustedes, si me aceptan. Espero que me confirmes si no te trastorna nuestra visita, en caso contrario podemos organizarnos para quedarnos en la posada."*

—¿Cómo se le ocurre que van a quedarse en la posada? Esta es su casa también— dijo Rowena pensativa— podríamos remodelar los cuartos de visita ¿qué crees? — preguntó a Abby sin obtener respuesta— Abby, no me estás prestando atención.
—Si, te escucho.
—¿Qué crees?
—¿De qué?
—No me estabas prestando atención. ¿en qué piensas? — preguntó sin tener respuesta nuevamente— te decía que podríamos remodelar los cuartos de visitas. Por lo menos los del ala oeste. Aunque eso demorara mucho tiempo.
—Esos cuartos son muy oscuros. No les da el sol.
—En el verano eso es muy bueno. Tienes razón, voy a pedir que les preparen los cuartos del lado sur. El que era de Emily es muy amplio. El que usaba Liam cuando era soltero es muy apropiado para una pareja. Bastará con cambiar los cortinajes y sacudir las alfombras.
—Tienes razón— dijo Abby haciendo que la pelirroja se impacientara.
—No me estás poniendo atención. Creo que voy a ir a hablar con la señora Richie— dijo levantándose de la mesa y dando un apretón en el brazo a Abby— ¡despierta, chica!

Abby cambió de humor repentinamente, pues la carta de Melany dejaba ver que Freeman estaba resolviendo su vida. Quizás ya estaba casado con esa tal Caroline. Suspiró profundamente y miró de reojo unas rosas bordadas que decoraban el mantel. Recordó el aroma de aquella rosa que él tenía en el bolsillo aquella noche y una lágrima amenazó con caer de su ojo derecho, pero ella se apresuró a secarla con la yema de un dedo. Se levantó de la mesa y salió al jardín para tomar un poco de sol; tal vez eso la animara.

## Capítulo XXIII

En la tarde, las chicas ya estaban listas para ir hacia el pueblo a reunirse con el párroco que había invitado especialmente a la condesa a la festividad. Lady Olivia acostumbraba a ir cuando estaba más activa, pero en los últimos años los Hart se habían alejado de aquellas reuniones.

—Santo Dios, te ves estupenda— dijo Abby al ver a Rowena que bajaba las escaleras
—Gracias, querida. Vamos a ser las más admiradas. Ese vestido te queda perfecto. No parece de la señora West.
—No lo es. Lo hizo una costurera que está muy solicitada en el pueblo.
—Algo he oído. Dicen que llegó hace poco una modista de Paris y que tiene bastantes clientas, pero ninguna de mis amistades la conoce— agregó recibiendo su capa de manos de un mozo— Christine está desesperada por saber quién es la artista. Dicen que sus diseños son muy novedosos.
—Christine tiene demasiada ropa, no debería seguir comprando más.
—Nunca es suficiente para ella— dijo Rowena viendo que el mayordomo le avisaba que el cochero llegaba —¿Conoces a la diseñadora esa? — preguntó Rowena interesada.
—Claro que no. Dicen que es una mujer muy misteriosa. La señorita Thompson me comentó algo, pero no me reveló nada. Me gusta la ropa que hace, pero este diseño es mío— agregó girando para que su cuñada apreciara cómo flotaba la tela del faldón.
—Si fuera más delgada podría usar ropa como esta— se lamentó.
—Si estuvieras más delgada querrías tener esos pechos que tienes.
—Es verdad— reconoció la condesa sonriendo— ahora vamos que nos deben estar esperando ansiosos— bromeó.

Salieron en el coche y media hora más tarde llegaban al lugar del evento. El párroco se acercó al coche para recibir a la visita ilustre, las chicas del pueblo quedaron asombradas de ver a la condesa y su cuñada, que era conocida por su belleza y elegancia, presentarse en ese lugar. Una de las señoras que colaboraba en la iglesia se dispuso a atenderlas con dedicación.

—Señora March, es usted demasiado amable— dijo Rowena recibiendo un refresco de manos de la mujer.
—Usted ha sido muy amable de venir y agradecemos mucho su caridad.
—No es caridad, señora. Para nosotros es un placer poder aportar con algo a las obras del señor Lester. Tan encomiables.
—Mi lady, le agradecemos infinitamente.
—Señorita Hart, ¿desea un refresco?
—No se preocupe, muchas gracias. Voy a ir a ver los alrededores, se ven unos puestos muy interesantes.
—Claro que sí. Las chicas han mostrado todas sus habilidades, hay muchas muñecas, juguetes para los niños y recuerdos del santo.

Abby comenzó a recorrer el lugar en donde mucha gente se había congregado. De repente se alegró de ver a la señora Thompson con sus dos hijas. Florence lucía encantadora con el vestido de muselina de color celeste y Susy se veía feliz con su vestido de señorita. En cuanto la vieron se acercaron a saludarla.

—Señorita Hart, ¿qué hace usted por aquí? — preguntó la señora que lucía muy bien ataviada con un vestido que seguramente le había hecho su hija mayor.

—Vine acompañando a la condesa.
—Lady Hart es tan amable— dijo la señora— la encontré en el pueblo hace unos días y me saludo con mucha cordialidad.
—Rowena es encantadora— dijo Abby observando como la pelirroja conversaba animadamente con las señoras de la parroquia.

Abby no comprendía como les gustaban a algunas chicas todas esas obligaciones de ser esposas de algún noble. Ella bromeaba siempre con querer casarse con el príncipe, pero realmente no deseaba nada de eso. Una vida tranquila la dejaría feliz, pudiendo desarrollar sus aficiones, cabalgando por el campo y ahora lo comprendía, al lado de un buen hombre que la hiciera enojar y que pudiera divertirla y desafiarla con sus bromas pesadas. En el futuro estaría más atenta para no perder otra oportunidad.

Cuando la fiesta ya estaba muy animada comenzó a llegar mucha gente de los alrededores. Muchas muchachas aparecieron enfundadas en vestidos increíbles y las madres se sentían orgullosas de poder haber conseguido que sus niñas lucieran así de hermosas. Abby no podía sentirse más realizada con su labor. La señorita Thompson dejó a su madre con su hermana y se reunió con Abby en uno de los costados del salón.

—El vestido de la señorita Evans luce realmente perfecto— dijo Abby mientras bebía un refrigerio— usted cose precioso.
—El diseño es hermoso. Esa chica jamás debió tener un vestido así antes.
—El escocés parece que está muy entusiasmado— dijo Abby observando a un joven pelirrojo que conversaba con la chica frente a la mirada de su esperanzada madre.
—El párroco Lester va a tener que casar a muchas parejas esta primavera— rio Florence.
—Creo que alguien que yo conozco estará entre esas parejas— dijo Abby haciendo que la chica mirara hacia la puerta en donde el señor Young aparecía vestido de una manera elegante que lo hacía lucir bastante guapo.
—Abby, ¡qué dice!
—Que ese hombre está interesado— señaló la rubia— y permítame darle un consejo. Si a usted le gusta no lo deje ir. A veces nos damos cuenta de los errores que cometemos cuando ya es tarde.
—No creo que el señor Young realmente…

Florence no alcanzó a terminar la frase, puesto que el hombre ya llegaba a su lado. Saludó respetuosamente a la señorita Hart y luego se quedó sorprendido de la apariencia de la señorita Thompson que siempre estaba despeinada y vestida de manera sencilla y apagada. El vestido de muselina celeste intenso realzaba el color de su piel y la emoción de sentirse bella le daba una luminosidad nueva.

—Creo que iré a ver si Rowena me necesita— dijo Abby dejando sola a la pareja.

La fiesta se desarrolló sin ningún incidente, todos los asistentes se comportaron admirablemente. Rowena y su cuñada se quedaron hasta la medianoche, cuando ya había comenzado el baile y muchas parejas danzaban en el enorme galpón que el párroco y su gente había dispuesto.

—Estoy impresionada— dijo Rowena— hay vestidos aquí que parecen tan elegantes como los de los grandes salones.
—Es cierto. Me encanta aquel con el vuelo que cuelga en el frente— dijo Abby pensando todo lo

que había costado hacer que cayera de forma tan perfecta.
—Estas chicas no tienen dinero. ¿de dónde sacaron esta ropa? — preguntó Rowena como pensando en voz alta.
—Da lo mismo— dijo Abby— lo importante es que se ven muy bien. Mira las madres— agregó — esas mujeres jamás pensaron que sus hijas pudieran verse así.
—¿Sabes quién hizo esos vestidos? — preguntó Rowena intrigada.
—Creo que la señorita Thompson los cosió— señaló mostrando a la chica.
—¿Ella es la señorita Thompson?
—Si. Me la presentaron hace un tiempo. Ella hizo este vestido— dijo mostrando su atuendo de color verde claro.
—Creo que voy a mandarle a hacer uno— dijo Rowena— tal vez pueda descubrir quién está detrás de todo este misterio.
—¿Para qué? — preguntó Abby sin dar importancia a la curiosidad de su cuñada— tú tienes a tu modista.
—Creo que Christine tiene razón. Hay algo raro en todo esto— dijo la pelirroja saludando a lo lejos a una conocida y dejando sola a la chica.

Abigail Hart miró a su alrededor y reconoció todo su talento en aquellos modelos que la señorita Thompson había confeccionado. Todo el embrollo que tenía en su cabeza por causa de su corazón la había hecho no tener en cuenta que su aventura estaba creciendo cada día más. Hamilton había conseguido más dinero de su socio y ella había recuperado su collar de perlas, puesto que en poco tiempo ya estaban ganando algo de dinero. Jamás pensó que en menos de seis meses ya tuviera tres modistas trabajando con ella. Ninguna de las mujeres que cosía los modelos sabía lo que había detrás de ese secreto, solo la señorita Thompson lo conocía y Hamilton por supuesto. Ni siquiera el señor Young sabía que ella era la diseñadora en las sombras, solo la encontraba de vez en cuando en el taller y la asociaba al oficio de Florence, pues la chica le mandaba a hacer su ropa y a él le parecía natural.

Si alguien se enteraba del secreto podía convertirse en un escándalo. El conde se enfurecería con ella y con su amigo. Harper estaba en medio, siendo cómplice de todo. Quizás era el momento de analizar con Conrad cómo debían seguir operando, puesto que según se había enterado por algunas conocidas de Rowena que escuchó algunas tardes atrás mientras tomaban el té, madame Leroy estaba empecinada en terminar con ese negocio que catalogaba de fraudulento.

Esa noche, cuando se metió a su cama, muchas razones no la dejaron dormirse pronto.

## Capítulo XXIV

Una semana después, en casa de los Hamilton, las primas jugaban con el pequeño James que ya quería sentarse solo y refunfuñaba cuando se caía de costado, tratando de agarrar un caballito de trapo.

—Le van a gustar los caballos— afirmó Harper.
—O le van a gustar los trapos— rio Abby— tu niño tiene bastante mal genio.
—Se parece a Conrad.
—Yo diría que se parece a su madre. Veremos cuando empiece a hablar qué dirá.
—Será educado, de eso me voy a preocupar. No me gustan los niños mal criados— señaló haciendo un gesto de censura al niño que le mordía el dedo.
—Dile a tu marido. Lo ha consentido desde el primer minuto.
—Y el abuelo también. El marqués solamente sale de su residencia para visitar al niño.
—Estoy preocupada, Harper— dijo la rubia mordiéndose el labio inferior.
—¿Las cosas no están bien? con… eso, quiero decir.
—Al contrario. Están muy bien. Temo que en cualquier momento alguien se entere de todo y terminemos enfrentadas al escarnio público.
—¿Porque eres hermana de un conde?
—Para la gente por eso, pero para mi familia será una decepción.
—Claro que no. Todos saben que eres una chica inquieta, rebelde y talentosa.
—Pero no lo van a perdonar muy fácilmente.
—Yo no le veo nada de malo.
—Debería decirles la verdad— declaró casi convencida.
—Espera un poco. Tal vez Conrad tenga alguna idea.

Conrad Hamilton la tranquilizó haciéndole ver que nadie podría descubrir todo el entramado de aquel negocio. Su abogado mantendría confidencialidad de todo y a menos que alguien se atreviera a entrar al despacho del hombre y registrar todos los documentos hasta encontrar algo, no veía cómo pudieran descubrirlo.

—¿Y si el inversionista hablara?
—Él tampoco sabe todo. Se interesó por el negocio, pero no quiso saber detalles. Hasta ahora no se ha arrepentido, más bien está conforme. No hará ruido, no te preocupes.
—Voy a confiar en tu criterio— dijo Abby— pero no quiero seguir mintiéndole a mi familia.
—Espera hasta fin de año, cuando las cosas estén calmadas. Aidan y su socio llegan mañana, van a reunirse con mi abogado para cerrar unos contratos y luego se van a Gales, andan apurados, ya sabes que Freeman se tomó unas semanas y eso ha demorado algunos negocios. Por otro lado, Liam tiene que comparecer en el Parlamento en unos días y tus hermanas están en la ciudad.
—Peyton llegó ayer a Londres.
—¿Lo ves? Ahora que está embarazada no tiene cabeza para nada más— intervino Harper.
—¿Está embarazada?
—Conrad, por Dios. No me pones atención. Te lo dije cuando me contó Rowena.
—¿A mí?
—Cariño, siempre te lo cuento todo.
—No lo sé— dijo el moreno indeciso —bueno, como sea. Dedícate a los vestidos para señoritas, me parece una buena idea.
—Por ahora lo veo difícil. Tenemos pedidos para las fiestas de fin de año. Bastantes— dijo Abby

pensativa— y tengo que terminar unos bocetos que la señorita Thompson espera.
—En dos semanas llegan las nuevas telas. Me aseguraron que no hay nada igual en todo el país.
—No sé cómo consigues esas telas tan baratas— señaló Harper mirando a su esposo con curiosidad.
—Bueno, tengo algunos contactos que me dan buenos datos.
—Espero que no sea contrabando— dijo Abby en broma— ¿traes contrabando? — preguntó asustada.
—No— dijo él tajante— hay artesanos en oriente que trabajan con tinturas naturales de bajísimo costo y en algunos casos lo que compramos son stock que tienen guardados en sus bodegas y se quieren deshacer de ellos.
—Tus contactos tienen buen gusto. Las telas que asemejan sedas son bastante finas.
—Esas las compramos a un comerciante que cerró su negocio, ya no le quedan— dijo haciendo que la chica se decepcionara.
—También trajimos té— dijo mirando a su mujer— pedí que me enviaran algunas cajas antes de que las guarden en las bodegas.
—Me encanta ese té de jazmín.
—Lo sé— dijo él dejando que ella le acariciara una oreja y haciendo reír a Abby que se imaginó que el moreno se comportaba como un gatito manso en manos de Harper.

Abigail se encerró en su cuarto luego de regresar de su visita a los Hamilton y se tendió en su cama, tomando un cuaderno grande en el que siempre hacía sus bocetos. Tenía allí desde ideas sueltas que se le ocurrían hasta algunos diseños que por ser tan elaborados no creía posible llevar a la realidad, pero eso era parte de su desbocada imaginación. Revisó unos cuantos que tenía en mente para terminar los diseños que les habían comprado para las fiestas de fin de año y cambió de opinión varias veces sobre el corpiño del vestido que la señorita Clark necesitaba para su próximo viaje con sus discípulas. Cuando ya tenía bien resuelto todo aquello se dedicó a corregir el diseño de su vestido nuevo y espectacular para la fiesta del Harland.

El hotel celebraba un aniversario especial, y aunque Ryan quería hacer una celebración sencilla Emily lo había convencido de celebrarlo en grande y realmente fue una buena idea, puesto que el baile del Harland estaba en boca de la gente de la ciudad y todos esperaban ser invitados. Faltaban un par de meses todavía, pero Abby ya tenía claro lo que iba a lucir. Sería un baile de máscaras y la suya sería la más admirada. Le había pedido a Florence que le bordara sobre el encaje muchos brillantes y Conrad le había prometido que le traería plumas de colores impactantes para que las usara en su diseño. El vestido sería azul y usaría el mismo encaje y los brillantes de la máscara, pero no sería sencillo. El corpiño tendría forma de pétalos de orquídea y el faldón sería ajustado, algo poco usual, pero recubierto de muchas capas de gasa que formarían un ruedo vaporoso.

Claro que todas esas ideas estaban en su mente y esperaba que Conrad no le fallara ni con las plumas ni con las telas de distintos tonos de azul que le prometió conseguir. Cuando tuviera el material le pediría a Florence que se lo confeccionara y la iba a recompensar como se lo merecía por lograr hacer realidad su idea y por todo el afán que había puesto por colaborar con ella; la señorita Thompson era realmente el alma de aquella empresa.

Cuando bajó a tomar el té se encontró con la noticia de que Aidan y Melany llegaban esa tarde y que Freeman llegaría al día siguiente. No pudo evitar desmoronarse un poco; no quería verlo, no se sentía preparada.

—¿Qué pasa, cariño? — preguntó Rowena arreglando al mismo tiempo unos cojines que se habían caído de su sitio— te ves desanimada.
—Debe ser el frío. Cuando regresaba comenzaba a caer un poco de llovizna.
—No debiste salir. Está muy malo el tiempo.
—Si, la tarde está triste— dijo mirando por el ventanal hacia el parque.
—Te ves melancólica— dijo Rowena caminando hacia ella y apoyándose en los hombros de la muchacha con cariño.
—He pensado que tal vez Peyton quiera que la acompañe en su embarazo.
—¿Irte a Paris?
—Puede ser.
—¿De qué escapas?
—¿Por qué dices eso? — respondió la chica volviéndose hacia su cuñada.
—No lo sé. La temporada en la ciudad fue muy decepcionante, lo que pasó con el hijo del duque fue desagradable. ¿quieres salir de aquí?
—Puede ser por eso— dijo dándole la razón a la pelirroja que la miraba interesada— es bueno cambiar de aires de vez en cuando.
—Últimamente has tomado bastante aire— dijo Rowena tratando de entender a la chica— Londres es muy divertido.
—No lo fue para mí.

Rowena iba a seguir con el interrogatorio, pero algunos ruidos en el recibidor las distrajeron. Aidan saludaba a Sewell con mucha efusividad y Melany reía al ver que el señor se agobiaba con el abrazo.

—Extrañaba mucho esta casa— dijo caminando rápidamente hacia Abby que se le lanzó en brazos.
—El tiempo está terrible— agregó Melany quitándose el sombrero y dándoselo a la señora Richie que llegaba presta a atenderlos— gracias, traemos pocas cosas— dijo saludando a la señora.
—Tenemos dispuestas las habitaciones, si quiere puede ir a descansar— dijo el ama de llaves llamando a uno de los muchachos que esperaban instrucciones.
—Si, el viaje debe hacer sido cansador. Pueden ir a descansar mientras tomamos el té. Pueden llevarles algo al cuarto— ofreció la condesa haciendo un gesto a la señora Richie que comprendió en seguida.
—¿Qué habrá de cenar? — preguntó Aidan abrazando a su cuñada.
—¡Aidan! Que impertinente— lo regañó su esposa.
—Tenemos un exquisito abadejo en salsa de langostinos con muchas patatas.
—Excelente— dijo saboreándose— Melany no comprende lo que son esas patatas fritas.
—No como frituras, cariño— dijo ella.
—Tenemos un budín de verduras para las damas— señaló Rowena sonriendo— claro que Abby preferirá esas grasosas patatas— agregó mirando a la chica que estaba muy callada.
—¿Estás bien? — preguntó Aidan acariciando el brazo de su hermana pequeña — parece que estás en otro lugar.
—Estoy bien— dijo ella tratando de parecer animada— me alegra mucho verlos— declaró sonriendo— y obvio que prefiero las patatas.

La pareja siguió a una de las doncellas que los guiaba por la escalera y los acomodó en el cuarto que anteriormente era del conde cuando estaba soltero.

—Siempre quise este cuarto— dijo Aidan recordando las disputas que tenían por los privilegios del heredero— pero era para el señorito Liam.
—¿Quién está hablando de mi a mis espaldas? — preguntó el conde apareciendo en el corredor.
—Estabas aquí.
—Vivo aquí, hermano— dijo abrazando al joven y saludando a Melany con un gesto.
—¿Y los niños?
—Deben estar durmiendo. Gracias a Dios ya han ordenado su sueño.
—No creo que alguna vez te desordenaran el tuyo— dijo Aidan mirando a Melany que sonreía.
—Ya verás cuando tengas los tuyos.
—Ojalá que entonces viaje menos— reclamó Melany que pasaba mucho tiempo sola en casa.
—No se te ocurra tener gemelos— señaló Liam.
—Vamos a ponerle menos empeño entonces para que sea sólo uno— dijo riendo.
—¡Ridículo! — señaló su esposa avergonzada.
—Instálense y luego nos vemos en el comedor— propuso el conde— De Brun me envió un vino exquisito.
—Hamilton me contó que están en conversaciones para venderlo en la isla.
—Conrad no pierde oportunidad.

Abby que los había seguido observaba lo bien que se llevaba Aidan con su esposa, las miradas cómplices y lo cariñosa que ella era con él. Se alegró de que sus hermanos hubieran tenido tanta suerte con encontrar el amor. Finalmente parecía que si había algo especial en sentirse enamorado.

Capítulo XXV

La mañana siguiente despertó a Abby con el ruido de un enorme temporal. Abrió los ojos y sintió que el ventanal recibía los embates de las ráfagas de viento. Se levantó para ver cómo se veía el panorama, recordando aquella tarde en la que se encontró con Freeman que caminaba por el bosque para llegar a la casa. Esperaba que aquella mañana no se le ocurriera hacer lo mismo, puesto que llegaría empapado a la casa del conde. Sonrió sin querer, pensando en que en su momento no disfrutó lo que fue esa aventura.

Pasar una noche juntos fue su secreto y cada vez que la revivía en su mente notaba que había sido una ocasión especial que recordaría por mucho tiempo. Él se portó como un galante caballero, la protegió y tuvo la delicadeza de no hacerla sentir incómoda. Jamás lo mencionó frente a otros y la respetó siempre. Fue ella la que no lo respetó en varias ocasiones. Recordó que cada uno de los besos que habían compartido los había provocado ella.

Se sintió terrible al pensarlo. En realidad, él jamás intentó nada, fue ella la tonta que se imaginó lo que no era. Esa carta que dejó con Emily era nada más que una disculpa que escribió para que ella no se sintiera tan ridícula. Hasta en eso se portó caballerosamente.

Ya era hora de levantarse. Esperó que la doncella llegara para ayudarle a vestirse, pero mientras tanto escogió un vestido sencillo y abrigado para lo que se veía como un día invernal. El traje que eligió fue un vestido de raso de color celeste de escote cuadrado y decorado en el frente con brocato bordado en hilo dorado, bordeado con encaje de color marfil, con mangas hasta el codo que terminaban en un moño de cinta. Ese vestido lo usaba siempre que tenía que quedarse en casa, de lo contrario usaba sus trajes de amazona, pues cada mañana, si el tiempo lo permitía, recorría el campo a lomos de alguno de los caballos de la casa.

Cuando llegó al comedor se encontró con Rowena que como era costumbre se encontraba organizando la casa. Melany la acompañaba bebiendo el té de jazmín que Harper siempre les enviaba.

—Los chicos no van a poder salir a pescar con este tiempo— dijo Melany satisfecha.
—Afortunadamente— alcanzó a decir viendo a su cuñada que llegaba a acompañarlas— ¿cómo dormiste?
—Bastante bien. ¿Por qué lo preguntas?
—Anoche el temporal fue muy intenso— explicó la condesa— yo dormí con varias interrupciones.
—Yo pensé que el ventanal se abriría de un momento a otro— agregó Melany invitándola a sentarse junto a ella.
—No sentí nada de eso.
—Tienes suerte, tu cuarto queda protegido por el tejo.
—¿Los niños están bien? — preguntó pensando que de pequeña se asustaba con la lluvia.
—Daisy estuvo más inquieta, pero Adam duerme como tronco— dijo Rowena orgullosa de sus pequeños.
—¿Qué hacen?
—Estábamos revisando las actividades de la semana. Melany se queda con nosotras un par de semanas, los muchachos se van mañana temprano.
—¿Freeman llegó? — preguntó para luego arrepentirse— quiero decir, Aidan se irá con él ¿no?
—Aún no, pero su carta decía que llegaría al mediodía. Espero que la lluvia no le complique sus

planes.
—Tal vez no venga— dijo Abby pensando en que podría tener esa suerte.
—Claro que no, vendrá como sea, se los aseguro— dijo Melany— estaba muy decidido a venir a Bedford.
—Le gustan los buñuelos de la casa— dijo Rowena mirando a Abby y luego a Melany con complicidad.
—Creo que los buñuelos y otras cosas— confirmó la esposa de Aidan sonriendo a Rowena de vuelta.
—Además me prometió los chocolates de Cadbury que me gustan— señaló la condesa saboreándose— estarán los hombres en casa para el almuerzo, creo que voy a pedir que preparen solomillo de res con guarnición de guisantes ¿o será mejor un pastel de pollo con setas y queso?
—El solomillo es más contundente. Aidan siempre tiene hambre.
—Voy a pedir que nos preparen un salmón con verduras.
—Yo quiero tarta de melaza o zanahoria— pidió Abby.
—Excelente, eso será— dijo Rowena llamando a la señora Richie que rondaba por ahí.

La condesa se dedicó a revisar el menú con el ama de llaves y las chicas se dedicaron a hablar del viaje que habían realizado Aidan y Melany a la costa. El desayuno fue muy entretenido y Abby se olvidó por un momento de sus angustias amorosas y comerciales. Aún tenía temor de que la misteriosa lady Prince fuera descubierta. Su tranquilidad se veía alterada por el constante miedo a que la señora Leroy u otra mujer intrusa metiera sus narices donde no la llamaban.

Luego del desayuno, Melany acompañó a Rowena a ver a los niños que estaban deliciosos, aunque los dientes seguían molestándoles, pero la señora Scott les guardaba un trozo de alga para que mascaran y eso les aliviaba las encías. Abby se fue a la sala de lectura en donde Rowena escribía sus cartas, pues tuvo ganas de escribirle a Peyton para ofrecerse a visitarla unas semanas después para acompañarla en su embarazo. No lo había pensado con detención cuando se lo dijo a Rowena, pero antes de dormir lo meditó y decidió que era una buena idea. Tendría que arreglar algunas cosas con la señorita Thompson, pero si dejaba los bocetos hechos y el señor Young la ayudaba, podían hacerlo bastante bien sin su ayuda.

Estaba concentrada buscando algo de tinta, pues en el escritorio había un frasco con muy poca cantidad y mientras hurgaba en uno de los cajones del mueble una voz llegó a sus oídos haciendo que el corazón cabalgara en su pecho.

—Buenos días, señorita Hart— dijo Matthew Freeman parado en la puerta de la salita— lo siento, la asusté— agregó al ver que ella lo miraba como petrificada.
—No, no. Es sólo que…
—El coche me acaba de dejar y Sewell no estaba en… oh, aquí llega.
—Señor Freeman, me disculpo— dijo el señor— estaba terminando algo en la sala de servicio.
—No se preocupe, Sewell.

Ya estaba allí. El mal tiempo no fue benevolente con ella alejándolo de la casa. Ahora tenía que compartir con él durante todo un día. Si se fingía indispuesta tal vez podría quedarse en su cuarto durante buena parte de la jornada. O tal vez, Freeman y Aidan se iban a dedicar a trabajar y no tuviera que verlo de todos modos. O tal vez ella quería verlo y se quedaría en silencio sentada en un sillón todo el día para no perderlo de vista. O tal vez se pondría a llorar en cuanto alguien le preguntara por su boda. Decidió que la carta la escribiría después y se encaminó a su cuarto para

encerrarse hasta el almuerzo. Podía dedicarse a terminar los bocetos que le enviaría a Florence al día siguiente. Nadie supo de Abigail Hart durante toda la mañana.

Llegó la hora del almuerzo y figuraba sentada frente a Freeman en la enorme mesa del comedor principal, en donde se congregó la familia para disfrutar de aquel solomillo con guisantes y del delicioso salmón. Durante todo ese tiempo, el muchacho conversaba con Aidan que lo tenía a un lado y con Rowena que estaba a su otro costado, mirando a Abby de vez en cuando, pero ella no lo notaba puesto que trató de evitar cruzar sus miradas. Cuando llegaban al postre, alguien tuvo el desatino de preguntarle por su experiencia en casa.

—¿Cómo está su familia?
—Muy bien gracias.
—Mi amigo pudo recuperar fuerzas entre su gente. Me alegro de que hayas podido disfrutar del cariño de tus chicas.
—Tengo grandes noticias que compartir— dijo Freeman haciendo que Abby sintiera que el aire le faltaba— mi hermana Louise tendrá un bebé.
—Lady Redmayne estuvo aquí hace un par de meses. Ella ni siquiera se lo imaginaba.
—Mamá está completamente fascinada con la noticia.
—Deseará ampliar la familia— dijo Liam.
—Si, mi madre siempre ha querido tener una familia numerosa, nosotros somos cuatro.
—Freeman solo tiene hermanas— aclaró Aidan.
—Lo lamento— dijo Liam haciendo que las chicas se molestaran— gracias a Dios yo tengo a mi hermanito que me ha ayudado a soportar a todas estas chicas.
—Eres muy injusto— dijo Rowena— las chicas son encantadoras.
—Pero todas me han desafiado con sus matrimonios— dijo mirando a Abby.
—Y han estado en lo correcto— aclaró Rowena— no pudieron hacer mejores enlaces.
—Es verdad— reconoció el conde finalmente— no hablo en serio. Mis hermanas han sido maravillosas. En especial la pequeña, que me adora.
—No sé si te adoro tanto— declaró Abby haciendo reír a todos.

Durante el resto del almuerzo se dedicaron a hablar de los planes a futuro y del viaje que iban a realizar a Gales para visitar a algunos inversionistas. Elogiaron el vino del barón que realmente era exquisito y lanzaron exclamaciones de satisfacción por el pastel de melaza de la señora Scott. Se retiraron de la mesa separándose para irse algunos a descansar y otros a recorrer el jardín de invierno en donde Rowena cultivaba las orquídeas. Abby se unió a las chicas y escuchó en detalle todos los cuidados que la condesa daba a sus flores. Se acercó a una orquídea de color celeste oscuro y estuvo mirando en detalle la forma de los pétalos y la textura de ellos. Pensó que el terciopelo era una tela bastante adecuada para simular aquella suavidad y cambió completamente en su cabeza el diseño del vestido que estaba ideando.
Luego de la visita al invernadero, se reunieron en el salón de Rowena para tomar el té. La señora Scott les preparó unos bocadillos dulces que fueron muy elogiados y un pastel de zanahoria que parecía deshacerse en el paladar. Melany estaba admirada de la calidad de la cocina de la mansión Hart.

—Deberías acompañarme a visitar a la señora Scott. Te aseguro que no tendrá ningún problema en compartir sus recetas para que puedan elaborarlas en vuestra casa.
—¿Tú crees?
—Estoy segura, vamos en seguida. Luego se pondrá a cocinar para la cena y no nos prestará la

menor atención.

Ambas se fueron y dejaron a Abby sola en la salita. Ya estaba comenzando a oscurecer fuera y la habitación estaba comenzando a quedar en penumbras. Se sentó en el sillón de estilo Reina Ana, que Rowena había colocado junto a la ventana y observó como las copas de los árboles se mecían con el viento. Cuando Freeman entró en el cuarto no lo notó hasta que ya estaba muy cerca de ella.

—Disculpe mi intromisión. Quisiera hablar con usted— dijo el joven esperando que ella aceptara su petición.
—No sé de qué tengamos que hablar— dijo ella fingiendo indiferencia.
—La última vez que nos vimos fue algo confuso— explicó él.
—No creo que usted estuviera confundido, señor Freeman. Tal vez yo sí, un poco.
—Le aseguro que yo estaba bastante confuso en ese momento y no me comporté adecuadamente — agregó esperando que ella hablara, pero no lo hizo— ¿leyó la carta que le dejé con su hermana? — continuó.
—Si.
—Fui un poco impulsivo, quizás no me di a entender correctamente— señaló tratando de explicarse.
—No se preocupe— dijo poniéndose de pie— lo comprendí perfectamente.
—¿De verdad? — preguntó mordiéndose el labio inferior— estos meses he estado…
—¿La boda fue bonita? Su hermana dijo que usted iba a casa por la boda.
—Si, estuvo bien. No sé mucho de eso.

Abby lo miró por un segundo, observando esos ojos color avellana que había tenido tan cerca aquella noche que estuvo borracha. Tenía que salir de ahí, sino iba a terminar llorando como una Magdalena. Respiró profundo y lanzo lo que tenía en su cabeza.

—El matrimonio le sienta bien. Se ve contento— dijo haciendo que él la mirara confundido.
—No entiendo.
—No debería viajar tanto ahora que se ha casado— señaló caminando lentamente hacia la puerta.
—¿Quién le dijo que me casé?
—Su hermana dijo…

Abby lo miró y quedó intrigada de la cara de desconcierto que él mostraba. Parecía que no quería hablar de la boda, ni de su nuevo estado. Decidió que mejor no iba a seguir hablando de eso y dio otro paso para salir del cuarto.

—Lo siento. No es de mi incumbencia— señaló— de todas formas, lo felicito.
—Creo que hay un malentendido— dijo Freeman mirándola fijamente— Yo no me he casado.
—¿No?, dijo su hermana que usted y la señorita Caroline…
—Caroline se casó con lord Pleasence. ¿conoce a Caroline?
—No se casó— afirmó ella sintiendo que las piernas no la sostenían. Se apoyó en el escritorio sutilmente.
—Abby. Lamento lo de la carta. No debí hacerlo. Debí hablar con usted esa misma noche, pero estaba realmente confundido y estos meses me han ayudado a aclararme.

Abby seguía en silencio. El corazón le saltaba en el pecho y tenía ganas de lanzarse en sus brazos, pero recordó que las veces anteriores que hizo eso sufrió grandes decepciones. Prefirió

ser prudente y no estropearlo todo.

—Aidan es mi mejor amigo. No podía fijarme en su hermana pequeña. Estaba mal.
—Lo sé. No tiene que explicarme nada más— dijo ella mirando por la ventana hacia el bosque que se asomaba a lo lejos. No quería mirarlo, se iba a largar a llorar.
—Pero a veces no se puede hacer lo correcto. Hay que hacer lo que el corazón nos pide— dijo acercándose a ella— Aidan me va a odiar por esto— dijo acercando su rostro al de la chica y cogiéndola por la cintura— no pude evitar enamorarme de ti— agregó posando sus labios en los de ella.

Abby recibió ese beso con asombro, pero bastaron pocos segundos para que lo compartiera con la misma pasión que él ofrecía. Le encantaba el aroma de su aliento, el roce de su piel, el sabor de sus labios. Quería que ese beso no terminara jamás y aunque alguien los interrumpió siguieron saboreando ese beso, hasta que Freeman reaccionó y se volteó hacia la puerta.

—Lo siento, creo que interrumpí algo— dijo Rowena asombrada— ¿qué sucede aquí?
—Excelencia, permítame…
—Creo que el señor Freeman y yo, ya no nos odiamos— dijo Abby mirándolo embobada.
—Eso es bastante obvio— dijo Rowena fingiéndose enfadada.
—Mi lady, debo explicarle…
—Creo que al que debe explicarle esto es al conde, señor Freeman.
—Tiene razón— dijo mirando a Abby con complicidad, mientras ella sonreía— ¿el conde está en su despacho?
—Exactamente.
—Con su permiso, mi lady.
—¿Por qué va a hablar con Liam? — preguntó Abby al ver que se alejaba.
—Tenemos que casarnos, acabo de comprometerla— dijo él contento.
—No estoy buscando un esposo— declaró Abby sorprendida.
—No tiene que buscarlo. Ya lo encontró— afirmó Freeman saliendo del cuarto.
—¿Qué va a hacer? — preguntó la chica mirando a su cuñada.
—Creo que va a pedir tu mano— señaló la pelirroja abrazándola.
—¿De verdad?
—¿Deseas casarte con él? — preguntó esperando que la chica lo pensara, pero no demoró nada en contestar.
—Si— dijo sin ninguna duda.
—Siempre lo supe— sentenció Rowena abrazando a la chica que se veía feliz.

Unos minutos más tarde, Abigail Hart se presentaba ante su hermano que la llamaba a su despacho. Cuando se encontró con Freeman en el pasillo vio que el joven parecía preocupado. Al entrar a la habitación vio a Liam de pie frente a ella.

—¿Me puedes explicar que es eso de que Freeman quiere casarse contigo?
—Eso. Está enamorado de mí y quiere casarse conmigo.
—Y tú ¿quieres casarte con él?
—Si.
—Han estado tratándose a las patadas y regañando el uno al otro por años. ¿Esa es la vida que quieres tener? ¿un matrimonio de continuas disputas? Creí que se odiaban.
—Claro que no nos odiamos. Tenemos caracteres difíciles, pero ya logramos entendernos.

—¿Entenderse? ¿qué significa eso? No me digas…
—Nada incorrecto ha habido entre nosotros— explicó haciendo que Liam se calmara.
—Eso espero, sino tendré que romperle la cara.
—No creo que sea necesario— dijo Abby sonriendo. Liam no era muy bueno para dar golpes.
—Abby, has despreciado a todos los chicos que se te declararon antes. ¿Estás segura de que deseas esto? No lo hagas para no quedarte solterona.
—¿No te gusta Freeman?
—No es eso. Me parece un joven serio, tiene algo de fortuna, parece tener una familia bien constituida. Es educado.
—Es guapo, inteligente, encantador cuando quiere. Puede ser divertido, baila muy bien. Me siento segura a su lado, será un buen compañero para mí.
—Voy a parecerme a Emily con lo que te voy a decir, pero ¿lo amas? No quiero que tengas un matrimonio sin amor, Abby.

La chiquilla rubia se quedó en silencio y pensó su respuesta con cuidado. Hacía tiempo que ella lo sabía, pero decirlo era difícil. Suspiró profundamente y le abrió el corazón a Liam como jamás lo había hecho antes.

—Hace mucho tiempo que lo amo. Pensé que él jamás llegaría a sentir lo mismo. He sufrido por su amor por meses, me arrepiento de todas las veces que fui grosera con él. Agradezco que él sea tan tolerante y a pesar de todo me quiera— dijo sollozando.
—De verdad lo amas— señaló Liam con el pecho liviano.
—No quiero a ningún otro. ¿le darás mi mano?
—Si tú lo quieres, lo haré.
—Gracias— dijo la chica lanzándose a los brazos del conde que la atrapó con fuerzas
—Dile a tu futuro prometido, si es que no se ha arrepentido, que quiero hablar con él— pidió cuando la niña salió del cuarto.

Abby sonrió a Freeman que la esperaba expectante y le pidió que volviera al despacho. Le arregló el pañuelo y antes de dejarlo entrar al cuarto le dio un suave beso en los labios.
En el despacho del conde, más tarde, otra conversación difícil quedaba para Matthew Freeman.

—¿Qué es eso de que te vas a casar con mi hermana pequeña? — preguntó Aidan muy serio.
—Lo siento. Sé que abusé de tu confianza. Somos socios y no debí jamás mirar a la señorita Hart como la miré.
—¿Desde cuándo se fragua todo esto?
—Te aseguro que jamás le he faltado a tu hermana. La he respetado siempre. Nos sentimos atraídos hace un tiempo, pero te puedo jurar que traté de evitarlo.
—No trataste tanto, al parecer— dijo Aidan censurando a su amigo.
—Comprendo que te fallé como amigo. Puedes creer que fui desleal, pero si lo prefieres podemos dejar la sociedad. Si no confías en mí…
—Parece que lo que sientes por Abby es mayor que nuestra amistad.
—Lo puse en la balanza, Aidan. Y ella pesó más.
—Me asombras, Freeman.
—Lamento perder tu amistad por esta causa.
—Ya no eres mi amigo, Freeman— señaló haciendo que el otro se sintiera despreciable— ahora eres mi hermano, granuja— agregó lanzando una carcajada.
—¿Hablas en serio? — preguntó asombrado de la reacción de Hart.

—Hace tiempo que todas las mujeres de esta familia notaban que tú y Abby parecían imanes atrayéndose el uno al otro.
—Muchas veces nos repelíamos— confesó Freeman aliviado.
—Parece que ahora ya no tanto— declaró poniéndose de pie y abrazando a su amigo— bienvenido a la familia.
—¿Hablas en serio?
—Has dicho todo lo correcto para que te acepte como cuñado. Amas a Abby, no tengo dudas. Pusiste nuestra amistad, la sociedad y un negocio floreciente en riesgo por ella. No necesito más pruebas.
—Te lo agradezco, amigo.
—Debes hacerla feliz. De eso depende ahora nuestra amistad— declaró Aidan asintiendo.
—Haré lo imposible para que así sea.

Freeman abrazó de nuevo a su futuro cuñado y caminó hacia la puerta para contarle a Abby que todo estaba resuelto. Aidan impidió que se fuera.

—¿Ella lo sabe?
—No todavía— dijo negando con la cabeza.
—Díselo con cuidado. Siempre bromeaba con casarse con el príncipe, pero odia todo lo que tenga relación con la nobleza. No tiene ninguna intención de ser marquesa un día.
—Tal vez más adelante cambie de opinión— dijo Freeman sonriendo— no apresuremos las cosas.

Capitulo XXVI

La mañana siguiente fue de despedidas. Aidan y Freeman se iban a Gales y Abby que había dormido muy inquieta se levantó entusiasmada para ver a su prometido. No podía creer que sus sueños se habían hecho realidad y que ese hombre arrebatador, que otras habrán querido atrapar era suyo. Corrió escaleras abajo para reunirse con la familia y vio que en el recibidor había un baúl y un par de bolsos esperando que los mozos los subieran al coche. En un rincón Melany y Aidan conversaban entre risas.

Se dio cuenta entonces de que se iban de viaje y que no lo vería por varias semanas. Caminó entonces rápidamente para encontrarlo. Debía estar en algún lugar. Cuando sintió voces en la sala de música su corazón se calmó, pero luego se alborotó. Encontró a Freeman conversando con la dueña de casa, agradeciéndose sus atenciones mutuamente.

—Espero que ahora que será parte de la familia los chocolates lleguen permanentemente.
—No lo dude, mi lady. Mi abuelo siempre los consigue, a pesar de que son muy cotizados, es un fanático de ellos.
—Me encantará conocer a su abuelo.
—Claro que el doctor le tiene prohibido el azúcar— agregó sonriendo.
—Miren quién llega— dijo viendo que Abby los observaba desde la puerta— dejaré que se despidan— señaló abrazando al joven como despedida— sean juiciosos y no cierren la puerta— advirtió haciéndolos sonreír.

Abby se aproximó al muchacho que la tomó de las manos y la acercó a su lado.

—Se ve hermosa.
—Se lo debe decir a todas— dijo sonriendo— ¿Se va?
—Tenemos que cumplir con el itinerario. Nos esperan varios interesados.
—¿Cuándo regresan?
—En dos semanas, si todo sale como esperamos. ¿me extrañará?
—Puede ser— dijo ella mirándolo embobada.
—Ayer lo hice todo mal— dijo él dejándola aturdida— todo sucedió muy rápido.
—¿Se arrepiente de haber pedido mi mano? — preguntó ofendida.
—Me arrepiento, si— dijo haciendo que ella abriera unos ojos enormes— No fue lo que quería hacer— agregó— debí hacerlo como corresponde.

Abby no alcanzó a reaccionar cuando vio a Freeman rendido a sus pies con un anillo de diamantes que relucía dentro de una cajita recubierta de terciopelo.

—¿Acepta ser mi esposa? — preguntó haciéndola estallar en lágrimas— ¿eso es un sí?— preguntó unos segundos después al ver que ella no hablaba.
—Si, acepto— dijo haciendo que él se pusiera de pie y dejando que colocara el anillo en su dedo.
—Era de mi abuela, si no le gusta…
—Me encanta— dijo la rubia admirando la joya en su dedo— es muy lindo. Tiene un zafiro, mi gema favorita.
—Lo imaginé— dijo acariciando su mejilla.
—¿No me va a besar? — preguntó ella con inocencia.
—¿Quiere que la bese?
—No si no quiere— respondió fingiéndose molesta.

—Vamos a tener una vida repleta de problemas, vamos a discutir por todo y nos vamos a enfrentar por cada cosa que yo diga— señaló sonriendo— me encantará— agregó colocando un beso suave en labios de la chica.

Cuando terminó el beso, Abby se quedó expectante, pero eso fue todo. Ella esperaba algo más de pasión y quedó decepcionada.

—Si quiere, puede faltarme un poco el respeto— dijo haciéndolo reír— ¿dije algo malo? —preguntó después.
—No. Me encanta su desenfado— agregó volviendo a besarla con más ímpetu y haciendo que ella le rodeara el cuello con sus brazos.
—Eso estuvo mejor— agregó ella abrazándolo con fuerzas.

Freeman la tomó por la cintura y volvió a besarla, pero ahora fue distinto. El beso los hizo perder el sentido y ambos se quedaron mirando cuando sus labios se separaron.

—Creo que debemos casarnos pronto— propuso él— claro que si desea esperar…
—No deseo esperar. Puede arrepentirse— dijo haciéndolo reír.
—No puedo arrepentirme, tus hermanos me harían polvo.
—No debería decirlo, pero pelean tan mal como pescan— agregó haciéndolo lanzar una carcajada.
—Te amo, Abigail Hart. Espero que algún día puedas decirme lo mismo.
—Creo que hoy es un buen día— señaló ella— te amo, Matthew Freeman. ¿o pensaste que iba a escogerte por sobre todos mis pretendientes porque bailas bien? – preguntó al ver que él la miraba como atontado.
—Casémonos mañana mismo— propuso impulsivamente.
—Tendrías que quedarte aquí y Aidan se va a enojar conmigo— dijo ella bromeando— podemos casarnos en marzo.
—Me parece bien. Nos casaremos en marzo— dijo él besándola nuevamente— ahora debo irme, sino tu cuñada va a largarme a los perros.

Unos minutos después, cuando la pareja por fin se separó, Rowena entró en la salita con un montón de lana enredada. Se sentó en el sillón y le pidió a la chica que la acompañara, pidiéndole que colocara las manos en posición para ayudarle a ordenar la lana.

—Ahora me vas a contar, ¿qué es todo esto de que tú y Freeman ya no se odian?
—Rowena, nunca nos odiamos.
—No era lo que parecía. Dijiste: ”es el último hombre en el que me fijaría” o algo así. ¿o estoy hablando sandeces?
—A lo mejor lo dije.
—Soy toda oídos.
—Bueno— dijo Abby quitándole a su cuñada el montón de lana y buscando la punta de la hebra — Hace años que nos conocemos, al principio me pareció engreído y me miraba con superioridad, como si yo fuera una niña.
—Lo eras.
—Pero ahora no lo soy— aclaró orgullosa— cuando pone su esfuerzo logra ser agradable y me rio mucho con él— señaló mirando al coche que se alejaba por el sendero.
—Parece que besa bien— dijo Rowena.
—No podría decirlo. No me han besado tanto.

—Creo que ustedes se han besado bastante. Lo que vi ayer…
—Si nos hemos besado, pero casi por casualidad— aclaró la chica y cambió el tema— bueno, finalmente me di cuenta de que lo quería cuando estaba en Londres y pensé que no lo volvería a ver.
—¿Y el compromiso?
—Su hermana sabía que él se sentía atraído por mí y siempre que estábamos juntos lo molestaba. Era de mí de quien hablaban. Yo, sin embargo, pensé que esa tal Caroline me lo iba a quitar.
—Y no hiciste nada por impedirlo.
—Si él la quería a ella no me iba a entrometer— dijo impresionando a la pelirroja.
—Que noble de tu parte.
—Pero ahora me arrepiento. Debería haber salido a buscarlo por todo Birmingham hasta encontrar a esa Caroline y arrancarle el pelo.
—¿Quién es esa tal Caroline?
—Es una amiga que conoce desde que eran niños, es como una hermana más. La chica se casaba con el tal lord Pleasence y quería que él la entregara en el altar.
—Y tú creíste que se iba a casar con ella.
—Pensé que lo había hecho. Mi corazón estaba roto por su causa— dijo lamentándose.
—Pero ahora todo se ha resuelto— dijo mirando de pronto la mano de la chica— ¿y ese anillo?
—Me lo dio recién. Era de su abuela— dijo levantando la mano y dejando que el sol iluminara los brillantes que relucían— es lindo ¿verdad?
—Tengo que escribirle ahora mismo a Emily, no puede estar ignorante de todo esto.
—Yo lo haré.
—¿Y qué harás con Peyton?
—Puedo acompañarla unos meses. La boda será en marzo, hubiera preferido que fuera antes, pero no quiero ser novia de invierno, la primavera…
—¿Qué dices? ¿por qué tanto apuro? Acaso…
—Claro que no. Matthew ha sido todo corrección, me ha respetado mucho. Demasiado diría yo.
—Eres apasionada para todo. Espero que Freeman tenga que viajar mucho estos meses, para que no lo tengas a tu alcance.

En la tarde se dedicó a escribir a sus hermanas para comunicarles la buena nueva. Se alegraba por Emily que ya podía dejar de preocuparse de su hermanita y de que encontrara un buen partido. Había encontrado al mejor. Conociendo a sus hermanas era bastante probable que hubieran apostado acerca del tiempo que le demoraría encontrar un esposo. Luego, se dedicó a pensar en su vestido de novia. Teniendo siempre ideas en su cabeza para vestidos de todas sus amistades y ahora clientes, jamás pensó en cómo desearía que fuera el vestido de sus sueños, aunque recordaba que cuando era más pequeña soñaba con una cola de muchos metros. Ahora tenía otra visión de la moda y prefería algo sencillo, pero elegante.

Cogió un lápiz de grafito desde el cajón de su mesa de noche y sacó desde debajo de su cama un cuaderno en donde hacía sus bocetos. Pensó en Emily y también en Peyton que lucieron vestidos muy conservadores, la primera en encaje, la segunda en seda y tul. Ella quería algo diferente, algo que nadie pudiera olvidar. Probó varias ideas, algunas eran un poco estrafalarias, otras muy aburridas. Matthew Freeman era un hombre tradicional antes que todo, esa era una de las razones por las que peleaban cuando se conocieron; ella prefería ser más liberal. No iba a generar un problema en medio de la boda porque el vestido estuviera fuera de lugar. Finalmente, luego de muchos intentos y de borrar y volver a dibujar, apareció el vestido perfecto.

## Capítulo XXVII

En el taller, en donde Florence terminaba de ajustar unos vuelos al vestido que cosía en el modelo, Abigail entró como una tromba dejando a la señorita casi pegada al techo.

—¿Qué pasa? No me diga que nos descubrieron— exclamó asustada.
—Nada de eso— dijo Abby con una sonrisa radiante— traigo un encargo que tiene que quedar maravilloso y que no será muy sencillo de hacer.
—¿Algún nuevo pedido? No recuerdo nada tan complejo— dijo la señorita Thompson revisando sus notas de pedido en el escritorio.
—Porque acabo de diseñarlo— dijo tomando el cuaderno y entregándoselo a la chica.
—¿Este es el vestido para la fiesta de máscaras? Me imaginé que sería distinto.
—No, por supuesto que no. Este vestido es para una novia.
—¡Que lindo! Me encantará confeccionarlo, pero esto no será barato, tendrá mucha tela, muchos faldones, mucho adorno— agregó observándolo con calma— ¿quién es la novia?
—Yo.
—¿Usted?
—La sorprendí— dijo satisfecha— pensó que usted sería la primera.
—¿Qué dice?
—Que el señor Young se está demorando demasiado.
—No creo que tenga el interés que usted supone— dijo ella desanimada— pero, en fin, cuéntemelo todo.
—Me voy a casar en marzo. El señor Freeman, le conté de él alguna vez, pidió mi mano anteayer.
—La felicito. Nunca dijo nada sobre él en ese sentido.
—Porque no pensé que él estuviera interesado en mí.
—Usted es una mujer elegante, hermosa y muy agradable, cómo no le iba a parecer interesante.
—Es que no nos llevábamos muy bien antes, nos tratábamos a las patadas— dijo recordando todas las veces que se enfrentaron por sus caracteres difíciles— ¿me va a hacer mi vestido? Se lo voy a pagar muy bien. Esto es algo distinto a lo que hacemos.
—No tenemos telas como para algo así.
—Esta tarde o mañana llega un barco con telas. Espero que Conrad haya escogido buenas piezas. Seguro que encontraremos algo que sirva.
—Podría encargarlo a Paris, no tiene que conformarse con menos— dijo Florence para que ella no se sintiera comprometida a pedirle que lo hiciera porque trabajaban juntas.
—Quiero que usted me haga ese vestido— dijo tajante.
—Me encantará hacerlo.

Las telas que llegaron eran preciosas. Cada una de las piezas parecía hecha por un hada que le hubiera puesto pedrería, hilos de oro o sofisticados bordados. Abby escogió una tela semi transparente de color marfil con un fino entramado de fibras de color rosa y encargó kilos de perlas pequeñas que decorarían el corpiño.

—Cuando termine con los trajes que nos encargaron para las fiestas de fin de año, que están a la vuelta de la esquina, comenzaré con lo suyo.
—Recuerde que también tenemos que confeccionar el traje de la fiesta del Harland, pero ese será fácil de confeccionar.
—¿Tiene ese diseño?

—Si, lo tengo aquí— dijo mostrándole el dibujo de un vestido de faldón ajustado que llevaba encima mucho tul en tonos azules y un corpiño repleto de pétalos de terciopelo azul y calipso que semejaban una enorme orquídea.
—Es bellísimo— dijo Florence— no sé si podré conseguir hacerlo como usted piensa.
—Ya veremos. Trataremos de que sea algo así, sino vamos modificándolo. El antifaz tiene que ser espectacular. Le pondremos algunas plumas— dijo abriendo una caja que habían dejado sobre el mesón y que no habían abierto.
—Pobre pajarillo— preguntó Florence viendo unas plumas de pavo real de color azul intenso.
—Nada de eso. Las plumas las mudan cada verano y los comerciantes las recogen y la venden. No sufren por eso.
—Me alegro de saberlo. Son hermosas.
—Podríamos ponerlas también en el vestido— dijo Abby colocándolas sobre su pecho.
—Podría colocar los pétalos hasta aquí— propuso Florence y desde acá— mostró el lado derecho poner las plumas tapando el hombro.
—Me encanta la idea— dijo Abby entusiasmada— la fiesta del Harland es en un mes. ¿cree que alcance?
—Si, no se preocupe. Me encanta confeccionar vestidos divertidos. Lo voy a disfrutar.
—Usted es como un hada— dijo Abby abrazando a la chica.

Antes de regresar a casa, le pidió al cochero que la llevara a casa de los Hamilton, pues quería que Harper escuchara la noticia de su propia boca.

—¿Estás bromeando? — dijo su prima— es muy temprano para tomarme el pelo.
—Ya casi es mediodía y no te estoy tomando el pelo.
—¿Freeman? El guapo socio de Aidan, el mismo que las chicas del pueblo miraban con las babas colgando.
—¡Qué vulgar, Harper!
—Bueno, mis amistades lo tenían bastante cotizado, parece que el chico arrastra pasiones.
—Pues ya no lo seguirá haciendo o su cuerpo lo lamentará.
—Te escuché decir muchas veces que ese tipo no te interesaba en lo absoluto.
—Puede ser que me interesara un poco.
—Parece que mucho, porque te vas a comer un tremendo filete.
—¡Qué vulgar, Harper! — repitió ruborizándose hasta la raíz del pelo.
—¿No lo has pensado? Parece un joven bastante experimentado.
—¿Qué quieres decir?
—Que lo vas a pasar muy bien en la alcoba— afirmó Harper haciendo que la chica se avergonzara más aún.
—Voy a necesitar que me den algunos consejos. Mis hermanas no son muy comunicativas.
—Bueno, tienes a tu prima Harper que puede darte uno que otro o definitivamente le pides consejo a Christine, pero te va a pervertir— rio.
—¿Es muy difícil? — preguntó Abby con habitual sinceridad— no quiero hacerlo mal.
—Lo harás muy bien, no te preocupes. Ya tienes con qué interesarlo— bromeó mirando sus pechos.
—¡Qué vulgar, Harper! — volvió a decir.
—¿Qué dijo? — preguntó la otra cambiando de tema.
—¿De qué?
—De tu negocio, lo sabe ¿o no?

—No hemos hablado de eso aun— dijo Abby pensativa.
—Tienes que decírselo, será tu esposo. No puedes ocultarle algo así.
—¿No puedo?
—Claro que no. Se enterará de alguna manera, mejor que sea de tus labios.
—No le gustará— dijo tajante— valora mi astucia, pero no perdonará que no cumpla con los requisitos de una chica de sociedad. Es algo conservador.
—Entonces vas a tener que seguir los consejos que te demos en la cama, puede ser que ahí lo convenzas— dijo sonriendo con malicia.
El siguiente mes, pasó volando. Abby se fue a la ciudad en donde Peyton se estaba quedando, pues De Brun se instaló en Londres por una temporada. Su madre los acompañó y toda la familia la recibió efusivamente, los pequeños se entretenían mucho con su tía Abby y la dueña de casa con algo de panza se dedicaba a escribir en un diario todo cuanto sentía por causa de su estado.

—Puedes publicarlo después— señaló Abby— muchas mujeres podrían interesarse en saber cómo se vive un embarazo.
—No sé si lo haría, solamente quiero dejar registrado cada momento maravilloso y después contarle al niño cómo fue su espera.
—O a la niña— dijo la señora De Brun.
—O a los niños— bromeó Abby, pues siempre los Hart podían esperar sorpresas en ese sentido.
—Espero que sea solo uno, ya con dos más es una multitud.
—¿Cómo se lo tomaron los niños?
—Bastante bien. Vincent quiere un hermanito para jugar a la guerra y Anais quiere que sea niña para jugar a las muñecas.
—Entonces mejor dos, así quedan ambos contentos— dijo Abby asustando a su hermana.
—Ya te veré a ti con trillizos— amenazó.
—¿Cuándo será la boda, señorita Hart? — preguntó lady Anabelle.
—En tres meses más o menos. Tienen que quedarse para que asistan.
—Por supuesto, Etienne no desea irse a Paris, quiere que Peyton esté con sus hermanas para que la acompañen.
—¿Cuándo nacerá?
—Creo que en mayo o junio.
—Excelente— dijo Abby pensando que en esa fecha ya sería la esposa de Freeman.

Se encerró en su cuarto aquella tarde, para escribir a su prometido. Luego del viaje a Gales tuvieron que viajar directamente a Liverpool y no pudieron verse. Solamente se habían comunicado por cartas que ella guardaba celosamente en el cajón de su mesa de noche. El joven resultó ser bastante atrevido y el intercambio de notas se había ido volviendo una aventura para ella.

*"…cariño, te extraño desesperadamente. Deseo ver tus ojos azules mirándome con la pasión que vi aquella mañana al despedirnos. Anhelo tenerte en mis brazos, cada noche te pienso y espero tenerle pronto junto a mí en nuestra cama. Disfruto en mi mente del dulce sabor de tus labios y me arrepiento no haber sido más demostrativo cuando te bese entonces, creo que olvidaré un poco más el respeto. Cuando vuelva a verte no podré contenerme…"*

Abby había leído la última carta infinidad de veces y cada vez que lo hacía su piel se erizaba. Recordar el último beso la ponía muy ansiosa, quería volver a tenerlo frente a ella de nuevo y si él no lo hacía ella tampoco se iba a controlar. Era increíble cómo había cambiado su relación,

desde no hablarse en ocasiones, para no generar discusiones inútiles hasta no aguantarse las ganas de tocarse el uno al otro. Estaba perdidamente enamorada del chico, pensaba que no verse estaba siendo un suplicio que solamente hacía que se desearan cada vez más.

Tomó un block con hojas delicadas que siempre usaba para escribir y comenzó a redactar la respuesta. Tuvo que romper varios borradores, porque luego de escribir lo que sentía se avergonzaba. Finalmente logró traspasar al papel sus deseos ardientes, manteniéndose como una chica recatada; si la carta llegaba a manos de algún extraño o peor aún de sus hermanas le censurarían su atrevimiento.

*"…eres encantador, fascinante. Te aseguro que no puedes llegar a extrañarme tanto como te extraño yo. No duermo pensando en ti, quiero que me mires por horas con tus ojos hermosos y que me abraces por siempre. Estoy ansiosa por tenerte cerca. Dime que podrás escaparte antes de la boda. Ya estamos a fines de enero, no aguanto más sin verte…"*

Sonrió al colocar la carta en el sobre y escribió la dirección del hotel en el que los socios se quedarían esa semana. Deseo que sus ruegos hicieran que él tratara de visitarla en la ciudad o en Bedford, en cualquier parte; lo necesitaba.

Dejó de soñar con su galán y volvió a la realidad bruscamente. La señorita Thompson le había escrito preocupada. Madame Leroy la estaba hostigando permanentemente. Florence pensaba que alguien la estaba siguiendo y eso la tenía asustada. En un par de ocasiones vio que un coche la seguía cuando fue a dejarle unos documentos al señor Young al despacho del señor Hamilton.

"*No estoy segura, no podría decir que es así, pero ayer cuando fui a dejar algo para el señor Young noté que un coche se aparcaba frente al edificio. Luego fui a comprar algunas cintas e hilos a la tienda del señor Richards y el coche también estaba allí. Probablemente quieren saber quién es la dueña de la tienda y a través de mí quieren llegar a ella. El otro día encontré roto uno de los vidrios de la puerta trasera, tal vez alguien intentó entrar, pero no hay nada de valor que robar allí. Es mejor que no venga al taller, podríamos reunirnos en otro sitio si necesita darme instrucciones"*

Abigail comenzó a preocuparse todavía más cuando encontró dentro del sobre un folletín que parecía ser el panfleto que editaba el periódico de Bedford en donde se relataban los chismes de la semana. Volvió a leer la carta de la señorita Thompson para entender.

*"Las últimas semanas han aparecido varios chismes en la revista del Chronicle, se ha corrido la voz de que hay una nueva modista en la ciudad que hace ropa de fiesta barata y un par de damas han ido a mi casa para averiguar quién me paga por hacer la ropa. Mi madre está un poco asustada. Ayer una chica la abordó fuera de la iglesia para que le diera información."*

La situación se estaba poniendo complicada. Decidió escribirle a Conrad para pedirle consejo. Al parecer, los términos legales eran confidenciales, pero las muchachas de familias adineradas estaban haciendo un alboroto por causa de la modista que rebajaba la calidad y que las perjudicaba, pues cualquier podía lucir como ellas con telas baratas y confección mediocre. Abby estaba muy enfadada, la ropa que ellas hacían era de excelente confección, lo que no se podía decir del trabajo de la madame esa.

La señora West que era la modista oficial de las señoras adineradas no había hecho ningún comentario, pero claro, ella era una mujer sensata y cobraba lo que las cosas valían, pues sus

diseños, aunque aburridos y repetidos, llevaban muchísimo trabajo de bordado y pedrería. La señora Leroy, sin embargo, se aprovechaba de su falso origen francés para engañar a las muchachas fingiendo un acento que no tenía y cobrando caro por un producto barato.

Decidió que tenía que regresar a casa. Esa misma tarde hablaría con Peyton para organizarlo todo. Su hermana estaba muy bien acompañada de su suegra y Emily estaba a un paso de allí. Ella ya había cumplido con su deber de hermana, quedándose más de un mes en la ciudad, cuando el invierno arreciaba y todos se habían escapado al campo. Claro que estar en la ciudad tuvo sus beneficios, pues pudo asistir a la ópera y ver los montajes de algunas obras de Mozart que le dieron mucho material para sus diseños. Le encantaba el vestuario de teatro, era tan extravagante. De pequeña soñaba con diseñar para los actores, pero eso jamás se permitiría para una chica de sociedad. Ahora estaba logrando parte de sus sueños, pero estaba poniendo en riesgo el prestigio de su familia; tenía que encontrar alguna salida a ese entuerto.

## Capítulo XXVIII

Dos días después, viajaba junto con su doncella por el camino que llevaba a Bedford. Esa misma tarde estaría comiendo los buñuelos de la señora Ross, pues Rowena le había escrito unos días antes para ponerla al día de las actividades familiares y los Duncan llegaban el día anterior. Ella no le avisó de su llegada, puesto que llegaría ella antes que la carta, así que la condesa se llevaría una enorme sorpresa.

—Señorita Abigail— dijo Sewell al recibirla en casa— no la esperábamos.
—¿Qué sucedió? ¿qué haces aquí? ¿Peyton está bien? — preguntó la pelirroja alarmada.
—Está muy bien. Yo necesitaba volver. La ciudad está demasiado aburrida.
—No creo que aquí haya más actividad— dijo Rowena llamando a una de las chicas.
—El tiempo está mucho mejor. Londres está congelándose— dijo abrazando a su cuñada— parece que no me quieres aquí.
—Claro que sí. Es estupendo que regresaras, estoy sumergida en el tedio.
—Bueno, tenemos que terminar con los preparativos de mi boda. Eso te va a dar mucho ánimo.
—¡Excelente! Me encanta la idea. Quiero ver tu vestido.
—Creo que ya está casi listo. La señorita Thompson me escribió para contarme. Casi termina con el bordado, pero el traje de la fiesta del Harland ya está listo. Quiero que lo veas.
—No me atrevo.
—No es nada estrambótico ni impúdico, es original y si quedó como esperaba será el traje más admirado por todos.
—Esa fiesta del Harland dará que hablar.
—De algo que se hable, la sociedad ha estado bastante aburrida últimamente.
—No aquí en Bedford, te lo aseguro. Estamos en medio de un enorme escándalo. Todas andan detrás de la modista misteriosa. Creo que la señora Leroy quiere que la metan tras las rejas.
—¿De qué hablas?
—Dice que los diseños que usa esta mujer son de ella, que le ha robado sus ideas y que la señorita Thompson es una impostora que le está haciendo mucho daño a su negocio.
—¡Bromeas! — exclamó aturdida— esa señorita Leroy tiene menos talento que el puerco del señor Still.
—No trates así al señor— dijo Rowena.
—¡Ridícula! No habló de él sino de su cerdo premiado.
Abigail se fue a su cuarto sin poder evitar sumirse en la preocupación. Madame Leroy se estaba poniendo bastante obsesiva, pero tenía razón, contaba ya ocho clientas que dejaron a la modista

para comprar vestidos que confeccionaba la señorita Thompson. Algunas señoras de sociedad habían ido a visitarla al taller para obtener información, puesto que la ropa que diseñaba lady Prince era muy original y querían que les confeccionara a pedido, lo que no tenía sentido para ella. La idea de su negocio era apoyar a las chicas que no tenían recursos suficientes y ayudarlas a conseguir ropa de buena factura para poder acceder a lugares en los que su vestimenta no era adecuada. Las damas de sociedad podían trabajar con la señora West o peor aún con madame Leroy si querían botar su dinero.

La siguiente tarde, la encontró junto a Rowena y una de las doncellas en el coche para visitar a la señorita Thompson que la esperaba en el taller para hacer las últimas pruebas con su vestido para la fiesta del Harland. Rowena también iba a asistir y todavía no tenía nada apropiado, pero la señora West no era muy dada a confeccionar ropa estrafalaria y la celebración del hotel de Harlow sería muy extravagante. Christine había conseguido un diseño de Paris con muchas decoraciones brillantes, en un color verde esmeralda que sería la envidia de muchas.

—Deberías pedirle a la señorita Thompson que te haga un vestido.
—Queda poco tiempo, no creo que alcance. Voy a usar el traje azul que me regaló Peyton con un antifaz dorado que encontré en la buhardilla.
—¡Bromeas!
—Claro que no. Será una fiesta como cualquier otra— dijo Rowena con indiferencia.
—Por supuesto que no lo será. Hace unos días vi en el taller de la señorita Thompson un traje rojo que te quedaría perfecto.
—¡Rojo! ¿Con estas greñas?
—Con un escote muy insinuante— señaló Abby acercando sus manos a los pechos de la condesa.
—Rojo y con escote insinuante no es lo que su hermano me dejaría usar— respondió ella golpeándole las manos.
—¿Por qué tiene que dejarte usar algo? ¿Tú le escoges la ropa?
—No creo que se vista mal.
—Pero su estilo es muy aburrido— dijo Abby mirando por la ventana del coche y viendo que ya llegaban.

Bajaron del coche y éste se fue para volver a buscarlas un rato después. Abby golpeó la puerta con suavidad y luego de algunos segundos apareció la modista con una cinta métrica colgada del cuello y un acerico en la muñeca. Al ver a Abigail acompañada de la condesa cambió su postura y se volvió muy formal en el trato.

—Señorita Hart, la esperaba.
—Lo siento, nos retrasamos un poco. Le presento a mi cuñada, lady Hart— dijo señalando a la pelirroja que saludó a la señorita y accedió a ingresar a la casa al gesto de invitación de ésta.
—Su vestido está casi listo, sólo me falta agregarle las telas transparentes del faldón, pero el corpiño está terminado. Espero que le guste.
—Todo lo que hace me gusta— dijo Abby sonriendo— le decía a la condesa que hay un vestido rojo a medio hacer que le podría quedar perfecto— señaló haciendo un guiño a la muchacha.

Ese vestido rojo lo había diseñado para Rowena y estaba segura de que en cuanto lo viera lo querría comprar. Era de raso color rojo oscuro, en todo el corpiño estaba repleto de plumillas suaves que habían teñido del color de la tela, haciendo un escote extendido hasta los hombros, el

faldón era amplio con tres pisos y tenía una pequeña cola de tela transparente de tonos rojos más claros que lo hacía ver encantador. Abigail esperó que Rowena dijera algo.

—Es hermoso. De verdad es un sueño.
—¿Lo ves? Te quedaría perfecto, hasta diría que es de tu talla.
—¡Imposible! Seguramente me quedaría estrecho de aquí— dijo tocándose el busto y poniendo cara de decepción.
—Mientras hacemos los ajustes, puedes probártelo— ofreció Abby.
—Pero este vestido debe ser de alguien…
—Mi lady, es sólo un modelo de prueba, pensábamos…quiero decir, lady Prince desea que habilitemos una vitrina hacia la calle y lo íbamos a exponer.
—¿Me lo puedo probar? — preguntó indecisa— no creo que pueda usarlo, ni siquiera me quedará— se excusó— pero es muy hermoso.
—Ve a probártelo— ordeno Abby mientras se dejaba ayudar por la señorita Thompson para quitarse el vestido que llevaba.

La mayor de las señoritas Lamb le pidió a la doncella de la condesa que entrara con la dama en una habitación contigua para ayudarle a cambiarse. Abby, mientras tanto registraba unos cajones y no encontraba lo que buscaba.

—Florence, había dejado aquí los diseños que los vestidos que ya entregamos. ¿Los guardó en otro sitio?
—No he hurgado en ese cajón. Los diseños que estoy ocupando los tengo sobre el mesón, los antiguos no los he visto hace tiempo.
—Quería guardarlos en casa, para inspirarme más adelante, siempre se me ocurren variaciones a las ideas antiguas.
—Los buscaré después, tal vez los dejó en otro sitio.
—Puede ser— dijo Abby pensativa.

Luego de algunos minutos la pelirroja salía para juntarse con Abby que llevaba encima un modelo a punto de estar terminado, que sería un vestido calipso y azul muy aparatoso.

—Rowena, te ves fascinante— dijo Abby volteándose a verla.
—¡Qué dices! Parezco una fresa muy madura.
—Le queda bello, mi lady— dijo la señorita Thompson— parece que fue hecho para usted.
—En eso le doy la razón. Me queda como un guante— dijo arreglándose el corpiño en el escote para subirlo un poco— diría que es algo escandaloso.
—Liam lo va a amar— bromeó Abby con ironía.
—Lo dudo— dijo Rowena mirándose en un espejo— pero yo lo amo. ¿está segura de que no está reservado para otra? — preguntó poniendo las manos en la cintura y girando un poco para ver la cola— ¡lo adoro! — exclamó finalmente.
—Tendría que ajustarlo un poco en el largo— dijo Florence pidiéndole a la señorita Lamb que fuera por su alfiletero— lo vamos a medir en seguida y podría estar listo el jueves.
—Excelente, nos vamos a la ciudad el fin de semana. La fiesta del Harland es el próximo martes — agregó subiendo a un cajón para que la chica marcara el ruedo de la falda— ese vestido es una obra de arte— agregó admirando el diseño de Abby.
—Voy a parecer una flor— dijo riendo y levantando los brazos para mover las amplias mangas que parecían formar una capa transparente.

Las chicas dejaron a la señorita Thompson encargada de hacer los últimos cambios y salieron a esperar el coche que llegó en seguida, pero Abby recordó que necesitaba hablar con Hamilton un asunto y dejó a su cuñada sola para quedarse en la ciudad y volver más tarde.

—¿Estás segura? ¿Cómo vas a regresar?
—Conrad puede llevarme.
—Te enviaré el coche en cuanto regrese para que venga por ti— propuso Rowena mirando al cochero.
—No es necesario, yo me las arreglo, querida. Ve tranquila. Lucy me acompaña, podemos irnos en un coche de alquiler.
—Como desees. Te espero para tomar el té.
—Espero que haya algún pastel muy dulce.
—Veré qué puedo hacer— ofreció la pelirroja pidiendo al cochero que regresaran a casa.

Abby cruzó entonces la calle y se internó en un edificio que quedaba frente a la plaza, en donde Conrad tenía su oficina. Ella había ido antes a visitarlo allí y el señor que cuidaba la puerta la conocía. Se apresuró en entrar, pues estaban comenzando a caer algunas gotas. El tiempo en Bedford era impredecible. La doncella se quedó esperándola en un corredor, mientras ella se acercaba a la puerta del despacho de Hamilton que se sorprendió al verla.

—¿Qué haces aquí?
—Andaba en la modista y pasé a verte, porque tengo algunas preocupaciones.
—¿Otra vez la francesa?
—Ya lo sabes. Ha sido bastante insistente y parece que ha mandado a seguir a Florence para descubrirme.
—Pero no lo logrará, no tiene cómo relacionarte con el negocio.
—¿Estás seguro?
—Por lo menos, tu nombre no aparece en ningún documento y si eres discreta y tal vez te reúnes con la señorita Thompson en algún sitio adecuado no sospechará..
—No veo dónde— dijo ella decepcionada.

Conrad se apoyó en el respaldo de su asiento y demoró unos segundos en tener una idea. Se apoyó nuevamente en el escritorio y puso cara de listo.

—Creo que tengo un lugar, pero está un poco retirado.
—Me puede servir. No puedo invitarla a casa de Liam, ni puedo ir a casa de los Thompson. Cualquier otro lugar que podamos emplear será genial. ¡no será en tu casa!
—No, en los almacenes tenemos un espacio disponible, pero no es algo decorado ni sofisticado.
—Sólo necesitamos un sitio en donde nadie nos moleste y que no llame la atención.
—No lo llamará. Está en la bodega del muelle, la señorita puede acudir con el pretexto de retirar mercancía.
—¡Excelente idea! — exclamó Abby— Y yo puedo asistir de incógnita. ¡Qué emocionante!
—No te emociones tanto. No puedes ir sola. Deberías hacerte acompañar de tu cochero y que el hombre te espere.
—Lo arreglaré— dijo satisfecha— Conrad, eres un gran amigo.
—Espero que la madame esa no nos descubra, porque de lo contrario tu hermano dejará de ser mi amigo.
—No lo hará.

—¿Qué cosa?
—Descubrirnos— afirmó ella— ni Liam dejará de ser tu amigo. Creo que debes tener muchos secretos de juventud de él que cautelar.
—Es verdad— rio él— y el de mí— agregó preocupado.

## Capítulo XXIX

Hamilton la dejó un momento a solas para ir a solicitar que le consiguieran las llaves de las bodegas que mencionaba. Abby se quedó sentada en un mullido sillón que adornaba el cuarto. La habitación era amplia, estaba recubierta de madera en las paredes, contenía varios estantes con muchos libros que parecían ser de cuentas y en un costado había un mueble con algunos licores. Las paredes estaban decoradas con algunos lienzos que mostraban barcos y paisajes marinos.

Sobre el escritorio de Hamilton había bastantes documentos, que al parecer estaba revisando. Tenía un montón de papeles abiertos al centro y otros ordenados de cualquier forma en un costado. Un sujeta libros afirmaba algunos ejemplares ordenados con esmero. Encima de una mesa adosada a la pared había una réplica de alguno de los barcos del marqués, un precioso modelo de madera lacada, con sus mástiles y sus velas simulando ser llevado por el viento. Abby se distrajo admirando la figura, concentrada en los detalles sin notar que alguien se asomaba a sus espaldas parado sobre el umbral de la puerta.

—Lo siento, no…
—¡Matthew! — exclamó ella al verlo y en seguida se levantó para saludarlo— ¿qué hace aquí? Pensé que estaba de viaje.
—Regresé hoy y llegué hace un momento. Le avisé en mi carta— agregó besando la mano que ella le extendía.
—No he recibido ninguna carta.
—Ya me parecía que no mostraba mucha ilusión de verme. No me respondió— dijo fingiéndose lastimado.
—No recibí ninguna carta— repitió alarmada— por supuesto que le habría respondido.
—Me alegro de saberlo— dijo admirándola enfundada en ese vestido azul que la hacía ver fascinante— ¿qué hace aquí?
—Espero a Conrad— dijo observándolo con sus enormes ojos azules directo a los de color avellana de su prometido.
—No haga eso, señorita— dijo él alejándose de ella que le arreglaba la solapa.
—¿Qué cosa?
—Me está tentando— dijo acercándose al barco en miniatura— ¿acaso desea que le falte un poco el respeto?
—Debería tener ganas de hacerlo ¿o no? — dijo haciéndolo reír a carcajadas.
—Es usted bastante espontánea.
—¿No le gusta eso acaso? — dijo ella apoyándose de espaldas en el borde el escritorio con ambas manos.
—Me gusta todo de usted, señorita Hart.
—Dime Abby— pidió ella logrando que él se acercara y casi la tocara con su cuerpo.
—No deberíamos estar aquí a solas, Abby— dijo él acariciando su mentón— podría venir alguien— agregó mirando hacia la puerta— Hamilton regresará…

Abby puso su mano en el cuello de su prometido para atraerlo y acercó su boca a los labios de él que aceptó el beso de inmediato. Ambos estaban dejándose llevar por las ganas de tocarse y por un momento olvidaron que estaban en un lugar concurrido y que el dueño de casa podía aparecer de pronto. Freeman acentuó el ímpetu del beso y la rodeó con sus manos cogiéndola por la cintura y haciendo que Abby se estremeciera lanzando un gemido contenido.

—Esto no está bien— dijo él sin dejar de acariciar su espalda mientras acariciaba con sus labios la mejilla de ella.
—No, no está bien— respondió ella con los ojos cerrados.
—Te extrañé, cada día pensé en ti— dijo aprisionándola entre su cuerpo y el escritorio.

Abby también lo había extrañado, cada noche había deseado que estuviera cerca. Se avergonzaba de sus pensamientos y luego sonreía por su atrevimiento. Deseaba estar casada lo más pronto posible. El aroma de Matthew era enloquecedor para ella, su cuerpo se estremecía al tenerlo cerca. Comprendió que todo ese tiempo en que se llevaban como perro y gato era un escudo para no sufrir, porque siempre lo tuvo en su corazón y jamás pensó que él la tomara en serio. Ella era una niña a sus ojos cuando la conoció y ella quería demostrarle que no lo era más.

Las caricias comenzaron a ser más ardientes y la pareja perdió el control de sus actos. Sus labios no podían despegarse, sus manos no lograban dejar de tocarse.

—Abby, puede venir alguien— señaló Freeman sin soltarla.
—Lo sé— respondió ella— nos vamos a condenar— agregó separándose de sus labios y mirándolo a los ojos— no quiero separarme de ti.
—Ni yo— dijo él cogiéndola por la cintura con fuerzas y haciéndola perder el equilibrio.

De pronto, todos los papeles que cubrían el escritorio de Hamilton estaban en el suelo. Ambos rieron por el desastre que dejaron y volvieron a retomar la compostura. Freeman se colocó detrás del escritorio para marcar distancia de ella y Abby comenzó a ordenar los documentos tratando de entender dónde dejarlos para que Conrad no se pusiera furioso al regresar. De pronto un documento le llamó la atención.

—¿Qué miras? — preguntó él dejando unos libros en su sitio, pues se habían caído al suelo.

Abby no respondió, tenía en sus manos algo que llamaba poderosamente su atención. Se quedó en silencio hasta terminar de leer buena parte del escrito.

—¿A que viniste aquí? — preguntó interesada dejando de mirar el papel para mirarlo a él.
—Vine a firmar unos documentos, Hamilton corrigió unas cifras y tengo que hacer algunos arreglos.
—¿Eres el socio de lady Prince? —preguntó dejándolo asombrado, sin dejar de estar ella asombrada también.
—¿Qué sabes de eso?
—Contéstame— dijo intrigada— ¿eres el hombre que ha puesto dinero para que esa mujer se instale con un negocio.
—Si, creo que sí.
—¿Cómo que lo crees?
—Hamilton me dijo que había un buen negocio, una mujer iba a confeccionar ropa barata y podía ser una fuente de ingresos interesante.
—¡Ropa barata!
—¿Qué sucede? No entiendo que importa eso. Esa mujer seguramente es una señora de sociedad que no tiene nada en qué entretenerse y se le ocurrió esa idea— dijo mirándola aturdido— me pareció un buen negocio y hasta ahora ha dado algunos dividendos, no tanto como pensé, pero…
—¿Qué esperabas? ¿Que la aburrida mujer te hiciera millonario? — preguntó ofendida.
—No, pensé invertir en algo distinto. Hamilton me mostró algunos números, que creo fueron

demasiado optimistas. No sé si seguiré con eso.
—¿Tus máquinas son un negocio mejor?
—Definitivamente. Hacer ropa barata para muchachas pobres es hacer un poco de caridad. A veces trato de ayudar al prójimo— dijo más aturdido aún— No entiendo que tiene que ver todo esto contigo.
—Creo que me voy a ir a casa— dijo Abby buscando su bolso que había quedado tendido en el piso con tanto alboroto amoroso— buenos días, señor Freeman— agregó ella dejándolo solo en el cuarto y cruzándose con Hamilton que regresaba en ese momento.

Ambos hombres se quedaron pasmados con la actitud de la chica. Hamilton interrogó al muchacho y se enteró del desastre que había quedado allí en su ausencia. Sin querer revelar nada, puesto que no le correspondía, le sugirió a Freeman que tratara de aclarar las cosas.

—Ve tras ella— le dijo— de veras te lo aconsejo.
—¿De qué hablas?
—No dejes que se vaya enfadada como está.

Freeman salió apresuradamente de la oficina de su amigo y bajó las escaleras corriendo. La doncella de Abby estaba parada en la calle, esperando a la señorita que se había escabullido en el callejón. Cuando vio al señor Freeman lo saludó y le indicó hacia donde se había dirigido su ama. El joven corrió por la calle y se internó en la callejuela; encontró a Abby lloriqueando sentada en un barril que alguien dejó allí abandonado.

—Cariño, ¿qué pasa?
—¿Hamilton no te dijo?
—¿Qué tenía que decirme?
—No me mientas, además— dijo secándose una lágrima con su delicado pañuelo— obvio que te lo dijo.
—¿Qué cosa, Abby? — preguntó preocupado— ¿Qué me tenía que decir Hamilton?
—No tenía que decirle nada, señor Freeman. Soy una tonta y me acabo de dar cuenta de que tengo pajaritos en la cabeza.
—¿Dije algo que le molestó? No quise propasarme…
—¡No es eso! — dijo ella casi gritando.
—¿Qué es entonces?
—No puedo decirlo— dijo mirándolo a los ojos— me da mucha vergüenza. Te has reído de mí todo este tiempo.

Abby miró a su prometido a los ojos y se sintió como una niña caprichosa que estaba jugando con sus muñecas frente a un hombre de mundo, un inversionista exitoso que miraba en menos su trabajo. Decidió decirle la verdad.

—Hace unos meses nació en mi mente la idea de hacer algo por las chicas que no tenían recursos para vestirse como se merecen— dijo despacio, como sintiendo pudor— pensé que era una tontería, pero alguien creyó en mí y aporto dinero para que pudiéramos instalar un taller...
—¿Está bromeando?
—No estoy bromeando, me siento terrible por ser tan tonta.
—Hamilton debió decírmelo.
—¿De verdad no lo sabías? ¿quieres que te crea que aportaste dinero para alguien que no conocías siquiera?

—Los negocios a veces son así. Confío en Hamilton y él garantizó los resultados.

Ambos se miraron a los ojos y se quedaron en silencio. Él sopesando lo que oía y ella tratando de creer que él estaba en la ignorancia de todo aquello. Cuando Abby percibió que él secaba sus lágrimas con ternura, sintió que su pecho se llenaba de calma, hasta que él lo dijo.

—Ya no tienes que seguir con eso— declaró tajante— nos vamos a casar y vas a tener bastante que hacer, en especial cuando lleguen los niños.
—¿Crees que lo hice porque estaba aburrida? ¿crees que es un capricho de una niña que no tiene nada que hacer?
—No dije eso, pero cuando nos casemos no vas a necesitar esas entretenciones— dijo haciendo que ella abriera la boca sorprendida.
—Dijiste allá arriba que el negocio no ha rendido como esperabas, pero si ha rendido.
—Si, algo ha rendido— reconoció él tratando de tomar su mano— pero no diría que es un negocio exitoso ni adecuado para una dama de sociedad.
—¿Porque las damas de sociedad son inútiles?
—No dije eso— respondió, viendo como ella quitaba su mano de entre las suyas— pero no puedes seguir con algo así. Además, no creo que el conde lo apruebe.
—No tiene por qué hacerlo— exclamó ella ofendida.
—Claro que sí. No pretenderás que la hermana de un conde y la esposa de un …mi esposa, sea una comerciante que trabaja para vivir.
—Si no deseas una esposa así, puedes buscarte otra, porque yo voy a ser una comerciante, pero no trabajo para vivir, lo hago para darle una vida de oportunidades a otras— dijo alejándose de su lado— buenas tardes, señor Freeman.

Caminó con pose altiva y sin volverse a mirarlo, se alejó por el callejón hasta llegar a la calle principal en donde su doncella tenía un coche esperándola. Abby, se subió al carro y no miró atrás. Freeman se quedó como petrificado viéndola desaparecer por la calle principal del pueblo camino a la mansión de los Hart en donde pensaba quedarse, pero luego de los hechos acaecidos decidió quedarse en la posada del camino.

Capítulo XXX

Un mes después en la ciudad, Abby se preparaba para la gran celebración del Harland. Aquella tarde había estado en casa de los Hamilton en la ciudad y Harper había estado prestando oído a las quejas de la chica.

—No pensé que Freeman fuera tan testarudo.
—Te aseguro que yo tampoco, pero no me ha escrito ni una línea.
—Tal vez te escribió a Bedford— sugirió su prima tratando de darle ánimos.
—Yo creo que ya no habrá boda— se lamentó la rubia con gesto triste.
—No hablas en serio— señaló Harper preocupada— mi vestido está despampanante. He bajado casi siete libras este último mes y me veo como un capullo.
—¿Eso nada más te importa? — regañó la chica
—Estoy bromeando.
—Lo eché todo a perder.
—Claro que no. Eres una mujer que tiene propósitos. Si él no lo entiende es su problema.
—Pero no me ha vuelto a hablar.
—Tú tampoco lo has hecho— advirtió la señora Hamilton.
—No me corresponde a mí escribirle. Él fue quien me ofendió severamente.
—¿No crees que cambie de opinión?
—Cuando quiere ser odioso lo hace muy bien. Siempre estuvimos a las patadas, pero prefiero que discutamos a estar en este silencio que me tiene en ascuas.
—¿De verdad crees que no habrá boda? — preguntó Harper
—No veo cómo— dijo Abby con gesto triste— creo que se decepcionó de mí. A los hombres les gustan las mujeres inútiles que toquen el piano y borden cojines con pajarillos y rosas.
—No a todos.
—A él sí— dijo Abby con lástima— no viste la cara que tenía cuando se enteró que yo era una vulgar comerciante de ropa barata.
—¿Te dijo eso? — preguntó Harper horrorizada.
—No lo dijo, pero su mirada hablaba bastante.
—Estaba impresionado. Déjalo que lo piense bien.
—¿Qué hago, prima?
—Escríbele.
—¿Y qué le digo? ¿Qué me disculpe por mi falta? ¿Qué me perdone por mi insensatez?, claro que no, no tengo por qué hacerlo.
—Es verdad— dijo Harper dejando su taza de té en el plato y luego todo sobre la mesa—El tiempo lo sana todo.
—Eso me suena a que debo superar mi decepción amorosa— dijo Abby casi llorando.
—No, claro que no. Freeman está encandilado contigo, te miraba como si fuera a comerte cada vez que estaban cerca. Eso lo noté yo, Rowena, Emily y hasta Peyton que estaba en Paris. Ese chico está loco por ti— agregó con seguridad— deja que siga con su orgullo herido de hombre testarudo, hasta que no aguante más sin verte.
—Puede ser muy testarudo— dijo Abby sin mucha esperanza.
—Pero tú puedes ser muy convincente, sobre todo ahora que tus pechos tienen buen tamaño— bromeó— ¿Dónde está ahora?
—En Birmingham, creo. En casa de sus padres. Melany le escribió a Rowena hace unas semanas y le dio el itinerario de ese par. Deben andar haciendo grandes e importantes negocios de

hombres— agregó con ironía.
—Dejemos de hablar de tu chico y dime cómo va tu negocio de ropa barata— dijo riendo.
—Va muy bien, pero vamos a necesitar más dinero para la colección de jovencitas. Pensábamos comenzar con eso luego de las fiestas de fin de año, pero mi inversionista no me habla— dijo lloriqueando.
—Ya volvimos a lo mismo—manifestó Harper golpeando su brazo con cariño— será mejor que vayas a Ashfield a prepararte para la fiesta.
—No tengo ánimos.
—Yo sí y quiero bailar toda la noche, con mi elegante vestido de tafetán y chifón dorado que me hace parecer una estrella fugaz— agregó levantándose del sillón— van a ser las seis y media, Rowena debe estar ansiosa.
—Si, está muy entusiasmada con la fiesta. Descubrió que le gusta mostrar los pechos descaradamente. Anoche hubo una disputa en el Harland cuando Liam vio el vestido— rio Abby satisfecha.
—Vete en seguida. Nos vemos más tarde, tengo que amamantar al nene y luego apretarme con el corset hasta quedar como un violín— señaló sonriendo encantada— diviértete esta noche, mañana vuelves a pensar en ese ingrato pedazo de carne— agregó haciéndola reír.

Abby llegó al Harland y entró por el hall principal que estaba bullante de actividad. Los mozos ordenaban las mesas del comedor principal y terminaban de decorar el salón de baile, con muchas flores y guirnaldas de colores. La orquesta estaba afinando los instrumentos y probando los sonidos. Algunas chicas se dedicaban a revisar que todos los floreros estuvieran idénticos con violetas y pequeñas rosas blancas que hacían un agradable conjunto. La vizcondesa se paseaba inquieta por en medio de las mesas revisando que todo estuviera perfecto.

—Tú deberías haber estado aquí hace un buen rato— la regañó al verla llegar con demasiada calma.
—No sabía que me necesitabas. Tienes un ejército de mozos trabajando para ti.
—Pero necesito soporte emocional— dijo casi sollozando— esto es demasiado para mí.
—Ryan no quería hacer una fiesta tan apoteósica, fuiste tú…
—Lo sé, no me lo recuerdes, él me lo está recordando desde hace días.
—¿Dónde está él?
—Haciendo su trabajo de siempre— dijo llamando a una chiquilla que llevaba muchas copas en una bandeja— con esas serían doscientas, Vera.
—Si, mi lady— respondió la niña corriendo hacia la cocina.
—¡Ten cuidado, no vayas a tirarlas!
—No grite, mi lady— bromeó Abby, pero luego se compadeció de su hermana— deja que el señor Prat y su séquito se ocupe de todo esto. Tú y yo nos vamos a ir a convertir en unas misteriosas mujeres.
—No encuentro mi antifaz— dijo Emily dejándose llevar de la mano por su hermanita, sin dejar de hacer gestos al señor Prat que aplaudía para que unos chicos movieran algunas mesas.
—Lo tengo en mi habitación. Le arreglé las plumas y le puse un poco de cristales. Quedó divino.
—Es cierto, no lo recordaba. El vestido no me va a entrar— afirmó desolada.
—Si lo hará. Te lo probaste hace un par de días y te quedaba perfecto.
—¿Dónde estabas?
—Fui a ver a Harper, el bebé está hermoso y ella se va a aparecer en unas horas más por aquí sintiéndose Cleopatra.

—¿Qué dices?
—Exagerando como siempre, llegará envuelta en telas doradas y no me sorprendería que Conrad viniera vestido de esclavo— dijo riendo.
—Y tú, ¿piensas colocarte ese traje escandaloso?
—Si no lo hago ahora y en esta ocasión ¿cuándo podría hacerlo? Además, no tiene nada de escandaloso, es dramático.
—Bueno, no sé si Freeman lo aprobaría.
—No tiene por qué aprobar lo que visto— aclaró ella molesta.
—¿Tienes algo que contarme?
—¿Sobre qué? — preguntó Abby fingiendo inocencia.
—Tu prometido está bastante desaparecido.
—Así es— reconoció sin dar más explicaciones
—¿No has sabido nada de él? — preguntó interesada.
—No quiero hablar de eso— pidió— mejor vamos a tu cuarto, te ayudará a vestirte, van a ser las siete. Luego tengo que enfundarme en mi modelo espectacular.
—Rowena te andaba buscando también— dijo Emily cambiando de tema.
—¿Viste el vestido que conseguí para ella?
—Si y también vi a Liam prohibiéndole usarlo— rio Emily.
—¡Pobrecillo! — exclamó Abby riendo y empujando a su hermana escaleras arriba.

A las ocho y media comenzaron a aparecer los primeros invitados. El vizconde de Ashfield llamaba a su mujer para que bajaran juntos a recibir a los que llegaban. Emily fue a hacer una visita al cuarto de los niños para asegurarse de que todo estaba en orden y apareció unos minutos después en el corredor frente a Harlow que la miraba sorprendido con su antifaz en la mano.

—No pensé que pudieras verte más hermosa de lo habitual— dijo halagándola sorpresivamente.
—¿Eres tú el que habla? Jamás me dices que estoy hermosa.
—Para que decir algo que es obvio— se excusó él.
—Me gusta que me digas cosas obvias— señaló ella acercándose para ajustar un botón de su chaleco que se había soltado— como que me amas y no puedes vivir sin mí.
—¿Para qué decirlo si lo sabes? — dijo arreglando algunos cabellos que caían sobre la frente de su esposa.
—Me gusta oírlo. Vamos, has un esfuerzo— pidió jugando.
—Te amo y no puedo vivir sin ti— dijo sin dejar de mirarla fijamente— te haría algunas cosas que podrían parecer pecado…
—¡Basta! Ahora estás exagerando— pidió ella echándose aire con su abanico— mejor bajemos y dejamos esta conversación para más tarde— agregó tomando el antifaz negro y dorado de su esposo y ajustándolo en su rostro para tapar esos rasgos perfectos y solo dejar que sus ojos azules la observaran desde detrás de la pieza.

Abby deambulaba por su habitación, indecisa respecto de qué joyas colocarse. Llevaba un brazalete de diamantes en su muñeca izquierda y no de decidía entre colocarse un colgante de zafiro en forma de gota o un diamante pequeño que caía sutilmente entre sus pechos. Eligió este último y terminó de cepillarse un mechón de pelo que la muchacha que le ayudaba había enrulado sobre su hombro. El vestido había quedado prácticamente como ella había soñado. El diseño que dibujó era de tonos azules y celestes, con un corpiño en forma de orquídea compuesta con muchos y amplios pétalos de terciopelo de distintos tonos, el faldón era ajustado al cuerpo, algo muy inusual en ambientes de alta sociedad, pero quedaba oculto por capas y capas de tela de

gasa celeste que formaba un amplio faldón muy vaporoso.

Se miró al espejo que tenía enfrente, observando el vestido por delante y por detrás y quedó conforme con su apariencia. Se colocó el antifaz de color celeste y plateado que la señorita Thompson había decorado con las plumas de pavo real y que hacía juego con un detalle que se había incorporado al escote en donde algunas plumillas cubrían los hombros descubiertos dando la apariencia de mangas donde no había nada. En definitiva, el conjunto era osado, pero a simple vista nada era lo que parecía; quedó encantada.

Se lamentó de no poder bajar las escaleras del brazo de su prometido, si es que el señor Freeman aún lo era. Estaba bastante dudosa al respecto, pero mientras no escuchara de los labios de él que el compromiso estaba roto, seguiría luciendo el enorme anillo de compromiso que puso en su dedo. El zafiro de forma cuadrada combinaba perfecto con todo el atuendo que llevaba y sin esperar más y dejando atrás sus pesares tomó con fuerzas la amplia falda y llamando a una de las muchachas caminó por el corredor con ayuda de una de ellas que le llevó la falda hasta el rellano.

Al llegar allí vio que el salón principal del Harland lucía espléndido y que estaba comenzando a llenarse de gente. Las invitaciones fueron muy bien repartidas, se seleccionó a la gente más adinerada y como la finalidad de todo aquello era benéfica, todos aportaron con dinero para conseguir el monto que se requería para el orfanato. El Harland esperaba reinaugurar el hotel de Gales y el evento sería de gran publicidad.

Bajó las escaleras notando que muchos rostros se volvían a mirarla. Se sintió satisfecha del efecto que provocaba su apariencia y dejó que algunos la admiraran descaradamente. El escote quedaba cubierto por las plumillas, pero la espalda era muy escotada y solo la cubría una delgada capa transparente de la misma tela del vaporoso faldón. Se dispuso a encontrar a algunos conocidos y vio a lo lejos que Robinson y Chapel la saludaban levantando sus copas. Christine Boyle, baronesa de Humphries deslumbraba con su espectacular vestido verde con cristales dorados bordados en forma de mariposa que la hacían destacar entre la multitud.

En medio de todos ellos, vio venir a Rowena que caminaba decidida por entre medio de la gran cantidad de gente y más de alguno se volteaba a verla.

—Me siento como una enorme frambuesa— dijo riendo.
—Muy apetitosa— dijo Abby riendo.
—¡Demasiado! — regañó el conde que simulaba estar molesto— con ese color pueden verte desde la calle de enfrente— agregó saludando a su hermana— de ti no esperaba otra cosa— añadió mirando las plumas y la enorme flor que decoraba el frente de su torso.
—Tú te ves bastante guapo. El antifaz no deja ver tu cara de aguafiestas— rio abrazándolo.

Se alejó de la pareja y se dispuso a perderse en la multitud. A lo lejos vio a un par de amistades y muy a lo lejos vio a Emily que caminaba del brazo de Harlow conformando una hermosa pareja. Se lamentó de estar sola esa noche. Su compromiso había sido muy extraño, conoció a Freeman varios años antes, se dedicaron a maltratarse el uno al otro casi todo ese tiempo. De pronto, se dieron cuenta de que el rechazo mutuo era atracción y cuando él se decidió a abrirle su corazón y declararle sus sentimientos se sintió la mujer más feliz del mundo. Todo eso duró menos que un suspiro. Si se habían visto tres veces desde entonces había sido mucho y en una de esas pocas ocasiones terminaron volviendo a maltratarse como antes. Ahora estaba dudosa de su condición actual. El vestido de novia ya estaba a medio hacer, pero el novio no estaba ni siquiera a la vista.

Decidió comer todo lo rico que encontrara en las bandejas que circulaban en manos de los mozos y recibió una copa de espumante que otro de los mozos le acercó bebiendo lentamente del recipiente de cristal y tratando de disfrutar de la fiesta. Veía como la gente comenzaba a ingresar al salón de baile y decidió que también iría a mover un poco su anatomía al ritmo de la orquesta que sonaba muy bien. Se encontró con Blake Robinson que siempre estaba dispuesto a sacarla a la pista, aunque ahora que estaba comprometido con la señorita Clavier tenía que ser más recatado, pero su prometida estaba en Francia con su familia y él no iba a dejar de bailar por eso.

Abby se divirtió buena parte de la noche, bailando con un par de caballeros que la invitaron a la pista y con algún muchacho osado que se sintió envalentonado con algunos tragos encima y se atrevió a llevarla entre sus brazos.

Cuando la noche ya estaba bastante avanzada, Abby volvió al salón principal en donde todavía se reunía mucha gente y se instaló junto a la fuente del ponche para servirse una copa, pero unas manos atentas se ofrecieron a ayudarla. Un hombre vestido de azul oscuro, con chaleco de brocato celeste y un antifaz plateado se situó frente a ella y Abby no pudo evitar conocer esos labios que no se atrevían a sonreír.

—Parece que no se alegra de verme— dijo Freeman dejando encima de la mesa la copa que le estaba sirviendo al ver que ella no la recibía— ¿Aún me odia?
—Sabe que no lo odio— dijo ella sintiendo que el corazón saltaba alterado en su pecho.
—No lo sé— dijo él regalándole una leve sonrisa.
—No lo odio— dijo enfática para que no quedara duda.
—Me alegro— dijo cogiendo su mano e invitándola a salir de ahí— acompáñeme un momento, tengo que decirle algo.

Abby sintió que las piernas no querían llevarla de ahí. El corazón que estaba alterado por la alegría de verlo, se alteró más frente al miedo de lo que esperaba escuchar. ¿Acaso venía a romper con ella? Sus ojos se humedecieron irremediablemente.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar tranquilos? — preguntó él saliendo por uno de los arcos interiores para entrar en otro de los salones— aquí hay demasiado ruido.
—No creo que sea el lugar ni el momento…
—Si, lo es— afirmó él— tengo que decirle algo importante.
—Podemos ir por esa puerta— dijo ella, señalando un ventanal que salía a un balcón.

Freeman la llevó de la mano por entremedio de la multitud que estaba compuesta de bastante gente que empezaba a embriagarse, por lo que nadie reparó mucho en ellos. Cuando cruzaron el ventanal y salieron al espacio abierto que era el ingreso a un sector del jardín, el ruido ambiente desapareció casi completamente y pudieron escucharse con tranquilidad.

—¿Qué tiene que decirme? No se preocupe…
—He estado pensando mucho en lo que pasó aquella última vez que nos vimos— dijo él pidiéndole con un gesto de su dedo que no hablara— he meditado mucho sobre nosotros— agregó sin soltarle la mano que tenía entre las suyas.
—No voy a obligarlo a cumplirme si no…
—Abby, déjeme hablar— pidió respirando profundamente— Soy un hombre anticuado tal vez, no cabe en mi cabeza que mi esposa pueda ganarse la vida. Las señoritas de sociedad tienen que comportarse de otra forma— dijo haciendo que Abby sintiera que debajo del antifaz sus ojos se

cubrían de lágrimas— cuando me confesó aquello me dejó pasmado.
—Esa es la mujer que yo soy. No voy a cambiar por un hombre y si el hombre que dice amarme no puede soportarme…
—Abby— dijo tomando un mechón de pelo de ella que caía a un costado de su frente y colocándolo detrás de su oreja— Su aventura puede tener consecuencias desastrosas, si el conde se entera, si la sociedad se entera va a estar en boca de todo el mundo.
—Lo sé— dijo ella sintiendo que una lágrima caía por su mejilla, pero él no podía verlo, pues el antifaz cubría la humedad que impregnaba su rostro.
—¿Tanto desea cumplir sus sueños? ¿tanto le importa esa misión?
—Si— dijo sin dudar.
—Entonces lo vamos a resolver juntos— dijo dejándola asombrada— te voy a proteger de todos, Abigail Hart. No puedo dejarte, no voy a dejarte— dijo intentado besarla, pero se detuvo— a menos que ya no me quieras en tu vida.

Ella sintió que el corazón saltaba nuevamente de alegría en su pecho y se lanzó a sus brazos besándolo efusivamente casi sin dejarlo respirar. Se fundieron en un largo beso y luego él la abrazó sin querer soltarla.

—Te amo, eres perfecto— dijo ella colgada de su cuello.
—Lo sé.
—¿De verdad no te importa que sea…ya sabes?
—Claro que me importa. No es fácil para mí entenderlo, pero voy a estar contigo de todas formas. No me pidas que lo comprenda, pero te amo y vas a ser mía. Quiero que mi mujer sea feliz y si te hace feliz ser…
—No soy tu mujer.
—Pero pronto lo serás— advirtió él besándola dulcemente.
—Quiero que sea muy pronto— dijo Abby acariciando el pecho de él— quiero que sea esta noche.

Freeman se quedó viéndola como petrificado y de pronto su nerviosismo se hizo evidente.

—¡No bromees con eso! — dijo sonriendo y acariciando su mejilla.
—No estoy bromeando— respondió ella con seguridad y abrazándose a su cuello— ¿no quieres hacerlo?
—Claro que quiero— dijo él sorprendido— es decir, no estaría bien.
—Ven conmigo— pidió ella tomando su mano y llevándolo por un corredor hasta una zona del hotel en donde no había gente.

Capítulo XXXI

Abigail Hart, convertida en una chica atrevida llevaba a su prometido corriendo por un extenso corredor por el que terminaron llegando finalmente a unas escaleras que no estaban decoradas como el resto del hotel.

—Abby, ¿qué haces?
—Ven conmigo— pidió ella otra vez, subiendo por los escalones con pasos rápidos.
—Alguien puede vernos. No está bien que estemos aquí— dijo Freeman siguiéndola como un corderito.

Vio de pronto que Abby llegaba hasta una puerta al inicio del corredor del segundo piso y trataba de abrirla sin éxito. Lo miró frustrada e intentó con la siguiente puerta, con el mismo resultado. Cuando Freeman la vio decepcionada, la tomó en sus brazos y le habló al oído.

—Yo lo voy a resolver— dijo buscando en su bota un pequeño cuchillo que llevaba e intentado forzar la cerradura.

Ella se quedó observando cómo él trataba de abrir aquella puerta y esperó que tuviera el resultado que esperaba. Cuando sintió aquel click y el sonido de la puerta crujiendo al abrirse se quedó aturdida. Luego de todas sus intenciones frustradas ahora que había tenido éxito no sabía cómo comportarse. Freeman abrió la puerta y con un gesto caballeroso la invitó a entrar. Sus ojos la miraban como decía Harper, con cara de querer comérsela como a un pavo relleno muy jugoso.

Abby aceptó la invitación y unos segundos después ambos se acariciaban y besaban con la necesidad que acumularon durante ese tiempo sin verse. Cuando Abby se volteó para que él desabrochara los botones que repletaban la espalda y se cogió el cabello para hacérselo más fácil, él comenzó con manos temblorosas a soltarlos y el vestido poco a poco cedió quedando tendido en el suelo formando un capullo de tela vaporosa y transparente. La chica quedó frente a él solamente vestida con una delgada enagua y aprisionada por un coqueto corset que apenas cubría sus pechos.

—¿Estás segura? — preguntó él mientras le besaba la mejilla.
—Si— dijo besándolo también— aunque no se…
—Me lo imaginaba— señaló él separándose de su lado para quitarse la chaqueta.

Se sentó en la cama que reinaba en el centro del cuarto, que no parecía haber sido usada por algún tiempo. No tenía sábanas ni colcha, por lo que Freeman buscó alrededor del cuarto y viendo que había una manta y algunos cojines tendidos sobre una mesa fue por ellos y los acomodó sobre el lecho. Abby lo miraba mientras él comenzó a quitarse la camisa y se quedaba con el musculoso torso desnudo.

—Eres muy hermoso— dijo la rubia acercándose a él que permanecía sentado en la cama.
—Tú eres hermosa— dijo Matthew rodeándola con sus brazos y atrayéndola por la cintura— Voltéate— pidió comenzando a desatar los cordones que cerraban la prenda interior.

Abby sentía que el corazón le iba a estallar. A lo lejos sentía el ruido de la fiesta que estaba en su apogeo. La música que sonaba era un vals y se imaginaba a Emily disfrutando de su gran evento. Ryan debía estar obligado a llevarla por la pista, el resto de sus amistades seguramente estarían

algo encendidos, borrachos los chicos y las damas cansadas. A ella no le importaba nada de eso. Solamente quería disfrutar lo que estaba sucediendo en su vida. Cuando su prometido logró desatar los cordones y el corset cedió por fin. ella notó que la tomaba por la cintura y la tendía en la cama debajo de su cuerpo. El calor de su piel la hacía sentir cálida y el aroma de su loción la embriagaba.

—Dime que lo haga— pidió él— si estás dudosa o no quieres…
—Si quiero— respondió ella acariciando el pecho del chico.

Freeman le terminó de quitar las pocas telas que cubrían el cuerpo de la chica y comenzó a recorrer con besos su cuello, bajando luego hasta su pecho y comenzando a lamer su pezón con suavidad. Abby sentía que el pulso le latía en la sien y que su cuerpo comenzaba a descontrolarse. No era capaz de dominarse. El ruido de la fiesta seguía sintiéndose a lo lejos, pero ella lo oía menos a cada momento. De repente todo lo que importaba estaba entre esas cuatro paredes.

Media hora más tarde, Freeman tendido de espaldas desnudo sobre la cama la mantenía abrazada a un costado de su pecho y ella lo acariciaba con los ojos cerrados.
—¿Fue muy malo? — preguntó al sentirla tan callada, lo que no era habitual en ella.
—No diría que fue malo, pero no fue cómo esperaba.
—Te agradezco la sinceridad— dijo concentrándose en el techo.
—Fue muy molesto, algo doloroso al principio, luego mejoró un poco.
—¿Sólo un poco?
—La verdad no sabría decirlo— dijo confundida— pero no fue malo realmente.
—Me estás haciendo sentir bastante inseguro— dijo él volteándose a mirarla.
—Me gustó mucho— dijo ella acariciando su mejilla— es sólo que no fue muy agradable…al principio…después fue muy agradable.
—En el futuro será mejor.
—¿Lo prometes?
—Me dedicaré a hacer que disfrutes cada momento en nuestra cama.
—¿Tú lo disfrutaste?
—Por supuesto que lo disfruté.
—¿Aunque yo me haya comportado como una niña?
—Te comportaste divinamente— dijo él buscando sus labios para besarla.
—¿Te casaras conmigo de todas formas? — preguntó haciéndolo reír.
—Claro que lo haré. ¿Cómo te atreves a dudarlo?
—Es que si no fue bueno en la cama…
—Para mí fue bueno— dijo él enfático.
—¿De verdad te gustó?
—Puede mejorar— declaró sonriendo— si quieres podemos intentarlo de nuevo.
—Me gustaría mucho. Creo que esto merece otra oportunidad— dijo haciéndolo reír.
—Te amo.
—Yo también te amo— dijo ella dejando que él se posara encima y la atrajera a su cuerpo.

Luego de otro largo rato, cuando la música parecía comenzar a sonar en sus últimos acordes Abigail Hart y Matthew Freeman dormitaban en la cama de la habitación 296 del Harland.

—Creo que esto mejora con la práctica— dijo Abby haciéndolo reír.

—¿Dirías que estuvo mejor?
—Bastante mejor— dijo ella cubriéndose los pechos con la manta al tiempo que él se levantaba de la cama luciendo su desnudez— me gustas mucho— dijo deleitándose con su cuerpo.
—Es usted una descarada, señorita Hart— dijo recogiendo sus pantalones desde el suelo para vestirse— debes apresurarte, tu hermana debe andarte buscando y no sería bueno que nos encontrara ahora.
—Dijiste que te ibas a casar conmigo de todas formas— declaró ella.
—Por supuesto, pero evitemos los escándalos, cariño— pidió lanzando sus enaguas sobre la cama— señorita, por favor, vístase para regresar a la fiesta.

Ambos terminaron de ajustar sus vestimentas y Matthew la abrazó con dulzura logrando que Abby se sintiera completamente segura de que aquel matrimonio iba a ser algo maravilloso.

De repente se percataron de que el reloj del salón central del Harland marcaba la medianoche y se apresuraron en volver a la fiesta. Cuando regresaban por el mismo camino que habían escapado se toparon de frente con Harper que se mostraba bastante contenta con una copa a medio llenar en la mano.

—Abby, ¿dónde estabas? Emily te anda buscando hace un buen rato.
—Fui a cambiarme los zapatos, los que llevaba me tenían los pies destruidos.
—¡Qué veo aquí! Espero que sea el prometido misterioso o habrá un escándalo mayúsculo.
—No hay nada de misterioso, señora Hamilton— dijo Freeman que lucía la cara cubierta con el antifaz de Abby, pues con el encuentro furtivo se equivocaron de máscaras.

Al día siguiente, alguna empleada del hotel se sorprendería al encontrar una cama revuelta en una habitación vacía y sacaría muchas conclusiones que serían probablemente acertadas.

—¡Aquí estabas! — dijo Emily apareciendo en el medio de un par de damas bastante alegres— veo que encontraste a tu sorpresa.
—¿Sabías que Matthew estaba aquí? — preguntó mirando a una y otro.
—Se registró esta tarde, pero guardamos el secreto. El señor Freeman quería darte una sorpresa.
—Me dio una grata sorpresa— dijo ella mirando a una de las señoras que parecía estar a punto de desmayarse.
—Hace rato que te busco— la regañó Emily mirando con detenimiento a la pareja.
—Creo que tu invitada te necesita— dijo Abby.
—No me cambies el tema…
—De verdad la necesita, mi lady— agregó Freeman alcanzando a coger a la dama del brazo para evitar que se desplomara en el suelo.
—Lady Pettyfer, ¿se siente bien?
—Creo que estoy algo mareada— dijo la señora aceptando sentarse en una banqueta que Freeman le acercó.
—Será mejor que vaya por su esposo— dijo Harper regresando a la fiesta.
—Tú y yo vamos a hablar— amenazó Emily mirando a Abby que la miraba con gesto inocente.

Pero la señora Harlow no tuvo tiempo de preocuparse de su hermana, pues la fiesta del Harland estaba realmente en su apogeo y había que preocuparse de la reputación de varios.

Fue muy tarde en la madrugada cuando la vizcondesa apareció en su cuarto mientras se preparaba para dormir las pocas horas que quedaban de esa madrugada.

—Se puede saber ¿dónde estuviste toda la noche?
—Mejor no preguntes, no querrás saberlo— dijo la chica sonriendo con gesto desafiante.
—¿Habrá boda entonces?
—Por supuesto. Tu invitación llegará pronto a tus manos, será en poco más de un mes.
—Deberías preocuparte del vestido entonces. La señora West…
—Mi vestido ya está prácticamente listo. Un diseño de lady Prince que te dejará sin habla.
—¿No es la mujer que hace ropa barata para chicas de escasos medios?
—Hará una excepción— dijo metiéndose a la cama y haciendo un gesto a su hermana para que fuera a dormir.

Emily se quedó unos segundos observando como su hermana se cubría con la colcha hasta la cabeza y con gesto pensativo cerró la puerta y se fue a su alcoba a tratar de dormir un rato, feliz por los resultados del baile que sería comentario obligado en el periódico unos días después.

## Capítulo XXXII

En el cuarto de Abby en Bedford había tanto movimiento como en el pueblo en día de mercado. Las chicas se arremolinaban para asistir a la novia que llevaba un vestido espectacular que había quedado tal como ella soñó. La señorita Thompson que también estaba en el cuarto haciendo unos últimos arreglos, comentaba entre susurros las novedades del negocio.

—Le enviaré una carta si hay algún problema, pero debe estar tranquila, todo está controlado. El señor Young…
—El señor Young lo arreglará todo— dijo Abby con tono malicioso haciendo ruborizar a la señorita.
—Creo que ya estamos en la hora— advirtió Emily que llegaba con unas flores en su mano— ¡Te ves hermosa! — agregó admirando a la chica.
—Este vestido es un sueño— agregó Peyton que entraba al cuarto y buscaba una horquilla para sujetarse un mechón rebelde.

La muchacha de cabello oscuro y bellos ojos, lucía un embarazo bastante notorio, pero no iba a privarse por eso de participar de tan bello evento familiar. Se notaba algo más sonrosada de lo habitual y llevaba un vestido de colores oscuros que le modelaban bien la figura que aunque mostraba una panza abultada mostraba algo de cintura aún, lo que hacía presagiar a su amistades que sería una niña.

El vestido de la novia era de color marfil en tono satinado, con una falda amplia y vaporosa que mezclaba el satén y un fino encaje. El corpiño era de estilo romántico semejando una chaquetilla de montar ajustada en la cintura con vuelos de encaje que salían desde los hombros y terminando en una manga ajustada y también de encaje bordado. La cola del traje medía varios metros terminando en el ruedo con el mismo encaje. La señorita Thompson terminaba de coser unos botones de la espalda que se habían soltado.

—Creo que estoy lista— dijo Abby recibiendo el ramo de flores que su hermana le entregaba.
—No tuvimos tiempo de hablar de tu nueva vida— dijo Peyton pensando en la noche de bodas de la chica— podríamos hablar más tarde.
—No creo que lo necesite— afirmó Emily con gesto malicioso.
—¿De veras? — preguntó Peyton entendiendo el mensaje, mientras recibía de manos de la señorita Thompson el velo que debía ajustarse en el moño de la novia.
—Parece que ya sabe todo lo necesario— agregó la hermana mayor, colocando un sujetador en la cabeza de la muchacha para afirmar la tela.
—No me asombraría para nada— agregó la otra, levantando el montón de paño transparente para darle bonita caída.
—Esta chica es poco convencional— declaró Emily arreglando el vuelo de la manga.
—Bastante rebelde— agregó Pey.
—Dejen de hablar de mí como si no estuviera— dijo Abby mirándose al espejo por última vez antes de bajar— será mejor que nos apuremos, Liam debe estar esperando.

Las hermanas siguieron hablando de la pequeña como si no estuviera ahí. Emily le explicaba lo que había sucedido esa noche en el Harland, lo que seguramente había sido escenario de algo indecoroso entre la pareja. Peyton sonreía al ver que Abby no prestaba atención a las insinuaciones de su hermana mayor, siempre actuando como una severa matrona.

—Deberías estar feliz de haber logrado que me casara. Ahora ya no tendrás que dedicarte a buscarle marido a nadie.
—Hasta que Gracie esté en edad de atraer chicos— aclaró Peyton.
—O Anais— agregó Abby haciendo que Peyton se asustara.
—Claro que no, yo me preocuparé de buscar marido a mi niña— aclaró.
—Ninguna le va a buscar marido a nadie, espero que mis sobrinas sean igual de rebeldes que su tía Abby— dijo caminando fuera del cuarto siendo seguida por las otras dos y por la señorita Thompson que seguía preocupada de cada detalle del vestido.

Las muchachas llegaron al final de la escalera en donde Rowena tenía ordenada a la fila de pequeños que llevarían los anillos y los pétalos de flores para lanzar en la iglesia. Adam y Daisy que apenas caminaban, Anais y Vincent que ya tenían experiencia en bodas, Gracie que parecía una muñeca y un par de primos mayores que sólo molestaban a los pequeños y a los que la pelirroja les daba pellizcos para ordenarlos.

—Ya era hora. Espero que Freeman no se arrepienta con tanta demora— señaló Liam dejando que su esposa le arreglara el pañuelo del cuello.
—Yo también lo esperó— dijo Emily censurando a la novia con la mirada.
—Todas las novias se atrasan— declaró Abby sonriendo a su hermano— ya no tienes que preocuparte de mí. Ahora será Matthew quien deberá soportarme— señaló dejando que él la abrazara.
—Mi pequeña, no puedo creer que por fin lo lograras— dijo medio en serio y medio en broma— pensé que tendría que aguantarte toda la vida.
—Ya ves. Me liberaré de tu control, pero sobre todo de Emily— dijo susurrando en su oído y haciéndolo reír.
—Seguimos demorándonos— reclamó Rowena— todo el mundo a los coches— agregó llevando a los niños con ella y dando una mirada al conde que obedeció en seguida.
—Es una tirana— dijo Abby tomando a su hermano del brazo y caminando por el sendero que los llevaría al coche.

En medio del parque un par de lacayos ayudaban a la gente a subir a los coches. Abby se instaló con dificultad dentro del carro, dejando poco espacio a su hermano con tanto montón de tela. El resto de las chicas se instaló también y la novia y el conde esperaron a que los otros coches comenzaran a salir de la mansión para encaminarse por el sendero hasta la capilla en la que el novio debía estar esperando, haciendo uso de su paciencia, que al parecer era bastante.

Al llegar a la iglesia, Liam descendió del coche y esperó a que todo el mundo entrara en la edificación, esperando que la señorita Thompson que se bajó de otro coche ayudara a la novia a ordenar la tela del enorme vestido. Cuando estuvo lista su hermano la observó por última vez con los ojos húmedos de emoción al ver a su pequeña, la que no tenía intenciones de casarse jamás llegar convertida en la novia más bella a la capilla en donde se había casado gran parte de la familia Hart a lo largo de los años. Todo estaba confabulando para que fuera una linda fiesta, el día estaba soleado, a pesar de que en la tarde anterior había llovido un poco. Los árboles se mecían suavemente al ritmo de una leve brisa y la fachada de la iglesia lucía enormes enredaderas de colores rosa y blanco.

—¿Qué pasa? — preguntó ella.
—Nuestros padres estarían contentos de ver que somos muy felices. Porque eres feliz ¿verdad?

—Soy muy feliz. Te agradezco todos estos años en los que te has preocupado de mí. Tuve una feliz niñez, la abuela nos dio todo el amor que necesitamos y aunque nos dejó algo arruinados nos guio desde el cielo para tomar buenas decisiones.
—Has crecido mucho Abigail— dijo él dando un beso en la mejilla de su hermana y un abrazo después, ofreciendo su brazo para que se apoyara camino al altar.

La señorita Thompson tomó el velo que ajustaron sobre su cabeza y levanto una capa para cubrirle el rostro.

Dentro de la iglesia, los niños caminaban con más desorden del que las madres esperaban y los invitados disfrutaban de la música de un órgano que tocaba una tonada sacra. En el altar, Freeman la esperaba junto a Aidan, sus primos y algunos parientes de Matthew que ella no conocía. En medio de la gente vio caras conocidas y bastantes caras desconocidas; no habían tenido tiempo de reunirse las familias, pues los parientes del novio habían llegado recién la noche anterior y entre ellos había bastantes ancianos. Solamente los padres de Freeman habían asistido la tarde anterior a casa del conde, habían cenado y disfrutado de una velada con música. Lady Redmayne había estado unas semanas antes en la casa para felicitarla, junto a las otras hermanas del chico que eran muy parecidas a él.

Abby se sorprendió de ver a una pareja que vestía de manera muy elegante sentada en los primeros asientos, se imaginó que serían conocidos de los Freeman. Cuando Liam le habló para que se concentrara en su caminata se volteó hacia adelante y se encontró con los ojos del hombre con el que se uniría para siempre y se sintió tranquila y feliz. Llegó al altar y su hermano la entregó al joven que la recibió ofreciendo su brazo para que ella se instalara en el altar junto a él.

La ceremonia fue muy parecida a cualquier otra a la que había asistido, no lograba asimilar que era ella la que se estaba casando. La mano de Matthew le daba fuerzas y aunque estaba nerviosa por la nueva vida que comenzaba no estaba preocupada, pues sabía que él era el correcto. El sacerdote leyó algunos párrafos que eran habituales en esas ocasiones y llegó entonces el momento de responder a las preguntas del señor.

—Matthew, aceptas por esposa a Abigail Rose Hart, prometes cuidarla…
—Acepto— respondió el joven sin ninguna duda.

Tocó el turno de la novia, que estaba emocionada de vivir ese momento. Matthew ya había aceptado el enlace, sólo faltaba que ella respondiera y todo eso habría terminado, comenzando una nueva vida juntos.

—Abigail, aceptas por esposo a Matthew Julian Lombard como tu legítimo esposo, juras amarlo y respetarlo…

Abby se quedó sin habla. ¿Qué significaba eso? ¿por qué el sacerdote se refería así al muchacho y él no se mostraba confundido como ella? Observó a Freeman que la miraba expectante, como todos los concurrentes que esperaban su respuesta.

—¿Por qué…
—¿Confías en mí? — preguntó él.
—Si, pero…

Detrás de Freeman, Aidán le hacía gestos para que aceptara.

—¿Confías en mí? — volvió a preguntar Matthew esperando su respuesta.
—Si, acepto— dijo haciendo que todos los invitados lanzaran un suspiro de alivio.

La ceremonia continuó y luego de algunos minutos en los que Abby pareció no oír nada más, perpleja y confundida aún, escuchó como el clérigo terminaba la ceremonia diciendo:

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Freeman obedeció en seguida y quitando el velo que cubría su cara colocó un suave beso en sus labios que ella respondió con suavidad también. Luego, caminaron por en medio de las bancas en donde los invitados les sonreían y llegaron a la puerta en donde otro grupo de invitados los esperaban para lanzarles pétalos de flores.

Abby esperaba alguna explicación, pero había demasiado ruido como para hablar tranquilos. Cuando se calmó un poco el ambiente, alcanzó a decir algo:

—¿Me puedes explicar…

No alcanzó a terminar la frase, pues se hizo un silencio y una pareja, la misma que ella vio en la iglesia cerca del altar se acercó a ellos. El señor era bastante mayor y vestía con un traje muy elaborado. El anillo que llevaba en su dedo sostenía el rubí más grande que hubiera visto ella en su vida.

—Hijo, tu esposa es realmente muy hermosa— dijo abrazando al joven.
—Es usted realmente preciosa, Matthew nos contó maravillas de usted— dijo la señora que llevaba un collar de esmeraldas que debía pesar una tonelada.
Abby recibió los saludos con cortesía y trató de responder de forma amable. Cuando Freeman los presentó quedó sin habla.

—Cariño, te presento a mi abuelo, el marqués de Bradbury— dijo haciendo que ella quedara aturdida— mi abuela, lady Astrid Lombard, la marquesa.
—¡Encantada! — exclamó la chica sin comprender nada de lo que pasaba.

Cuando la pareja terminó de desearles sus buenas intenciones, Abby llamó a Matthew a un lado y le exigió explicaciones.

—¿Tu abuelo es marqués? — preguntó ella— ¿no pensabas decirme…
—¿Qué importa eso?
—¡Tu abuelo es marqués! ¿cuándo me lo ibas a decir?
—Te lo acabo de decir ahora— dijo él con gesto alegre.
—¡Matthew Freeman! — Alcanzó a decir, pero se detuvo— ¿o debo decir señor Lombard?
—Puedes tratarme como desees— dijo bromeando.
—Estás sacando lo peor de mí— exclamó Abby enfadada.
—Cariño, no hay ninguna diferencia si mi abuelo es marqués o es campesino. ¿Para ti hay alguna diferencia? ¿me vas a amar menos por eso?
—No lo sé.
—¿Estás enfadada?
—Estoy muy enojada contigo. No me hables— dijo caminando hacia el coche descubierto y adornado con flores en donde se trasladarían a la casa del conde para comenzar la fiesta.
—Me encanta pelear contigo— dijo él ayudándola a subir al coche y sentándose a su lado.

—No tientes a la suerte, mi lord.
—No tienes que tratarme así, no ostento ningún título…aún— dijo como disculpándose.
—No quiero hablar contigo— dijo ella dejando que él le tomara la mano.
—Es bueno enfadarnos, porque esta noche nos podemos reconciliar— sugirió jugando con la sortija que había puesto en su dedo.
—Ni lo sueñes— dijo ella fingiendo que estaba molesta— no voy a dejar que te acerques.
—La otra noche cuando me metí en tu cuarto me pedías que me acercara más.
—Deja eso— pidió dejando que él le colocara la mano sobre la pierna que quedaba cubierta con la tela del vestido— debo haber estado borracha— dijo haciéndolo reír.
—Entonces esta noche tendré que emborracharte otra vez— propuso subiendo por su pierna mientras ella no lo rechazaba— aunque tu aroma me embriaga a mí— agregó acercándose a su cuello y haciendo sonreír.

Al llegar a la mansión de los Hart, los invitados los recibieron con vítores y flores nuevamente. Los niños corrían tras los perros y los mozos comenzaron a servir las copas de champaña y otros licores que todo el mundo recibía para hacer los brindis de rigor. La pareja se dedicó a recorrer todos los grupos para saludar a todo el mundo. La señorita Thompson y su familia estaban invitados a la boda y Florence lucía acompañada de un señor muy elegante y con estampa muy formal.

—Señor Young, qué placer verlo aquí.
—Señorita, es un honor que se haya acordado de mí.
—Ha sido de gran ayuda. Usted sabe…
—Por supuesto. Es un honor también.
—Espero verlos bailar, la música comenzará dentro de poco.
—Señorita Hart, ¡qué dice! — señaló Florence con pudor.
—Claro que sí, si la dama me acepta— dijo el hombre haciendo que la joven se ruborizara.

Abigail siguió recorriendo los salones en donde la familia y los amigos se divertían, oía las conversaciones y escuchaba los halagos a su vestido que hacían algunas invitadas. A lo lejos, notaba que su esposo la observaba con insistencia. Tenía ganas de escaparse de allí y besarlo, meterse a la cama con él y no salir por días. Desde aquella noche en el Harland habían intimado algunas veces más y cada vez sus pudores desaparecían poco a poco; la intimidad con aquel hombre era fascinante. Se escaparon un par de veces al campo y lo hicieron en medio del bosque, en alguna ocasión su prometido escaló la ventana que ella siempre usaba para escapar o entrar a la casa y se metió en su alcoba, quedándose hasta la madrugada haciendo el amor. Una vez estuvieron a punto de ser descubiertos por una de las doncellas que se levantó demasiado temprano.

Había sido dos noches atrás, cuando Matthew la sorprendió trepando por la ventana de su cuarto. El resto de la familia había ido a una velada musical, a las que Rowena estaba bastante adicta y ella se quedó sola en casa aprovechando de descansar de los preparativos que llevaban siendo intensos por semanas.

—¿Qué haces? — preguntó al ver que él entraba a su cuarto sigilosamente.
—Quería verte.
—Nos pueden descubrir— advirtió ella cerrando la puerta luego de que él entrara a la alcoba— ¿qué traes ahí? — preguntó al ver una caja en sus manos.

—Un regalo.
—¿Para mí?
—No veo a otra mujer preciosa aquí— dijo abriendo la caja para que ella pudiera ver el contenido.
—Es hermosa— dijo encantada con una orquídea azul que parecía de terciopelo— ¿es natural?
—Por supuesto.
—Siempre dicen que las orquídeas azules son muy escasas. ¿Cómo encontraste una?
—Por ti recorrería el mundo buscándola.
—Eres romántico, señor Freeman. Eso no me lo esperaba— dijo ella guardando la flor en su caja nuevamente.
—Dejemos el romanticismo de lado y vayamos a la pasión— pidió sacándose el pañuelo del cuello.
—¿Cómo te atreviste a escalar hasta mi cuarto? pudieron verte.
—Vi que todos salieron en el coche hace unos minutos.
—Los criados siempre están despiertos a esta hora— dijo ella ayudándolo a quitarse la chaqueta.
—Veo que no estás enojada— dijo desabrochando su camisa.
—Ya estás aquí, no perdamos tiempo en discusiones— propuso ella que llevaba un lindo camisón de color lavanda, que se ajustaba insinuante a sus curvas.
—Te ves hermosa.
—Se lo debes decir a todas.
—Te deseo demasiado— dijo él quitándose la camisa y rodeándola con sus brazos por la cintura.
—Yo también te deseo, pero deberías quitarte las botas.
—Tienes razón— señaló soltándola y lanzando su calzado por el aire.
—Ten cuidado, te pueden oír.

Cuando ya estaban desnudos, ambos se metieron bajo las sábanas y Freeman se tendió sobre ella comenzando a recorrer con sus manos la forma de sus curvas. Se detuvo en la cintura un momento, luego le acarició el trasero y finalmente enredó sus piernas entre las de ella para acomodarse cuidadosamente.

—¿Quieres probar algo nuevo? – preguntó él cogiendo uno de los pechos de Abby en su mano.
—¿Cómo qué cosa? — preguntó ella cerrando los ojos y dejando que él saboreara con su lengua la cima de su pecho.
—Puedo hacer cosas increíbles con mi lengua.
—Eso veo— dijo ella— más bien, eso estoy sintiendo— agregó sorprendida cuando él comenzó a bajar hasta su ombligo y jugueteo con su lengua en él.
—¿Qué haces?
—Cosas nuevas.
—¿Hablas en serio? — preguntó ella al sentir que él seguía bajando.
—¿No quieres?
—No lo sé. No entiendo que harás— dijo sintiendo que la lengua de él recorría su cuerpo de manera muy atrevida— ¡no harás eso! — agregó abriendo los ojos con verdadero asombro.

En la mañana, cuando una de las chicas recorría el pasillo abriendo cortinas, provocó un sonido que los alertó y Matthew alcanzó a saltar por el balcón, escapando a medio vestir justo antes de que Lucy entrara al cuarto para despertarla. Se reía sola, mientras recordaba todos esos momentos.

Capitulo XXXIII

La fiesta ya había avanzado bastante, los invitados habían bebido y comido, algunos con exceso de ambos. Blake Robinson como siempre que bebía un poco se ponía alegre y hacía el ridículo haciendo que su hermana lo reprendiera medio en serio y medio en broma. A lo lejos veía a sus hermanas disfrutando de los pasteles que habían elegido para la ocasión; Emily tratando de comer lo mínimo que le permitiera su gula y Peyton comiendo más porque ya estaba gorda así que no importaba mucho agregar unos gramos más.

Desde el medio de la multitud, apareció de pronto su nuevo esposo tratado de hacerla olvidar su supuesto enfado por la revelación del título inminente que debería ostentar, con una sonrisa seductora que la hizo suspirar y sentir un poco de calor en sus zonas privadas. Le sonrió de vuelta y estuvo a punto de invitarlo a ir a algún cuarto para reconciliarse en seguida, cuando un alboroto en el ingreso de la casa llamó la atención de ellos y de muchos otros invitados.

—¿Qué sucede? — preguntó Abby cogiendo la mano de su esposo.
—No lo sé— respondió apretando su mano y llevándola a un costado para ver mejor lo que estaba generando aquella batahola.

El conde se aproximó a ellos y se quedó de pie en medio del salón, para recibir a un par de personas que llegaban sin ser invitados; los acompañaba una mujer muy arreglada que vestía de manera elegante, pero algo exagerada.

—¡Esa es! — gritó la mujer, señalando a la señorita Thompson que bebía su trago de ponche sin prestar atención a la barahúnda que se había armado.
—¿Qué sucede aquí? — preguntó Liam Hart, asumiendo su posición de dueño de aquella casa— ¿cómo se atreven a llegar sin ser invitados y armando semejante escándalo?
—¿Qué pasa, querido? — preguntó Rowena llegando al grupo— ¡Cálmate! Dejemos que los señores se expliquen— declaró la pelirroja pidiendo a Peyton y Emily que llevaran a algunos invitados que presenciaban la escena al otro salón.

Abby, tenía a Freeman de la mano y el muchacho sentía que sus dedos se estaban durmiendo por la presión que ella ejercía. Le tomó la mano con suavidad y le acarició los dedos para que se relajara.

—¿Sabes quiénes son? — susurró en su oído.
—La mujer es madame Leroy— dijo segura— los otros no tengo idea.
—Parecen oficiales.
—¿Qué van a estar haciendo unos oficiales aquí? — preguntó ella.
—No lo sé. Vamos a averiguar— propuso llevándola cerca del grupo que se había formado.

En medio de toda esa gente, se hallaba la señorita Thompson que gesticulaba asustada y sin entender lo que sucedía.

—Su excelencia— habló uno de los hombres— lamento importunarlo. Veo que están celebrando algo.
—La boda de mi hermana— aclaró en seguida— y están estropeándolo todo. Agradezco que se expliquen de inmediato.
—La dama ha hecho una acusación y tenemos una orden para arrestar a la señorita Florence Thompson— afirmó el hombre entregando un documento al conde que lo leyó apresuradamente.

—¿Arrestarla? — exclamó Abby que leía el papel apareciendo desde la espalda de su hermano.
—¿Qué ha hecho? — preguntó el conde, viendo que su hermana, abrazaba a la señorita que estaba siendo acusada.
—Esta mujer ha estafado a muchas muchachas, engañándolas con sus diseños ordinarios. No tiene ningún talento, solamente ha estado copiando mis diseños. Se ha apropiado de mis modelos y los está vendiendo en copias de mala calidad. Se hace llamar lady Prince, pero es una vulgar costurera y ladrona.
—¡Cómo se atreve…— alcanzó a decir Abby, al tiempo que Freeman la trataba de disuadir para evitar el escándalo!
—Señorita— pidió el hombre— acompáñenos. En el cuartel nos puede explicar todo esto— agregó tomando a la chica del brazo y llevándola escoltada por el otro hombre y la mujer que vociferaba en un francés vulgar.

Liam y Rowena se quedaron de una pieza. La señorita Thompson era una mujer que se veía decente y honesta. La habían conocido unos meses antes, durante los preparativos de la fiesta y la mujer había confeccionado el vestido de Abby, un modelo de la mejor calidad. Abby se había puesto pálida y Freeman la contenía para evitar que se desmayara.

El episodio no pasó de allí. La gran mayoría de los invitados no se percataron de nada. La madre y la hermana de la señorita Thompson corrieron tras de ella y se retiraron de la fiesta avergonzadas y preocupadas. La madre corría y llevaba a la niña a tirones, Susy Thompson se volteó antes de desaparecer y miró a Abby con gesto suplicante.

Freeman tomó a su mujer de la mano y se encerró con ella en uno de los cuartos adyacentes al salón principal, le pidió a una de las doncellas que trajera un poco de agua con azúcar para darle a la chica. Cuando luego de unos minutos llegó el agua y Abby bebió unos sorbos, la pareja analizó la situación.

—¡Esa mujer miente! — exclamó Abby apretando lo dientes para no gritar.
—Lo sé.
—La señorita Thompson jamás ha usurpado la identidad ni ha copiado los modelos de nadie.
—Todo se solucionará.
—Lo que quiere esa francesa de pacotilla es que se revele quién es la verdadera enemiga que se le ha declarado.
—Pero eso no va a pasar.
—No puedo quedarme de brazos cruzados, mientras Florence paga mis culpas— gritó descontrolada.
—Todo se va a aclarar.
—¡No se va a aclarar! Ella es una chica pobre y no tiene ninguna influencia, la van a humillar y esa que dice ser francesa, que entre nos te diré que sí es una usurpadora de identidad o por lo menos lo parece, se va a salir con la suya.
—No puedes hacer nada.
—Claro que puedo— declaró con ímpetu.
—¡No pretenderás ir…no lo permito...
—Tú no vas a impedir que yo haga nada. No me vas a dar órdenes, mi lord.
—Deja eso— señaló casi gritando.

La discusión debió interrumpirse, puesto que de pronto se abrió la puerta y una cabeza pelirroja

se asomó.

—¿Qué pasa aquí?
—Nada. Estamos conversando.
—Los gritos se escuchan desde el salón.
—Lo siento— dijo Abby bebiendo otro trago de agua.

Desde detrás de su esposa, apareció el conde intrigado por lo que pasaba. No tardaron ni treinta segundos en estar todos los Hart dentro de ese cuarto.

—¿Qué tienes que ver tú con este escándalo? — preguntó Emily mirando a Abby con censura.
—No creo que sea el momento— dijo Freeman pidiendo cordura a todos.
—Recién casados y ya están discutiendo a gritos— reclamó el conde— Abigail Hart, te dije que esta relación de ustedes era demasiado difícil— agregó lamentándose— Nadie me hace caso.
—Calla— pidió Peyton mirando a su hermano mayor que quedó atónito— ¿hay algún problema? — agregó mirando a la pareja.
—No tenemos ningún problema.
—Los gritos dicen otra cosa— señaló Aidan irónico.
—No estamos discutiendo— aclaró Abby— solamente…
—Tenemos una diferencia de opinión, respecto de lo que sucedió con la señorita Thompson.
—¡Diferencia de opinión! — exclamo Liam— ¡A gritos!
—Abby, querida. Dinos qué está pasando— pidió Rowena, colocando su mano en el antebrazo de Liam para pedirle que se calmara.
—¿Sabías que la señorita esa era una estafadora? — preguntó Aidan interesado.
—No es una estafadora.
—Esa mujer la acusó directamente. No parecía tener dudas.
—Y ella no se defendió— dijo Emily tajante— esa tal lady Prince se ha hecho mucha fama. Parecía ser una persona seria. Conozco a algunas chicas que han comprado sus trajes.
—La señorita Thompson no es una estafadora— repitió con la voz quebrada.
—Abby, será mejor…— pidió Matthew Freeman quedando con la palabra en la boca.
—Es momento de decir la verdad. La señorita Thompson ha sido una maravillosa artista, ha realizado vestidos espectaculares. Mi vestido de novia es una preciosidad, los trajes que usamos en el Harland— dijo mirando a Rowena— eran espectaculares.
—Es una gran modista, estoy de acuerdo— dijo Rowena— pero hacerse pasar por otra persona y robar las ideas de alguien no está bien.
—Ella no ha hecho eso.
—No puedes estar segura— declaró Aidan— no la conoces de nada, es sólo tu modista.
—Estoy completamente segura.
—Si esa señorita es lady Prince, creo que ha hecho un gran negocio, pero no está bien que robe las ideas de otra— señaló Peyton acariciando su barriga— Hoy es el día de tu boda, cariño. No te hagas complicaciones por problemas de otras personas. Ella tendrá que preocuparse de solucionar sus cosas. Tú no puedes hacer nada.
—Por fin, alguien puso cordura aquí. ¿Será que volvemos a la fiesta? — pidió Emily viendo que Abby y Freeman se miraban el uno al otro.
—No puedo dejarla sola— dijo Abby casi llorando, mirando a su esposo con anhelo.

Freeman miró a su alrededor y vio a todo el mundo ajeno a lo que estaba pasando, sólo él comprendía lo que sucedía en la mente de Abby. Suspiró profundamente y se dirigió a su esposa.

—Ve a cambiarte ese vestido. Te espero en el coche— dijo haciéndola mostrar la sonrisa más hermosa que había visto en su cara— voy a lamentar esto, seguramente, pero no te dejaré sola.
—¿Qué sucede? — pregunto Rowena intrigada.
—Ya sabía yo que esta pareja me iba a sacar canas— declaró Liam perplejo.
—Cariño, es tu boda. No puedes irte.
—Voy a ir a solucionar esto y regreso. No se coman todo el pastel— dijo tomando su enorme falda con ambas manos y comenzando a salir del cuarto.
—No entiendo nada— dijo Emily mirando a Peyton que veía que Abby se detenía casi llegando a la puerta y se volteaba para decir algo.
—La señorita Thompson no le ha robado nada a nadie ni se ha hecho pasar por otra persona. Tampoco ha estafado a esas chicas. La francesa esa es la que no sabe lo que le espera.
—¿De qué hablas? — preguntó Aidan viendo que Freeman en la entrada de la casa pedía su capa y su sombrero, llamando al cochero.
—Voy a ir a aclarar todo esto— dijo Abby respirando profundo y tomando una decisión— Yo soy lady Prince— agregó saliendo del cuarto a toda carrera.

Rowena estalló en carcajadas, viendo como Liam quedaba envarado como si fuera una estatua. Emily miró a Peyton con incredulidad y Aidan golpeó a su hermano, el conde, en el hombro mientras decía:

—No se fue con el circo ni con una compañía de teatro. Se ha convertido en la mujer más famosa del pueblo y ahora va a dejar la reputación de tu casa por el suelo— agregó riendo divertido.
—En esta casa nadie respeta mi nombre. Esto es el colmo— declaró el conde perplejo— y tú no deberías reírte.
—No esperaba menos de tu hermana pequeña— dijo bromeando— te hará famoso a ti también.
—Este pobre título es demasiado para mí— dijo sentándose en una silla y dejando que Rowena le acariciara la espalda.
—Mi amor, no será tan malo— dijo para consolarlo.
—Es una modista de ropa barata— señaló aturdido.
—No, es una artista que ha logrado levantar la autoestima y les ha dado confianza y oportunidades a muchas muchachas que no las tenían antes.
—Tú lo sabías— afirmó el conde.
—Por supuesto que no.
—¿No lo sabías? — preguntó nuevamente dudoso.
—Yo lo sabía— dijo Hamilton entrando en el cuarto, al enterarse de lo sucedido.
—¿Qué tú lo sabías? — preguntó Liam aturdido.
—Lo siento, amigo. Pensé en un comienzo que sería una tontería, pero se ha convertido en un gran negocio. Han venido mujeres desde Liverpool a comprar su ropa, porque alguna amiga lució un traje en alguna visita y se encantaron con ella.
—¡Tú le ayudaste con toda esta farsa!
—Amigo, tu hermana es genial.
—No me digas amigo, traidor— dijo Liam enfadado.
—Cariño, vamos a tomar un trago y bailar un rato. Hay que animar esta fiesta hasta que regresen los novios— dijo Rowena tratando de poner algo de humor al momento.
—¡Bailar querré yol! — dijo Liam dejándose llevar por su mujer— contigo voy a hablar después — dijo señalando a Conrad con el índice muy cerca del rostro del moreno— me imagino que Harper…

—También lo sabe— declaró.
—¡Que también lo sabe! Tropa de traidores— exclamó mientras Rowena tiraba de él fuera de la habitación.

## Capítulo XXXIV

En el coche, Abby sonreía mientras Freeman le acariciaba las manos con ternura. Ambos se miraban sin hablar hasta que ella rompió el silencio.

—Te amo.
—¿Por qué soy imbécil y aguanto todos tus caprichos?
—También por eso— dijo besando sus labios— pero esto no es un capricho.
—Lo sé— dijo sonriendo— ¿Qué piensas hacer?
—No lo sé. Antes que todo no veo de que puede acusarme esa tipa, yo soy quien crea los modelos, son mis ideas y ella no puede arrebatarme mi mérito.
—Creo que no ganara nada. Al contrario, más bien va a estropear tu reputación y tal vez acabar con tu negocio.
—Eso no va a pasar.
—¿Estás segura?
—Mi reputación no está en juego. Soy una dama de sociedad que se acaba de casar con un futuro marqués.
—Ahora importa que soy un futuro marqués.
—A mí no me importa. Te lo perdono.
—Gracias.
—No he engañado a mi esposo, no he tenido devaneos ni he robado nada. Solamente he ejercido una labor que se considera impropia de mi rango.
—Eso estropeará tu reputación.
—Pero a mí no me importa y creo que a ti tampoco.
—A mi no. Sino no estaría sentado en este coche contigo. Podemos vivir en Birmingham, allí nadie te conoce— bromeó.
—Sería una opción— dijo ella sonriendo— me encantan los chocolates. Pero hablando en serio. No veo qué tiene de malo que alguien con talento lo muestre. Si fuera hombre lo celebrarían ¿o no?
—Es probable.
—Debería haber sido hombre— dijo ella decidida.
—Por supuesto que no— dijo él tomándola por la cintura y besando su cuello— como mujer eres realmente excitante— agregó mordiendo su oreja y acariciando uno de sus pechos.
—Bueno, quiero decir, con los privilegios de un hombre— aclaró dejando que la acariciara— me gusta bastante ser tu mujer.

El coche continuó camino por la carretera principal hasta llegar al pueblo, en donde ese día había mercado y estaba repleto de gente comprando con sus carros. Muchos caballos interrumpían el paso del vehículo, les costó bastante llegar hasta el cuartel en el que la policía debía tener a Florence retenida.

Cuando lograron llegar al sitio, Freeman se bajó primero para evaluar la situación. Se sorprendió al sentir mucho ruido en la calle colindante. Se acercó a mirar y luego regresó al coche para escoltar a la rubia que esperaba ansiosa.

—¿Qué sucede?
—Hay una tropa de mujeres con carteles que están defendiendo a gritos a lady Prince.
—¡Bromeas!

—Ven a verlo.

Abby pudo ver como frente al cuartel un montón de muchachas, muchas conocidas de ella, puesto que habían ido más de una vez al taller de Florence, gritaban a voz en cuello que dejaran libre a la señorita Thompson. La chica se acercó lentamente hacia la puerta posterior del cuartel en donde se asentaba la actividad y vio allí a la señorita Clark y su amiga la señorita Fowler, las Evans con su madre y muchas otras muchachas que a lo largo de todos esos meses habían circulado por el taller de lady Prince.

Abby se emocionó por la actitud de aquellas mujeres que cuando la vieron aparecer se silenciaron un momento. La señora Thompson y su hija pequeña estaban entre el gentío; la mujer no sabía nada del secreto que rodeaba todo ello, pero la niña sí.

—Señorita Hart, no sé qué hacer— dijo la dama acongojada.
—Vamos a hacer lo posible por ayudarla— dijo ella señalando a su esposo que la escoltaba.
—Usted debería estar en su fiesta— agregó la dama.
—La fiesta seguirá por mucho rato más y lo importante ahora es que todo eso se aclare.
—Ayúdela, señorita Hart— pidió la niña asustada— Florence no puede ir a la cárcel.
—Nadie va a ir a la cárcel— aseguró Abby viendo que desde un coche se apeaba el señor Barton, el abogado que siempre sirvió a su abuela y que ahora era asesor del conde — ¿Qué hace aquí?
—Vine a ayudar, no me enteré en seguida, porque estaba en el otro salón, pero la condesa me contó lo que había sucedido. Vine para ver qué se puede hacer.
—Señor Barton, es usted un sol— dijo Abby preocupada— tengo que contarle algunas cosas y luego le pediré que vayamos a hablar con alguien que pueda resolver este embrollo.

La rubia fue a un lado con el señor, mientras Freeman la esperaba consolando a la señora Thompson que lloraba desconsolada. Matthew notaba que el caballero cada vez habría más los ojos y la boca, reflejo de su asombro. Luego de algunos minutos pareció que la pareja se había entendido y el señor le ofrecía su brazo para dirigirse ambos a la puerta y hablar con el guardia que cerraba el paso de las mujeres. Freeman dejó a la señora, en medio de frases consoladoras y se unió a ellos.

—¿Qué se puede hacer? — preguntó hablando al señor.
—Vamos a intentar hablar con el encargado— dijo el señor— luego veremos la estrategia a seguir, pero creo que lo mejor es decir la verdad.
—¿Decir la verdad? — preguntó el joven preocupado.
—Es lo mejor, cariño. Diré la verdad y Florence quedará libre. Con eso no creo que la francesa de pacotilla esa tenga ningún argumento.
—Pero…— alcanzó a decir su esposo; ella lo silenció colocando su dedo en los labios de él.
—Podemos vivir en Birmingham— señaló ella bromeando— en unos años podríamos volver a visitar a la familia— agregó sonriendo divertida.
—Tu pobre hermano ha debido sufrir tus caprichos por años y ahora soy yo el pobre que deberá hacerlo— dijo fingiendo sufrir.
—Espero que sea por muchos años, pero te lo compensaré— ofreció ella susurrando en su oído.

La señora Thompson pidió acompañarlos y luego de muchos intentos por convencer al guardia fue llamado el encargado de hacer justicia en ese pueblo y el grupo pudo ingresar a una de las salas para poder hacer las gestiones necesarias. El señor Barton era conocido y su despacho de

abogados tenía alto prestigio, todos sabían que se codeaba con la nobleza, desde el marqués de Wells, pasando por el marqués de Whitman, el padre de Hamilton y por supuesto el conde, que era la cabeza de una familia muy admirada en el pueblo. El abogado de pronto tenía a todo el mundo rodeando al encargado de la policía que estaba tratando de controlar a la mujer francesa que armaba un escándalo.

—Esto es injusto. Esa mujer tiene privilegios— decía alterada.
—Señorita, por favor, deje de alborotar— dijo el magistrado.
—Toda esta gente con dinero cree que puede hacer lo que quiera y usted lo permite— volvió a reclamar.
—Si no guarda silencio, la haré salir de la habitación— advirtió levantando el tono, logrando que la mujer guardara silencio —Esto no es regular, Barton. La mujer está acusada de estafar y de robar.
—Mulder, aquí no veo que haya un caso contra la señorita Thompson— dijo el abogado.
—Es una acusación injusta— declaró Abby, siendo reprendida también por el hombre.
—Señorita Hart…
—Señora Lombard— aclaró Freeman— nos acabamos de casar.
—La felicito, señorita…señora— respondió el hombre sonriendo, para luego ponerse serio— por favor, guarde silencio también— dijo el señor con tono suave.
—Tal como dice la señora— continuó Barton— la acusación no tiene ningún asidero. La señora — dijo mirando a madame Leroy— no tiene pruebas de lo que dice.
—Esa señorita Thompson jamás ha hecho un dibujo en su vida— explicó con seguridad.
—Y usted tampoco— señaló Abby— todos saben que sus modelos los saca de los figurines anticuados que vende el señor Sinclair en su tienda de cachivaches.
—¡Cómo se atreve! — exclamó la mujer.
—Me atrevo, porque es verdad— sentenció Abby dejándola callada por un momento, pero luego la mujer contraatacó.
—Usted no tiene nada que hacer aquí. Su amiguita debería defenderse sola, pero no ha sacado el habla.
—Mi hija es inocente— dijo la señora Thompson que había estado callada todo ese rato mirando la discusión sin intervenir— qué quiere que diga.
—No habla, porque no tiene nada que decir— declaró Abby dejando que Freeman le tomara la mano para calmarla, pues estaba empezando a ponerse como la fiera en la que a veces se convertía.
—Señor Barton, comprendo que quieran ayudar, pero la señora aquí presente— dijo el hombre— tiene pruebas de que la mujer le robó sus diseños.
—¡Perdón! — exclamó Abby— ¡Qué pruebas va a tener!
—Estas— dijo la mujer, abriendo un sobre y mostrando los diseños originales que Abby había hecho meses atrás para algunos vestidos de sus clientas.
—Eso no es suyo.
—Claro que es mío. Los dibujé hace meses y son idénticos a los modelos que las clientas de esta mujer han lucido.

Abby observó los dibujos que la mujer tenía en su mano y reconoció en ellos los modelos que hacía un tiempo habían desaparecido del taller y que jamás encontraron. Ahora se explicaba el vidrio roto que aquella vez encontraron en la puerta trasera que tuvieron que cambiar por otro, para después clausurar esa puerta, pues Florence se inquietaba cuando se quedaba sola.

—Esos dibujos no los hizo usted— declaró Abby segura.
—Claro que si— dijo la mujer con gesto arrogante, entregando las supuestas pruebas al señor Mulder que observaba los diseños uno a uno.
—Bueno, esta es una prueba— dijo el jefe de policía— aquí hay mucho talento creo yo.
—No es una prueba. Esos diseños fueron robados del taller hace unos meses. Ya creía yo que usted tenía algo que ver.
—¿Qué tanto le importa lo que sucede con esa mujer? — preguntó la francesa— ¿acaso es su cómplice? Parece que sabe mucho de las andanzas de ella.
—Sé mucho de sus andanzas, como usted dice— agregó Abby, siendo reconvenida por el señor Mulder.
—Esto no tiene sentido. Vamos a dejar a esta señorita encerrada hasta que esto se aclare— dijo el hombre.
—Esto se va a aclarar enseguida— dijo Abby soltando la mano de Freeman que ya notaba que no iba a poder evitar el escándalo que se venía.
—Explíquese, señora— pidió Mulder, empezando a complicarse con la situación, pues un subalterno le avisaba que en la calle había dos coches con escudo de armas de familias prominentes.
—Esos modelos los hice yo— dijo haciendo que la francesa sonriera con gesto irónico.
—Eso es una mentira— se atrevió a decir la mujer.
—Demuestre entonces que usted los hizo— pidió Abby tomando un lápiz desde la mesa del oficial y ofreciéndoselo a la otra.
—Excelente idea— dijo Mulder tomando la frase como un salvavidas.
—Si, excelente idea— dijeron todos a la vez.

Uno de los oficiales ayudantes caminó hacia el señor Mulder y le habló en secreto.

—No permita que entre nadie más— ordenó mirando a Barton que esperaba paciente a que todo eso decantara.

La señora Leroy recibió el lápiz de manos de Abby y aceptando un cuaderno que le entregó uno de los ayudantes del oficial trató de hacer algunos bosquejos que fueron bastante poco decorosos.

—Ese adefesio no puede llamarse diseño.
—No puedo hacer mi arte con tanta presión— mintió la francesa.
—No es capaz ni de tomar el lápiz como se debe— dijo Abby quitándole el utensilio.

La chica comenzó a dibujar en el cuaderno el bosquejo de un cuerpo y encima de él los vuelos de un corpiño vaporoso, para seguir con el enorme faldón que terminaba en muchas flores; era el diseño del vestido que había hecho para la menor de las Evans meses atrás. Cuando terminó de dibujar le entregó el modelo al señor Mulder que lo comparó con las supuestas pruebas que tenía en su mano y lanzó un silbido.

—Son casi idénticos. Tiene mucho talento, mi señora.
—Porque soy yo quien ha diseñado cada uno de esos modelos— declaró triunfante— y en este momento solicito que se acuse a esta señora de robo, por haber sustraído estos documentos del taller de la señorita Thompson por la fuerza.
—Creo que tiene razón— dijo Barton satisfecho— además, si la señora declara nuevamente que esos modelos los hizo ella, lo que a vista de todos es falso, podríamos tener más motivos para acusarla de otros delitos— agregó triunfante— ¿desea decir algo más?

La supuesta francesa quedó sin palabras. Veía que todos la observaban con gesto hosco. Mulder uno de ellos.
—Si la señora Lombard desea hacer alguna acusación, dadas las circunstancias podría tener graves problemas— aclaró Barton— ¿Talvez querrá quitar su denuncia contra la señorita Thompson?
—Soy una mujer desvalida, las familias prominentes hacen lo que quieren en este pueblo. Creo que voy a tener que irme de aquí— dijo lloriqueando— las mujeres de trabajo como yo vamos a tener que aguantar que las señoritas de sociedad nos quiten el pan de la boca— agregó.
—Señora Leroy, ¿continúa con su acusación? — preguntó Mulder agradeciendo que todo eso se solucionara de buena forma.
—¡No! — gritó saliendo de la habitación rápidamente.

Cuando abrió la puerta para abandonar la sala, dos hombres y algunas mujeres entraron en el cuarto.

—¡Liam! ¿qué hacen aquí?
—Harper nos contó la verdad con detalles. Vinimos a apoyarte— dijo Rowena abrazando a la chica— pero parece que llegamos tarde.
—No nos dejaron entrar— reclamaba Hamilton.
—Lo siento, mi señor. No puede ingresar todo el mundo a este cuarto sin mi autorización.
—Ya está todo aclarado— dijo Abby tomando sus diseños y recuperándolos— ¿la señorita Thompson puede irse a su casa?

Mulder miró a todo el mundo en el cuarto, un conde, el hijo de un marqués, un abogado prominente y unos recién casados que parecían querer regresar a su fiesta y declaró que todos podían irse de allí y dejar de hacerlo perder el tiempo.

Todos salieron satisfechos de los resultados logrados. Abby les comentó a Harper y Rowena todos los pormenores de la discusión y las tres salieron hasta la calle siendo rodeadas por el montó de chicas que esperaban fuera. Madame Leroy les había revelado la verdad para provocar que las muchachas se volvieran contra la señorita Hart, pero sucedió todo lo contrario.

—¿Usted es lady Prince? — preguntó la madre de las Evans.
—Sus diseños son formidables— dijo otra de las chicas.
—Por esa razón los modelos eran de tanta delicadeza y elegancia.
—Tiene un gusto exquisito, señorita Hart— decía otra.
—¿Seguirá haciendo vestidos para nosotras? — preguntó otra.

Abby volteó para ver a su esposo que la escoltaba junto con su hermano y Hamilton, que siempre fue su aliado y mejor benefactor. Se encontró con la mirada de Freeman que le decía que deseaba su felicidad y tomó una decisión.

—Si les gusta lo que hacemos junto a la señorita Thompson, entonces tendremos que continuar — dijo sonriendo a las muchachas que la abrazaban contentas y esperanzadas.

El conde observaba a su hermana pequeña, la que siempre le dio las más increíbles sorpresas y comprendió que siempre tendría que seguir recibiéndolas. Cuando ya todo el mundo se había dispersado y las chicas habían dejado de pedir favores a Abby, el conde le habló a Freeman con seriedad.
—Soy muy feliz, querido cuñado. Te entregó a mi hermana y acostúmbrate a la aventurera vida

que te hará vivir.
—Estoy empezando a comprenderlo. Ya no puedo arrepentirme— dijo señalando su anillo de matrimonio.
—Para nada— sentenció el conde llamando a su esposa y pidiendo a todos que regresaran a la fiesta.

En el coche de regreso, Abby llevaba la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, pensativa.

—¿Sabes que todo el alboroto que acabas de vivir no será igual con el resto de la sociedad?
—Me imagino que no.
—Fuiste valiente— dijo él tomando su mano para besarla.
—No lo sé— dijo ella con gesto pesimista— ¿no te importará que la sociedad nos haga a un lado?
—Ahora no vamos a pensar en eso. Regresaremos a nuestra fiesta, bailaremos toda la noche y luego nos iremos a vivir una linda aventura— dijo besándola— siempre es una posibilidad quedarnos un tiempo en Birmingham— declaró siendo sincero.
—¿Siempre me vas a querer?
—Siempre te voy a amar y estaré a tu lado— dijo acariciando su nariz— pero, por favor, trata de no ser muy creativa con tus sueños— pidió haciéndola reír.

## Capítulo XXXV

Un mes después, la pareja regresaba de su viaje de bodas. En la puerta de la mansión de los Hart, Rowena los esperaba ansiosa. Abby venía preparada para soportar el vendaval que recibirían de parte de su hermano y lo que era peor, de toda la alta sociedad de ese pueblo repleto de apariencias.

—Cariño, estás hermosa— dijo la pelirroja saludando a Freeman con un gesto— el matrimonio te ha hecho fantástico.
—Me siento fantástico— dijo sonriendo— pelear ahora es distinto— dijo mirando a Freeman de reojo— el señor Lombard y yo tenemos interesantes reconciliaciones— dijo haciendo reír a su cuñada y a su esposo que pensaba lo mismo.
—Que no te escuche, Emily. Ya sabes que ella es tan pudorosa.
—¿Cómo están las cosas? — se atrevió a preguntar en seguida— tenía ansias por recibir noticias, no me has escrito nada interesante.
—Estabas de viaje de bodas. No era la ocasión para importunarte con las noticias del pueblo.

Rowena no dijo nada más y los invitó a entrar en la casa. La pareja se dedicó entonces a relatar los pormenores de su viaje y los planes que tenían para establecerse.

—Nos interesa poder quedarnos en Bedford un tiempo. Ya sabes, Matthew y Aidan no paran en ningún sitio.
—Será solamente por esta temporada. La siguiente tomaremos a unos asesores para que viajen y nosotros nos quedaremos en un sitio permanente.
—Claro, porque el bebé llegará en invierno— declaró la pelirroja.
—¿Qué bebé? — preguntaron ambos— ¿estás embarazada?
—No lo sabían—dijo con calma— me refiero a Melany— agregó después riendo a carcajadas— no pensaran que voy a correr el riesgo de parir dos críos más. Por lo menos, no por ahora— dijo abanicándose.
—No lo sabía— dijo Abby contenta— es maravilloso.
—Por lo pronto, haremos el viaje a Cardiff el próximo mes y luego Aidan querrá quedarse en casa— señaló Freeman.
—Me lo imagino— dijo Rowena.
—Pasamos por el pueblo, había poca gente, es muy temprano aún.
—Nos recomendaron una casa que está a los pies de la colina, es un pequeño castillo bastante elegante— dijo Freeman.
—La casa que alquilaban los Michelson, la hija se casó con un conde y se fueron a Londres el mes pasado— dijo Rowena pensando en la casa que quedaba a poca distancia de allí— es una casa bonita, estuve una vez con tía Ada, cuando…ya sabes…
—Michelson es un viudo de bastante buen ver.
—No era lo que yo soñaba.
—¿Con qué soñabas, cariño? — preguntó el conde que llegaba desde el despacho.
—Con un hombre arrebatador como tú.
—No mientas, ni siquiera te gustaba— dijo Abby riendo.
—Pero después me gustó bastante.
—¿Después de qué? — preguntó Abby.
—Después de probarlo— dijo Rowena susurrando en su oído y haciendo reír a la chica.

El conde saludó a su nuevo cuñado, viendo que se veía bastante feliz y notando que la pareja no sabía lo que había sucedido.

—Creo que voy a invertir en tu negocio, Abby— dijo haciendo que la chica se enfadara.
—No es necesario burlarse. La señorita Thompson no me ha dado noticias, me imagino que todo se fue al tacho de la basura.
—¿No le dijiste?
—¿Qué tenía que decirme? ¿fue muy grande el desastre social que armé? — preguntó angustiada por el daño que causó a su familia.
—¡Desastre Social! — dijo Liam— somos la familia más famosa de la región.
—No quería que eso sucediera.
—Pero sucedió. Creo que tendrás que buscar un sitio más amplio.
—¿De qué habla, excelencia? — dijo Freeman sorprendido.
—No es necesario tanto boato, cuñado. Puedes decirme socio. Hamilton me contó todo.
—¿Qué sucede? — preguntó Abby viendo que Rowena la miraba divertida.
—Esa tarde que sucedió todo, la noticia se regó por toda la ciudad gracias a las señoritas Donovan.
—¡Qué mujeres!
—Muchas damas estaban curiosas por saber quién era la tal lady Prince.
—Para alejarla de sus vidas.
—¡No! Para encargarle vestidos.
—¿Qué dices?
—La señorita Thompson no te ha escrito porque seguramente no ha tenido tiempo. El taller está siempre repleto de mujeres esperando ser atendidas.
—¡Estás bromeando!
—Claro que no, socia— dijo el conde totalmente arrepentido de sus declaraciones anteriores— Hamilton se hizo cargo de todo. La señorita contrató a otras costureras para que cosan las prendas y te está esperando para cerrar el trato con el señor Bewford, que es el dueño de la tienda que tenía madame Leroy, pues está desocupada.
—¿Se fue del pueblo?
—Al parecer, estafó a algunas mujeres y nos les hizo sus vestidos. Se quedó con los adelantos y escapó de aquí.
—¡Buena pieza era la tal madame! — dijo Freeman riendo.
—Será mejor que vayan a descansar, vamos a almorzar en un momento. La señora Richie les preparó el cuarto de invitados más grande.
—Mi cuarto estaba bien.
—Por supuesto que no. Tu cuarto es muy pequeño, van a necesitar espacio— dijo ella maliciosamente.
—No sé para qué— dijo Abby abanicándose y subiendo tras de ella por las escaleras— ¿de verdad la sociedad de Bedford se ha vuelto tan moderna?
—Claro que no. Las damas esperan que les hagas vestidos maravillosos, pero más baratos— rio Rowena desapareciendo con Abby por el corredor.

Esa noche, en el cuarto azul que Rowena había redecorado junto a la señora Richie, la pareja se preparaba para acostarse, mas no para dormir.

—Cariño, te estás demorando mucho. ¿necesitas ayuda? — preguntó Matthew al ver que su mujer no salía desde detrás del biombo.

—Voy en seguida.
—Estoy ansioso— dijo metiéndose desnudo entre las sábanas— no tienes que ponerte nada especial. En realidad, sería mejor si no te pudieras nada, así ahorramos tiempo.
—No seas aguafiestas. Quiero mostrarte algo— dijo apareciendo desde detrás del biombo envuelta en una bata de tela casi transparente que abrió de golpe para mostrar lo que llevaba debajo.
—¿Qué traes puesto?
—Es la nueva colección de lady Prince. No pensaba que la tienda continuara, pero siempre desee hacer algo más sugerente.
—Esa ropa interior es más que sugerente.
—¿Te parece? — dijo dejando la bata sobre la cama y metiéndose entre las sábanas solo cubierta por una camisola corta que apenas le tapaba el trasero y que dejaba ver buena parte de sus pechos entre medio de un intrincado diseño de encaje.

Freeman tomó la vela que había sobre la mesa de noche y la apagó rápidamente enredándose luego con su esposa en medio de las sábanas y haciendo desaparecer la prenda de su cuerpo en un santiamén.

Epílogo

Bedford después de tantos años ya no era la misma ciudad. El comercio había crecido bastante y había en el centro del pueblo enormes tiendas comerciales. La más grande de ellas La Casa de Modas de Lady Prince que mostraba en sus vitrinas las últimas tendencias de la moda, que muchas damas se detenían a mirar diariamente.

En el interior de la tienda, Abigail Lombard, marquesa de Bradbury revisaba algunos patrones que su nieta Amanda había terminado de revisar.

—Abue, creo que éste quedaría bien en color amarillo pálido y verde.
—No lo sé. Se parece tanto a un traje de tu tía Emily que si lo hacemos en el mismo color se va a poner furiosa. Ya sabes que le gusta la exclusividad.
—Siempre ha tenido exclusividad con nosotras— dijo la chica que ayudaba a su abuela a llevar la tienda.
—¿Tu abuelo no ha venido aun? Dijo que me llevaría al teatro.
—Por eso luce tan elegante— afirmó la chica.
—Si, pero solamente iremos a reunirnos con algunas amistades. Tú deberías ir con nosotros, el nieto del duque que está pasando una temporada en la ciudad se ve muy interesado.
—Mañana es el cumpleaños de tía Rowena y lo veré allí— dijo la chica que era rubia como su abuela.
—Ten cuidado con tu tía Emily, que ya sabes que espera casar pronto a Eleanor con el mejor partido de la ciudad.
—Mi prima tendrá que tener cuidado conmigo. No voy a soltar a Brightman tan fácilmente.
—Y pensar que el abuelo de ese chico me hizo una afrenta terrible en mi juventud.
—Ya lo sé. Que mejor venganza que la nieta rebelde de la marquesa atrape a su conservador nieto, abuela— rio la chica saliendo del cuarto.

La señora buscó un cuaderno que tenía en el cajón y lo abrió suavemente, observando con ternura una orquídea azul aplastada y seca que era guardada como un tesoro. Acarició sus pétalos y sonrió cerrando el cuaderno y volviendo a guardarlo en el cajón. Pensó que muchos años atrás una chica rebelde logró conquistar a un muchacho conservador y todavía lo tenía atrapado.

Abigail Hart había logrado todo lo que esperaba de la vida: un esposo interesante y desafiante, con el que solía discutir animadamente y muy frecuentemente para luego reconciliarse también muy frecuentemente y tres hijos hermosos: Rose, que estaba casada con el hijo de Christine Boyle y le había dado dos nietos, Alison, casada con un conde y madre de Amanda y su hijo, el pequeño Benedict, el heredero que ya no era pequeño, pues a sus treinta años todavía no escogía esposa y era un hombre muy cotizado por las madres.

Parecía que los años habían pasado volando, ya eran casi cuarenta años diseñando ropa adecuada para cada tipo de muchacha. Ofrecía ropa más barata, de buena confección y ropa cara para sus clientas especiales que querían las mejores telas y pedrerías. Había ropa que se hacía en varios tamaños para que incluso aquellas más gorditas pudieran usarlas y había formado una academia para enseñar a quienes tuvieran talento e interés en diseñar, cortar o coser ropa, lo que generaba bastantes ingresos adicionales.

Matthew Julian Lombard Freeman ya era el marqués de Bradbury y ella su marquesa, pero eso no impedía que ella pudiera desarrollarse en lo que más le llenaba el alma: levantar la autoestima

y darles confianza y oportunidades a muchas muchachas que no las tenían.

La señora Young, su fiel ayudante que antiguamente se llamaba Florence Thompson seguía a cargo de la tienda y cuando unos minutos después el marqués llegó a buscarla, fue ella la que le ayudó a colocarse el capote corto de la nueva colección que ella deseaba lucir esa noche en el teatro. Bajó las escaleras que unían su oficina del piso superior con la sala de exhibición de la tienda y caminando despacio hacia la puerta sonrió a su esposo que la esperaba paciente en plena calle.

—Te ves hermosa.
—Se lo debes decir a todas— respondió aceptando el brazo que él le ofrecía y se alejaron caminando juntos por la calle para dirigirse al teatro.

F I N